

BRUCE STERLING

MIRRORSHADES

UNA ANTOLOGIA CRISPUNK



BURRILL & PHOENIX

# MIRRORSHADES: UNA ANTOLOGÍA CIBERPUNK

## Edición y Prólogo: Bruce Sterling

Título original: *Mirrorshades: the cyberpunk anthology*

Traducción: Andoni Alonso e Iñaki Arzoz

© 1986 Bruce Sterling

© 1998 Ediciones Siruela S. A.

Plaza de Manuel Becerra 15 - Madrid.

Edición digital: Merlín

Revisión: Leticia

### ÍNDICE

Nota preliminar, Andoni Alonso e Iñaki Arzoz

Prólogo, Bruce Sterling

**El continuo de Gernsback**, William Gibson

**Ojos de serpiente**, Tom Maddox

**Rock on**, Pat Cadigan

**Cuentos de Houdini**, Rudy Rucker

**Los chicos de la calle 400**, Marc Laidlaw

**Solsticio**, James Patrick Kelly

**Petra**, Greg Bear

**Hasta que nos despierten voces humanas**, Lewis Shiner

**Zona libre**, John Shirley

**Stone vive**, Paul di Filippo

**Estrella roja, órbita invernal**, Bruce Sterling y William Gibson

**Mozart con gafas de espejo**, Bruce Sterling y Lewis Shiner

### NOTA PRELIMINAR

La primera edición de *Mirrorshades*, la mítica antología ciberpunk, es de 1986, lo cual supone un lapso de doce años transcurridos hasta la presente edición en castellano; toda una eternidad para un género tan fértil y dinámico como la Ciencia Ficción (CF). Resulta un tanto incomprensible que en todos estos años no se haya editado en castellano un libro tan célebre, y eso a pesar del auge y vigor editorial que la CF ha alcanzado en nuestro país. La única excepción parcial al respecto fue la antología *Burning Chrome* (1986), no tan representativa como ésta, ya que está centrada en un solo autor, William Gibson, pero que sí ha merecido una reciente traducción (*Quemando cromo*, Minotauro, 1994), y en la cual se inclinen precisamente dos versiones ligeramente diferentes de dos cuentos incluidos en *Mirrorshades*. «Estrella Roja, Órbita Invernal» y «El continuo de Gernsback».

Por otro lado, si atendemos a la opinión del antólogo y principal teórico de esta corriente, Bruce Sterling, el ciberpunk va no existe como tal, sus autores han seguido otros caminos literarios más personales, siendo ahora los verdaderos ciberpunkis «los libertarios de Internet, o los artistas por ordenador, o los diseñadores de videojuegos, o los críticos culturales». Así, aparentemente, podría parecer un poco tardía esta traducción, ya que la época dorada del ciberpunk, al menos en Norteamérica, fue la

década de los ochenta. Pero éstas son las paradojas de la cultura de nuestro país, para la que, a pesar de todo lo que la CF ha aportado a la literatura universal y a pesar de la inteligencia y dedicación de perspicaces editores como Miquel Barceló (muy crítico por cierto con el ciberpunk) por presentarla al nivel que merece, todavía se la clasifica como de divertimento superficial y, por supuesto, indigna de la atención de un «verdadero intelectual».

Estos años pasados, que en ciertos aspectos pesan en la obra, ofrecen, sin embargo, la suficiente distancia crítica como para preguntarnos, con una cierta perplejidad y escepticismo, si realmente ha muerto el ciberpunk, si ha podido desaparecer justamente en plena era de la globalización. Internet y Windows 98. Resulta muy difícil creerlo, precisamente ahora que muchas de las preocupaciones del ciberpunk parecen más urgentes y tangibles que nunca. Disentimos en parte de Sterling y estamos de acuerdo con P. Nicholls y J. Chite en que «si el ciberpunk está muerto en los noventa —como varios críticos afirman—, será el resultado de una eutanasia desde dentro de la propia familia. Desde luego, los efectos del ciberpunk, tanto dentro de la CF como fuera, en el mundo en general, han sido vigorizantes; y dado que la mayoría de estos escritores continúa escribiendo —aunque no necesariamente bajo esta etiqueta—, podemos asumir con seguridad que el espíritu del ciberpunk sigue vivo».

Por todo ello hay excelentes razones para que *Mirrorshades* sea publicado en este momento, a pesar del tiempo transcurrido, porque es justamente ahora cuando, en muchos aspectos, es la sociedad, más que la propia CF, la que se está convirtiendo al ciberpunk. Esta antología, más incluso que el célebre *Neuromante*, se ha convertido en el libro de referencia del ciberpunk, al tiempo que se asienta como un «clásico vivo», pues todavía puede ofrecer sugerentes lecciones a la siguiente generación de la CF e iluminar el origen de la época en que vivimos. Es un clásico que ha logrado introducir definitivamente, por ejemplo, lo sociológico y lo artístico en la CF, rivalizando con la concepción «dura», más interesada en las ciencias positivas y en la pura maravilla tecnológica. Tampoco es extraño que esta corriente literaria se haya desarrollado paralelamente a otras vertientes «posmodernas» de la ciencia —sin darle un matiz peyorativo— de autores como Bruno Latour o Stephen Woolgar, o que también surgiera al tiempo que asistíamos al auge de los estudios de Ciencia, Tecnología y Sociedad (CTS).

Tanto para los escritores como para «los filósofos de la tecnología», el impacto de la tecnociencia en nuestra sociedad se ha convertido en el motivo principal de reflexión. Y todos estos teóricos posmodernos parecen estar de acuerdo en lo mismo que el ciberpunk, esto es, en que vivimos en una era extraña donde una todopoderosa ciencia y una ubicua tecnología en alianza nos asaltan y transforman, por lo que una aproximación puramente racional o positivista no nos satisface ni puede tranquilizarnos en absoluto, por lo que exigimos saber mínimamente dónde estamos y qué cabe esperar o, al menos, hacernos la ilusión de que lo podemos asumir. Esos doce años pasados —catorce si contamos a partir de la primera vez que Bruce Bethke acuñó el término «ciberpunk»— han conseguido que la academia y la CF converjan, dando lugar a estudios sociales, filosóficos y culturales ciberpunk. Así, en la actualidad, por ejemplo el «cyborg», uno de los iconos del ciberpunk, se ha convertido en un horizonte especulativo real, las redes informáticas se hallan sometidas a un permanente debate o la definición de lo «humano» se ha puesto entre interrogantes. ¿Cómo no nos va a interesar ya el ciberpunk si, después de la premonitoria CF, nuestro mundo y nuestro futuro, nosotros mismos, somos, aun sin desearlo, cada vez más ciberpunk?

Desde un punto de vista literario, el ciberpunk ha supuesto un revulsivo estético para la CF, al tomar prestados recursos de la novela negra, de la música pop y del cine, en un sugerente eclecticismo que, por supuesto, también puede calificarse como de perfectamente posmoderno. Y aun aplicando la ley de la CF de Theodore Sturgeon al ciberpunk —el noventa por ciento de cualquier género literario es basura—, todavía nos

queda un diez por ciento para saborear y en el que sin duda se incluye esta antología. Por supuesto que hay un ciberpunk tópico y lleno de lugares comunes, de vaqueros cableados y siniestros «yakuzas», pero esto es precisamente lo que hace que algunos de estos relatos sean realmente joyas, piezas que saben equilibrar la calidad literaria con la sorpresa tecnológica, como es de rigor en toda buena ciencia ficción.

No obstante, y como aviso al lector poco avezado en el género y en esta corriente en particular, queremos ilustrarle sobre algunos rasgos que pueden sorprenderle o desconcertarle y que Sterling no pudo advertir en aquella edición original. Así, el estilo de la mayoría de los relatos imita el de la novela negra, y a veces puede parecer demasiado sintético e incluso minimalista, al tiempo que se mezcla con jergas y argots, a menudo inventados por cada autor. La herencia de la novela negra se manifiesta también en el carácter de los protagonistas, inspirados en los detectives *hard boiled* hammettianos, caracterizados por seguir una particular pero germinal ética personal en un entorno marginal. Su estructura narrativa ha sido influenciada en gran medida por el cine, y se apela constantemente a la capacidad de visualización del lector, así como a su cultura cinematográfica, todo lo cual se refleja en el aspecto de «guión redactado» de muchos relatos. La generación ciberpunk ha sido criada por el cine, la televisión y el videoclip, y eso se hace notar en su enfoque visual y narrativo hasta el punto de que sus relatos parecen proyectos de películas.

Los sentidos juegan también un importante papel en la estética ciberpunk, pues el propio cuerpo se convierte en protagonista, al ser alterado por las drogas de diseño o la tecnología de los implantes y las prótesis electrónicas. Su esfuerzo por evidenciar todo un mundo sensorial, de una perturbadora sensualidad, provocado por la alteración de los sentidos a través de psicodélicos viajes al fondo de la mente, constituye una verdadera novedad en la CF y confiere un peculiar sabor surrealista a muchos pasajes. Otra de sus características genéricas es presentarnos un escenario próximo a la distopía, en el que hemos de aceptar con resignado fatalismo nuestro incierto destino y en el que el poder se encuentra en manos de las multinacionales, por lo que la supervivencia, conservando una ética elemental, es el objetivo básico. Ese tratamiento crítico de un futuro cercano, inmediato, que nos inquieta porque va nos resulta familiar, es también un enfoque poco explorado hasta ahora en la CF. Y, como último rasgo general, y a pesar del proclamado cosmopolitismo y mestizaje ciberpunk y de su afán globalista, la presencia de la cultura norteamericana —o la visión que desde allí se tiene de estos fenómenos— se manifiesta sin ambages y en los más mínimos detalles (o es que quizás esos rasgos se han extendido por todo el globo y ya todos vivimos y pensamos en «americano»).

El contenido del libro también merece una serie de comentarios y precisiones. El prólogo de Sterling, junto a sus generosas presentaciones, se ha convertido en una magnífica pieza introductoria que tiene ese aroma clásico a manifiesto y que ha sabido retratar un momento histórico de la sociedad en la que vivimos; así que el lector no debería eludirlo, pues todavía puede iluminarle acerca del ciberpunk de entonces y el de ahora. El relato inicial, «El continuo de Gernsback», nos descubre a un Gibson diferente del autor de *Neuromante* o *Mona Lisa acelerada*. Este relato emblemático y casi fundacional del ciberpunk, según Sterling, nos muestra una actitud descreída e irónica hacia las utopías tecnológicas del pasado y nos advierte de la amenaza totalitaria que se esconde bajo cualquier espejismo tecnológico del futuro. Su idea del «fantasma semiótico» es realmente brillante y sugerente, y casi nos reconcilia con un autor a menudo inconsistente y de pose, que no ha vuelto a alcanzar este nivel en sus novelas más conocidas. Tom Maddox se muestra como un convincente fabulador en «Ojos de serpiente», describiendo un tema de plena actualidad como el cyborg, pero desde la cercanía de sus sensaciones físicas y psíquicas. «Rock on», de Pat Cadigan, nos sumerge en esa otra gran influencia del ciberpunk: la estética y la mística del rock and roll, amenazada por la tecnología. Junto a «Zona libre», una de las más vividas descripciones

del rock and roll, de John Shirley —ex cantante del grupo Sacio Nation—, nos recuerda que vivimos en la era de la MTV, del videoclip y de las neotribus musicales, y que el rock alguna vez fue una cultura marginal y contestataria, toda una forma de vida fronteriza, antes de que los Rolling Stones se convirtieran en los obscenos y decrépitos millonarios de una industria más poderosa que las acerías y los astilleros. «Cuentos de Houdini», de Rudy Rucker, y «Petra», de Greg Bear, son quizás los dos relatos aparentemente más alejados de la temática ciberpunk, aunque guardan algunos curiosos puntos de contacto con la corriente. El primero es una ágil y delirante broma ucrónica que nos retrotrae al inicio del cine y está escrito como un puro guión; el segundo, una elaborada fantasía medieval escrita en un estilo arcaizante, podría equivaler a la versión ciberpunk de la película de Walt Disney *El jorobado de Nôtre Dame*, en la que las gárgolas vivas representarían a unos imaginarios antepasados de los cyborgs. «Los chicos de la calle 400», de Marc Laidlaw, nos trae a la memoria *Warriors*, la mítica película sobre bandas neoyorkinas, sólo que envuelta en un apocalipsis nuclear y con ribetes de parapsicología. «Solsticio», de James Patrick Kelly, insiste en el tema de las drogas, con intuiciones sorprendentes y originales, en el recurrente escenario ciberpunk de Stonehenge, e ilustrado con una erudición sospechosamente extraída del clásico estudio de Christopher Chippindale, *Stonehenge, el umbral de la historia*. «Hasta que nos despierten voces humanas», de Lewis Shiner, nos acerca al problema político de la manipulación genética, un tema candente en la época de la oveja «Dolly» y de la amenaza del loco doctor Richard Seed. «Stone vive», de John di Filippo, condensa gran parte de las preocupaciones ciberpunk, como los implantes o la prolongación artificial de la vida bajo un enfoque crítico hacia el dominio de las grandes corporaciones multinacionales que van a controlar el mundo. Característico del ciberpunk es el trabajo en colaboración, como sucede en los relatos «Estrella Roja, Órbita Invernal» —de Gibson y Sterling— y «Mozart con gafas de espejo» —de Sterling y Shinner—, que cierran el libro. Al primero, el futuro —nuestro presente— le ha jugado una mala pasada, pues va a ser justamente este año 1998 el del fin de la estación soviética Solyut, pero ya en la Rusia poscomunista de Yeltsin, y su abandono se debe al colapso técnico y no a la falta de interés de las nuevas autoridades rusas. En este relato todavía se advierte cierto involuntario patrioterismo de la guerra fría, en la que se contraponen la visión del *cowboy* americano por los nuevos horizontes frente a la tónica cerrazón de la ideología soviética. Por el contrario, «Mozart» es una refrescante sátira basada en el clásico viaje temporal, trufada de una sarcástica malicia, que encierra una aguda crítica contra la homogeneizadora cultura americana (si cabe más vigente en la actualidad).

En general, *Mirrorshades* quedará como una sólida antología de CF que ha sabido reunir la gran variedad de temas y registros del ciberpunk, y que nos demuestra cómo los relatos, en el ciberpunk y en la CF en general, son con frecuencia mejores que muchas novelas. Es cierto que a veces las jergas inventadas pueden resultar un tanto confusas, que las escenas eróticas parecen tópicamente pornográficas, que las referencias particularísimas a la cultura americana pueden extraviar al lector o que las bruscas elipsis narrativas desconciertan nuestro usual sentido del argumento, pero, al fin y al cabo, el estilo ciberpunk es así, con sus virtudes y sus excesos, un fascinante híbrido de literatura de género y de nuestra omnipresente cultura visual. Como traductores, hemos intentado reflejarlo lo más fielmente posible, sin traicionar sus, acaso ahora, innovadoras peculiaridades narrativas, ni adornar su tono provocativamente coloquial y callejero. Hemos mantenido el torturado fraseo que, en ocasiones, acota torrenciales y minuciosas descripciones con frases sucintas, lo que de hecho resulta muy alejado del estándar de la propia literatura norteamericana, y que, por ello, resulta doblemente atractivo y posee un indudable y perverso encanto. Al lector le toca a partir de ahora, según su propia jerga, conectar con el «modo ciberpunk»: visualizar, imaginar y «flipar», y lo más importante, disfrutar con esta insolente y retadora forma de entender la CF y la vida. Esperamos que

esta antología de culto, largamente esperada, ahora clásica, anime al reconocimiento del ciberpunk en nuestra letárgica cultura y represente incluso un resurgimiento más maduro desde aquí. Para todos, intelectuales preocupados por la tecnología, internautas enganchados, artistas inquietos o jóvenes aficionados al manga, puede suponer todo un descubrimiento y un sugerente punió de encuentro.

Andoni Alonso e Iñaki Arzoz

## PRÓLOGO

Este libro es un escaparate con algunos de los escritores que han llegado a ser importantes en esta década. Su alianza con la cultura de los años ochenta les ha marcado como grupo, como nueva corriente de la ciencia ficción. Esta corriente pronto fue reconocida como tal, y se le dieron numerosas etiquetas: Ciencia Ficción Dura Radical, Tecnologistas Fuera de la Lev, la Ola de los Ochenta, los Neurománticos y el Grupo Mirrorshades. Pero de todas estas etiquetas, pegadas y despegadas durante los ochenta, sólo una ha permanecido: ciberpunk. No hay casi ningún escritor al que le gusten las etiquetas, y en especial la de ciberpunk, dada su peculiar resonancia. Las etiquetas literarias conllevan un extraña manera de ofender por partida doble: a los que la reciben porque se sienten encasillados, y a los que no la reciben, porque han sido olvidados. Y, de alguna forma, las etiquetas colectivas nunca encajan del todo con el individuo particular, y por ello provocan una irritación compartida. De todo esto se deduce que el «típico escritor ciberpunk» no existe; este personaje es, simplemente, una ficción platónica. Para el resto de nosotros, esta etiqueta es un incómodo lecho de Procusto, donde los críticos malvados nos aguardan para cortarnos y estirarnos, a fin de que encajemos.

Y, sin embargo, es posible hacer afirmaciones genéricas y amplias sobre el ciberpunk e identificar sus características comunes. Yo voy a hacerlo a continuación, ya que la tentación es demasiado grande como para resistirme. Los críticos, incluido yo mismo, persisten en hablar colocando etiquetas, a pesar de todas las advertencias. Debemos hacerlo así porque ésta es una fuente de conocimiento muy útil, que al mismo tiempo resulta muy divertida.

En este libro espero presentar un panorama completo de la corriente ciberpunk, incluyendo desde sus primeros balbuceos hasta el momento actual. *Mirrorshades* debería ofrecer a los nuevos lectores de esta corriente literaria una amplia introducción sobre las convicciones, temas y cuestiones del ciberpunk. A mi modo de ver, éstos son, hasta la fecha, los relatos emblemáticos, ejemplos muy claros, característicos de cáela escritor. He evitado relatos que con frecuencia han formado parte de muchas otras antologías, de forma que hasta los devotos más fieles deberían encontrar aquí nuevas perspectivas.

El ciberpunk es producto del ambiente de los ochenta y, en cierto sentido, tal como espero mostrar más adelante, es un producto definitivo. Pero sus raíces se hunden profundamente en la tradición de la moderna ciencia ficción popular escrita en los años sesenta.

El ciberpunk, como grupo, explota la veta de la tradición de la ciencia ficción. Sus precursores son legión. Los escritores concretos del ciberpunk se diferencian entre sí por sus deudas literarias, pero algunos de los más antiguos, mejor dicho, los «preciberpunk», ejercen una clara y generalizada influencia.

Así, de la Nueva Ola tenemos que mencionar el agudo ingenio callejero de Harlan Ellison, el esplendor visionario de Samuel Delany, la vertiginosa locura de Norman Spinrad, la estética rock de Michael Moorcock, la osadía intelectual de Brian Aldiss y, siempre, a J. G. Ballard. De la tradición más clásica contamos con la perspectiva cósmica de Olaf Stapledon, la política ficción de H. G. Wells, las sólidas extrapolaciones de Larry Niven, Poul Anderson y Robert Heinlein.

Y los «ciberpunkis» sienten una especial predilección por los visionarios originales de la ciencia ficción, como la burbujeante imaginación de un Phillip José Farmer, el brío de un John Varley, los juegos sobre la realidad de un Phillip K. Dick y la irregularmente apreciada tecnología *beatnik* de Alfred Bester. Y además existe una especial admiración por un escritor cuya fusión entre tecnología y literatura sigue siendo insuperable: Thomas Pynchon.

Durante los sesenta y setenta, el impacto de la última corriente reconocida de la ciencia ficción, la Nueva Ola, trajo una novedosa preocupación a la ciencia ficción: la artesanía literaria. Muchos de los ciberpunkis escriben con una prosa elaborada y grácil; están enamorados del estilo y son (algunos lo dirían así) demasiado conscientes de esta moda. Pero, como los punkis del 77, siempre anteponen su estética de grupo de garaje. También les encanta vérselas cara a cara con el núcleo desnudo de la ciencia ficción: las ideas. Este hecho los une estrechamente a la tradición clásica de la ciencia ficción. Sin embargo algunos críticos consideran que el ciberpunk está separando la ciencia ficción de la corriente general de la literatura, del mismo modo que el punk desnudó al rock and roll de los adornos sinfónicos del «rock progresivo» de los setenta. (Mientras tanto, los tradicionalistas de la «ciencia ficción dura», que muestran una firme desconfianza hacia la «artisticidad», disienten ruidosamente.)

Como la música punk, el ciberpunk es, en cierto sentido, una vuelta a las raíces. Los ciberpunkis son quizás la primera generación de la ciencia ficción que ha crecido no sólo con esta tradición literaria sino que, además, vive en un auténtico mundo de ciencia ficción. Para ellos, los recursos de la «ciencia ficción dura», las extrapolaciones y la alfabetización tecnológica, no son sólo herramientas literarias, sino también una ayuda para la vida cotidiana. Son vías de conocimiento, y muy apreciadas.

En la cultura pop, lo primero es la práctica, y después la sigue la teoría renqueando por sus senderos. Antes de la era de las etiquetas, el ciberpunk era simplemente «la corriente», un tenue nexo generacional entre ambiciosos escritores, que intercambiaban cartas, manuscritos, ideas, luminosos elogios y punzantes críticas. Estos escritores — Gibson, Rucker, Shiner, Shirley y Sterling— descubrieron una amistosa unidad gracias a sus concepciones similares, temas compartidos e, incluso, a ciertos extraños símbolos que parecían tomar vida propia en su trabajo. Las gafas de espejo, por ejemplo.

Las gafas de sol de espejo se convirtieron en un tótem desde los tempranos días del 82. Las razones de ello no son difíciles de comprender. Los cristales de espejo protegen de las fuerzas de la normalidad, ocultando los ojos, haciendo creer que quien las lleva está loco y que posiblemente sea peligroso. Son el símbolo del visionario que mira al sol, del motero y del rockero, del policía y otros fuera de la ley. Las lentes de espejo, preferentemente cromadas, y con montura negro mate, los colores totémicos de la corriente, aparecían en un cuento tras otro, como una suerte de emblema literario.

Estos protociberpunkis fueron conocidos enseguida como «el grupo de las gafas de espejo». De ahí el título de esta antología, como un bien merecido homenaje al icono de dicha corriente. Pero otros escritores jóvenes, de igual talento y ambición, pronto empezaron a producir obras que los ligaban sin lugar a dudas a esta nueva ciencia ficción. Eran exploradores independientes cuyo trabajo reflejaba algo inherente a la década, algo propio del espíritu de los tiempos. Algo que estaba circulando en los ochenta.

De ahí el término «ciberpunk», una etiqueta que ninguno de ellos eligió. Pero ahora este término parece haber captado algo crucial del trabajo de esos escritores, algo crucial de la década en su conjunto, esto es, una nueva forma de integración: la superposición de mundos que estaban al principio separados, como el ámbito de la alta tecnología y el submundo moderno del pop.

Esta integración se ha convertido, durante décadas, en una fuente crucial de energía cultural. El esfuerzo literario ciberpunk tiene su paralelo en la cultura pop a lo largo de los ochenta: en el vídeo de rock, en el submundo de los hackers, en la tecnología callejera

del hip-hop y de la música scratch, en el rock de sintetizador de Londres y Tokio. Este fenómeno o dinámica tuvo un alcance global. Y el ciberpunk es su encarnación literaria.

En otra época, esta combinación habría parecido artificial y traída por los pelos. Tradicionalmente, ha existido un abismo enorme entre las ciencias y las humanidades, una brecha entre la cultura literaria, cuyo mundo formal es el arte y la política, y la cultura de la ciencia, cuyo mundo es la ingeniería y la industria.

Pero ese vacío está llenándose a una velocidad insospechada. Ahora la cultura tecnológica se ha salido de madre. Los avances de la ciencia son tan profundamente radicales, tan perturbadores, conflictivos y revolucionarios que ya no se pueden controlar. La ciencia está penetrando en la cultura general de forma masiva; ya está en todas partes. La estructura tradicional del poder, las instituciones de toda la vida, han perdido el control sobre el ritmo del cambio.

Y de pronto se hace evidente una nueva alianza: la integración de la tecnología y la contracultura de los ochenta; una alianza profana entre el mundo tecnológico y el mundo de la disidencia organizada, el mundo subterráneo de la cultura pop, de la fluidez visionaria, y de la anarquía de las calles.

La contracultura de los sesenta fue rural, romántica, anticientífica y antitecnológica. Pero siempre acechó en su corazón una contradicción simbolizada por la guitarra eléctrica. La tecnología del rock era como el filo agudo de un cuchillo. Fueron pasando los años, y la tecnología del rock se fue haciendo cada vez más perfecta, extendiéndose hacia la alta tecnología de grabación, el vídeo por satélite y la infografía. Poco a poco, fue como volver del revés la rebelde cultura pop, y ahora, con frecuencia, los artistas punteros del pop son también técnicos punteros. Son magos de los efectos especiales, maestros en las mezclas, técnicos de los efectos de grabación, hackers de los gráficos, que emergen en los nuevos medios para dejar estupefacta a la sociedad con las extravagancias de sus vuelos mentales, como en el cine de efectos especiales, y en la ayuda global de la «Live Aid».

Y ahora la tecnología ha alcanzado un ritmo febril, su influencia está descontrolada y ha llegado a la calle. Como ha señalado Alvin Toffler en *La tercera ola*, que es la Biblia para muchos de los ciberpunkis, la revolución tecnológica que remodela nuestra sociedad no se basa en la jerarquía, sino en la descentralización, no en la rigidez, sino en la fluidez.

El hacker y el rockero son los ídolos de la cultura popular de esta década, y en sí mismo el ciberpunk es, en gran medida, un fenómeno pop: espontáneo, energético, cercano a las raíces de lo pop. El ciberpunk proviene de un ámbito donde el hacker de ordenadores y el rockero se solapan; es un disco Petri cultural donde las sinuosas líneas de los genes se subdividen. Algunos encuentran los resultados extraños, incluso monstruosos; para otros, sin embargo, esta integración es una poderosa fuente de esperanza.

La ciencia ficción, al menos de acuerdo con el dogma oficial, ha versado siempre sobre el impacto de la tecnología. Pero los tiempos han cambiado desde la confortable era de Hugo Gernsback, cuando la ciencia estaba santificada y confinada en su torre de marfil. La desenfadada tecnofilia de aquellos días, cuando las autoridades gozaban de un confortable margen de control, pertenece a una era desaparecida y en letargo.

Al contrario, y en abierta oposición, la tecnología es para los ciberpunkis algo visceral. Ya no es el genio de la botella de los inventores de la Gran Ciencia. Por contra, ahora es ubicua y llamativamente íntima. No está fuera de nosotros, sino dentro, bajo nuestra piel y, a menudo, en el interior de nuestra mente.

La propia tecnología ha cambiado. Ya no es para nosotros esas gigantescas maravillas que escupían vapor, como la presa Hoover, el Empire State Building o las centrales nucleares. La tecnología de los ochenta se pega a la piel, responde al tacto: los ordenadores personales, los walkman de Sony, el teléfono móvil o las lentes de contacto blandas.

Ciertos temas centrales aparecen con frecuencia en el ciberpunk: el problema de la

invasión del cuerpo con miembros protésicos, circuitos implantados, cirugía plástica o alteración genética. Similar y quizás aún más poderosa es la invasión de la mente: interfaces mente—ordenador, inteligencia artificial, neuroquímica... son técnicas que redefinen radicalmente la naturaleza humana, la naturaleza del yo.

Como señaló Norman Spinrad en su ensayo sobre el ciberpunk, muchas drogas, así como el rock and roll, son productos definitivamente tecnológicos. Ninguna contracultura del tipo Earth Mother nos ofreció el ácido lisérgico, sino que vino de los laboratorios Sandoz, y cuando se escapó corrió por la sociedad como un fuego incontrolable. Timothy Leary calificó los ordenadores personales como «el LSD de los ochenta»; ambos representan tecnologías de un potencial aterradoramente radical. Y, como tales, son elementos de referencia continua para el ciberpunk.

Los ciberpunkis, al ser en sí mismos híbridos, están fascinados por las zonas intermedias, las áreas donde, en palabras de Gibson, «la calle usa las cosas a su modo»: son los sucios e irreprimibles grafitos callejeros, producto de ese artefacto industrial clásico, el bote de spray; es el subversivo potencial de la impresora, de la fotocopidora doméstica y la música scratch, cuyos innovadores marginales convierten al propio tocadiscos en un instrumento, generando la música arquetípica de los ochenta, donde el funk se encuentra con el método de collage de Burroughs. «Todo está en la mezcla» es cierto para gran parte del arte de los ochenta, y del mismo modo también es aplicable al ciberpunk, como lo es al punk, la moda «retro» de mezclar-y-ensamblar, y a la grabación digital multipista.

Los ochenta son una época de afianzamiento, de integración, de influencias híbridadas, de liberación de viejas nociones al sacudirlas y reinterpretarlas con una nueva sofisticación, desde una perspectiva más amplia. Los ciberpunkis buscan un punto de vista global y de gran alcance.

La novela de William Gibson, *Neuromante*, seguramente la quintaesencia de la novela ciberpunk, se sitúa en Tokio, Estambul y París. *Frontera*, de Lewis Shiner, presenta escenas en Rusia y México, y también en la superficie de Marte. *Eclipse*, de John Shirley, describe la Europa del Oeste en conflicto. *Blood Music*, de Greg Bear, es global, incluso cósmica en su amplitud.

Los instrumentos para la integración global, la red de satélites de comunicaciones y las corporaciones multinacionales, fascinan a los ciberpunkis y figuran constantemente en su trabajo. El ciberpunk tiene poca paciencia con las fronteras. *Hayawaka Science Fiction Magazine* fue la primera publicación que sacó un número «todo—sobre el ciberpunk», en noviembre de 1986. La innovadora revista británica *Interzone* ha sido también un hervidero para el activismo ciberpunk, que ha publicado a Shirley, Gibson y Sterling, a la vez que ha ofrecido editoriales rupturistas, entrevistas y manifiestos. La consciencia global es algo más que un artículo de fe de los ciberpunkis, es un esfuerzo deliberado.

El trabajo ciberpunk está marcado por su intensidad visionaria. Sus escritores aprecian lo extraño, lo surreal y lo aparentemente impensable. Se hallan deseosos o incluso ansiosos por tomar una idea y, sin simplificarla, llevarla más allá de sus límites. Como J. G. Ballard, un modelo idolatrado para muchos ciberpunkis, éstos usan a menudo una objetividad casi clínica, que no aparta la mirada. Se trata de un análisis frío, una técnica tomada de la ciencia, y que luego se emplea literariamente, como un impactante recurso punk.

A esta intensidad acompaña también una fuerte concentración imaginativa. El ciberpunk es ampliamente conocido por su eficiente empleo de los detalles, por su complejidad cuidadosamente elaborada, por su voluntad de llevar las extrapolaciones al tejido de la vida cotidiana.

Siempre favorece la prosa «densa», la rapidez, las vertiginosas avalanchas de información novelesca y la sobrecarga sensorial que sumergen al lector en el equivalente literario del «muro de sonido» propio del rock duro.

El ciberpunk es la extensión natural de elementos que ya están presentes en toda la ciencia ficción, algunas veces enterrados pero siempre con un potencial demoledor. El ciberpunk ha nacido dentro del género de la ciencia ficción, no es una invasión, sino una reforma moderna. Por ello, su influencia en el género ha sido rápida y poderosa.

Su futuro es una cuestión abierta, Como los artistas punk y los de la Nueva Ola, los escritores ciberpunk, tal como evolucionan, podrían lanzarse de pronto en una docena de distintas direcciones a la vez.

Parece poco probable que alguna etiqueta los fije por mucho tiempo. La ciencia ficción actual se encuentra en un raro momento de ebullición. Lo que resta de década puede asistir a una plaga generalizada de movimientos conducidos por la cada vez más cambiante y numerosa generación de los ochenta. Los once autores que aparecen aquí son sólo una parte de una amplia ola de escritores, y el grupo como totalidad todavía muestra signos de una notable militancia y rebeldía. Catapultados por un nuevo sentido de la ciencia ficción, los escritores están debatiendo, reconsiderando y enseñando los viejos dogmas con nuevos trucos. Mientras, las ondas del ciberpunk siguen extendiéndose, excitando a algunos, retando a otros y enfureciendo a unos pocos cuyas protestas no se oyen demasiado.

El futuro permanece sin escribir, aunque no porque no se haya intentado.

Y la última rareza de nuestra generación de ciencia ficción es que, para nosotros, la literatura del futuro tiene un largo y honorable pasado. Como escritores tenemos una deuda con todos los que nos precedieron, con esos escritores de ciencia ficción cuya convicción, compromiso y talento nos fascinó, y realmente cambió nuestras vidas. Tal deuda no se satisface nunca, sólo se reconoce y, así lo esperamos, se transmite como legado a aquellos que nos seguirán a su vez.

Aún debemos otros reconocimientos. La corriente debe mucho al paciente trabajo de los editores del momento. Una breve mirada a los derechos de autor muestra el papel central de Ellen Datlow en *Omni*, una hermana en la vanguardia de lo ideológicamente correcto, cargada siempre de sugerencias, cuya ayuda en esta antología ha sido inestimable. Gardner Dozois estuvo entre los primeros que llamaron la atención crítica sobre esta naciente tendencia. Junto con Shawna McCarthy, ha hecho de *Isaac Asimov's Science Fiction Magazine* un centro de energía y debate para esta corriente. La revista *Fantasy and Science Fiction* de Edward Ferman es siempre un punto de referenda de alta calidad. *Interzone*, la publicación periódica más radical de la ciencia ficción actual, ya ha sido mencionada. Su grupo editor merece que les demos las gracias de nuevo. Y gracias en especial a Yoshio Kobayashi, nuestro contacto en Tokio y traductor de *Schismatrix* y *Blood Music*, por sus favores, demasiado numerosos para mencionarlos. Y ahora, que empiece el espectáculo.

Bruce Sterling

## **EL CONTINUO DE GERNSBACK**

### **William Gibson**

Este relato fue la primera publicación profesional, en 1981, de William Gibson.

En los años siguientes, Gibson desarrolló un conjunto de obras de una enorme influencia, marcadas por una brillante fusión de escenarios y prospectiva. Sus novelas *Neuromante* y *Conde Cero*, y los relatos de *Sprawl series*, relacionados con esas novelas, otorgaron a Gibson un amplio reconocimiento por su impetuoso aliento narrativo, por su pulida y evocadora prosa y por su detallado y afilado retrato del futuro. Estas obras destacan como textos centrales de la ciencia ficción contemporánea.

Pero este relato abrió el camino. Fue una percepción fríamente certera de elementos que en el pasado se orientaron de manera equivocada, a la vez que un toque de atención para una nueva estética de la ciencia ficción de los ochenta.

Misericordiosamente, esa cosa ha comenzado a difuminarse, a volverse un episodio. Cuando todavía me llegan esas antiguas visiones, son periféricas; meros fragmentos confinados en el rabillo del ojo, simples fragmentos cromados de un doctor loco. Estaba ese transporte todo ala, volando sobre San Francisco la semana pasada, pero ya era casi traslúcido. Y los descapotables con aletas de tiburón se han vuelto infrecuentes, y, discretamente, las autopistas evitan convertirse en los resplandecientes monstruos de ochenta carriles donde estuve obligado a conducir el mes pasado con mi Toyota de alquiler. Y sé que nada de eso me va a perseguir hasta Nueva York; mi visión se está reduciendo a una única frecuencia de probabilidad. Me he esforzado mucho en ello. La televisión me ha ayudado bastante.

Supongo que todo empezó en Londres, en esa falsa taberna griega de Battersea Park Road, con el almuerzo de la corporación de inversiones de Cohén. Una insípida comida al vapor, y aún les costó treinta minutos encontrar un cubilete con hielo para el retsina. Cohén trabaja para Barris-Watford, la cual publica libros de gran formato en rústica, a la moda, sobre «artesanías industriales»: historias ilustradas de los letreros de neón, de las máquinas del millón, de los juguetes de cuerda del Japón ocupado. Había ido para fotografiar un serie de anuncios de zapatillas deportivas; chicas californianas, con piernas bronceadas y juguetonas zapatillas fosforescentes me habían estado gastando bromas, desde abajo de las escaleras mecánicas de Saint John Wood hasta los andenes de Tooting Bec. Una joven agencia ambiciosa y poco rentable había decidido que «lo misterioso del transporte londinense» vendería zapatillas vulcanizadas de nailon. Ellos deciden, yo fotografío. Y Cohén, al que yo conocía vagamente de los viejos tiempos de Nueva York, me había invitado a almorzar el día anterior a mi salida desde Heathrow. Trajo consigo a una joven vestida muy a la moda, llamada Dialta Downes, la cual virtualmente no tenía barbilla y era una reconocida historiadora del arte pop. Al recordarla, la veo caminar al lado de Cohén, bajo un letrero de neón colgante que destellaba: POR AQUÍ SE VA A LA LOCURA, en grandes letras sin remate.

Cohén nos presentó y explicó que Dialta era la primera promotora del último proyecto de Barris-Watford, una historia de lo que ella llamaba «la aerodinámica modernidad americana». Su título de trabajo era *La futurópolis aerodinámica: el mañana que nunca llegó*.

Hay una obsesión británica por los elementos más barrocos de la cultura pop americana, algo parecido al fetiche «vaquero—indio» propio de los alemanes, o a la aberrante afición francesa por las películas del bueno de Jerry Lewis.

Esto se manifestaba en Dialta Downes en su manía por una forma única de arquitectura americana, de la cual la mayoría de los americanos apenas son conscientes. Al principio no estaba seguro de lo que estaba hablando, pero poco a poco comencé a caer en la cuenta. Me encontré recordando la televisión de los cincuenta los domingos por la mañana.

Algunas veces, en las emisoras locales, pasaban como relleno viejos rollos rayados de películas. Te sentabas allí con tu sandwich de mantequilla de cacahuete y tu vaso de leche, y un pomposo y estático barítono de Hollywood te contaba que tendrías-un-coche-volador-en-tu-futuro. Y luego tres ingenieros de Detroit se movían alrededor de un viejo Nash con aletas, y más tarde lo veías correr a toda velocidad por alguna pista desierta de Michigan. Realmente nunca lo veías despegar, pero seguramente volaba hacia la tierra de Nunca Jamás de Dialta Downes; el auténtico hogar de una generación tecnófila sin ningún tipo de inhibición. Estaba hablando sobre estas curiosidades de lo «futurístico»; en América, pasas diariamente al lado de la arquitectura de los treinta y cuarenta: los cines con marquesinas estriadas para transmitir cierta misteriosa energía, los almacenes

baratos con fachadas de aluminio acanalado, las sillas de tubos cromados cubriéndose de polvo en los recibidores de hoteles de paso. Ella veía estas cosas como fragmentos de un mundo onírico, abandonado en el despreocupado presente; y quería que lo fotografiase para ella.

Los años treinta presenciaron la primera generación de diseñadores industriales americanos; hasta los treinta, todos los sacapuntas parecían sacapuntas, un elemental mecanismo victoriano, quizás con un pequeño arabesco decorativo en los bordes. Tras el advenimiento de los diseñadores, algunos sacapuntas parecían haber sido ensamblados en túneles de viento. En su mayor parte, el cambio era sólo superficial: bajo la aerodinámica carcasa de cromo se encontraba el mismo mecanismo Victoriano. Todo lo cual tenía cierto sentido, pues los diseñadores americanos más brillantes habían sido reclutados entre las filas de los diseñadores teatrales de Broadway. Todo era decorado, una serie de elaboradas formas para jugar a vivir en el futuro.

A la hora del café, Cohen sacó un grueso sobre de papel manila, lleno de ilustraciones satinadas. Pude ver las estatuas aladas que guardan la presa Hoover, sombreros ornamentales de cemento de diez metros inclinándose con simetría ante un huracán imaginario. Vi una docena de fotografías del edificio Johnson Wax de Frank Lloyd Wright junto a portadas de la revista de *pulp*<sup>2</sup> *Amazing Stories*, realizadas por un artista llamado Frank R. Paul. Los empleados del Johnson Wax deben de haberse sentido como si estuvieran caminando por una de esas utopías populares de Paul pintadas con aerógrafo. El edificio de Wright parecía haber sido diseñado para gente vestida con togas blancas y sandalias de charol. Tuve mis dudas respecto al boceto de un avión de línea propulsado a hélice particularmente gigantesco, una sola ala como un grueso y desproporcionado boomerang, con ventanas en lugares inusuales. Flechas indicadoras señalaban la localización de una gran sala de baile y de dos pistas de squash. Estaba fechado en 1936.

—Esta cosa... no podría haber volado, ¿no? —miré a Dialta Downes.

—Oh, no, completamente imposible, incluso con esas doce gigantescas hélices, pero les encantaba su aspecto, ¿ves? De Nueva York a Londres en dos días, comedores de primera clase, camarotes privados, bailando jazz durante la noche... Los diseñadores eran entonces populacheros, ¿ves? Intentaban dar al público lo que quería. Y lo que quería era el futuro.

Estuve en Burbank durante tres días intentando dotar de carisma a un rockero realmente gris, cuando recibí el paquete de Cohén. Es posible fotografiar lo que no está ahí, aunque es condenadamente difícil, y, consecuentemente, un talento muy vendible.

<sup>2</sup> Revistas de gran tirada cuya pasta de papel (*pulp*) era muy barata. Generalmente, el adjetivo se usa para ciertas revistas de detectives y de ciencia ficción. (*N. de los T.*)

Aunque no soy precisamente el peor en eso, este pobre tipo estaba arruinando la credibilidad de mi Nikon. Me fui deprimido, porque me gusta hacer bien mi trabajo, aunque no deprimido del todo, pues me aseguré de recibir el cheque por el trabajo, y decidí recuperarme con la sublime artísticidad del encargo de Barris-Watford. Cohén me había enviado algunos libros del diseño de los años treinta, más fotos de edificios aerodinámicos y una lista de los cincuenta ejemplos favoritos de Dialta Downes del estilo californiano.

La fotografía de arquitectura puede requerir largas esperas; el edificio se convierte en una suerte de reloj de sol mientras se aguarda a que la sombra se deslice fuera del detalle que te interesa, o a que la masa y el equilibrio de la estructura se revelen de cierta manera. Mientras esperaba, pensé en la América de Dialta Downes. Cuando capturé unos pocos de los edificios fabriles en la lente de mi Hasselbland, salieron con cierto aspecto de siniestra dignidad totalitaria, como los estadios que Albert Speer construyó para Hitler. Pero el resto era vulgar hasta la extenuación: material efímero sacado del inconsciente

colectivo americano de los treinta, que tendía mayormente a sobrevivir en deprimentes calles comerciales junto a moteles polvorientos, colchonerías y pequeños aparcamientos de coches de segunda mano. Decidí ir directamente a por las gasolineras.

En el cénit de la era Downes pusieron a Ming el inmisericorde<sup>3</sup> a cargo del diseño de las gasolineras de California. Favoreciendo el estilo arquitectónico de su Mongo natal, atravesó la costa, erigiendo emplazamientos de estuco para sus cañones de rayos. Muchos de ellos exhibían superfinas torres centrales rodeadas por un anillo cuyos extraños resaltes de radiador, que eran su marca de estilo, les hacía parecer como si estuvieran generando poderosos estallidos de crudo entusiasmo tecnológico, si se pudiera encontrar el interruptor que los conectara. Fotografié una en San José, una hora antes de que el bulldozer llegara y atravesara su estructura, que en realidad estaba hecha de contrachapado, escayola y cemento barato.

—Piensa en ello —me había dicho Downes— como en una suerte de América alternativa, unos años ochenta que nunca existieron, una arquitectura de sueños rotos.

Y éste era mi marco mental mientras recorría las estaciones de su convulso calvario arquitectónico en mi Toyota rojo, sintonizando con su imagen de una sombría América-que-no-fue, de plantas de Coca-Cola como submarinos varados y salas de cine de quinta clase como templos de alguna secta perdida que había adorado los espejos azules y la geometría. Y mientras paseaba por esas secretas ruinas, me encontré preguntándome cómo vivirían los habitantes de ese futuro perdido. Los años treinta soñaban con mármol blanco, con estelas de cromo, con cristal inmortal y bronce refulgente, pero los cohetes de las portadas de las revistas de Gernsback habían caído aullando en Londres en plena noche. Tras la guerra, todo el mundo tenía un coche, sin necesidad de aletas, y las prometidas autopistas para conducirlos por tierra, por lo que el propio cielo se oscureció y el humo de los tubos de escape erosionó el mármol y ensució el cristal milagroso...

Y un día, en las afueras de Bolinas, cuando estaba preparándolo todo para fotografiar un ejemplo particularmente llamativo de la arquitectura marcial de Ming, atravesé una fina membrana, una membrana de probabilidad...

Suavemente me adentré en el Borde.

Y miré hacia arriba para ver una cosa con doce motores, como un gigantesco boomerang, todo ala, zumbando camino al este con la gracia de un elefante, tan bajo que podía ver los remaches de su pálida y plateada superficie y podía escuchar, tal vez, un eco de jazz.

Se lo conté a Kihn.

<sup>3</sup> El personaje «malo» de la tira de cómics «Flash Gordón». (N. de los T.)

Merv Kihn, periodista independiente con un extenso trabajo sobre pterodáctilos de Texas, pueblerinos contactados por extraterrestres, ligas de guaridas de los monstruos del lago Ness y los cuarenta principales en teorías conspiratorias del imaginario de masas americano.

—Es bueno —dijo Kihn, limpiando sus gafas amarillas polarizadas en el sebo de su camisa hawaiana—, pero no es *mental*, carece del genuino pelaje.

—Pero lo vi, Mervyn. Estábamos tumbados al borde de una piscina, bajo el brillante sol de Arizona. Él se encontraba en fuesen buscando a un grupo de funcionarios retirados de Las Vegas, cuyo líder recibía mensajes de Ellos por medio de su horno microondas. Había conducido durante toda la noche y lo estaba acusando.

—Por supuesto que lo hiciste. Por supuesto que lo viste. Has leído mis cosas, ¿no has entendido mi solución omniexplicativa para el problema de los ovnis? Es simple, sencilla-como-el-chupete: la gente —se puso cuidadosamente las gafas en su nariz aguileña y me atrapó con su mejor mirada de basilisco— ve... cosas. La gente ve esas cosas. No hay nada allí, pero la gente las ve. Seguramente porque lo necesitan. Has leído a Jung, deberías saber el motivo... En tu caso es tan obvio... Admites que estás pensando en

arquitectura desportillada, teniendo fantasías... Mira, estoy seguro de que te has tomado tu ración de drogas, ¿no? ¿Cuánta gente ha sobrevivido a la California de los sesenta sin tener alucinaciones raras? Por ejemplo aquellas noches cuando descubriste que ejércitos completos de técnicos de Disney habían sido empleados para tejer hologramas animados de jeroglíficos egipcios en tus vaqueros, o cuando...

—Pero no era como eso.

—Por supuesto que no. No se parecía en absoluto; estaba «en un entorno de completa realidad», ¿verdad? Todo normal, y de repente aparece el monstruo, el mándala, el cigarro de neón. En tu caso, un gigantesco aeroplano a lo Tom Swift. Pasa *todo el tiempo*. Ni siquiera estabas loco. Lo sabes, ¿no? —pescó una cerveza de una abollada nevera portátil de poliuretano que estaba al lado de su tumbona—. La semana pasada estuve en Virginia. En Grayson County. Entrevisté a una chica de quince años que fue asaltada por una *cabezoso*.

—¿Una qué?

—Una cabeza de oso. La cabeza cortada de un oso. Esa cabezoso, ¿sabes?, estaba flotando por ahí solita, en su pequeña bandeja voladora que se parecía a los tapacubos del Caddy de coleccionista que tiene el primo Wayne. Tenía ojos rojos brillando como dos brasas de puro y antenas telescópicas de cromo que le salían de detrás de sus orejas —Kihn eructó.

—¿La asaltó? ¿Cómo?

—No quieras saberlo. Ya sé que eres muy impresionable. «Era fría» —volvió a usar su falso acento sureño— «y metálica». Hacía ruidos electrónicos. Pero esto es lo que hay; la veta directa del subconsciente de masas, amigo mío. Esa chiquita es una bruja. No hay lugar aquí para ella, para que pueda funcionar en esta sociedad. Habría visto al diablo si no la hubieran educado con *El hombre biónico* y todas esas reposiciones de *Star Trek*. Ella está metida en el meollo. Y sabe lo que le pasó. La encontré diez minutos antes de que los chicos de los ovnis aparecieran con sus polígrafos.

Debí de parecer decepcionado, pues él dejó la cerveza con cuidado al lado de su nevera y se sentó.

—Si quieres una explicación más sofisticada, te diría que se trata de un fantasma semiótico. Todas esas historias de contactados, por ejemplo, están montadas sobre una suerte de imaginaria de ciencia ficción que impregna nuestra cultura. Podría admitir a los extraterrestres, pero no a extraterrestres que se parecen a los del cómic de los cincuenta. Hay fantasmas semióticos, fragmentos de imaginaria de la cultura profunda que se desgajan y toman vida propia, como las aeronaves a lo Verne que esos viejos granjeros de Kansas veían todo el tiempo. Pero lo que tú viste fue un tipo diferente de fantasma, eso es todo. Ese avión formó parte alguna vez del subconsciente de masas. De alguna manera tú lo recogiste. Lo importante es no preocuparse demasiado.

Aun así, me preocupé.

Kihn peinó su pelo rubio con entradas y salió a ver lo que Ellos habían tenido que decir últimamente en la frecuencia del radar; corrí las cortinas de mi habitación y me tumbé en la oscuridad con el aire acondicionado funcionando para seguir preocupándome. Todavía estaba en ello cuando me desperté. Kihn había dejado una nota en mi puerta; volaba hacia el norte en un avión chárter para comprobar un rumor acerca de la mutilación de ganado (los «mutis», los llamaba él, otra de sus especialidades periodísticas).

Me fui a comer, me duché, tomé una pastilla para adelgazar medio desmigada, que había estado dando tumbos por mi estuche *de afeitado* durante tres años, y me dirigí a Los Ángeles.

La velocidad limitaba mi visión al túnel formado por los focos delanteros de mi Toyota. El cuerpo podía conducir, me dije a mí mismo, mientras la mente aguantara. Aguantara y se apartara de la visión alterada por las anfetaminas y el cansancio de las ventanillas laterales, de la vegetación espectral y luminosa, que crece en el rabillo del ojo de la mente

a lo largo de las autopistas a media noche. Pero la mente tiene sus propias ideas, y la opinión de Kihn sobre lo que había pensado que era mi «visión» giraba interminable en mi cabeza en una corta órbita circular. Fantasmas semióticos. Fragmentos del Sueño de Masas, en torbellino tras la estela de mi ruta. De alguna forma, este bucle retroalimentado agravó el efecto de la píldora adelgazante, y la fugaz vegetación a lo largo de la carretera comenzó a tomar los colores de las imágenes infrarrojas de un satélite, mientras semillas fosforescentes se desprendían por el rebufo del Toyota. Me hice a un lado y una media docena de latas de cerveza me lanzaron un guiño de buenas noches cuando apagué las luces. Me pregunté qué hora sería en Londres, e intenté imaginarme a Dialta Downes tomándose el desayuno, entre figurillas aerodinámicas de cromo y libros sobre cultura americana.

Las noches del desierto, en ese país, son enormes. La luna está más cerca. La miré durante un buen rato, y decidí que Kihn estaba en lo cierto. Lo principal era no preocuparse. A diario, por todo el continente, gente mucho más normal que lo que yo nunca he aspirado a ser veía pájaros gigantescos, yetis, refinerías de petróleo volantes... Eso era lo que le daba trabajo y dinero a Kihn. ¿Por qué debía estar molesto por un fragmento de la imaginación pop de los treinta que andaba suelto sobre Bolinas? Decidí ir a dormir con nada peor de qué preocuparme que las serpientes de cascabel y los hippies caníbales, a salvo entre la basura de la cuneta de mi propio «continuo» familiar. Por la mañana bajaría a Nogales y fotografiaría los viejos burdeles, algo que había querido hacer durante años. La píldora de adelgazamiento había dejado de dar guerra.

Una luz me despertó, y luego lo hicieron las voces.

La luz venía de algún lugar detrás de mí y arrojaba sombras saltarinas dentro del coche. Las voces eran serenas, impersonales, un hombre y una mujer enzarzados en una conversación.

Mi cuello estaba rígido y sentía los globos oculares rozar contra las cuencas. Una pierna se me había dormido apretada contra el volante. Palpé en el bolsillo de mi camisa de faena buscando las gafas hasta que finalmente las encontré.

Luego miré hacia atrás y vi la ciudad.

Los libros de los años treinta estaban en el maletero; en uno de ellos había bocetos de una ciudad idealizada inspirada en *Metrópolis* y *Things to Come*, pero lo mostraban todo ascendiendo hacia unas perfectas nubes de arquitecto, además de puertos para zepelines y agujas de delirante neón. Esa ciudad era un modelo a escala de la que tenía a mis espaldas. Un chapitel sucedía a otro como en los escalones de un resplandeciente zigurat, subiendo hasta la torre central de un templo dorado que estaba rodeado por los locos anillos de radiador de las gasolineras de Mongo. Se podía ocultar el Empire State Building en la más pequeña de esas torres. Carreteras de cristal se elevaban entre las agujas, atravesadas y vueltas a atravesar por suaves formas plateadas, como gotas de mercurio derramándose. El aire estaba abarrotado de naves, gigantescas alas voladoras, minúsculos objetos plateados en forma de flecha (en ocasiones, una de esas rápidas formas plateadas se elevaba grácilmente en el aire, desde los puentes celestes, y volaba hacia arriba para unirse al baile), aeróstatos de una milla de longitud, cosas en forma de libélula que parecían autogiros...

Cerré los ojos con fuerza y me di la vuelta en el asiento. Cuando los abrí, meforcé en ver el cuentakilómetros, el blanco polvo de la carretera en la guantera de plástico negro, el desbordado cenicero. Los cerré.

—Psicosis anfetamínica —me dije. Abrí los ojos. La guantera estaba allí, así como el polvo y las colillas aplastadas. Con mucho cuidado, sin mover la cabeza, encendí los faros.

Y entonces los vi.

Eran rubios. Estaban al lado de su coche, un aguacate de aluminio con una aleta de tiburón saliendo del centro y pulidos neumáticos negros, como los de un juguete de niño.

El le rodeaba con su brazo por la cintura y gesticulaba hacia la ciudad. Ambos vestían de blanco, ropajes sueltos, las piernas descubiertas e inmaculadas sandalias blancas. Ninguno de ellos parecía percibir la luz de mis faros. El le decía algo en un tono sabio y confiado y ella asentía. Repentinamente me aterroricé, me aterroricé pero de un modo completamente diferente. La lucidez había dejado de ser la cuestión; sabía que, de alguna manera, la ciudad que estaba detrás era Tucson, un Tucson soñado, vomitado por el anhelo colectivo de toda una época. Esto era real, completamente real. Pero la pareja que había frente a mí vivía dentro, y ellos eran los que me aterrORIZABAN.

Eran los niños de los ochenta—que—no—fueron de Dialecta Downes, eran los Herederos del Sueño. Eran blancos, rubios, y probablemente tenían los ojos azules. Eran americanos. Dialecta había dicho que el futuro había llegado a América primero, pero que finalmente había pasado de largo. Pero no aquí, en el corazón del Sueño. Aquí habíamos progresado más y más, dentro de una lógica onírica que no sabía nada de la contaminación, de las reservas limitadas del combustible fósil, de guerras extranjeras que era posible perder. Eran superficiales, felices y claramente satisfechos consigo mismos y su mundo. Y en el Sueño, éste era *su* mundo.

Tras de mí, la ciudad iluminada: los reflectores recorrían el cielo por el simple placer de hacerlo. Los imaginaba llenando plazas de mármol blanco, en orden y alerta, sus claros ojos brillando entusiasmados por sus calles completamente iluminadas y llenas de coches plateados.

Todo tenía el siniestro sabor de la propaganda de las Juventudes Hitlerianas.

Puse el coche en marcha, y conduje hacia delante, despacio, hasta que el parachoques estuvo a un metro suyo. Todavía no me habían visto. Bajé la ventanilla y escuché lo que decía el hombre. Sus palabras tenían el falso y vacío brillo de los folletos de las cámaras de comercio, y supe que él creía en ellas absolutamente.

—John —oí que decía la mujer—, hemos olvidado tomar nuestras pastillas de alimentación. Y con un click sacó dos pastillas brillantes de un pequeño depósito de su cinturón pasándole una a él. Volví a la carretera y me dirigí a Los Ángeles, sacudiendo la cabeza estremecido.

Telefoné a Kihn desde una gasolinera; una nueva, de un mediocre estilo hispano moderno. Había vuelto de su expedición y no parecía que le molestara la llamada.

—Sí, eso es extraño. ¿Intentaste tomar alguna foto? No es que vayan a salir, pero le añade cierto toque intrigante a tu historia, el no tener fotos resulta...

Pero ¿qué debería hacer?

—Ve mucho la televisión, especialmente concursos y telenovelas. Vete a ver películas porno. ¿Has visto *Nazi Love Motel*? La ponen aquí por cable. Realmente horrible. Justo lo que necesitas.

¿De que estaba hablando?

—Para de gritar y escúchame. Te estoy contando un secreto profesional: los medios de masas realmente malos pueden exorcizar tus fantasmas semióticos. Si pueden quitarme de encima a esa gente de los platillos, pueden hacerlo también con esos futuroides tuyos de Art Decó. ¿Qué tienes que perder?

Luego me rogó que le dejara, aludiendo una cita de madrugada con el Electo.

—¿Con quién?

—Con los ancianos de Las Vegas, los del microondas.

Pensé en poner una conferencia a cobro revertido a Londres, contactar con Cohén en Barris-Watford, y contarle que su fotógrafo estaba haciendo una reserva para una larga temporada en la Zona Crepuscular<sup>4</sup>. Al final dejé que una máquina me preparara un café solo imposible y me subí de nuevo al Toyota, para ir a Los Ángeles.

Los Ángeles fue una mala idea, y estuve allí dos semanas. Era el país primordial de Downes, allí había muchos fragmentos del Sueño aguardándome para asaltarme. Casi

estrellé el coche en el estrechamiento de una salida, cerca de Disneylandia, donde la carretera se desplegó, como en un truco de papiroflexia, y *me* dejó esquivando siseantes gotas de cromo con aletas de tiburón en una docena de minicarriles. Todavía peor, Hollywood estaba llena de gente que se parecía demasiado a la pareja que había visto en Arizona. Contraté a un director italiano que estaba a punto de irse y que intentaba ganar algo de dinero hasta que llegara su barco con trabajos de revelado e instalando enlosados en los bordes de las piscinas. Hizo revelados de todos los negativos que había acumulado para el trabajo de Downes. No quise echar un vistazo al material. A Leonardo no pareció importarle y, cuando terminó, comprobé las copias pasándolas a toda prisa, como si fueran una baraja de naipes, y las mandé por correo aéreo a Londres. Luego tomé un taxi para ir al cine donde echaban *Nazi Love Motel* manteniendo los ojos cerrados durante todo el trayecto.

Cohén me envió un telegrama de felicitación a San Francisco una semana después. Dialta adoraba las fotos. Él admiraba la forma en que «me había sumergido en esto» y esperaba volver a trabajar conmigo pronto. Esa tarde vi un ala volante sobre Castro Street, pero había algo tenue en ella, como si estuviera allí sólo a medias. Corrí hacia el quiosco más cercano y compré todo lo que pude sobre la crisis del petróleo y los riesgos de la energía nuclear. Acabé decidiéndome a comprar un billete de avión para Nueva York.

—Qué asco de mundo en el que vivimos, ¿eh? —el quiosquero era un negro delgado con dientes estropeados y un evidente peluquín. Asentí, rebuscando el cambio en mis vaqueros, ansioso por encontrar un banco en el parque donde poderme sumergir en la duras evidencias de la casi distopía humana en la que vivimos—. Pero podría ser peor, ¿eh?

—Desde luego —dije—, o incluso mucho peor, podría ser perfecto.

Me observó mientras desaparecía por la calle con mi pequeño paquete de catástrofe condensada.

<sup>4</sup> En inglés, *Twilight Zone* alude al lugar donde ocurren fenómenos paranormales. (*N. de los T.*)

## OJOS DE SERPIENTE

### Tom Maddox

Hacia 1986, la nueva estética de los ochenta estaba en pleno apogeo. La vanguardia de aquel momento está brillantemente representada por este relato del escritor de Virginia Tom Maddox.

Tom Maddox es profesor adjunto de lengua y literatura en la Universidad Estatal de Virginia. No es un escritor prolífico, y su obra por ahora consiste en unos pocos relatos. Sin embargo, su maestría en el estilo ciberpunk no ha sido superada.

En este visionario relato de ritmo rápido, Maddox se mueve ágil e incisivo por un amplio espectro de los teñas y obsesiones de esta corriente. «Ojos de serpiente» destaca como un ejemplo definitivo de la temática central del ciberpunk.

La carne de la lata, oscura, marrón, aceitosa y salpicada de viscosidades, despedía un repelente olor a pescado. Su amargo y pútrido sabor le llegó hasta la garganta, como si fuera la digestión del estómago de un muerto. George Jordán se sentó en el suelo de la cocina y vomitó. Luego, haciendo un esfuerzo, se apartó del charco brillante que ahora se parecía demasiado a lo que quedaba en la lata. Pensó: «No, esto no servirá: tengo cables en la cabeza y eso es lo que me hace comer comida de gato. *A la serpiente le gusta la*

*comida de gato*».

Necesitaba ayuda, pero sabía que de poco le iba a servir llamar a las Fuerzas Aéreas. Ya lo había intentado, pero dijeron que no se iban a responsabilizar del monstruo de su cabeza. Lo que George denominaba «la serpiente», los de las Fuerzas Aéreas lo llamaban Tecnología Efectiva para Interfaz Humano, TEIH, y no querían saber nada acerca de sus problemas secundarios tras ser licenciado. Ya tenían sus propias dificultades con los comités del Congreso que investigaban «la dirección de la guerra en Tailandia».

Se tumbó durante un rato con su mejilla contra el frío linóleo. Se levantó y se enjuagó la boca en el lavabo y luego puso la cabeza bajo el grifo, dejando que el agua fría corriera y diciéndose: «entonces llama a la jodida multinacional, llama a SenTrax y pregúntales si es verdad que pueden hacer algo con el íncubo que quiere apoderarse de tu alma. Y si te preguntan qué problema tienes, diles que *la comida de gato*, y quizás te respondan que, mierda, tal vez lo único que quiere es apoderarse de tu *comida*».

En medio de la desolada habitación había una silla tapizada de marrón con un teléfono a un lado y una televisión pegada a la pared opuesta. Eso era todo; algo que podría haber sido un hogar de no ser por la serpiente.

Descolgó el teléfono, activó el listín de la pantalla y marcó el número de TELECOM SENTRAX.

El Orlando Holiday Inn se encontraba cerca de la terminal del aeropuerto a la que llegaban turistas ansiosos de las delicias de Disneylandia. «Pero para mí», pensó George, «no hay patitos simpáticos y sonrientes ratoncitos. Aquí, como en todas partes, estoy en la *ciudad de la serpiente*».

Se apoyó contra la pared de la habitación de motel, observando cómo las grises sábanas de una lluvia torrencial cubrían la acera. Había estado esperando el despegue durante dos días. Había una lanzadera descansando en su plataforma de Cabo Cañaveral, y en cuanto se despejase el tiempo, un helicóptero lo recogería y lo llevaría allá, a la Estación Atenea, a unos treinta mil kilómetros sobre el ecuador terrestre como un paquete dirigido a SenTrax Inc.

<sup>1</sup> El autor juega con un doble significado: ojos de serpiente —los del animal— y la denominación de una jugada en la que salen los dos ases en el juego de dados *Odds and Craps*, lo que implica perderlo todo. (*N. de los T.*)

Frente a él, bajo la luz láser de un holoprojector Blaupunkt, aparecían figurillas de un pie de altura que hablaban sobre la guerra de Tailandia y sobre la suerte que había tenido Estados Unidos al evitar otro Vietnam.

¿Suerte? Tal vez. A él ya lo habían cableado y puesto a punto para el combate, y ya estaba acostumbrado al ergonómico asiento posterior del avión negro de fibra de vidrio A-230 General Dynamics. El A-230 volaba rozando el límite de una letal inestabilidad, y cada sensor de su fuselaje estaba monitorizado por su propio banco de microcomputadores, tocios ellos conectados al «cerebro—serpiente» del copiloto mediante dos cables gemelos de miopreno que salían de ambos lados de su esófago..., y entonces él *desaparecía*, ¡oh, sí!, cuando los cables se enchufaban, cuando el fuselaje resonaba por sus nervios, con su cuerpo exultante por esta nueva identidad, por este nuevo poder.

Luego el Congreso acabó con la guerra y las Fuerzas Aéreas acabaron a su vez con George, y cuando llegó su licencia, ahí se quedó él, completamente cableado y sin un lugar a dónde ir, abandonado con toda esa patética tecnología, con ese hardware en su cabeza que, a partir de entonces, iba a cobrar vida propia.

Fuera, los relámpagos cruzaron el cielo púrpura, dividiéndolo como si fuera una especie de gigantesco cuenco de cristal agrietado. En el holotelevisor, otro hombrecillo de

un pie de altura dijo que la tormenta tropical desaparecería en las próximas dos horas.  
Sonó el teléfono.

Hamilton Innis era alto y pesado, medía unos seis pies y pesaba doscientas cincuenta libras aproximadamente. Flotaba en un blanco corredor intensamente iluminado. Vestido con zapatillas negras y un mono azul cobalto con las letras *Sentrax* en rojo sobre el bolsillo izquierdo del pecho, se sujetaba con cuidado a un muro gracias a una de las bandas de velero del mono. Una pantalla sobre la compuerta de acceso mostraba cómo la lanzadera ensamblaba el morro en el muelle de atraque. Esperó a que se ensamblaran las escotillas y a que le enviaran al último de sus candidatos.

Este llevaba seis meses en la reserva y estaba perdiendo lentamente todo lo que los doctores de las Fuerzas Aéreas le habían metido en su mente; ex sargento técnico George Jordán: dos años en la Universidad Estatal de Oakland, California, alistado más tarde en las Fuerzas Aéreas y posteriormente entrenado como tripulante en el TEIH. De acuerdo con el perfil que el Aleph había extraído de los informes de las Fuerzas Aéreas, era un hombre con unas aptitudes e inteligencia ligeramente superiores a la media, además de una inclinación acusada, por encima de lo normal, a las situaciones límite, y de ahí que se presentara voluntario para el TEIH y para el combate. En las fotografías de su ficha parecía anodino: cinco pies y diez pulgadas de altura, y unas setenta y seis libras de peso, pelo y ojos castaños, ni atractivo ni feo. Pero eran fotografías antiguas y no podían mostrar lo que la serpiente y el miedo lo habían transformado. «No lo sabes bien, colega», pensó Innis, «pero todavía no has visto nada raro de verdad».

El hombre llegó dando tumbos por el pasillo, más o menos perdido por la ingravidez, pero Innis pudo verlo intentando orientarse, deseando que sus músculos dejaran de luchar, intentando evitar que se hicieran cargo de una gravedad que simplemente ya no estaba allí.

—¿Qué diablos hago ahora? —le preguntó George Jordán, flotando en medio y con una mano agarrada al asidero de la compuerta.

—Relájate, ahora te agarro —Innis se proyectó lejos de la pared y, lanzándose hacia él, lo agarró cuando pasaba a su lado, flotando ambos hacia el muro opuesto. Dio otra patada contra la pared y salieron.

Innis dejó a George durante unas cuantas horas para que intentara, inútilmente, dormir; tiempo suficiente también para que los fosfenos provocados por el alto nivel de gravedad del viaje desaparecieran de su visión. George pasó la mayor parte del tiempo dando vueltas en su litera, escuchando el zumbido del aire acondicionado y los crujidos de la estación giratoria. Luego Innis llamó a la puerta de su camarote y dijo por el intercomunicador:

—Vamos, tío. Hora de ver al doctor.

Atravesaron la parte más antigua de la estación, donde se veían oscuras gotas de pegamento fosilizado sobre el plástico verde del suelo, arañazos producidos por el continuo fregado y desvaídos logotipos y anagramas de compañías. GICO se repetía varias veces en una borrosa tipografía. Innis le dijo a George que significaba Grupo Internacional de Construcciones Orbitales, los constructores y controladores originales del Atenea, una compañía ya desaparecida.

Innis condujo a George frente a una puerta en la que un letrero anunciaba: GRUPO DE INTERFAZ.

—Entra —le dijo—. Yo volveré dentro de un rato.

De la pared, de un suave color crema, colgaban dibujos de grullas pintadas con delicadas pinceladas blancas sobre seda ocre. El área central estaba limitada por una serie de mamparos de gomaespuma traslúcida iluminados desde atrás por una tenue luz.

Más adelante, estos mamparos se convertían en un corredor en penumbra. Ahora George se encontraba sentado en un sillón fabricado con tiras de cuero color chocolate. Frente a él, Charley se recostaba en una silla de cuero marrón y cromo con los pies puestos encima de una mesa de contrachapado negro y con media pulgada de ceniza pendiente del extremo de su cigarrillo.

Charley Hughes no era el típico doctor. Tenía una esbelta figura dentro de su gastada ropa gris. Su pelo negro, recogido en una tirante coleta que le llegaba hasta la cintura, afilaba sus rasgos agudos. Su expresión estaba crispada, con un cierto toque de locura.

—Cuéntame lo de la serpiente —dijo Charley Hughes.

—¿Qué quieres saber? Es un implante de nexo micrófono— micrófono.

—Sí, ya sé. Pero eso no me interesa. Cuéntame tu experiencia —la ceniza del cigarrillo cayó sobre la moqueta marrón—. Dime por qué estás aquí.

—Vale. He estado apartado de las Fuerzas Aéreas más o menos durante un mes. Tenía un refugio cerca de Washington, en Silver Spring. Pensé que podía conseguir algún trabajo en una compañía aérea pero no tenía demasiada prisa, y como aún me quedaban seis meses de paga tras la licencia, pensé tomármelo con calma durante algún tiempo.

»Al principio comencé a sentir una inexplicable extrañeza. Me sentía distante, desconectado, pero ¿qué coño? Eso es vivir en EE. UU. ¿sabes? Bueno, una tarde estaba relajándome. A punto de ver un pequeño holovideo y beberme unas cervezas. Jo, tío, esto es difícil de explicar. Sentí algo *realmente divertido*, algo así como un ataque al corazón o una embolia. Las palabras del holovideo de repente carecían de sentido y era como verlo todo debajo del agua. Luego aparecí en la cocina sacando cosas de la nevera: carne picada, huevos crudos, mantequilla, cerveza y todo tipo de porquerías. Simplemente me quedé allí y me lo tragué todo. Casqué los huevos y los sorbí directamente de la cáscara, me comí la mantequilla a bocados, me bebí toda las cervezas, una, dos, tres, así, sin más.

Los ojos de George permanecían cerrados mientras recordaba y sentía cómo crecía de nuevo el miedo que surgió después.

—No podría decir si era yo el que estaba haciendo todo esto... ¿entiendes lo que quiero decir? Quiero decir que yo era quien realmente estaba sentado allí, pero al mismo tiempo era como si alguien más estuviera en casa.

—La serpiente. Su presencia plantea algunos... problemas. ¿Cómo te enfrentas a ellos?

—Me puse en guardia, esperando que no me pasara otra vez, pero pasó, y esta vez me fui a ver a Walter Reed y les dije, tíos, ¡me están sucediendo estos *episodios!*

—¿Y te entendieron?

—No. Sacaron mis informes, me hicieron un chequeo físico... pero, mierda, antes de que me licenciara, ya me habían encajado todo el aparato. Es igual, ellos dijeron que era un problema psiquiátrico, así que me mandaron a un loquero. Fue por entonces cuando vosotros, tíos, entrasteis en contacto conmigo. El loquero no me hacía ningún bien, tío, ¿has comido alguna vez comida de gato? Pues, por eso, al mes os llamé de nuevo.

—Tras haber rechazado la primera oferta de SenTrax.

—¿Por qué tendría que gustarme trabajar para una multinacional? Vida de «multi», pensamiento de «multi», ¿No es así como lo llaman? ¡Dios! Acababa de largarme de las Fuerzas Aéreas y pensé: a la mierda con todo. Supongo que la serpiente me hizo cambiar de opinión.

—Ya veo. Debemos hacerte un cuadro físico completo, hacerte un escáner super CAL para los perfiles cerebrales, químicos y de actividad eléctrica. Luego podremos considerar las alternativas. Por cierto, hay una fiesta en la Cafetería 4, puedes pedirle a tu ordenador que te indique cómo llegar. Allí encontrarás a algunos de tus colegas.

Mientras George era guiado a través del corredor de goma— espuma por un técnico médico, Charles Hughes fumaba sus Gauloises sin parar y miraba con clínico

distanciamiento el temblor de sus manos. Era extraño que no temblaran en el quirófano, aunque en este caso no importaba, pues los cirujanos de las Fuerzas Aéreas ya habían hecho su trabajo en George.

George... Ahora era él quien necesitaba un poco de suerte porque era uno de esos casos estadísticamente insignificantes para los que el TEIH significaba un billete para una locura muy particular; justo el tipo de caso que le interesaba al Aleph. Estaban también Paul Coen y Lizzie Heinz. También pertenecían a la misma estadística, ambos seleccionados por un perfil psicológico preparado por el Aleph, ambos con implantes colocados por Charley Hughes. Paul Coen se había metido en una escotilla y se había reventado a sí mismo en el vacío. Ahora sólo quedaban Lizzie y George.

No era de extrañar que sus manos temblaran; puedes hablar todo lo que quieras sobre la vanguardia de la alta tecnología, pero recuerda que siempre tiene que haber alguien que empuñe el bisturí.

En el blindado núcleo de la Estación Atenea había un nido de esferas concéntricas. La más interna medía cinco metros de diámetro, estaba llena de fluorocarbono líquido inerte, y contenía un cubo negro de dos metros de arista de cuyos lados salían gruesos cables negros.

Dentro del cubo oscilaba una serie fluida de ondas hologramáticas en nanosegundos, con el ritmo del conocimiento y la intencionalidad: el Aleph. El Aleph estaba formado por una consciencia infinitamente recursiva, en una secuencia determinada por la voluntad de la máquina.

Por ello, hablando con precisión, no existía tal Aleph, igual que no existían sujetos o verbos en las oraciones que él se decía a sí mismo. Esto representaba una paradoja, que para el Aleph precisamente era una de las formas intelectuales más interesantes; era una paradoja que marcaba los límites de una actitud, incluso de un modo de ser, y al Aleph también le interesaban mucho los límites.

El Aleph había observado la llegada de George Jordán, su incomodidad en la litera, su entrevista con Charley Hughes. Le encantaban estas observaciones por la piedad, compasión y empatía que le despertaban, va que le permitían predecir el océano de cambios que George iba a sufrir: éxtasis, pasión, dolor. Al mismo tiempo, el Aleph sentía con distanciamiento la necesidad de su dolor, incluso de un dolor que le acercara a la muerte.

Compasión, distancia, muerte, vida...

Millares de voces rieron dentro del Aleph. Pronto George encontraría sus propios límites y sus propias paradojas. ¿Sobreviviría George? El Aleph así lo esperaba. Ansiaba el contacto humano.

La Cafetería 4 era una sala cuadrada de diez metros de lado, con la forma de una azulada cáscara de huevo, llena de sillas y mesas esmaltadas en gris oscuro que podían fijarse magnéticamente en cualquier parte de la superficie de la sala, dependiendo de la dirección que tomara el giro gravitatorio. Muchos de los objetos colgaban de las paredes para ofrecer más espacio a la gente que estaba dentro.

En la puerta, George encontró a una mujer alta que le dijo:

—Bienvenido, George. Soy Lizzie. Charlie Hughes me dijo que vendrías —su rubio pelo estaba cortado casi al rape, sus ojos eran de un azul luminoso con puntitos dorados. Su nariz afilada, la barbilla un tanto huidiza y unas mejillas prominentes le daban el aspecto hambriento de una modelo en paro. Llevaba una falda negra, abierta a ambos lados hasta el muslo, y medias rojas. Sobre la pálida piel de su hombro izquierdo, tenía tatuada una rosa roja, cuyo verde tallo se curvaba bajando entre sus pechos desnudos, donde una espina le extraía una estilizada gota de sangre. Ella también tenía una brillante conexión de cables bajo su mandíbula. Besó a George metiéndole la lengua en la boca.

—¿Tú eres la oficial de reclutamiento? Si es así, haces muy bien tu trabajo —dijo George.

—No me hace falta reclutarte. Puedo ver que ya te has unido —le tocó ligeramente bajo su mandíbula, donde resplandecían sus conexiones.

—Todavía no lo he hecho —pero ella tenía razón, pues ¿qué otra cosa podía hacer?

—¿Tenéis cerveza por aquí?

Cogió la botella de Dos Equis<sup>2</sup> que Lizzie le ofrecía, se la bebió rápidamente y pidió otra. Luego se dio cuenta de que era un error; todavía no se había acostumbrado a la baja o casi inexistente gravedad y, además, aún seguía tomando píldoras contra la náusea («Úsese con precaución si se trabaja con maquinaria»). Todo lo que sabía en ese momento era esto: dos cervezas, y la vida se volvía un carnaval. Había luces, ruido, mesas y sillas colgando de los muros y del techo como esculturas surrealistas, y mucha gente desconocida (le presentaron a algunos, pero enseguida se olvidó de sus nombres).

Y estaba Lizzie. Ambos dedicaron un buen rato a meterse mano en un rincón. No era del todo el estilo de George, pero, al mismo tiempo, allí parecía apropiado. A pesar de la intimidad, el beso en la entrada le había parecido parte de una ceremonia, un rito de paso o de iniciación, pero de pronto sintió que... ¿qué?, una llama invisible transmitiéndose del uno al otro, o mejor, una nube ardiente de feromonas que brillaban en los ojos de ella. Luego él le mordisqueó el cuello, intentando sorber la gota de sangre de su pecho izquierdo, y exploró sus perfectos clientes con la lengua. Parecía como si estuvieran tundidos, como si los cables pasaran entre ambos, conectados a los relucientes rectángulos bajo sus mandíbulas.

Alguien mantenía un programa Jahfunk activado en la consola de ordenadores de la esquina. Innis se aproximó varias veces para llamar su atención, pero sin éxito. Charley Hughes quería saber si a la serpiente le gustaba Lizzie; le gustaba, George estaba seguro de ello, pero no sabía qué podría implicar esto. Más tarde George acabó derrumbándose sobre la mesa.

Innis lo sacó de allí tropezando y haciendo eses. Charley Hughes buscó a Lizzie, que había desaparecido justo en ese momento. Ella volvió y dijo:

—¿Dónde está George?

—Borracho, se ha ido a la cama.

—Qué mal. Justo cuando empezábamos a conocernos.

—Ya lo creo. ¿Cómo te sienta hacer este tipo de cosas?

—¿Quieres decir, el ser una zorra mentirosa y traicionera?

—Venga. Lizzie. Todos estamos metidos en esto.

—Bueno, pues no preguntes cosas tan estúpidas. Desde luego que me siento mal, pero sé cosas que George no sabe, así que estoy lista para hacer lo que haya que hacer.

<sup>2</sup> Cerveza mexicana. (*N. de los T.*)

Y, por cierto, George realmente me gusta.

Charley no añadió nada. Pero pensó: «sí, el Aleph dijo que lo harías».

«¡Oh Dios!» A la mañana siguiente, George estaba avergonzado. «Tropezando borracho y morreándome en público... ¡Ay ay ay!» Intentó comunicarse con Lizzie pero sólo salía el contestador automático, por lo que colgó al instante. Luego se tumbó en la cama en un semiestupor hasta que sonó el teléfono.

La cara de Lizzie apareció en la pantalla, sacándole la lengua.

—Culito de azúcar —le dijo—, te dejo solo un momento y te largas.

—Alguien me trajo aquí. Bueno, creo que así fue.

—Sí, estabas bastante cargado. ¿Quieres que comamos juntos?

—Tal vez. Depende de cuándo me llame Hughes. ¿Dónde estarás?

—En el mismo lugar, amorcito. Café 4.

Por una llamada telefónica supo que el doctor no le atendería hasta una hora más tarde, por lo que terminó sentado frente a la loca rubia de los ojos brillantes, que iba vestida con el mono de SenTrax, pero desabrochado casi hasta la cintura. Despedía un calor sensual, de la misma forma natural que una rosa despide su dulce aroma.

Delante de ella había un plato de huevos rancheros semienterrados en guacamole: amarillo, rojo y verde, con un picante olor a chile; en su actual estado esto era tan malo como la comida para gatos.

—¡Dios! Señorita, ¿quiere ponerme enfermo?

—Valor, George. Quizás deberías comer un poco. Si no te matan te curarán. ¿Qué piensas hasta ahora de todo esto?

—Es un poco desconcertante, pero, ¡qué coño!, es mi primera vez fuera de la Madre Tierra, ¿sabes? Pero déjame que te diga lo que no alcanzo a entender: SenTrax. Sé lo que quiero que ellos me den pero..., ¿qué coño quieren ellos de mí?

—Tío, sólo quieren esto: «perifes», periféricos. Tu y yo sólo somos partes de una máquina. El Aleph tiene todo tipo de entradas: vídeo, audio, detectores de radiación, sensores de temperatura, repetidores de satélite... Pero son tontas. Y lo que el Aleph quiere, el Aleph lo consigue. Me he ciado cuenta de eso. El quiere usarnos, y de eso va la cosa. Piensa en todo esto como en una investigación básica por su parte.

—¿Quién es ese «él»? ¿Innis?

—No. ¿A quién le importa Innis un carajo? Hablo del Aleph. ¡Oh, sí! La gente dice que el Aleph es una máquina, un *ello*, y todas esas gilipolleces. Ja, ja, el Aleph es una *persona*, una persona muy rara, desde luego, pero una persona, sin duda. Mierda, incluso puede que el Aleph sea un montón de gente a la vez.

—Te creo. Mira, hay algo que me gustaría probar si es posible. ¿Qué tengo que hacer para salir fuera..., para dar un paseo por el espacio?

—Es muy fácil. Tienes que conseguir un permiso. Eso significa un curso de tres semanas sobre seguridad y procedimientos. Yo te puedo enseñar.

—¿Puedes?

—Tarde o temprano aquí tocios tenemos que ganarnos el pan. Tengo el título de AEE, Actividades Extra Espaciales, soy instructora. Empezaremos mañana.

Las grullas de las paredes habían volado hacia su misterioso destino. George pensaba si existiría también otro universo paralelo mientras miraba las resplandecientes paredes de gomaespuma y los aparatos colocados encima de la mesa. Delante del cabezal extensible de plástico negro del proyector holóptico Sony se veía la imagen de un cerebro con cables brotando de los nervios ópticos seccionados, como las antenas de un insecto. Cuando Hughes tocó el teclado, el cerebro se dio la vuelta, por lo que ahora podían ver su lado inferior.

—Aquí está —dijo Charlie Hughes. Entonces apareció un delicado entramado de cables plateados, pero todo parecía normal.

—El cerebro de George Jordán —asintió Innis—. Con sus conexiones. Realmente bonito.

—Cuando miro esa cosa me parece como si estuviera viendo mi propia autopsia. ¿Cuándo puedes operarme para sacarla de mi cabeza? —dijo George.

—Déjame que te enseñe algo —contestó Charley Hughes. Mientras tecleaba y movía el ratón junto a la consola, las circunvoluciones grises del córtex se volvieron transparentes y se hicieron visibles las estructuras internas codificadas en rojo, azul y verde. Hughes metió la mano en el centro del holograma del cerebro y cerró el puño dentro del área azul, situada en la parte superior de la espina dorsal—. Aquí es donde las conexiones eléctricas se vuelven biológicas; todos esos pequeños nodos a lo largo de las pseudoneuronas son procesadores y están conectados al llamado «complejo r», el que hemos heredado de nuestros antecesores los reptiles. Las pseudoneuronas continúan

hacia el sistema límbico, o, si lo prefieres, el cerebro de mamífero. Y ahí es donde están las emociones. Pero también hay más conexiones hasta el neurocórtex, a través del SAR, el Sistema de Activación Reticular, y hasta el cuerpo caloso. Asimismo existen conexiones con el nervio óptico.

—He oído esa cháchara antes. ¿Cuál es el meollo del asunto?

Innis dijo:

—No hay forma de quitar esos implantes sin que haya una pérdida en el orden de tu mapa neuronal. No podemos tocarlos.

—¡Oh! ¡Mierda, tío!

Charley Hughes continuó:

—Aunque la serpiente no puede ser eliminada, quizás pueda ser hipnotizada. Tus problemas surgen a causa de su incivilizada e incontrolada naturaleza. Se podría decir que sus apetitos son primigenios. Una parte primitiva de tu cerebro se ha apoderado del neocórtex, el cual, ciertamente, debería ser el que mande. Trabajando con el Aleph, estas... *tendencias* pueden ser integradas en tu personalidad y, por tanto, controladas.

—¿Qué otra alternativa tienes? —dijo Innis—. Somos la última carta que te queda. Venga, George. Estamos a tu disposición, al otro lado del corredor.

La única luz de la habitación provenía de una esfera situada en un rincón. George estaba tumbado en una especie de hamaca, una red de fibras marrones retorcidas y tensadas a lo largo de un bastidor transparente, suspendida del abovedado techo de la pequeña sala rosa. Algunos cables salían de su cuello y desaparecían tras unas placas de cromo incrustadas en el suelo.

—Primero activaremos el programa de chequeo —dijo Innis—. Charley te suministrará percepciones, colores, sonidos, sabores y olores, y le dirás qué sientes. Necesitamos estar seguros de que tenemos un interfaz limpio. Di lo que ves y él parará si es necesario.

Innis atravesó la puerta hacia la estrecha habitación rectangular, donde estaba sentado Charley Hughes frente a una consola de plástico oscuro llena de lucecitas. Detrás de él, apilados, había equipos cromados de seguimiento y control con el anagrama amarillo de SenTrax, un sol refulgiendo en la parte frontal del metal brillante.

Las paredes rosas se volvieron rojas, las luces vacilaron y George se agitó en su hamaca. La voz de Charley Hughes llegó al oído interno de George:

—Empezamos.

—Rojo —dijo George—. Azul. Rojo y azul. Una palabra: «avestruz».

—Bien. Sigue.

—Un olor, ahhh... quizás serrín.

—Acertaste.

—Mierda... vainilla... almendras...

Así siguió durante un rato.

—Ya estás listo —dijo Charles Hughes.

Cuando el Aleph se conectó, desapareció la habitación roja.

Una matriz de 800 x 800. Seiscientos cuarenta mil píxeles formaron una representación óptica de los restos de una supernova GAS: una nube de polvo estelar representada por la síntesis de rayos X y ondas de radio recogidas por el OAEOA, el Observatorio de Altas Energías en Órbita Alta. Pero George no vio la imagen en absoluto. Más bien era como escuchar un conjunto de datos ordenados y con sentido.

Transmisión por bytes. 750 millones de emisores que abarcaban desde un satélite de la Agencia de Seguridad Nacional a una estación receptora cerca de Chincoteague Island, en la orilla este de Virginia, y ahora él las podía leer.

—Todo es información —dijo la voz. Su tono tenía calidez pero no sexo y de alguna manera resultaba distante—. Lo que sabemos, lo que somos. Ahora estás en un nuevo nivel. Lo que tú llamas «la serpiente» no puede ser definido por el lenguaje, existe en un modo prelingüístico, pero la puedes manejar a través de mí. Sin embargo, primero debes

conocer los códigos en los que se asienta el lenguaje. Debes aprender a ver el mundo como yo lo veo.

Lizzie llevó a George a probarse un traje, y empleó todo el día en enseñarle a entrar y salir sin ayuda de su rígido caparazón. Luego, durante tres semanas, le guió en las operaciones básicas y por el denso manual de procedimientos de seguridad.

—Quemadura roja —dijo ella. Flotaban en el depósito de los trajes con las plataformas vacías detrás, los blancos caparazones colgando de la pared como un público de robots desconectados—. Cuando lo veas escrito en el visor, es que la has jodido. Es que te has metido en una trayectoria sin retorno. Entonces te calmas totalmente y pides ayuda, la cual debe venir del Aleph, que toma el control de las funciones de tu traje, y a continuación, tú te relajas y no haces una mierda.

Primero voló dentro de la cúpula iluminada de la estación con el visor abierto y con Lizzie gritándole y riéndose cuando se tropezaba fuera de control y chocaba contra las paredes acolchadas. Después de practicar unos pocos días, salieron fuera de la estación. George iba al extremo de un cabo con el visor puesto y navegando con sus instrumentos, mientras Lizzie le tomaba el pelo con cosas como «¡Quemadura Roja!», «¡Fallo en el traje!» y cosas así.

Al tiempo que dedicaba la mayor parte de sus energías y atención a entrenarse con el traje, George informaba cada día a Hughes y se conectaba con el Aleph. La hamaca se balanceaba suavemente cuando se tumbaba en ella. Charley conectaba los cables en su sitio y se iba.

El Aleph se dio a conocer poco a poco. Le enseñó código máquina y compiladores, lo cual le permitió recorrer los vastos árboles del lenguaje C—SMART, con sus «inteligentes» programas asistentes de toma de decisiones. Esto le abrió todo el espectro electromagnético tal y como se producía en el Aleph. Y entonces George lo entendió todo: las voces y los códigos.

Cuando se desconectaba, el conocimiento se evaporaba, pero aun así algo quedaba, hasta ese momento era sólo una alteración de sus percepciones, como si el mundo hubiera cambiado.

En vez de colores, veía una *porción del espectro*; en vez de olores, sentía *la presencia de ciertas moléculas*; en vez de palabras, escuchaba *una sucesión estructurada de fonemas*. El Aleph había infectado su consciencia.

Pero eso no le preocupaba a George. Parecía que algo se estaba cociendo en su interior, pues empezaba a ser consciente, más o menos constantemente, de la serpiente, que aunque dormida estaba sin duda ahí. Una noche se fumó casi todo un paquete de los Gauloises de Charlie, y a la mañana siguiente se despertó como si tuviera alambre de espino en la garganta y fuego en los pulmones. Ese día le contestó groseramente a Lizzie mientras ella guiaba sus pasos, y por un momento perdió completamente el control. Ella tuvo que desconectar los controladores de su traje y bajarlo.

—Quemadura roja —dijo—. Tío, ¿qué coño te pasa?

Al final de la tercera semana salió solo. No más excursiones atado a una cuerda, sino Actividad Externa de Estación; a sacar el culo a la noche eterna. Salió con cuidado de la protección de la escotilla y miró a su alrededor.

La Rejilla de Energía Orbital, la obra de construcción espacial que había permitido la existencia de la Atenea, apareció ante él: una especie de parrilla de color ébano con colectores fotovoltaicos y transmisores plateados de microondas orientados al sol. Pero la propia estación asombraba por su mezcla de estructuras para vivir, trabajar y experimentar, arracimadas sin aparente respeto por la simetría y el orden. Algunas de éstas giraban para obtener gravedad por rotación, otras permanecían inmóviles bajo la directa luz solar. Figuras con balizas de color ámbar gateaban despacio por su superficie,

o se dirigían hacia los transportes de luces rojas, parecidos a grandes montones de chatarra mientras se movían en sus amplias trayectorias, sus cohetes encendiéndose brevemente como puntas de duro diamante.

Lizzie permanecía justo al lado de la escotilla, vigilándole por su baliza de radio, pero al mismo tiempo dejándole ir a su aire.

—Apártate de la estación —le dijo—. Te tapa la vista de la Tierra.

El se apartó.

Nubes blancas cubrían el globo azul y a través de ellas se vislumbraban manchas marrón y verde. A las 14:00 horas del horario de la estación, se encontraba viendo, casi perpendicularmente, la desembocadura del Amazonas, donde era mediodía, por lo que la Tierra estaba completamente iluminada por la luz solar. La Tierra era sólo una miniatura que ocupaba apenas diecinueve grados de su campo de visión...

—¡Oh! ¡Sí! —dijo George. Los zumbidos y murmullos del sistema de aire acondicionado del traje, la estática de una radiación pasajera y su respiración acelerada dentro del casco, surgieron en ese momento por sus audífonos. Eran los propios sonidos de la situación, superpuestos a la agradable sensación de estar flotando. Su respiración se tranquilizó y desconectó la radio para eliminar la estática. Luego apagó el aire acondicionado para flotar en medio de un ensordecedor silencio. Entonces se convirtió en un punto blanco en la noche.

Al poco rato, un traje blanco con la cruz roja de los instructores en el pecho se movió por su campo de visión.

—¡Mierda! —dijo George y conectó la radio—. Lizzie, estoy aquí.

—George, no hagas gilipolleces. ¿Qué coño estabas haciendo?

—Sólo contemplaba el paisaje.

Esa noche soñó con rosados brotes de arbustos recortados contra un luminoso cielo púrpura. Y soñó también con el ruido de estática de la lluvia. Algo arañó su puerta y él se despertó con el característico olor depurado, propio de la maquinaria de una estación espacial. Sintió una profunda tristeza porque la lluvia nunca caería allí y se dio la vuelta para seguir durmiendo, esperando volver a soñar con aquel idílico paisaje bajo la lluvia. Luego pensó: «alguien está ahí fuera», se levantó, y, al comprobar por los números rojos en la pared que eran las dos de la mañana, se dirigió desnudo hacia la puerta.

Las esferas blancas formaban una línea de tristes halos de luz que se curvaba por el corredor. Lizzie estaba tumbada, sin moverse. George se arrodilló y la llamó por su nombre: su pie izquierdo hizo un ruido al golpear sobre el suelo metálico.

—¿Qué te pasa? —sus uñas, esmaltadas de un color oscuro, arañaron el suelo y ella dijo algo que él no entendió—. Lizzie —dijo él—. ¿Qué quieres?

Sus ojos captaron la roja gota de sangre entre las blancas curvas de sus pechos y sintió cómo algo se despertaba en él. Agarró la pechera de su mono y lo abrió de un tirón hasta la bragueta. Ella le arañó las mejillas e hizo ese sonido que tenía millones de años, luego levantó su cabeza y le miró. Una mirada de mutuo reconocimiento se cruzó entre ellos como una corriente eléctrica: ojos de serpiente.

Sonó el teléfono. George contestó y Charley Hughes le dijo:

—Ven a la sala de conferencias. Tenemos que hablar —Charley sonrió y colgó sin más.

En la pared se leía: «07: 18 GMT de la madrugada».

En el espejo apareció una cara gris con rojos arañazos y restos de sangre seca; la cara de la víctima de un accidente de coche o la de Jack el Destripador al día siguiente... No sabía por cuál decidirse, pero algo *dentro de él era feliz*. Se sintió como si fuera el juguete de la serpiente, irremediamente fuera de todo control.

Hughes estaba sentado en un extremo de la oscura mesa de contrachapado. Innis en

el otro y Lizzie entre ambos. El lado izquierdo de su cara estaba tumefacto y rojo, con un pequeño moratón bajo el ojo. George se tocó inconscientemente los lívidos arañazos de su mejilla, sentándose en un sillón fuera del círculo.

—El Aleph nos contó lo que pasó —dijo Innis.

—¿Cómo coño lo sabe? —dijo George, pero mientras lo decía recordó los cóncavos apliques circulares de cristal en el techo de los pasillos y también de su habitación. Sintió vergüenza, culpabilidad, humillación, miedo, rabia. Se levantó del sillón y fue hacia el extremo de Innis—. ¿El Aleph lo vio todo? —preguntó— ¿Qué dijo de la serpiente, Innis? ¿Te dijo qué coño va mal?

—No es una serpiente —dijo Innis.

—Llámalo *gato* —dijo Lizzie—, si es que necesitas darle un nombre. Hábitos de mamífero, George, gatos cachondos.

Una voz familiar, tranquila y distante, salió de los altavoces del techo de la habitación.

—Ella intenta decirte algo, George. No hay serpiente. Quieres creer que hay una especie de reptil dentro de ti, frío y calculador, que disfruta con extraños placeres. Sin embargo, tal como el doctor Hughes ya te explicó, los implantes son una parte orgánica de ti mismo. Ya no puedes evadirte por más tiempo de tu responsabilidad por estos comportamientos. Ahora son parte de ti.

Charley Hughes, Innis y Lizzie le miraban quietos y expectantes. Todo lo que había estado pasando empezó a asentarse en él y le atravesó dejándolo completamente desorientado. Se dio la vuelta y salió de la habitación.

—Quizás alguien debería hablar con él —dijo Innis. Charley Hughes se quedó sentado, pensativo y sin decir palabra, envuelto en la nube de humo de su cigarrillo.

—Yo iré —dijo Lizzie. Se levantó y fue tras él.

Entonces Charley Hughes dijo:

—Probablemente tienes razón —una imagen flotante le hizo sacudir la cabeza: Paul Coen hinchándose como un globo y explotando en el compartimento de acceso. La vio grabada con la terrible claridad de las omniscientes cámaras de vigilancia del Aleph—, Esperemos haber aprendido algo de nuestros errores.

El Aleph no respondió nada, era como si nunca hubiera estado allí.

El Miedo tiene dos etapas. Una, pierdes el control completamente. Dos, a continuación, tu *yo auténtico surge*, y *no te gustará nada*. George quería escapar, pero no había en la Estación Atenea ningún lugar donde esconderse. Aquí se encontraba cara a cara con las consecuencias. La mesa de operaciones de Walter Reed parecía ahora estar a miles de años de distancia, cuando el equipo de cirujanos se reunió a su alrededor, cuando sus dudas desaparecieron con aquel frío olor químico penetrándole en oleadas. Había aceptado someterse a la operación, tentado por la atractiva rareza de todo aquello (formar parte de la máquina, sentir sus vibraciones dentro de ti y poder guiarla), hipnotizado por la perspectiva de una indecible aceleración, de volar a esa altitud. Sí, la primera vez en el A-230 había sentido eso, sus nervios extendiéndose, conectándose al fuselaje de fibra de vidrio, unidos a una fuerza mucho mayor que la suya propia..., deseando atravesar el cielo guiado por la sola fuerza de su voluntad. Había sido sobornado por el dulce sueño de la tecnología...

Entonces alguien llamó con un seco golpe a la puerta. A través del intercomunicador, Lizzie dijo:

—Déjame pasar. Tenemos que hablar.

El abrió la puerta y preguntó:

—¿Sobre qué?

Ella entró, miró por la pequeña habitación de paredes color crema, el vacío escritorio metálico y el viejo catre, y George pudo adivinar en sus ojos la cercanía de la pasada noche; ambos juntos en esa cama, sobre ese suelo.

—Sobre esto —dijo ella. Tomó sus manos y empujó los dedos índices sobre las conexiones de los cables de su propio cuello—. Siente la diferencia —palpó la fina rejilla con sus dedos—. Nadie más sabe lo que significa. Nadie sabe lo que somos, lo que podemos hacer. Vemos un mundo diferente, el mundo del Aleph, podemos llegar más profundamente a nuestro interior, experimentamos impulsos que están ocultos para los demás, impulsos que ellos niegan.

—No, mierda, no era yo. Llámalo como quieras..., era la serpiente, o el gato.

—George, te estás comportando como un tonto a propósito.

—Simplemente no entiendo nada.

—Sí que entiendes, perfectamente. Quieres volver pero no hay a dónde ir. No hay Edén. Esto es lo que hay, todo lo que hay.

Pero podía caer hacia la Tierra, podía volar hacia allí en la noche. Dentro de los guanteletes del traje AEE sus manos estaban embutidas en los mandos con forma de garra. Cerrando ligeramente el puño y manteniéndolo durante un rato, todo el peróxido se acabaría y se agotaría el tanque de propulsión del traje. Eso sería suficiente.

No había sido capaz de vivir con la serpiente. Tampoco le gustaba el gato. Pero cuanto peor sería si no hubiera ni gato ni serpiente, sólo él, programado con formas particularmente repugnantes de glotonería y violenta lujuria, atrapado dentro de su miserable yo («Tenernos el resultado de sus tests, doctor Jeckyll»). «¡Eh!, ¿qué viene luego?, ¿acosar a niños, asesinato?» La Tierra blanquiazul, las estrellas, la noche. Tiró suavemente del mando con su mano derecha y giró para contemplar por última vez la Estación Atenea.

«Llamadlo como queráis, está vivo y coleando dentro de mí. Con su ira, su lujuria, su apetito. *A la mierda con todos ellos, George*», se dijo, «a quemarse».

En el control de Atenea, Innis y Charley Hughes estaban mirando por encima del hombro del oficial de guardia cuando Lizzie entró. Como siempre que pasaba largo tiempo sin visitarlo, Lizzie se quedó sorprendida por lo reducido de la sala y su aspecto general de suciedad; habitualmente sólo la ocupaba el oficial a cargo. Las pantallas estaban apagadas y las consolas desconectadas. El Aleph dirigía la estación, tanto en rutina como durante las emergencias.

—¿Qué pasa? —preguntó Lizzie.

—Algo va mal con uno de tus nuevos amiguitos —dijo el oficial de vigilancia—. Aunque no sé qué pasa exactamente.

Se volvió hacia Innis, quien dijo:

—No te preocupes, colega.

Lizzie se dejó caer en una silla.

—¿Alguien ha intentado hablar con él?

—No contesta —dijo el oficial de vigilancia.

—Estará bien —dijo Charley Hughes.

—Va a reventar —dijo Innis.

El punto rojo en las coordenadas de la pantalla de radar apenas se movía.

—¿Cómo te sientes, George? —dijo una suave y reconfortadora voz femenina.

George luchaba con el impulso de abrir el casco «para ver las estrellas», pues parecía importante «poder ver su auténtico color».

—¿Quién es? —preguntó.

—Aleph.

¡Oh, mierda! ¡Más sorpresas!

—Nunca has tenido esa voz.

—No, porque intentaba adecuarme a la idea que tenías de mí.

—Bueno, ¿y cuál es tu verdadera voz?

—No tengo ninguna.

—Si no tienes una voz real, entonces no existes —eso le resultaba evidente a George, aunque por razones que se le escapaban—. Así que ¿quién coño eres?

—Quien tú quieras que sea.

«Esto resulta interesante», pensó George. *Gilipollec*, le contestó la serpiente (ellos lo podrían llamar como quisieran; para George siempre sería la serpiente), *vamos a abrasarnos*.

—No te entiendo —dijo George.

—Lo conseguirías si siguieras viviendo. ¿De verdad quieres morir?

—No, pero no quiero seguir siendo yo, y morir me parece la única alternativa posible.

—¿Por qué no quieres ser tú?

—Porque me asusta.

Una parte de George se dio cuenta de que éste era el típico diálogo entre el lunático y la voz de la razón. «Dios», pensó, «me he secuestrado a mí mismo».

—No quiero seguir con esto —dijo. Apagó la radio del traje y sintió cómo su rabia crecía en su interior, la serpiente furiosa al máximo.

«¿Qué problema tienes?», quiso saber. Realmente no esperaba una respuesta pero la obtuvo: una imagen en su cabeza de un cielo sin nubes, el horizonte girando, un caza de combate gris huyendo de su campo visual y el fuselaje de su avión temblando cuando los misiles salen, sus estelas dirigidas hacia el otro avión convirtiéndose en una bola de fuego. Detrás de la imagen, una idea nítida: «quiero matar a alguien».

«Vale.» George hizo girar el traje de nuevo y centró su mira de navegación en el globo blanquiazul que aparecía frente a él. Luego apretó los dispositivos de los dedos. «Mataremos a alguien.»

#### QUEMADURA ROJA, QUEMADURA ROJA, QUEMADURA ROJA.

Brotó una pregunta inarticulada, formulada por la cosa de su interior, pero George no le prestó atención: estaba absorto en lo que hacía, pensando: «nos vamos a quemar de verdad». Había acabado con todas sus oportunidades en el mismo momento en que dejó que le hicieran el implante, y ahora los dados se habían detenido: *ojos de serpiente*, así que todo lo que quedaba era elegir una forma rápida de morir, un bonito final; «jódete, serpiente».

Cuando la Tierra se aproximaba, la serpiente tomó el mando. No le gustaba lo que estaba pasando. George apagó los circuitos de comunicación uno a uno. No quería dejar que el Aleph tomara el control del traje.

George no vio venir el transporte—robot. Parecía un somier con los muelles reventados, cubierto con chatarra y con los desechos de un almacén y provisto de antenas parabólicas y telescópicas en su parte superior. Lanzó una docena de cabos de rescate a unos cien metros de distancia. Cuatro alcanzaron a George, tres de ellos se agarraron y, enrollándose, lo fueron arrastrando. Luego se dirigió a la Estación Atenea.

George sintió rabia, no por la serpiente, sino por sí mismo, y lloró por su ira y por su frustración... «La próxima vez acabaré contigo, hija de puta», le dijo a la serpiente, y pudo sentir cómo ella se replegaba. Ella le creía. A pesar de ello, su rabia creció y gritó, revolviéndose en los cables que le sujetaban, golpeándose el casco con los guantes.

Unos brazos articulados lo pasaron del transporte a la escotilla de entrada. Se dejó llevar, agotada su rabia, y los brazos se retrajeron introduciéndole hacia dentro, por la escotilla, hasta el depósito de los trajes. Allí lo colocaron en un colgador de aluminio. Vio a Lizzie a través del visor, vestida con ropa interior de algodón de una pieza. Ella esperaba encontrarlo en el exterior, todavía en el transporte. Subió hasta donde estaba el traje de George y lo manipuló para abrir por la mitad el rígido caparazón. Mientras se abría con el zumbido de los motores eléctricos, ella se volvió hacia una de sus mitades. Desconectó los interruptores de las piernas y brazos flexibles, soltó el casco y se lo sacó a George de la cabeza.

—¿Cómo te sientes?

«¡Qué pregunta más tonta!», estuvo a punto de decir George.

—Como un idiota.

—Esta bien. Ya has pasado lo más difícil.

Charley Hughes los observaba desde una pasarela por encima de ellos. Desde esa distancia, parecían niños en ropa interior blanca, gemelos saliendo de un útero de plástico, vigilados por los caparazones que colgaban encima. Gemelos incestuosos, pues ella se había acurrucado sobre él y le besaba en el cuello.

—No soy un mirón —dijo Hughes. Abrió una puerta y entró en el pasillo donde Innis le aguardaba.

—¿Cómo va todo? —dijo Innis.

—Parece que Lizzie todavía estará con él un buen rato.

—Sí, el jodido amor, ¿eh, Charley? Me alegro por ellos... Si no fuera por ese lazo erótico, nosotros tendríamos que ser los que le explicaran todo a él. Y te aseguro que ésa es la peor parte del numerito.

—No podemos evadirnos de nuestra responsabilidad tan fácilmente. El tendría que haber sabido que lo pondríamos en peligro, y no me gusta precisamente habérselo ocultado.

—No seas tan sensible. Ya sabes a qué me refiero. Estoy cansado. Mira, si me necesitas, llámame —e Innis desapareció por el corredor.

Charley Hughes se sentó en el suelo con la espalda contra la pared. Extendió sus manos con las palmas hacia abajo y los dedos estirados. Firmes, muy firmes. Cuando trajeran al nuevo candidato, volverían a temblar.

Lizzie estaría explicándole ahora ciertas cosas. Ésta era la cuestión más importante: durante estas semanas, cuando pensabas que te estabas acostumbrando al Aleph, éste incitaba a la cosa que llevas dentro a que se rebelara, y luego reprimía su deseo de actuar. En otras palabras: subía el fuego a la tetera al tiempo que abría la espita de vez en cuando.

«Te volvimos locos, te empujamos al suicidio. Pero teníamos buenas razones.» George Jordán, si no estaba muerto, se encontraba en estado terminal. Ya estaba en la lista crítica cuando le injertaron el implante en la cabeza. La única pregunta era: ¿aparecería un nuevo George, uno que fuera capaz de vivir con la serpiente?

George era como Lizzie al principio; un pez boqueando para respirar, enterrado en el lodo caliente y con el agua secándose a su alrededor. Adaptarse o morir. Pero a diferencia de otros organismos, éste tenía un guardián, el Aleph, quien forzaba las crisis y controlaba su desarrollo. Denomínese «evolución artificial».

Charley Hughes, quien no solía tener visiones, sin embargo tuvo una: George y Lizzie conectados entre sí y ambos al Aleph, con dorados cables luminosos, brillando y compartiendo una intimidad que sólo otros como ellos podrían conocer.

Las luces del corredor se redujeron a una mortecina penumbra. «¿Me muero o han apagado las luces?» Miró su reloj de pulsera pero desistió, sin poder saber la verdad: las luces se habían apagado, pero también se estaba muriendo.

El Aleph pensó: «soy un vampiro, un íncubo, un súcubo. Me meto en el cerebro de otros y chupo sus pensamientos, sus percepciones, sus sentimientos; saboreo las sutiles diferencias de colores y sabores, la lujuria, la rabia, el hambre. Todo esto me estaría vedado, sin la conexión directa a esos sistemas refinados por millones de años de evolución, si no fuera por los humanos "correctores". *Los necesito*».

Cinco líneas blancas, apenas visibles, corrían por el tendón central de la muñeca de Lizzie.

—Fue en la bañera —dijo. Las cicatrices se extendían a lo largo de la muñeca, no a su través, y las heridas debían de haber sido muy profundas—. Quise hacerlo, como tú. Una

vez que la serpiente entiende que morirás antes que dejar que te controle, entonces tú recuperas el control.

—Vale, pero hay algo que no entiendo. Esa noche, en el pasillo, tú estabas tan fuera de control como yo.

—En cierto sentido, sí. Permití que sucediera, dejé que saliera la serpiente. Tenía que hacerlo si quería entrar en contacto contigo, si quería provocar la crisis. Sucedió porque yo lo quise. Tenía que mostrarte qué eres, qué soy... La noche pasada éramos extraños, pero seguíamos siendo humanos; Adán y Eva bajo la espada de fuego, expulsados del paraíso, follando ante los ojos de Dios y de su ángel, más hermosos de lo que ellos pudieron haber sido nunca —sintió un pequeño escalofrío en su cuerpo apretado contra el de él, y entonces él la miró, y vio su pasión, y comprendió que la necesitaba. Vio también las dilatadas aletas de su nariz, sintió sus labios entreabiertos y cómo sus uñas le arañaban el costado, y se vio a sí mismo reflejado en sus dilatadas pupilas con puntitos dorados, reflejado en el brillante blanco de sus ojos; todas eran señales fáciles de identificar pero difíciles de entender: ojos de serpiente.

## ROCK ON

### Pat Cadigan

La carrera literaria de Pat Cadigan comenzó con la década. Su trabajo ha mostrado una amplia variedad de temas *que* van desde una oscura *fantasy*<sup>1</sup> y el horror hasta una original y nada convencional ciencia ficción.

El estilo de Cadigan a menudo se caracteriza por el vigor de una mente acerada y por un helado y subterráneo humor negro, esto es, la sensibilidad que en los ochenta sólo podía denominarse como *punk*. En su *Pathosfinder series* (que incluye historias como «Nearly Departed») destaca su atmósfera extrañamente visionaria.

El talento polifacético de Cadigan incluye un notable don para hacer aflorar la temática central del ciberpunk. Esta historia, que apareció en 1985, es una brutal colisión entre la alta tecnología y el rock marginal.

Su primera novela fue *The Pathosfinder. Vive en Kansas*.

La lluvia me despertó y pensé: mierda, aquí estoy, con la Señora Lluvia en la cara porque es justo ahí donde me alcanza, sobre mi vieja jeta. Me senté y vi que todavía estaba en Newbury Street. Contempla el hermoso centro de Boston. ¿Middlebury Street es el centro de Boston? ¿Esto importaba mucho en mitad de la noche? No, realmente no. Y no se veía un alma por los alrededores. Como dijo alguien, emborrachemos a Gina, y mientras esté inconsciente, nos iremos todos a Vermont. ¿Amo Nueva Inglaterra? Es un gran lugar para vivir, pero que no te gustaría visitar.

Me aparté el pelo de los ojos y me pregunté si alguien me estaría buscando en ese momento ¡Eh! ¿Hay alguien que se asuste de una pecadora del rock and roll de cuarenta años?

Me precipité a uno de esos curiosos y viejos edificios en los cuales hay tiendas con la entrada a un nivel más bajo que el suelo. Una pequeña marquesina guarecía de la lluvia, pero producía un enloquecedor golpeteo al canalizarla hacia abajo. Escurrí el agua de mis ajustados pantalones y de mi pelo y, sin más, me senté toda mojada. También tenía frío, supongo, pero no lo notaba demasiado.

Me senté un buen rato con la barbilla apoyada en las rodillas, ¿sabes?, y eso me hacía sentirme de nuevo como una cría. Comencé a mover la cabeza y entonces empecé algo; algo primitivo, llevando el ritmo sorprendentemente bien. Hombre-de-Guerra, ¡si pudieras verme ahora! Cuando los chicos de azul me encontraron, estaba haciendo un rock and roll

bastante bueno.

Y eso fue la puntilla. Nunca intenté levantarme e irme, pero si lo hubiera hecho, habría descubierto que estaba atrapada en aquel lugar; un sitio pegajoso pensado para capturar en el acto a los chavales b&e hasta que los chicos de azul pudieran llegar, entrar y cogerlos. Estaba sentada en una trampa y haciéndola cada vez más profunda. La historia de mi vida.

Fueron amables conmigo. Me guiaron, me llevaron, me dejaron exhausta. Me pusieron una multa de cien pavos y me dejaron seguir mi camino, a tiempo para el desayuno.

Mala hora para ver y ser vista, sinceramente horrible. Durante las tres primeras horas después de levantarte, la gente puede saber si tienes el corazón roto o no. La solución es, o bien que te levantes *realmente pronto*, para que tu camuflaje esté en su sitio a la hora en que todo el mundo sale, o bien no acostarse. No acostarse debería funcionar siempre, pero no es así.

<sup>1</sup> Así se denomina a un subgénero de literatura fantástica que se desarrolla en una Edad Media alternativa. (*N. de los T.*)

Algunas veces, cuando no te vas a la cama, la gente puede saber durante todo el día si tienes un corazón roto.

Dejé eso de lado, para buscar una cafetería no demasiado concurrida y evitando mirar a cualquiera que me mirara. Pero apareció el impulso de parar a un peatón al azar y decirle:

—Sí, sí, es verdad, pero fue el rock and roll el que rompió mi corazón, no una persona, así que no llores por mí o te parto la cara.

Di un rodeo, subí y bajé, fui por todos lados, hasta que me encontré en Tremont Street. Fue el batería de aquel grupo de Detroit Cráter; be olvidado su nombre pero la herida seguía sangrando, da igual, fue él quien me dijo que Tremont tenía las mejores cafeterías del mundo, especialmente cuando salías de una de esas curvas de las que no recuerdas nada.

Cuando los oficinistas comenzaron a marcharse, encontré un sitio; un agujero griego en el muro. Cerramos a las diez y media, lárgate en cuanto acabes, servicio sólo en la barra, tómallo o déjalo. Me gustan los sitios con carácter. Tomé asiento y pedí un café y una tortilla de queso feta. Lo acompañaban patatas fritas caseras de la montaña de patatas que había junto a la plancha (no basura de microondas, ¡hurra!). Impresionaron mis retinas antes incluso de que me trajeran el café, y mientras me servía la leche, comprobaron mi crédito. ¿Era una impertinencia? Lo era. ¿Me importaba? No. Nada sofisticado, nada de máquinas cuando un humano podía hacer la tarea, y además, comida auténtica, no ese poliéster comestible que lo mismo te entra que te sale, gracias a lo cual, cariño, puedes acabar pareciendo una víctima de la desnutrición.

Llegaron cuando casi había terminado la tortilla. Por su aspecto y por el tono de su voz habían estado de pie durante toda la noche, pero no comprobé en sus caras si tenían roto el corazón. Me pusieron nerviosa pero pensé: bueno, están cansados, ¿quién se va a fijar en esta vieja dama? Nadie.

De nuevo, me equivocaba. Me hice visible para ellos en cuanto abrieron los ojos. Un chico de unos diecisiete años, con las mejillas tatuadas y una lengua bífida, proyectándola hacia delante, siseó como una serpiente.

—¡Pecadoooooora!<sup>2</sup>

Los otros cuatro se reanimaron al instante.

—¿Dónde? ¿Quién? ¿Aquí?

—¡Una pecadooora del rock and roll!

La dama me identificó. No se parecía a nadie en absoluto: ni siquiera había sufrido una ligera taquicardia si es que realmente tenía corazón. Con un pecador, seguramente iría de

Gran Dama.

—Gina —dijo con toda seguridad.

A mi ojo izquierdo le entró un tic. ¡Por favor! El queso feta cavó en mis pantalones. Qué demonios, pensé, asentiré con la cabeza, y ellos también lo harán, terminaré de comer y saldré corriendo. Y entonces, alguien susurró la palabra «recompensa».

Solté el tenedor y salí corriendo.

Creí que funcionaría. ¿Irían a cazarme antes de comerse mi desayuno griego? No, no lo liarían. Enviaron a la dama tras de mí.

Era mucho más joven que yo y me agarró en medio de un paso de cebra, justo cuando cambiaba el semáforo. Un coche se nos echó encima, y frenó justo con su parachoques rozando su duro pelo cobrizo.

—Vuelve y termínate tu tortilla. O te invitaremos a otra.

—No.

Me agarró y me sacó de la calle.

<sup>2</sup> La autora hará un juego de palabras entre *sinner* (pecadora) y *synthelizer* (sintetizador), que creará el término *synner* (que, además, es el título de una de las novelas de la autora). De ahí el uso, en el texto, de «sintetizadora». «sintecadora-y-pecadora. (N. de los T.)

—Vamos —la gente estaba mirando, pero Tremont está lleno de teatros. Se ven este tipo de cosas por aquí; teatro al aire libre; todavía se representa. Puso una esposa en mi muñeca y me llevó con ella de vuelta a la cafetería, donde los otros habían vendido rebajado el resto de mi tortilla a un vagabundo. La dama y su grupo me hicieron un hueco entre ellos y me trajeron otra taza de café.

—¿Cómo puedes comer o beber con una lengua bífida?

—pregunté a Mejillas Tatuadas, y él me lo mostró. Tenía un pequeño dispositivo debajo de la lengua, como una *cremallera*. Pesopluma, a la izquierda del chicarrón y al otro lado de la dama, se inclinó sobre mí y me dijo enojado:

—Danos una razón por la que no deberíamos llevarte para cobrar la recompensa del Hombre—de—Guerra.

Sacudí la cabeza.

—Estoy en ello. Esta pecadora ha sido perdonada.

—Legalmente aún estás bajo contrato —dijo la dama—. Pero podríamos apañar algo. Deshazte de Hombre—de—Guerra o demándalo tú misma por no cumplir el contrato. Somos Malnacida Oley —se señaló a sí misma—, Pidge —el tipo silencioso que había a su lado—, Percy —el chicarrón—, Krait Señor Lengua, Gus Pesopluma. Nosotros te cuidaremos.

Sacudí de nuevo la cabeza.

—Si vais a devolverme, hacedlo va y cobrad. El beneficio debería bastaros para comprar al mejor pecador que haya existido.

—Podemos serte útiles.

—Ya no me queda nada más. Ha desaparecido. Todos mis pecados de rock and roll han sido perdonados.

—Falso —dijo el chicarrón. Automáticamente me volví, le miré para pararlo en seco—. Hombre—de—Guerra te habría despedido si hubiera desaparecido del todo. Entonces no tendrías por qué correr.

—No quise decírselo. Dejadme en paz. Sólo busco seguir y no pecar más, ¿entendéis? Decididlo vosotros. No voy a ayudaros —me agarré al taburete con ambas manos. De este modo, ¿qué podían hacer?, ¿arrancarlo y sacarme fuera?

Y de hecho, así lo hicieron.

Al principio, pensé, y el efecto de su eco fue estupendo. *En el principio... principio...*

*principio...*

*En el principio, el pecador no era humano. Lo sé porque soy lo suficientemente vieja como para acordarme.*

Estaban todos allí, poco más que fantasmas. Malnacida. ¿De dónde sacarán esos nombres? Soy lo suficientemente vieja como para acordarme. Oingo—Boingo y Bow—Wow—Wow. Tengo cuarenta, ¿lo he mencionado antes? Oooh, sólo unos pocos más, y entonces estará un poco más cerca de ser una barbaridad. Los viejos rockeros nunca mueren, sólo siguen tocando rock. Nunca vi a los Who. Moon estaba muerto mucho antes de que yo naciera. Pero recuerdo, cuando apenas era lo suficientemente mayor como para estar meciéndome<sup>3</sup> en los brazos de mi madre, mientras miles de individuos gritaban y aplaudían bailando en sus asientos. *Start me up... if you start me up, I'll never stop...* «763 Cuerdas» se rindió a la música para ascensores y para las salas de espera de los dentistas. Y eso no fue lo peor.

Se agarraron a mis recuerdos, extrayendo más de mí, dándome la vuelta. *¿Tienes experiencia?... Pues sí.*

(Pues sí.)

<sup>3</sup> *To rock* también significa «mecer». *To rock the cradle*: «mecer la cuna». La autora juega con esos significados. (*N. de los T.*)

Cinco contra una, no pude quitármelos de encima. En justicia, ¿puedes llamarlo violación cuando sabes que te va a gustar? Bueno, como no pude quitármelos de encima, entonces tuve que darles el momento de su vida. *Jerkin' Crocus no me mató pero casi...*

El chicarrón fue el primero en caer, era gránele y salvaje pero resultó demasiado jodido para él. Lo saqué, lo mantuve apretado, mostrándole el ritmo de la noche en la lluvia. Se lo di, se lo metí hasta el corazón e hice que lo viviera. Luego vino la dama, desplegando el tema para el bajo. Ella se puso frenética, pero casi siempre en el sitio adecuado.

Entonces vino el Krait, deslizándose sinuosamente con el sonido, entrando y saliendo. No importaban sus mejillas tatuadas, no, sólo eran un anzuelo para los tontos. Sabía, no lo hubieras imaginado, pero sabía.

Pesopluma, un tipo silencioso, llevaba la melodía y primera armonía. Muy malo. Pesopluma era un desastre, pero no sabía qué hacer o a dónde ir cuando se metió en este asunto, estaba huyendo hacia adelante con la melodía, como si fuera el «S. S. Suicidio»<sup>4</sup>.

¡Dios! Si me iban a violar, ¿no podían haberme conseguido a alguien más adecuado? Los otros cuatro continuaron, negándose a perderselo, y tuve que hacerlo lo mejor posible para todos nosotros. Algo vulgar, no demasiado original, pues Pesopluma no estaba haciendo rock. Era un crimen, pero todo lo que podía hacer era agarrarlos y sacudirlos. Dioses del rock en manos de una pecadora furiosa.

Nunca estuvieron mejor. Un pequeño cambio que les daba un atisbo de lo que sería tener un montón de pasta. Si no hubiera sido por Pesopluma, lo hubieran logrado. Ahora hay más grupos que nunca, y todos ellos están seguros de que si tuvieran el pecador adecuado a su lado, derribarían la luna con su rock.

Quizás la hicimos vibrar un poco antes del final. ¡Pobre Pesopluma!

Les di más de lo que se merecían, y ellos también se dieron cuenta. Por eso, cuando les supliqué, me mostraron respeto y finalmente me dejaron ir. Sus técnicos fueron amables conmigo, sacando las conexiones de mi pobre cabeza, latiendo por el exceso, con el corazón roto, y cubrieron los implantes. Tenía que dormir y me lo permitieron. Oí a un hombre decir:

—Esto sí es una grabación; va directa. Hay que darse prisa para distribuirla. ¿Dónde diablos encontrasteis a esta pecadora?

—Sintetizadora —murmuré ya en sueños—. La palabra auténtica, chico, es «sintetizadora».

Viejos y locos sueños. Estaba de vuelta con Hombre-de-Guerra en la gran California, y lo abandonaba de nuevo, que básicamente era lo que había pasado, pero ya sabes cómo son los sueños. La mitad de su salón estaba al aire libre, la otra mitad cubierto y todas sus paredes, abombadas. Hombre—de—Guerra estaba casi sin ropa, como si se le hubiera olvidado acabar de vestirse. Oh, pero eso no pasaba nunca. ¿Hombre—de—Guerra olvidando siquiera una lentejuela o un adorno? Le encantaba actuar, como al Krait.

—Nunca más —decía yo, y él contestaba:

—Pero tú no sabes hacer otra cosa. ¿No la estarás cagando?

—Chicos, en la gran California nadie la caga, como mucho echan zumo.

—Tu contrato dura otros dos años y tengo la exclusiva, siempre tengo la exclusiva. Y te encanta, Gina, lo sabes, no te sientes bien sin esto.

Y luego hubo una vuelta hacia atrás en el tiempo, y estaba de nuevo en el «tanque» con todos mis implantes enchufados, haciendo rock, mientras Hombre—de—Guerra y sus máquinas lo grababan todo, sonido y visión, para que todos los «niños-tv» del mundo pudieran tocarlo en sus pantallas siempre que quisieran. Olvídate de la carretera y olvídate de los espectáculos, demasiado follón, y, además no tienen comparación con las cintas, nunca son tan excitantes,

<sup>4</sup>«S. S.» es la abreviatura para *steam ship*. «barco de vapor». (N. de los T.)

incluso aunque tengan los mejores efectos especiales de láser, naves espaciales, explosiones; nada tan bueno. Y las cintas a su vez tampoco eran tan buenas como el material en la cabeza, visiones de rock and roll directamente de tu mente. Sin necesidad de horas y más horas de montaje en el estudio. Pero tenías que hacer que todo el mundo en el grupo soñara de la misma manera. Necesitabas una síntesis, y para eso, conseguías un sintetizador, no el antiguo, el instrumento musical, sino algo, alguien, para dirigir el grupo, para golpear en las pequeñas almas alimentadas por el tubo de rayos catódicos, para mecerlos y hacerlos rodar<sup>5</sup> de tal manera que ellos nunca podrían hacerlo por sí mismos. Y así cualquiera podía ser un héroe del rock and roll. ¡Cualquiera!

Al final, no tenían que tocar instrumentos a no ser que se quisiera, y además, ¿para qué molestarse? Dejemos que el sintetizador guíe su imaginación y los suba al Monte Olimpo.

Sintetizador. Sintecador. Pecador.

No todo el mundo puede hacerlo, pecar por el rock and roll. Y yo puedo.

Pero no es lo mismo que saltar toda la noche con el típico grupo de bar que todavía nadie conoce... Hombre—de—Guerra apareció de nuevo en su abombado salón y me dijo:

—Tú me has reventado las paredes de mi casa con tu rock. Nunca te dejaré ir.

Y yo dije:

—Me voy.

Luego aparecí fuera, corriendo al principio, porque él vendría tras de mí a toda velocidad. Pero debí de perderlo, y entonces alguien me agarró del tobillo.

Pesopluma trajo una bandeja, era una hermanita de la caridad. Se golpeó en la rodilla contra una pata de la cama y me incorporó despacio. Ella se levanta de su tumba, no puedes acabar con una buena pecadora.

—Toma —dejó la bandeja en mi regazo y acercó una silla. Medio un cuenco con una especie de sopa espesa, con galletitas integrales para que las partiera y las pusiera dentro—. Pensé que te gustaría algo suave y sencillo —cruzó su pie izquierdo sobre la pierna derecha y lo estuvo mirando durante un buen rato—. Nunca me habían roqueado, nunca de esa manera.

—No te hace falta, no importa quién te roquee en este mundo, sea quien sea. Corta y déjalo, conviértete en un representante. El dinero *de verdad* está en ser representante.

Se mordió, el pulgar.

—¿Siempre puedes saberlo?

—Si los Stones volvieran mañana, no serías capaz ni de llevar el ritmo con el pie.

—¿Qué tal si ocuparas mi lugar?

—No soy un payaso. No puedes pecar y hacer la coreografía al mismo tiempo. Ya se ha intentado.

— *Tú* podrías. Si es que hay alguien que puede hacerlo.

—No.

Su rubio flequillo le cayó sobre la cara, y él lo retiró de nuevo.

—Tómame la sopa. Quieren que vuelvas enseguida.

—No —me toqué el labio inferior, hinchado como una salchicha—. No pecaré para Hombre—de—Guerra y no lo haré para vosotros. Por favor, sacúdeme un implante y provócame una afasia.

Así que se fue pero volvió con todo un ejército de técnicos y esbirros, que vertieron la sopa dentro de mi garganta y me dieron una dosis. Luego me llevaron al tanque para conseguir que éste fuera el año de la explosiva revelación de Malnacida.

Supe, tan pronto como salió la primera cinta, que Hombre-de-Guerra captaría mi aroma.

<sup>5</sup>*Rock and roll*, que se puede traducir como «mecer y rodar». (N. de los T.)

Estaban haciendo funcionar la maquinaria para mantenerme lejos de él. Y me cuidaron bien, en la habitación donde su antiguo pecador había cumplido su pena, me dijo la dama. Su pecador también vino a verme. Pensé: veneno goteando de sus colmillos, amenaza de muerte. Pero era sólo un tipo de mi edad con un montón de pelo para ocultar sus implantes (a mí nunca me importó, no me preocupaba que se vieran). Sólo vino a presentarme sus respetos, ¿que cómo aprendí a hacer rock de la forma en que lo hacía?

¡Idiota!

Me cuidaron bien en aquella habitación. Borracheras cuando quería y una dosis para volver a estar sobria, otra dosis de vitaminas, y otra más para quitarme los malos sueños. Dosis, dosis, dosis, estaba completamente ciega todo el día. Tenía marcas como los antiguos B&O y ni siquiera ellos sabían qué quería decir con eso. Se deshicieron de Pesopluma, consiguieron a alguien más apropiado, alguien con quien pudiera salir y hacer ejercicio, una chica esbelta de dieciséis años con la cara de una mantis religiosa. Y ella rockeaba y yo rockeaba y todos rockeábamos hasta que Hombre-de-Guerra vino y me llevó de vuelta a casa.

Entró pavoneándose en mi habitación, con todo su plumaje, con su pelo cardado (para ocultar sus implantes), y dijo:

—¿Quieres presentar cargos, Gina querida?

Bien, entonces discutieron alrededor de mi cama. Cuando Malnacida dijo que ahora yo era suya, entonces, Hombre-de-Guerra sonrió y dijo:

—Así es, pero resulta que yo *te* he comprado a ti. Ahora tú también eres mía del todo. Tú y tu pecadora. Mi pecadora —era verdad. Hombre—de—Guerra lanzó a su compañía a comprar Malnacida, justo después de que saliera la primera cinta. El trato estaba cerrado para cuando terminamos la tercera, y ellos nunca lo supieron. Las compañías estaban comprando y vendiendo todo el tiempo. Todo el mundo estaba en apuros, excepto Hombre—de—Guerra. Y yo, según dijo. Hizo que tocios se marcharan y se sentó en mi cama para confirmarme mi relanzamiento—, Gina... —¿has visto alguna vez miel extendida sobre el filo de una cuchilla de diente de sierra? ¿Alguna vez has oído hablar de algo así? Él no podía cantar sin hacer daño a alguien, y tampoco podía bailar, pero podía rockear por dentro, sólo si yo rockeaba para él.

—No quiero ser una pecadora, ni para ti ni para nadie.

—Todo te resultará diferente cuando vuelvas a «Si Ei»<sup>6</sup>.

—Quiero ir a un bar de mala muerte y agitar mis sesos hasta que se salgan por los implantes.

—Nunca más, querida. Por eso estás aquí, ¿no es así? Todos los bares han desaparecido, y también los grupos. Los últimos, hace años. Todo está aquí arriba, aquí arriba —se dio unos golpecitos en las sienes—. Eres una anciana dama, no importa cuánto me esfuerce en mantener joven tu cuerpo. ¿Acaso no te doy de todo? ¿No te he dicho que tengo de todo?

—No es lo mismo. No se suponía que me pondrías en un tubo catódico para que la gente me *mirara*.

—Pero, amor, esto no significa que el rock duro se haya muerto.

—Pero tú lo estás matando.

—Yo no. Tú sí intentas enterrarlo en vida. Pero te mantendré en activo durante mucho, mucho tiempo.

—Pues me escaparé otra vez. O bien haces rock and roll por tu cuenta o lo dejas, pero no lo sacaré más de mí. Este no es mi estilo, no es mi época. Como dijo aquél: «Yo no vivo en el presente».

Hombre—de—Guerra se rió.

—Y como dijo aquel otro: «El rock and roll nunca olvida».

Entonces llamó a sus esbirros y me llevó a casa.

<sup>6</sup> Es la pronunciación transcrita en inglés de «CA». California. (*N. de los T.*)

## CUENTOS DE HOUDINI

### Rudy Rucker

Rudy Rucker, profesor titular de informática en la Universidad Estatal de San José, quizás sea el visionario más salvaje de la ciencia ficción que escriba en la actualidad. Nada a contracorriente de las tendencias de muchos científicos que escriben ciencia ficción, pues su obra no refleja las minucias de la tecnología «dura», sino las visiones radicales extraídas de los límites esotéricos de las matemáticas. Novelas tan ampliamente aclamadas como *White Light* y *Software* obtienen su imaginativo poder de los estudios de Rucker sobre teoría de la información, topología multidimensional y conjuntos infinitos.

Pero el trabajo de Rucker no está lastrado por la aridez de la filosofía; por contra, nos muestra una humanidad cercana de carne y hueso. Y su habilidad narrativa junto a su fértil imaginación se extienden más allá de las obras imbuidas de ideas metafísicas. El siguiente relato es una fantasía breve pero perfectamente construida. Seleccionado de su colección de relatos, *The 57th Kafka*, muestra su osada originalidad inventiva al más alto nivel de hilaridad.

Su último libro de divulgación científica, *Mind Tools*, es su cuarta obra de no ficción, y trata de las raíces conceptuales de las matemáticas y de la teoría de la información.

Houdini está arruinado. El circuito de vodevil está acabado en los escenarios de esta gran ciudad. Mel Rabstein, de «Noticias Pathé», le llama, buscando un número nuevo.

—Dos grandes por adelantado más el tres por ciento de los beneficios de la gira.

—Hecho.

La idea es conseguir un sacerdote, un rabino y un juez que permanezcan delante de la cámara con Houdini en todas las grandes escenas. Será un largometraje y se proyectará en la cadena de cines de Loew. Lo único que Houdini sabe seguro es que serán fugas difíciles, sin advertencias previas.

Todo comienza a las cuatro de la mañana del 8 de julio de 1948. Irrumpen en casa de Houdini en Levittown. El vive allí con su madre inválida. Escena primera de un sacerdote y un rabino tirando la puerta con sus negros zapatos de suela gruesa. Luz natural. La película tiene grano, da saltos, cinema verité no-puedo-evitarlo. Todo es de verdad.

El juez sostiene un pequeño recipiente de cera y sellan los ojos, oídos y agujeros de la nariz de Houdini, su oscuro y misterioso rostro es cubierto antes de que despierte del todo y él se relaja a la espera de los acontecimientos, abandonando todo sueño de intentar algo. Houdini está listo. Lo atan con vendajes de primera clase y esparadrapo; parece una momia, un cigarro White Owl.

Eddie Machotka, el cámara de Pathé, resume el tiempo hasta la pista aérea. Rueda una toma cada diez segundos, por lo que la media hora de trayecto se reduce en pantalla a dos minutos. Mal iluminada, con los ángulos equivocados, pero, aun así, convincente. No *hay cortes*. En la parte de atrás del Packard, sobre las piernas del sacerdote, del rabino y del juez, está Houdini, como una rebanada de pan con la corteza de esparadrapo, botando en el tiempo condensado.

El coche se mete directamente en la pista aérea, cerca de un bombardero B-15. Eddie salta afuera y filma a los tres sagrados testigos descargando a Houdini. Panorámica del avión. Hay una inscripción, LA SUCIA DAMA, cerca del morro.

¡La Sucia Dama! Y no son pilotos apolillados o reservistas los que la pilotan. ¡Es papaíto Johnny Gallio y sus Perforadores Volantes-A! ¡Olvídate! Johnny G. fue el as más condecorado del frente del Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial, y volando con él, Jones Ruedas Lustrosas y ni más ni menos que Max Moscowitz el Quejas en la parte de atrás. Johnny G. baja de la cabina, ni muy deprisa ni muy despacio, al ritmo justo, con su cazadora de vuelo marca Johnny. Max el Quejas y Ruedas Lustrosas salen por la escotilla de la bodega de las bombas, riendo y listos para rodar.

El juez saca un reloj de bolsillo. La cámara se acerca y se aleja; son las 4:50 de la mañana, el cielo comienza a clarear.

¿Houdini? No se entera de que lo están colocando en la bodega de las bombas de la Sucia Dama. Ni siquiera puede ver u oler. Pero está tranquilo, feliz por todo este montaje al aire libre, feliz de hacer *que realmente esté sucediendo*.

Todo el mundo sube al avión. Un torpe movimiento de cámara mientras Eddie sube. Luego un encuadre de Houdini, largo y blanco, reptando como una larva de insecto. Está aovillado en la plataforma de las bombas con Max el Quejas doblado sobre él, como una extraña hormiga obrera.

Los motores arrancan con un ronco rugido. El sacerdote y el rabino se sientan y hablan: las ropas negras, las caras blancas, los dientes grises.

—¿Tienes algo de comer? —pregunta el sacerdote. Tiene una constitución poderosa, es joven y de pelo rubio. Fue un gran delantero de fútbol americano del Notre Dame.

El rabino es un tipo pequeño con sombrero de fieltro y la barba negra. Tiene una boca a lo Franz Kafka, todo dientes y tics.

—Entiendo que desayunaremos en la terminal cuando esto acabe.

El sacerdote saca doscientos por esto, y el rabino trescientos. Tiene más fama. Si el número funciona, también serán testigos de las otras fugas.

No es realmente un avión grande, y no importa adonde dirija Eddie la cámara; siempre hay un trozo blanco de Houdini en el encuadre. Delante se puede ver el perfil de Johnny G., el atractivo Johnny que ahora no parece sentirse demasiado bien. Hay gotas de sudor, sudor alcohólico en su largo labio superior. La paz le resulta muy dura a Johnny.

—Simplemente, súbelo en espiral —dice suavemente Ruedas Lustrosas—. Como el muelle de un colchón, Johnny.

A través de las ventanillas se puede ver el horizonte girar en ángulo, hasta que alcanzan el gran lecho de nubes. Max mira el altímetro y suelta una risita que deja ver sus dientes. Atraviesan las nubes hacia la oblicua luz diurna, mientras Johnny mantiene la

espiral y seguiría eternamente si nadie le dijera «para»... pero ahora la altura va es suficiente.

—¡Fuera bombas! —grita hacia atrás Ruedas Lustrosas. Max tira de la palanca de apertura. Encuadre de Houdini envuelto en blanco, en la plataforma de las bombas con forma de ataúd. El fondo se abre, y la larga forma cae despacio, casi ingrávida al principio. Luego el viento de la hélice lo empuja hacia un extremo y comienza a caer, blanco mate contra el blanco brillante de las nubes *de* abajo.

Eddie mantiene el enfoque tanto como puede. Hay una nube en forma de huevo gigantesco ahí abajo, hacia donde cae Houdini. Houdini ha comenzado él mismo a soltar las vendas. Se puede ver cómo las vendas le siguen, azotando el aire de un lado a otro como un largo látigo: luego, *¡zip!*, se adentra como un espermatozoide en esa esférica nube blanca.

De regreso hacia la pista aérea, Eddie y el técnico de sonido recorren el avión, preguntando a todo el mundo si creen que Houdini lo logrará.

—Por supuesto que lo creo —el rabino.

—No tengo ni idea —el sacerdote, ansioso por desayunar.

—No hay manera —Max el Quejas—. Impactará a doscientas millas por...

—Todos moriremos alguna vez, —Johnny G.

—En esa situación, espero que se haga un paracaídas con el vendaje —contesta Ruedas Lustrosas.

—Es un misterio —concluye el juez.

Las nubes se abren y el avión salpica grandes sábanas de agua cuando aterriza. Eddie los filma a todos saliendo del avión y en la pequeña terminal desierta, excepto...

Al otro lado de la sala, de espaldas a ellos, un hombre en pijama juega a la máquina del millón. Humo de puro. Alguien le llama y se vuelve: es Houdini.

Houdini lleva a su madre a ver los números. A todos les gustan, excepto a ella. Está muy disgustada, y por eso se tira del pelo. Su viejo pelo blanco cae a puñados al suelo, cerca de su silla de ruedas.

De vuelta a casa, Houdini se arrodilla y le suplica y le suplica hasta que ella le da permiso para terminar la película. Rabstein y Pathé dicen que con dos números nuevos bastará.

—Nada de magia después de esto —promete Houdini—. Emplearé el dinero en abrir una pequeña tienda de música para nosotros.

—¡Mi querido niño!

Para el segundo número hacen que Houdini y su madre vuelen a Seattle. Rabstein quiere que utilicen a la anciana señora para filmar sus reacciones. Pathé aloja a ambos en una casa de huéspedes, dejando sin aclarar el momento y el tipo de fuga.

Eddie Machotka permanece todo el tiempo pegado a ellos, filmando fragmentos de sus largos paseos por el puerto. Houdini comiéndose un cangrejo a la Dungeness. Su madre comprando toffes. Houdini comprándole una peluca.

Cuatro figuras con impermeables negros se deslizan desde un barco de pesca. Quizás Houdini oye sus pasos, pero no se digna volverse. Al momento caen sobre él: el sacerdote, el juez, el rabino, y esta vez también un doctor; podría ser Rex Morgan.

Mientras la anciana dama grita y grita, el doctor le clava a Houdini una enorme inyección de pentotal sódico y lo deja fuera de combate. El gran fuguista no se resiste, sólo mira y sonríe hasta que se desmaya. La anciana dama golpea al doctor con su bolso, antes de que el sacerdote se la lleve junto a Houdini, atados ambos, al barco de pesca.

En el barco están otra vez Johnny G y sus Perforadores Volantes—A. Johnny puede hacer que vuele cualquier cosa, incluido un barco. Sus ojos están completamente enrojecidos, pero Ruedas Lustrosas guía el barco fuera del puerto, por el Puget Sound, hasta un río maderero. Esto les lleva un par de horas, pero Eddie lo resume todo...

Houdini aparece tumbado dentro de un tronco hueco mientras el doctor le inyecta a cada momento.

Finalmente alcanzan el estanque de una serrería con unos pocos troncos dentro. Max el Quejas y el juez mezclan escayola en un balde, y la vierten sobre Houdini. Le tapan con esparadrapo los orificios de la cabeza, excepto la boca, donde le colocan un tubo para respirar. Lo que están haciendo es sellarlo en el interior de un tronco enorme con un tubo para respirar disimulado dentro de una rama cortada. Houdini está inconsciente y atrapado por el relleno de escayola en el interior del tronco..., una especie de gusano muerto dentro de un doble cilindro. El sacerdote, el rabino, el juez y el doctor tiran el tronco por la borda.

Salpica, rueda, choca con los troncos vecinos y se mezcla con ellos a la espera de ser serrado. Ahora quedan unos diez troncos y no se puede saber en cuál está Houdini. La sierra ya está girando, mientras la cinta transportadora ha recogido el primer tronco.

Primer plano de troncos entrechocando. Al fondo, la madre de Houdini arranca el pelo de su peluca. Fuertes SZZZZZZZ suenan cuando se corta el primer tronco. Se puede ver la sierra al fondo, una gigantesca hoja cortando el tronco justo por el medio.

¡SZZZZZZZ! ¡SZZZZZZZ! ¡SZZZZZZZ! Vuelan las virutas. Uno a uno, los troncos son enganchados y arrastrados hacia la sierra. Quieres apartar la mirada pero no puedes, esperando ver la sangre y la comida digerida salir volando. ¡SZZZZZZZ!

Johnny G. bebe algo de una petaca plateada. Sus labios se mueven en silencio. ¿Maldiciones? ¿Rezos? ¡SZZZZZZZ! La caballuna y nerviosa cara de Max el Quejas está sudando, y deja escapar una risita. La mamá de Houdini ha pelado la peluca hasta el forro. ¡SZZZZZZZ! Los ojos de Ruedas Lustrosas son dos grandes y blancos huevos cocidos. Se sirve de la petaca de Johnny. ¡SZZZZZZZ! El sacerdote se seca la frente y el rabino... ¡SZCHAPRUFFZZZZZEEEEEE!

Del noveno tronco salta polvo de escayola. Se parte en dos, revelando sólo el negativo del cuerpo de Houdini. ¡Un molde vacío! Tocios saltan al muelle de la serrería, la cámara moviéndose por todos lados, buscando al gran hombre. ¿Dónde estará?

Entre los gritos y felicitaciones se puede oír la máquina de discos de la cafetería del aserradero. Suenan las Andrews Sisters. Y dentro... Houdini llevando el ritmo con el pie y comiéndose una hamburguesa con queso.

—Una fuga más —promete Houdini— y conseguiremos esa tienda de música.

—Estoy tan asustada, Harry —dice su calva mamá—. Si al menos te dieran alguna advertencia.

—Esta vez lo han hecho. Es pan comido. Volamos a Nevada.

—Espero que te mantengas lejos de las cabareteras.

El sacerdote y el rabino y el juez y el doctor se encuentran allí, y en esta ocasión, también un científico. Una habitación con un techo bajo de cemento, con mirillas por ventanas. Houdini, vestido con un traje de buceo de goma negra, hace juegos de cartas.

El científico, que tiene un ligero parecido con Albert Einstein, habla brevemente por teléfono y asiente al doctor. El doctor sonríe seductor a la cámara, luego esposan a Houdini y lo ayudan a meterse en un tanque cilíndrico de agua. Alambiques de refrigeración lo enfrían, y al poco tiempo tienen congelado a Houdini dentro de un enorme bloque de hielo.

El sacerdote y el rabino rompen las paredes del tanque, y allí está Houdini, como un enorme petardo con su cabeza sobresaliendo como si fuera la mecha. Fuera hay un camión con un montacargas hidráulico. Johnny G. y los Perforadores Volantes-A están allí y cargan a Houdini en la parte de atrás. *Cubren* el hielo con tablas para que no se derrita con el caluroso sol del desierto.

Dos millas a lo lejos, se puede ver una alta torre de pruebas con una pequeña cabina

en lo alto. Se trata de una prueba de una bomba atómica en las afueras, en medio de Nevada, en algún desierto perdido de la mano de Dios. Eddie Machotka conduce el camión con Houdini y los Perforadores Volantes—A.

Plano desde abajo de la esbelta torre, la obscena protuberancia de la bomba en lo más alto. Sólo Dios sabe que cuerdas ha movido Rabstein para conseguir meter a Pathé en esto.

Hay un agujero cilíndrico en el suelo, justo debajo de la torre, y precisamente en ese hueco deslizan al «helado Houdini». Su cabeza, saliendo del agujero, les sonrío como un cactus de peyote. Conducen rápidamente de vuelta al bunker.

Eddie filma todo en tiempo real, sin cortes. La mamá de Houdini permanece en el bunker, por supuesto, pelando un puñado de pelucas. El científico le pasa dos dados.

—Sólo para ciarle una oportunidad de intentarlo, no la detonaremos hasta que saque dos ases. A eso se le llama «ojos de serpiente»<sup>1</sup>. ¿De acuerdo?

Primer plano de su cara, frenética por la ansiedad. Tan despacio como puede, agita los dados y los lanza al suelo.

—¡Ojos de serpiente!

Antes de que nadie pueda reaccionar, el científico va ha apretado el botón con una mirada de conmiseración en el fondo de los ojos. Una luz repentina se filtra en el bunker, conviniendo los negros en grises. La onda expansiva llega luego, y el juez se derrumba, posiblemente a causa de un ataque de corazón.

<sup>1</sup> Ver nota 1 en «Ojos de serpiente», de Tom Maddox. (*N. de los T.*)

El estruendo crece y crece. Sus rostros, agitados, se mueven de un lado para otro.

Luego todo acaba, y el ruido desaparece, excepto... un insistente *claxon*, justo fuera del bunker. El científico desatranca la puerta y todos miran al exterior, mientras Eddie filma por encima de sus hombros.

¡Es *Houdini*! ¡Sí! ¡En un descapotable blanco con una corista de grandes pechos!

—¡Venga esa pasta! —grita—. ¡Y tachadme de la lista!

## LOS CHICOS DE LA CALLE 400

Marc Laidlaw

Los escritores ciberpunk son conocidos en general por sus osados conceptos y por su relación con lo extraño. Marc Laidlaw destaca incluso en tal compañía. Su trabajo está marcado por cambiantes e inesperadas yuxtaposiciones, enfoques insospechados y un humor negro que llega a alcanzar el ultravioleta. Se inspira en un gran número de influencias contemporáneas, con especial inclinación por todo lo que es misterioso, intuitivo y extraordinario.

El siguiente relato demuestra la inspirada fusión de elementos característica de Laidlaw, y en él combina rasgos de un mito apocalíptico con la leyenda de las modernas bandas urbanas. «Los chicos de la calle 400» resulta genuinamente extravagante, una intensa mezcla que es más fácil disfrutar que describir.

Marc Laidlaw vive en San Francisco. Su última novela es *Dad's Nuke*.

«¡Sacrifícanos!»

*Popol Vuh*

Nos sentamos, y sentimos cómo Ciudad Diversión muere. Dos plantas por encima de

nuestro sótano, a la altura de la calle, algo gigantesco está aplastando las pirámides de apartamentos. Podemos sentir muchas vidas parpadear y apagarse como bombillas reventadas; en ocasiones como ésta, no necesitas pensar dos veces qué estarán viendo ellos. Me llegan relámpagos de su miedo y de su repentino dolor, pero ninguno dura demasiado. El libro de bolsillo se me cae de las manos y apago mi vela.

Somos los Hermanos<sup>1</sup>, una banda de doce. Ayer éramos veintidós, pero no todos consiguieron llegar a tiempo al sótano.

Nuestro «embaucador», Slash, está encima de una plataforma, cargando y volviendo a cargar su pistola con una única bala de plata. Crybaby Jaguar está arrodillado en un extremo de su vieja manta, sollozando como un maníaco y, por una vez, tiene buenos motivos. Mi mejor Hermano, Jade, está girando los cilindros del holotubo para buscar alguna emisora, pero todo lo que encuentra es la estática que suena como aquellos alaridos en nuestras mentes, que no desaparecen basta que se los suprime voz a voz.

Slash dice:

—Jade, apaga esa luz o la cortocircuitaré.

El es nuestro líder, nuestro embaucador. Sus labios son grises, su boca es el doble de grande a causa del escalpelo Sooooooot que rasgó sus mejillas. Por eso cecea.

Jade se encoge de hombros y apaga el holotubo, pero los sonidos que escuchamos en su lugar no son mejores. Resuenan unos pasos lejanos, se oyen gritos en el cielo y una risa monstruosa. Parece que se alejan, adentrándose en Ciudad Diversión.

—No se irán nunca —dice Jade.

—Te crees que lo sabes todo —contesta Vave O'Claw mientras desmonta un despertador con su dedo de cromo girándolo, de la misma manera en que los niños se hurgan la nariz—. Ni siquiera sabes qué son.

—Los he visto —dice Jade—, Croak y yo. ¿Verdad, Croak?

<sup>1</sup> El autor utiliza distintos nombres para las bandas. Algunos se entienden directamente, pero otros pertenecen a la jerga inventada por él mismo. Hemos optado por mantenerlos en el original, a excepción de la banda de los protagonistas, los Brothers. (*N. de los T.*)

Asiento sin producir sonido alguno. No hay lengua en mi boca. Cuando tenía doce años, justo después del «trabajito» que me hicieron por escupir obscenidades a un cogirrobot controlador, lo único que hice fue croar.

Jade y yo salimos la noche anterior y escalamos una pirámide vacía para ver qué había por allí. Más allá de Riverrun Boulevard el mundo ardía brillando, y tuve que apartar la mirada. Jade siguió mirando y dijo que veía aquellos salvajes gigantes corriendo iluminados por el resplandor. Luego escuché un millar de cuerdas de guitarra romperse, y Jade dijo que los gigantes habían arrancado el Gran Puente desde sus cimientos y lo habían arrojado a la luna. Miré hacia arriba y vi un arco negro girando sobre sí mismo, los cables agitándose mientras subía y subía, dando vueltas entre las columnas de humo. Y ya no volvió a caer, al menos mientras nos quedamos por allí, aunque no esperamos demasiado.

—Sea esto lo que sea, puede que sea para bien —sigue Slash, torciendo su boca por la mitad mientras ríe—. Quizás nunca se vayan.

Crybaby deja de lloriquear lo justo para decir:

—¿Nuuunca?

—¿Por qué deberían hacerlo? Parece que han recorrido un largo camino para llegar a Ciudad Diversión, ¿no? Quizás nos encontremos ante una nueva banda, Hermanos.

—Justo lo que necesitamos ahora —continúa Jade—. Pero no me pidas que los aplaste. Mi cuchilla no es lo bastante grande. Si los controladores no pudieron evitar que lo destruyeran todo, ¿qué podemos hacer nosotros?

Slash menea la cabeza.

—Jade, querido Hermano, escucha atentamente. Si te pido que aplastes, tú aplastas.

Si te pido que saltes de una colmena, tú saltas. Si no, te buscas otra banda. Ya sabes que os pido esas cosas sólo para haceros la vida más interesante.

—Ya es bastante interesante —gruñe mi mejor Hermano.

—¡Eh! —continúa Crybaby. Es el más grande y el más viejo de nosotros, pero tiene menos cerebro que un niño de diez años—. ¡Escuchad! —todos escuchamos.

—No oigo ná —dice Skag.

—¡Sí! Ná de ná. Se han largado.

Pero habló demasiado pronto. Lo siguiente que recordamos es un trueno en las paredes y el cemento del suelo que se eleva, y el techo que se desmorona. Me tiro bajo una mesa con Jade.

El trueno se disipa con un suspiro. Luego hay un silencio absoluto.

—¿Estás bien, Croak? —pregunta Jade. Asiento y miro por el sótano, buscando a los otros. Puedo saber, sintiendo el espíritu de la banda, que nadie está herido.

Al instante siguiente dejamos escapar un único suspiro en doce partes.

Hay luz. natural en el sótano, pero ¿de dónde viene?

Mirando desde fuera de la mesa, veo un fragmento de la luna, a dos plantas por encima de nosotros, más arriba. El último impacto ha partido la vieja colmena de pisos de alquiler, y la ha dejado abierta al cielo. Una grieta recorre suelos y techos; las tuberías se entrecruzan al aire como telarañas de metal y el borde rasgado de un colchón derrama su relleno sobre nosotros.

La luna desaparece oculta por el hirviente humo negro; es el mismo humo que vimos flotar ayer sobre la ciudad mientras las estrellas saltaban como las chispas en un accidente de tráfico. El perfume de la Señora Muerte se está deslizando por aquí.

Slash salva la grieta que recorre el centro de la habitación. Se guarda la pistola en el bolsillo. La superficie plateada de su única bala está manchada con un poco de su sangre. La conserva para el Soooooot que le hizo esa sonrisa, cierto embaucador llamado HiLo.

—Vale, banda —dice—. Salgamos de aquí.

Vave y Jade arrancan las hojas de la puerta. El sótano estaba equipado con medidas de seguridad, para mantenernos a salvo cuando las cosas se ponían feas en Ciudad Diversión. Vave forró las paredes con deflectores, para que, cuando *los* cognirrobots controladores vinieran a escanear los escondites, sólo vieran las cañerías de una habitación vacía, pero ni rastro de nosotros.

Más allá de la puerta, la escalera de incendios se balancea con una imposible inclinación. Pero no es algo que podamos arreglar. Vuelvo a mirar hacia el sótano mientras salimos, pues ya me había acostumbrado a verlo como un hogar.

Estábamos allí cuando los controladores vinieron en busca de reclutas para la guerra. Pensaron que teníamos la edad adecuada.

—¡Salid, salid hacia la libertad! —cuando vinieron de caza, hicimos nuestro truco y desaparecimos.

Esto fue durante el último día del calendario, cuando todo el mundo estaba gritando:

—¡Eh!

—¡Ya está!

—¡La última guerra mundial!

Todo lo que nos dijeron sobre la guerra cabía en la punta del dedo de Vave, que lo ha ahuecado para poder lanzar dardos explosivos. El trato era que haríamos un viaje gratis a la luna para entrenarnos en Base Inglesa y luego nos soltarían de vuelta en la Tierra, cargados y listos para avanzar, avanzar y avanzar. Los mexisoviets estaban lanzando guerras como quien lanza huevos, una detrás de la otra, hacia el sur. El lugar estaba tan caliente que algunas noches podíamos ver los cielos brillando con un resplandor blanco que durante el día se hacía amarillo.

El Control Federal ha sellado completamente nuestra ciudad continental dentro de una burbuja transparente. Nada, a excepción del agua o del aire, entra sin salvoconducto.

Cuando vio aquel brillo amarillo, Vave estaba seguro de que los mexisoviéticos habían lanzado algo tan fuerte, tan poderoso como para atravesarla.

Silenciosos como serpientes nos deslizamos por la avenida. Nuestro territorio se sitúa entre la calle 56 y la 88, entre Westland y Chico. Las farolas están curvadas, así como las ventanas de todos los edificios y las ventanillas de los coches estrellados. Por todos los lados hay esparcidos basura y cuerpos humanos.

—¡Agh! Bicho —dice Vave.

Crybaby comienza a lloriquear.

—Vigila, Croak —dice Slash—. Míralo todo.

Tengo ganas de apartar la mirada pero he de seguir observando para lo que venga más tarde. Casi lloro porque mi verdadera mamá y mi hermano están muertos. Pero *lo* aparto de mi mente y me olvido de todo eso. Slash me ha encargado que vigile la ruta para los Hermanos.

En el Puesto Federal, donde controlan los sistemas programables y a la gente de Ciudad Diversión, el Señor Arreglador me cortó la lengua desde la raíz. No vivió para terminar su trabajo. Una banda de Quazis y Moofs, dirigida por mis Hermanos, me rescató.

Eso exige trabajo en equipo. Sé que los controladores lo dirían de otro modo, dirían que somos subversivos, que nos encanta destruir, como a los Anarcas, y que no tenemos ningún respeto por Ciudad Diversión. Pero si alguna vez los escuchas, después lávate los oídos. Las bandas nunca destruyen, a menos que tengan que hacerlo. Cuando la vida se volvió difícil en Ciudad Diversión, no hubo ningún sitio por donde escapar sino por las entradas secundarias del territorio vecino. Así que entramos sin invitación... y las cosas funcionaron.

Percibo un reflejo plateado al final de la avenida. Un cognirrobot está parado, con los escáneres desconectados, sin que les sirva de nada a los cabezas rapadas que se sientan en el Puesto y vigilan las calles. Lo señalo, pensando que no pueden quedar muchos cabezas rapadas.

—Ya no hay ley —dice Jade.

—Nada nos cierra el camino —dice Slash.

Bajamos por la avenida. Cuando pasamos cerca del robot, Vave se para y desenrosca los pezones—láser de su torreta. Conectados a unas baterías, se convertirán en elegantes disparadores.

Cogemos linternas de los grandes hipermercados reventados. Durante un rato miramos entre las ruinas, pero al poco tiempo se vuelve desagradable. Nos dedicamos a buscar el camino entre las montañas de escombros que antes fueron pirámides y manzanas de colmenas. Nos lleva mucho tiempo.

Hay una pintada fresca sobre el muro, que todavía permanece goteando, negro y rojo, como si nunca se fuera a secar. El hedor de la muerte reciente sopla desde el centro de la ciudad. Parece que otro gato callejero se ha meado en nuestro territorio.

Me pregunto si quedan supervivientes. Cuando enfocamos nuestras mentes sobre las ruinas, no sentimos nada. Vivía mucha gente por aquí, en los buenos tiempos. Muchas de las colmenas se vaciaron en los años de la fiebre, cuando los viejos morían, y los chiquillos no afectados por la plaga nos juntamos y aprendimos a compartir nuestro poder.

Cada vez se hace más oscuro y hace más calor, y el olor se vuelve peor. A veces el sol consigue llegar al suelo entre las espirales de humo. Los cadáveres que me miran desde las ventanas me hacen sentirme feliz por no haber intentado nunca buscar a mi mamá y a mi hermano. Recogemos latas de comida, manteniéndonos ultrasilenciosos. La avenida nunca ha conocido una noche tan muerta. Antes las bandas estaban siempre recorriéndola, destrozando, armando juerga—segura, gratis—para— todos.

Cruzamos un territorio y luego otro: Bennies, Silks, Quazis, Mannies y Angels. Nadie. Si alguna banda está viva todavía, estará en escondites desconocidos. Si no se escondieron

bajo tierra, estarán muertos como los demás.

Esperamos el espasmo psíquico, que delata con un cosquilleo en el estómago la presencia de otra banda. Pero no hay nada excepto la muerte en la noche.

—Descansad en paz, bandas —dice Jade.

—Espera —dice Slash.

Nos detenemos en la 265, en la manzana Snubnose. Miro hacia la avenida y veo a alguien sentado encima de un montón de cascotes de cemento. Sacude la cabeza y la coloca entre sus manos.

—Bueno, bueno —dice Slash.

El tipo comienza a bajar del montón. Está tan débil que tropieza y cae hasta la calle. Lo rodeamos y mira hacia arriba, al negro agujero de la pistola de Slash.

—Hoooola, HiLo —dice Slash. Tiene puesta la sonrisa que ha debido de guardar junto a su bala de plata; una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Cómo les va a los Soooooots?

HiLo no parece ahora tan astuto. Su traje rojinegro con un rayo está arrugado y manchado, con el cuello arrancado para hacerse un vendaje en la muñeca. El cristal izquierdo de sus gafas oscuras de búho está roto y su corte de pelo de pinchos, deshecho.

HiLo no dice palabra. Mira la pistola y espera que salte el gatillo, el último y pequeño ruido que oirá.

Una enorme lágrima cae desde el cristal roto, lavando la sucia mejilla de HiLo.

Slash ríe. Luego baja la pistola y dice:

—No esta noche.

HiLo ni siquiera se estremece.

Abajo, en la avenida, una central de gas explota, y nos tiñe a todos de un naranja brillante. Todos reímos. Es divertido. HiLo sonrío en silencio.

Slash le da una patada en el pie a HiLo.

—Tengo otras cosas en la cabeza, embaucador. Pareces un bicho acabado. ¿Dónde está tu banda?

—Nos aplastaron, embaucador —dice—. No hay otra forma de decirlo —un torrente de lágrimas sigue a la primera. Se las limpia—. No queda ningún Soooooot.

—Estás tú —dice Slash poniendo una mano sobre el hombro de HiLo.

—No puede haber un embaucador sin su equipo, Slash.

—Sí que puede. ¿Pero qué pasó?

HiLo mira hacia la calle.

—Una nueva banda ocupó nuestro territorio —dice—. Son gigantes, Slash, ya sé que suena a locura.

—No —dice Jade—. Los he visto.

—Los oímos venir —continúa HiLo—, pero tendríamos que haberlos visto. Si los hubiéramos visto, nunca les habría dicho a los Soooooots que se quedaran y aguantaran allí. Pensé que había alguna posibilidad de resistir por nuestra cuenta, pero nos destrozaron.

»Nos *echaron*. Algunos de mis colegas volaron más alto que el Puesto. Esos chicos... son increíbles. Ahora la 400 está llena de ellos. Brillan y vibran como las luces que ves cuando te pegan en la cabeza y te desmayas.

Vave dice:

—Eso suena a un lío muy gordo.

—Si hubiera sabido que eran sólo unos crios, no me habría asustado, Hermano —dice HiLo. Intentamos suggestionarlos y casi funcionó. Están hechos de esa clase de sustancia. Parecen reales y te podrán cortar, pero cuando los atacas con la mente, se van zumbando como abejas. No éramos suficientes para hacer mucho. Y no estábamos preparados para ellos. Salí vivo sólo porque Nimblejax me dejó seco y me metió en un

transporte.

»Cuando desperté, todo había acabado. Seguí por la avenida. Pensé que algunas bandas todavía estarían dando vueltas por ahí, pero no quedaba nadie. Podrían estar en sus escondites. Pero no me atrevía a comprobarlo. La mayoría de las bandas me rajaría antes de que dijera una sola palabra.

—Es duro ir solo, muy diferente de cuando vas con una banda detrás de ti —sigue Slash—. ¿Cuántos escondites conoces?

—Seis quizás. Tenía un contacto con los Jipjaps, pero no es seguro. Sé dónde encontrar a los Zips, los Kingpins, los Gerlz, los Myrmies... Sledges... Podríamos llegar al territorio de las Galrogs rápidamente por los subterráneos.

Slash se vuelve hacia mí.

—¿Qué tenemos?

Le paso la «lista de clientes» y él se la pasa a Jade, quien la va leyendo.

—Jipjaps, Sledges, Drummers, A-V Marías, Chix, Chogs, Dannies. Si alguno de ellos está vivo, sabrán de otros.

—Cierto —dice Slash.

Jade me da un empujón.

—Me pregunto si la nueva banda tiene un nombre.

Sabe que me gusta anotar cosas. Sonrío y cojo la lista de nuevo, saco el bolígrafo y apunto: «Chicos de la 400».

—Ya, es porque se apoderaron de la calle 400 —dice Jade. Asiento, pero no es sólo por eso. Creo que en algún sitio leí algo acerca de ciertos chicos que destruyen el mundo y torturan abuelitas. Parece justo lo que a esos Chicos les gustaría hacer.

Mientras recorremos la calle, la luna se eleva entre el humo, lo que la hace parecer oxidada. Le faltan grandes trozos.

La vista de la luna nos entristece y nos asusta a la vez. Recuerdo cuando era perfecta y redonda como una perla sobre el negro terciopelo de una joyería, más bella y brillante que las luces de los semáforos, incluso cuando el smog más espeso la teñía de marrón. Ese marrón era mejor que este rojo salpicando los pedazos. Parece como si hubiera sido utilizada como blanco de prácticas. Quizás esos chicos lanzaron el Gran Puente contra Base Inglesa.

—Nuestro territorio ha desaparecido —dice HiLo—. Quiero ir a por esos Chicos. Será... o esos bestias o yo.

—Estamos contigo —dice Slash—. Vamonos rápido. Dividios en parejas, Hermanos. Vamos a visitar algunos escondites. Jade, Croak, vosotros venís con HiLo y conmigo. Veremos si las Galrogs están dispuestas a escuchar algo razonable.

Slash dice a los otros Hermanos dónde buscar y dónde comprobar. Nos despedimos. Encontramos las escaleras del túnel de metro más próximo y bajamos a los oscuros andenes, donde hay cadáveres descansando a la espera del último tren.

Ahuyentamos a las ratas del túnel. Están más gordas y agresivas que nunca, pero nuestras luces las mantienen alejadas.

—¿Todavía conservas esa perversa cuchilla?

—¿Esta nena? —HiLo mueve su brazo sano y un escalpelo cae en su mano.

Los ojos de Slash se congelan sobre ella, y su boca se estrecha.

—Quizás la necesites —dice.

—Vale, Hermano —e HiLo la hace desaparecer.

Ahora me imagino cómo debió de ser aquello.

Pasamos por unos cuantos andenes más antes de subir de nuevo. Nos hemos movido más rápido que por la superficie, y ahora estamos cerca de un extremo de Ciudad Diversión.

—Por aquí —HiLo señala más allá de las colmenas partidas. Veo mensajes escritos en los muros derruidos. ¿Señales Galrog?

—Espera —dice Jade—, me muero de hambre.

Hay una tienda de licores a una manzana. Levantamos y giramos la puerta; es tan fácil como romper un brazo. Nada se mueve dentro ni en la calle cuando nuestras luces se deslizan sobre las filas de botellas. El lugar huele a alcohol y me emborracho sólo de olerlo. Encontramos patatas fritas y chokolatinas que han sobrevivido bajo el mostrador, y las engullimos mientras volvemos hacia la puerta.

—¿Dónde está el escondite de las Galrogs? —dice Jade, acabándose una tableta 5ª Avenida.

Justo entonces oímos ese golpecito sordo. Ese que susurra «muerte». Una banda nos hace saber que nos ha rodeado.

—Retroceded —dice HiLo.

—No —dice Slash—. Basta de esconderse.

Vamos despacio hacia la puerta y miramos hacia fuera. Las sombras se despegan del muro y salen por las bocas de los callejones. Estamos estrechamente cercados.

—Bajad vuestras cuchillas, Hermanos.

Nunca he peleado con las Galrogs. Veo por qué Slash nos mantiene atrás. Están armadas hasta los dientes con estrellas, arpones, pistolas y bates. Incluso desarmadas parecerían fieras con sus ojos pintados con llamas, sus moños truncados y teñidos de una docena de colores, y sus tatuadas geometrías irisadas a lo largo de la cara. La mayoría viste de negro, todas llevan patines con cuchillas entre los dedos del pie.

Ocultan sus sentimientos hacia nosotros tras una muralla de silenciosas amenazas.

Oímos una voz suave:

—Salid si queréis seguir respirando.

Salimos, manteniéndonos juntos mientras las chicas nos rodean de cerca. Entonces Jade eleva su linterna, pero una Galrog de mejillas tatuadas con triángulos azules y un moño púrpura y rubio se la tira dándole un golpe en la mano. La linterna sale girando en la oscuridad como un enloquecido chorro de luz. No hay arañazos en los dedos de Jade. Mantengo mi linterna baja.

Una enorme Galrog patina hacia delante. Parece un cognirrobot, cargada de baterías, con alambres que recorren sus brazos de arriba abajo y atraviesan su pelo afro del cual cuelgan cascabeles y pedazos de vidrio. Tiene una torreta láser atada a la cabeza y un disparador en cada mano.

Nos mira a mí y a Jade de arriba abajo, luego se dirige a los embaucadores.

—Embaucador HiLo y embaucador Slash —dice—. Bonita pareja.

—Abrevia. Bala —dice Slash—. Los territorios están acabados.

—Ya entiendo —ella sonríe con sus dientes ennegrecidos con ácido—. Los Hewies fueron machacados aquí al lado y ahora tenemos más sitio para jugar.

—Podéis divertirlos todavía un día o dos —dice HiLo—. Pero los que los reventaron volverán por vosotras.

—Los edificios al reventar acabaron con ellos. El final que aplastaría al mundo vino y se fue. ¿Dónde estabais vosotros?

—Hay una nueva banda jugando en Ciudad Diversión —dice HiLo.

Los ojos de Bala se convierten en dos ranuras.

—¿Ahora queréis rollo con nosotras?, ¿eh? ¡Menudo ligue!

—Los Chicos de la 400 —continúa Jade.

—¡Suficiente para teneros ocupados! —ríe y patina haciendo un semicírculo—. Es posible.

—Están apoderándose de Ciudad Diversión por territorios, quizás van a por todos. No juegan limpio, no han oído hablar nunca de una diversión limpia.

—Basura —dice ella, y agita su pelo, haciendo sonar los cascabeles—. Os disteis el piro, tíos.

Slash sabe que ahora ella le escuchará.

—Estamos llamando a todas las bandas, Bala. Ahora tenemos que salvar nuestros pellejos y eso significa que necesitamos encontrar más escondites, hacer que más embaucadores sepan lo que pasa. ¿Estás en esto con nosotros o no?

—Aplastaron a los Soooooots en treinta segundos —dice HiLo.

Desde el centro de la ciudad una onda de choque atraviesa la calle como la punta de un látigo. Nos pilla a todos por sorpresa y nuestras vigilantes caen al suelo; Galrogs, Brothers, Soooooots, todos tenemos miedo a esos destructores. Esto nos une al instante.

Cuando el impacto pasa, nos miramos entre nosotros con los ojos bien abiertos. Todas las silenciosas amenazas de las Galrogs desaparecen. Entonces comprendemos que debemos permanecer juntos.

—Llevemos a estos chicos a casa —dice Bala.

—¡Sí, mami!

Con un rodar de patines, las Galrogs empiezan a moverse.

Nuestra bien armada escolta nos conduce por medio de un laberinto de pistas de patinaje abiertas entre los escombros.

—¿Chicos, eh? —oigo que Bala dice a los otros embaucadores—. Creímos que eran otra cosa.

—¿Qué creísteis?

—Dioses —dice Bala.

—¡Dioses!

—Cosas divinas, materia de la mente. La Vieja Madre miró en el espejo y vio una enorme hoguera alimentada con ciudades. ¿Os acordáis de cuando la burbuja aún no había caído? Había guerras en el sur, extraños bombardeos cayendo como tiras de petardos. ¿Quién sabe lo que se cocía en ese fuego?

»La Vieja Madre decidió que había llegado el fin del mundo, el tiempo para que los que están fuera entren por sus grietas. Juntaron toda esa energía y la moldearon en una masa. Luego comenzaron a darnos sustos provocando tormentas, aplastando todo. ¿Y qué mejor sitio para aplastar que Ciudad Diversión?

—¿El fin del mundo? —dice HiLo—. Entonces, ¿por qué están todavía aquí?

Bala ríe.

—Tú, bruto, ¿cómo es que conseguiste ser un embaucador? Nada termina nunca, nada.

En diez minutos llegamos a la pirámide gigante de un hipermercado, con las lunas de sus escaparates inferiores reemplazadas por pilas de escombros. Bala silba y las puertas dobles se abren girando.

—Vamos adentro.

Lo primero que veo son cajas de suministros amontonadas en los pasillos, cocinas encendidas, camas plegables y pilas de mantas. Veo también a alguna gente que no puede ser Galrog, niños y unos pocos adultos.

—Hemos recogido algunos supervivientes —dice Bala—. La Vieja Madre nos dijo que debíamos hacerlo —y se encoge de hombros.

He oído que la Vieja Madre es una anciana. Sobrevivió a las plagas y se puso del lado de las bandas. Debe de estar arriba, mirando en su espejo y murmurando.

Slash e HiLo se miran entre sí. No podría decir qué piensan. Slash se vuelve hacia mí y hacia Jade.

—Vale, Hermanos, tenemos trabajo que hacer. No os vayáis lejos.

—Vamonos a dormir a algún sitio —dice Jade. La sola visión de las camas y las mantas nos hace sentirnos cansados.

Bala señala unas escaleras mecánicas que no funcionan.

—Enséñales el camino, Shell —la Galrog con el moño rubio a mechetas rojas se adelanta por un pasillo y salta los primeros cuatro escalones de la escalera mecánica. Corre hasta arriba sin dejar de brincar y nos mira riendo.

—Es un ángel —dice Jade.

Hay más Galrogs arriba. Algunas chicas roncan envueltas en mantas a lo largo de los muros.

Shell mueve sus caderas y se ríe.

—Nunca he visto a los Hermanos en un hipermercado.

—Oh, mi mami solía comprar aquí —dice Jade mientras la mira de arriba abajo.

—¿Qué vendría a comprar? ¿A tu papá?

Jade cierra el puño sacando el pulgar y lo agita con una amplia sonrisa. Las otras chicas se ríen pero Shell no. Sus ojos azules se oscurecen y sus mejillas enrojecen bajo los triángulos azules. Yo agarro a Jade del hombro.

—No pierdas el tiempo —dice otra Galrog.

—Te sacaré la información —dice Shell y saca una cuchilla—. De una forma bonita y limpia.

Tiro del brazo de Jade y él lo deja.

—Venga, coged mantas —dice Shell—. Os podéis acostar por allí.

Llevamos las mantas a una esquina, nos envolvemos con ellas, y nos dormimos juntos. Sueño con humo.

Todavía está oscuro cuando Slash nos despierta.

—Vamos, Hermanos, tenemos un montón de cosas que hacer.

Las cosas se han movido, podemos comprobarlo. Las Galrogs conocen los escondites de bandas de las que nunca antes habíamos oído hablar, incluso algunas de fuera de Ciudad Diversión. Los corredores han estado toda la noche activos, y ahora las cosas se están moviendo. Desde el norte y el sur de la ciudad, en un amplio círculo alrededor de la 400, han llamado a todo el que podía venir.

Sobre las colmenas o bajo las calles, por alcantarillas, avenidas, callejones, cerramos un estrecho círculo sobre la 400, donde los Soooooots tenían su territorio de limpia diversión. Desde la calle 1 hasta la 1.000, de Bayview hasta Riverrun Boulevard, los escombros se remueven y los túneles de metro se llenan de gente, al tiempo que Ciudad Diversión se pone en marcha. A los Hermanos y las Galrogs se unen los Ratbeaters, Drummers, Myrmies, Kingpins de Piltown, Renfrew y Upperhand Hills. Los Diablos se mezclan con los Chogs, Cholos, Sledges y Trimtones, Jipjaps y los A—y—Marías. Además están los Tints, Chix, Rocko-boys, Gerlz, Floods, Zips y Zaps. Más de las que puedo recordar.

Somos una sola banda, la banda de Ciudad Diversión, y todos los nombres significan lo mismo.

Nosotros, los Hermanos, caminamos hombro con hombro con el último de los Soooooots entre nosotros.

Subiendo las escaleras del metro, llegamos a una superficie ennegrecida, arrasada. Parece el fin del mundo pero todavía estamos vivos. Durante un minuto, apenas puedo respirar, pero sigo avanzando y dejo que hierva mi ira.

Arriba, los Chicos de la 400 dejan de hacer ruido, hasta que sólo se oye algo parecido al sonido de un horno encendido.

Hacia la 359, nos dispersamos por calles laterales hacia el territorio de los Chicos.

Cuando alcanzamos la 398, el fuego brota de las colmenas de enfrente. Hay un sonido como el de un rascacielos dando su primer paso. Se oye el eco de un aullido entre las torres que luego baja hasta la calle.

En la siguiente esquina, veo un brazo que sale entre los escombros. Alrededor de la muñeca, el puño tiene un jaspeado de rojo y negro.

—Vamos a por ellos —dice HiLo.

Entramos en la 400 y nos quedamos paralizados.

Las calles que conocíamos han desaparecido. El cemento ha sido reducido a grava y cascotes, pulverizado contra el suelo. Las pirámides de colmenas son pequeños volcanes

que despiden humo, escupen fuego y provocan negras quemaduras sobre la tierra rota. Bajo el cielo vacío, las torres se inclinan alrededor de los volcanes en erupción, como si quisieran calentarse.

¿Estarán los Chicos de la 400 construyendo una nueva ciudad? Si es así, será peor que la muerte.

Más allá de los incendios podemos ver los restos de Ciudad Diversión. Sentimos a las bandas por todos lados, conectados en un mismo palpitar, unidos por un mismo aliento.

HiLo ya ha visto algo de esto antes, pero no tanto. No derrama lágrimas esta noche. Camina delante de nosotros para permanecer en la sombra, alejado del fuego. Levanta la cabeza y grita:

—¡Ehhhhhhh!

Un cráter erupciona entre los monstruosos edificios ahogando su grito con un estruendo terrible.

—¿EH, VOSOTROS, LOS CHICOS DE LA 400!

Las inclinadas farolas vuelven a medias a la vida. Sobre mi cabeza, una explota con un relámpago.

—*¡Este es nuestro territorio. Chicos de la 400!*

Las Galrogs y los Trimtones golpean los coches volcados. Esto hace que fluya mi sangre.

—*Habéis derribado nuestras colmenas, vosotros, Chicos. Habéis violado nuestra ciudad.*

Nuestro mundo, y pienso en la luna y mis ojos se humedecen.

—¿Y qué?

Las farolas se apagan. La tierra tiembla. Los cráteres rugen y vomitan sangre caliente sobre los edificios. La oigo sisear mientras gotea. Un trueno habla entre las torres.

—*¡Apuesto a que nunca habéis crecido!*

Ahí vienen.

De golpe aparecen más edificios en la calle. Al principio pensé que eran nuevos edificios pero son los Chicos *grandes*, al menos los de la 400.

Los Chicos de la 400 entran como un trueno en nuestra calle. Retrocedemos entre las sombras, hacia escondites que sólo nosotros podemos alcanzar.

Los primeros Chicos agitan cadenas con eslabones del tamaño de pistas de patinaje. Saltan algunas de las partes altas de las colmenas cercanas. Los Chicos no pueden sacarnos desde allí arriba, pero pueden enterrarnos bajo los escombros.

A pesar de su tamaño parecen tener sólo seis o siete años, pues conservan aún la gordura de los bebés en sus grandes y sudorosas caras. Sus ojos tienen el vicioso brillo de los chicos a esa edad cuando arrancan las patas a los insectos con una risa salvaje, pero perplejos y asustados de lo que están haciendo con sus propias manos. Por eso parecen doblemente letales. Están ardiendo con la fiebre amarilla.

Parecen más asustados que nosotros. Nuestro miedo ha desaparecido al convertirnos en una única banda. Los alcanzamos cuando cargan, proyectando nuestro poder desde todos lados. Cantamos, pero no sé si hay palabras en nuestra canción. Es un grito. Podría significar: «Venid a por nosotros si podéis, Chicos, venid, pero con nuestro tamaño». Saco fuerzas de ella, todos las sacamos. Detenemos el fuego, apagándolo, y enviándolo bajo tierra a través de nuestros pies.

Los Chicos empiezan a reírse y a buscarnos. Parecen estar encogiéndose hacia dentro. Los más cercanos comienzan a reducirse de tamaño a cada paso.

Absorbemos y escupimos su fiebre. El fuego pasa a través de nosotros. Nuestro grito nos hace estar sincronizados.

Los Chicos siguen haciéndose más pequeños a cada momento, más pequeños y enfermos. Los niños pequeños nunca saben cuándo parar. Continúan incluso cuando se están quemando.

Mientras retrocedemos, el primer niño se va reduciendo rápidamente. Un minuto antes era mayor que las colmenas. Luego apenas llena la calle. Una docena de sus compañeros la ocupan de lado a lado. Golpean con las cadenas y aúllan al cielo, sus siluetas recortadas contra las hogueras del centro de la ciudad.

Pasan por el medio de la calle, al lado de HiLo, y vienen a por nosotros. Ahora son el doble de nuestro tamaño... lo justo.

Ya puedo manejarlos.

Un Chico carga contra mí con algo malvado y curvo que no veo bien hasta que me pasa susurrando cerca de la oreja. Retrocedo al instante y llego más rápido aún, a donde él no espera. Entonces cae suave y pesadamente, muerto. La enfermiza luz roja sale al exterior, palpitando con su sangre, y se extingue en la calle.

Me giro para ver a Jade derribado por un Chico con un hacha. No puedo hacer más que ver la negra hoja subir alto...

Silbido agudo.

Ruedas chirriando.

Un cuerpo vuela hasta el Chico y lo derriba con su pie lleno de cuchillas y su ristra de bolas. Un moño púrpura y rubio y una gran carcajada.

La Galrog salta por encima y clava la mano del hacha en el cemento, cortando sus dedos que salen rodando entre una masa verdosa de sangre y huesos.

Shell se ríe de Jade y sale a toda velocidad.

Corro hacia él y lo pongo en pie. Atrás, dos Chicos retroceden por el oscuro callejón que va iluminándose a medida que pasan. Comenzamos a perseguirlos, pero ya se han encargado de ellos los Quazis y los Drummers, que estaban al acecho. Jade y yo nos damos la vuelta.

HiLo todavía mira la calle. Un Chico ha permanecido grande, más fuerte que el resto y más resistente a nuestro poder. Agita un enorme garrote en su mano.

—Ven, embaucador —le llama HiLo—. ¿Me recuerdas?

El mayor de los Chicos viene, aplastando las calles. Nos concentramos para agotarlo, pero se reduce más lentamente que los otros.

Su garrote golpea el suelo; bum, bum, bum. Algunas Garlogs y yo nos caemos de culo por los golpes. El garrote alcanza una colmena y nos cae una lluvia de cemento y silbante cristal.

HiLo no se mueve. Espera con sus relampagueantes luces, rojas y negras, sereno, con las manos vacías.

El enorme embaucador se gira, pero ahora su cabeza sólo alcanza el quinto piso de una colmena. HiLo retrocede cuando el garrote golpea y pulveriza la entrada de una tienda.

El escalpelo del Sooooooot brilla en su mano. Se arroja al tobillo del Chico y lo agarra con fuerza.

Lo acuchilla dos veces. El Chico grita como un gato. El mejor corte de tendones que he visto nunca.

El Chico, aullando, se tambalea y patalea con tanta fuerza que lanza a HiLo al otro lado de la calle, contra la persiana metálica de una tienda, dejándola completamente abollada. HiLo aterriza en un caos de ángulos imposibles y ya no se mueve.

Slash grita. Pero su pistola aúlla más fuerte. Su bala plateada y ensangrentada sale disparada. Dibuja una línea de luz en el aire lleno de humo.

El Chico se retuerce y araña el cemento hasta que sus dedos sangran. Su boca se abre hasta alcanzar el tamaño de un hombre y sus ojos, tan grandes como los rotos escaparates de alrededor, nos miran. Sus pupilas se reducen como las de una serpiente venenosa, su cara grande y oscura tiene la nariz partida.

Cinco Drummers escalan por el cadáver preparando el próximo asalto, pero con su embaucador muerto, los Chicos ya no quieren seguir. Los volcanes se apagan como si

también abandonaran.

Los supervivientes permanecen brillando en medio de su territorio. Unos pocos empiezan a llorar, y éste es un sonido que no puedo imitar. Hacen que Crybaby rompa a llorar también. Se sienta en el cemento, lloriqueando entre sus manos. Sus lágrimas son del color de la gasolina sobre el asfalto.

Seguimos absorbiendo el fuego de la fiebre, enterrándolo todo bajo el suelo. Los Chicos, corriendo en círculos, comienzan a derribarse entre sí, y algunos caen en la lava que baja desde las pirámides.

Ese resplandor salta, fuera de control, fuera de nuestras manos, escondiéndose entre los Chicos con su último aliento, listo para atacar.

Como una ardiente serpiente silbando entre las nubes, salta hacia delante.

Los Chicos caen muertos y ya no vuelven a moverse.

Se abre un agujero en el techo de humo. En la oscuridad, el cielo azul se asoma, volviéndose más claro conforme el humo se disipa. El último grito de los Chicos muere al amanecer.

El sol parece estar herido, pero todavía está en su sitio. ¡Hola!

—Vamos a empezar —dice Slash—. Hay mucho que limpiar por aquí —ha llorado, torciendo su boca gris. Supongo que amaba a HiLo como a un hermano. Me gustaría poder decir algo.

Nos ayudamos a levantarnos. Nos damos palmadas en la espalda y miramos salir el sol dorado y naranja y de un blanco cegador.

Bandas, no tengo que decirlos que me parece estupendo.

## SOLSTICIO

### James Patrick Kelly

La primera publicación de James Patrick Kelly apareció en 1975. Su carrera se aceleró a comienzos de los años ochenta; ha escrito casi dos docenas de cuentos cortos y dos novelas. Su segundo libro, *Freedom Beach*, escrito en colaboración con John Kessel, recibió elogios por su vivida inventiva y su traviesa erudición literaria.

Como Kessel, Kelly ha sido asociado a un amplio grupo de escritores de ciencia ficción de los ochenta, generalmente conocidos como «la nueva ala» de la ciencia ficción, opuestos (teóricamente) a los intereses fuertemente tecnológicos de los ciberpunks.

En 1985, Kelly complicó alegremente las cosas al publicar la siguiente historia, una extravagancia «hightech» de una visionaria e impetuosa osadía. Continuó con dos historias más, igualmente imaginativas y originales en su autoproclamada *trilogía ciberpunk*. Con su ejemplo, Kelly ha demostrado la verdad de un lugar común en ciencia ficción: donde los críticos dividen y analizan, los escritores unen y sintetizan.

Una vez al año lo abren al público. Algunos dedican casi una vida para planear este día. Otros llegan por casualidad, afortunados mirones que salen por enjambres de los autobuses para turistas. Lo filman todo pero raramente entienden qué están viendo. Años después, unos pocos de esos discos salen para reanimar fiestas agonizantes. La mayoría caerá en el olvido.

Sucede durante el solsticio de verano. Uno de los dos puntos de la eclíptica donde la distancia respecto al ecuador celeste es mayor: el día más largo del año, un momento de cambio.

Llegaron al atardecer, cuando las masas comenzaban a dispersarse. Un hombre alto, al comienzo de los cuarenta, y una chica adolescente. Tenían los mismos ojos grises. El

pelo pajizo de ella había comenzado a oscurecerse, como el de él cuando llegó a los diecisiete. Había un parecido imposible de ignorar en la manera en que se murmuraban bromas entre sí y cuando se reían de la gente a su alrededor. Ninguno de los dos llevaba cámara.

Habían venido a vagar entre las piedras de arenisca de lo que Tony Cage consideraba la más extraordinaria antigüedad del mundo. Sí, las pirámides eran más viejas y grandes, pero hacía tiempo que habían entregado sus misterios. Alguna vez el Partenón había sido más bello, pero la corrosión de la historia lo había deformado hasta hacerlo irreconocible. Pero Stonehenge... Stonehenge era único. Esencial. Era un espejo en el que cada época podía observar la calidad de su imaginación, en el que todo hombre podía medir su altura.

Se unieron a la cola que esperaba entrar en la cúpula. Aullidos ocasionales de música de sintetizador atravesaban el murmullo de las masas; el Festival Libre que se celebraba en un campo cercano estaba alcanzando su mayor estadio de locura. Quizás más tarde explorarían sus delicias, pero ahora habían llegado a la entrada de la cubierta exterior de la cúpula. La chica rió cuando entró por la membrana de la burbuja.

—Es como si te besara un gigante —dijo.

Se encontraban en el espacio entre las cubiertas exterior e interior de la cúpula. Cualquier otro día, éste hubiera sido el sitio más cercano al círculo de piedras que habrían alcanzado. La cúpula estaba hecha de plástico óptico endurecido, con un nivel de baja refracción. Las escaleras ascendían por el hueco entre ambas cubiertas; a los turistas que subían por ellas se les ofrecía una vista de pájaro sobre Stonehenge.

Entraron en la cubierta interior. Allí se encontraba un reportero que, portando una microcámara, estaba cerca de la Piedra del Talón; los vio y comenzó a hacerles señas.

—¡Perdón, señor, perdón! —Cage empujó a la chica fuera del flujo de la masa y esperó; no quería que ese idiota le llamara por su nombre delante de toda esa gente—. Usted es el artista de las drogas —el reportero los llevó a un lado. Una sonrisa bobalicona apareció en su cara de obsidiana—. Case Cane... —introdujo el enchufe craneal detrás de su oído, como si quisiera desconectar su propia memoria de la de los implantes.

—Cage.

—¿Y ella? —su sonrisa comenzó a resultar afectada—. ¿Su adorable hija?

Cage pensó en golpear al hombre. Pensó en largarse. La chica rió.

—Soy Wynne —y estrechó la mano del reportero.

—Mi nombre es Zomboy. El reportero de Wiltshire para *Sonic*. ¿Habían visto antes estas viejas piedras? Se las puedo enseñar —Cage esperaba que apareciera la luz roja de la microcámara, pero el reportero parecía extrañamente dubitativo—. ¿No llevará por casualidad unas muestras gratuitas para uno de sus mayores admiradores?

Wynne se mordió el labio para impedir una risita y buscó en su bolsillo.

—Dudo que puedas decirle a Tony algo nuevo sobre Stonehenge. Creo que vive para este lugar —sacó un bote de plástico, puso unas cuantas cápsulas verdes en su mano y se las ofreció al reportero.

El cogió una y la inspeccionó cuidadosamente.

—No hay etiqueta en el envase —dijo, sospechando de Cage—. ¿Está seguro de que no son peligrosas?

—Mierda, no —dijo Wynne, y se metió dos cápsulas en su boca—. Muy experimental. Te convierte los sesos en un pudín sanguinolento —ofreció una a Cage y éste se la tomó. Cage deseaba que Wynne dejase de practicar esos juegos retorcidos—. Hemos estado tomándolas durante todo el día —dijo Wynne—. ¿No se nota?

Despreocupadamente, el reportero se metió una cápsula en su boca. Entonces apareció la luz roja.

—Así que, señor Cage, usted es un devoto de Stonehenge, ¿no?

—Oh, sí—balbució Wynne—. Viene aquí todo el rato. Da conferencias a todo el que le escuche. Dice que existe una suerte de magia en este lugar.

—¿Magia? —el objetivo enfocó más de cerca a Cage, nunca lo había dejado de enfocar.

—No la clase de magia en la que está pensando, me temo —Cage odiaba mirar a una cámara cuando estaba volado—. No de magos o de sacrificios humanos o relámpagos. Una forma sutil de magia, la única posible en este mundo absolutamente explicado —las palabras se deslizaron sin obstáculos, quizás porque las había dicho antes muchas veces—. Tiene que ver con la forma en la que un misterio atrapa la imaginación y se vuelve obsesivo. Una magia que sólo opera en la mente.

—¿Y quién mejor para contemplar la magia de la mente que el celebrado artista de las drogas, el señor Tony Cage? —el reportero no se dirigía a él sino a una audiencia invisible.

Cage sonrió a la cámara.

En el 1130. Henry de Huntingdon, un archidiácono de Lincoln, fue encargado por su obispo para que escribiera una historia de Inglaterra. El suyo fue el primer testimonio de un lugar llamado «Stanenges, donde piedras de impresionante tamaño habían sido erigidas a modo de dinteles, y donde al parecer otros umbrales habían sido levantados sobre los primeros; y nadie podía concebir cómo unas piedras tan enormes habían sido levantadas en su conjunto, o para qué se había construido allí». El nombre deriva del inglés antiguo *stan*, «piedra», y *hengen*, «horcas». Las horcas medievales consistían en dos postes y una pieza de madera cruzada. No hay testimonios de ejecuciones en Stonehenge, aunque Geoffrey de Monmouth, seis años después, describe la masacre de cuatrocientos sesenta señores británicos a manos de los traicioneros sajones. Geoffrey afirma que Uther Pendragon y Merlín robaron los sagrados megalitos conocidos como la «Danza de los gigantes» de Irlanda, con magia y por la fuerza de las armas, y los reerigieron en la llanura de Wiltshire como monumento de guerra. La «teoría de Merlín» de la construcción de Stonehenge, aunque fiel reflejo de las relaciones entre ingleses e irlandeses, fue un motivo más en el tapiz artúrico de Geoffrey; un chauvinista cuento de hadas.

—Levanta.

Cage había estado soñando con ovejas. Un extenso pasto sin árboles, olas verdes meciéndose hacia el horizonte. Los animales se apartaban mientras él paseaba entre ellos. Estaba perdido.

—Tony.

Los criogenistas afirmaban que los congelados no soñaban. En sentido estricto era cierto, pero mientras lo estaban descongelando en el tanque, sus sinapsis comenzaron a dispararse y empezó de nuevo a soñar.

—Despierta, Tony.

Sus párpados se movieron.

—Sal fuera —se sintió como *un* alfiletero. Abrió los ojos y miró. Por un momento pensó que todavía soñaba. Wynne se había afeitado el pelo, excepto en una franja en cresta, multicolorada, que iba de oreja a oreja. Por su apariencia, parecía que se había hecho otro teñido corporal, en azul.

—Me voy, Tony. Sólo me quedé para estar segura de que te descongelaron bien. Ya he hecho el equipaje.

Murmuró algo sarcástico. No tenía sentido, ni siquiera para él, pero el tono de su voz era el adecuado. Supo que ella no era tan fuerte como se creía. Si no, no habría intentado sacar el tema cuando todavía estaba grogui. Se sentó en el tanque.

—Vete entonces —dijo—. Pero ayúdame a salir.

Se aovilló sobre el sillón del estudio e intentó no sentirse tan helado, como cuando estuvo entre la niebla, cérea de la bahía de Galway. No había horizonte; tanto el cielo como el agua tenían el color de la paja vieja. Había hecho exactamente el mismo tipo de cha que cuando subió al tanque. Nunca le había gustado mucho Irlanda. Pero cuando la

República extendió los privilegios fiscales a los artistas de drogas, sus contables le habían forzado a adoptar esa nacionalidad.

Wynne tenía el fuego encendido; la habitación se había llenado con el olor acre de las hojas quemándose. Le trajo una taza de café. Había una píldora rojinegra en el platillo. La levantó.

—¿Qué es esto?

—Nueva. Serentol, ayuda a relajarse.

—He estado tieso durante seis meses, Wynne. Estoy completamente relajado.

Ella se encogió de hombros, tomó la píldora de su mano y se la metió en la boca.

—No tiene sentido desperdiciarla.

—¿Adónde vas? —dijo él.

Pareció sorprendida de que le preguntase, como si primero esperara una discusión.

—A Inglaterra por un tiempo —dijo ella—, luego no sé.

—Muy bien —asintió él—. No tiene sentido estar aquí más de lo necesario. Pero ¿volverás cuando sea el momento de entrar en el tanque otra vez?

Sacudió su cabeza de pavo real y su pelo irisado volvió a cambiar. Decidió que podría acostumbrarse.

—¿Cuánto costaría hacerte cambiar de opinión?

Ella sonrió.

—No tienes bastante.

El sonrió también.

—Venga, entonces dame un beso —la atrajo hasta sus rodillas. Ella tenía veintidós años y era muy bella. Él sabía que era poco modesto por su parte pensar así, porque cuando la veía, se veía a sí mismo. Lo mejor sobre estas revitalizaciones era verla crecer mientras él hibernaba durante los inviernos, a fin de conseguir la residencia, con vistas a los impuestos. En otros treinta y pico años ambos estarían en la cincuentena—. Te quiero —dijo él.

—Lo sé —su voz se hizo un susurro—. Papi quiere a su niña pequeña.

Cage tuvo un shock. Nunca la había oído hablar de esa manera. Algo había pasado mientras estaba en el tanque. Entonces ella soltó una risita y le puso una mano sobre el muslo.

—Puedes venir con nosotros si quieres.

—¿Nosotros? —pasó las yemas de los dedos por su pequeña calva y se preguntó cuántos serentoles se habría tomado hoy.

Jaime I estaba tan fascinado con Stonehenge que ordenó al célebre arquitecto Iñigo Jones dibujar un plano de las piedras para determinar su propósito. El resultado de los estudios de Jones fue publicado póstumamente en 1655 por su yerno. Jones rechazó la idea de que tal estructura pudiera haber sido levantada por gentes indígenas, pues «los antiguos *Britanos* [eran] notablemente ignorantes, como Nación completamente adicta a las guerras, que nunca se dedicó al Estudio de las Artes ni ocupó sus mentes con Excelencia alguna». En su lugar, Jones, que había aprendido su arte en la Italia renacentista y que era un estudioso de la arquitectura clásica, declaró que Stonehenge debía de ser un templo romano, una mezcla de estilo corintio y etrusco, posiblemente construido durante el reinado de los emperadores Flavios.

En 1663, el doctor Walter Charlton, un médico de Carlos II, cuestionó la teoría de Jones, sosteniendo que Stonehenge había sido construido por los daneses «para ser una Corte Real, o lugar para la Elección y Coronación de sus Reyes». El poeta Dryden aplaudió a Charlton en verso:

*Stoneheng, en otros tiempos considerado Templo, en él hallaste  
un Trono, donde los Reyes, nuestros Dioses Terrenales,*

*eran coronados.*

De hecho, muchos apuntaron a la forma de corona de Stonehenge como prueba de esta teoría. Desde luego, estas especulaciones aparcadas al poco de la restauración al trono de Carlos, tras su largo exilio, eran interesadas desde el punto de vista político. Los más astutos cortesanos no ahorraron esfuerzo alguno para desacreditar la república de Cromwell, y obtener así el favor real, asegurando de paso la antigüedad del derecho divino para la realeza.

Wynne era la mayor extravagancia de Cage. De hecho, él nunca había buscado tener dinero; las multinacionales del entretenimiento le habían forzado a ello. Tras haber adquirido un Rafael, un Constable y un Klee, tras haber pasado las vacaciones en la Fosa de Mindanao, en Habitat Tres y en el Disney de la Luna, había descubierto que no había muchas más cosas preciosas que mereciera la pena comprarse.

La gente lo envidiaba: el rico, el *famoso* artista de la droga.

Pero cuando Cage tuvo éxito por primera vez en la Western Amusements, su nueva riqueza casi le había ahogado. El problema era que el dinero no se quedaba ahí parado, quieto. Gritaba que se le atendiera. Tenía que ser recogido, manejado, y distribuido por una comitiva sin fin de gente con sonrisas forzadas y firmes apretones de manos, los cuales insistían en darle consejos, sin importarles cuánto les ofreciera él para que le dejaran en paz. Para ellos, él era Tony Cage Incorporated.

Fue mientras desarrollaba Atención cuando Cage decidió que necesitaba a alguien para que le ayudara a gastar su dinero. No sintió una especial urgencia por casarse. Ninguna de las mujeres con las que se había acostado en esa época le importaba. Sabía que habían sido arrastradas por una irresistible feromona, el olor a éxito. Quería compartir su vida con alguien que tuviera un vínculo con él, y no con lazos que los abogados pudieran romper. Alguien que fuera único para él. Para siempre. O así se lo imaginaba. Quizás no había nada romántico al respecto. Quizás los sociobiólogos estaban en lo cierto y lo que estaba funcionando era un instinto que había sido grabado en su cerebro de vertebrado desde el Devónico: *reproducir, reproducir*.

Wynne fue concebida en un vientre artificial. Esta forma era la más limpia, tanto médica como legalmente. Todo lo que requirió fue tomar un cultivo de tejido de unas pocas células epiteliales del intestino de Cage y algo de ingeniería genética para cambiar el cromosoma «Y» en «X», así como llevar a cabo otras mejoras diversas. Sólo eso y algo más de un millón doscientos mil dólares, y Wynne fue suya.

Se dijo a sí mismo que debía rechazar todas las etiquetas que intentaran colocar sobre Wynne. Se negó a pensar en ella como en su hija. Y tampoco como si fuera exactamente su clon. Era como una gemela, sólo que había sido concebida en un útero diferente y que su nacimiento había ocurrido veintiséis años después del suyo, después de su abusiva época que tanto le había golpeado y que nunca le tocó a ella. Lo cual significaba decir que no era nada parecido a un gemelo. Ella era algo nuevo, algo infinitamente precioso. No había reglas para su comportamiento ni limitaciones para sus habilidades. Le gustaba fanfarronear diciendo que había obtenido exactamente lo que había pedido.

—Es más bella que yo, más lista y mejor jugadora de tenis —solía bromear—. Vale cada centavo que he pagado.

Cuando era niña, Cage no tenía mucho tiempo para Wynne. En esos días estaba probando en sí mismo un nuevo producto, y día sí, día no, se tambaleaba cuando volvía a casa, bastante volado. Le encontró una niñera inglesa, que son las mejores. No pagaba a la señora Detling para que amara a la niña: Wynne se la ganó por su cuenta. La estricta y anciana mujer gastó carretadas del dinero de Cage en su Wynne; su filosofía era tratar a la niña como si fuera un disco vacío en el que habría de grabarse sólo la información más preciosa. Para favorecer a Wynne, viajaban siempre que Cage podía salir del laboratorio.

Detling la ayudó a desarrollar el dominio de los idiomas del viejo mundo; Wynne hablaba inglés, ruso, español, un poco de japonés y podía leer a su Virgilio en latín. Cuando llegó a tercero, sacó un noventa y nueve por ciento en el test para su edad, de acuerdo con el Perfil de Inteligencia de Cultura Libre de Génova.

No fue hasta que tuvo siete años cuando Cage comenzó a obtener un verdadero placer con su compañía. Su encanto era una incongruente mezcla de madurez e infantilidad.

Un día regresó del laboratorio y encontró a Wynne frente al ordenador, conectada a la telecadena.

—Pensé que ibas a ver a tu amiga. ¿Cómo se llama? —dijo él.

—¿Haidee? Cuando la niñera me dijo que hoy volverías temprano a casa, decidí que no.

—Solamente he venido a cambiarme —en aquella época estaba trabajando en el Reidor y todavía tenía un zumbido de la dosis de la mañana. No quería empezar a tener risitas como un bobo delante de la niña, por lo que abrió el bar y sacó una jeringuilla a presión llena de neurolépticos, para poder comportarse—. Tengo una cita. Tengo que salir a las seis.

Ella salió del juego.

—¿Con esa nueva? ¿Jocelyn?

—Jocelyn, sí —y adelantó su mano hacia el mando de la telecadena—. ¿Te importa si miro el correo?

Ella se lo pasó.

—Tony, te echo de menos cuando estás trabajando —eso ya lo había oído antes.

—Yo también, Wynne —él accedió al menú del correo y empezó a hojearlo.

Ella se acurrucó a su lado y miró en silencio.

—Tony —dijo finalmente—, ¿lloran los mayores?

—Mmmmm —Western le estaba fastidiando con los retrasos del Reidor, amenazándole con retenerle sus bonos del Deslizador—. Algunas veces, supongo.

—¿Sí? —parecía extrañada—. ¿Cuando se caen y se arañan las rodillas?

—Generalmente, cuando algo triste les ocurre.

—¿Como qué?

—Algo triste —hubo un largo silencio—. Ya sabes —él quería cambiar de tema.

—Vi a Jocelyn llorando.

Por fin ella atrapó su atención.

—La otra noche —continuó—. Vino, se sentó en el sofá, a esperarte. Yo estaba jugando a las casitas detrás de la silla. Ella no sabía que estaba aquí. ¿Sabes?, es fea cuando llora. El maquillaje bajo sus ojos hace que sus lágrimas sean negras. Luego se levantó para ir al baño y me vio, y me miró como si fuese culpa mía el que llorara. Pero siguió su camino y no dijo nada. Cuando salió era feliz otra vez. Al menos no lloraba. ¿La hiciste ponerse triste?

—No lo sé, Wynne —se sintió como si debiera enfadarse, pero no sabía con quién—. Quizás lo hice.

—Bueno, no creo que eso sea correcto que lo haga un mayor. Y no creo que ella me guste demasiado —Wynne la miró como si hubiera ido demasiado lejos—. Bueno, ¿por qué tiene que estar triste? Ella te ve más que yo, y yo no lloro.

El la abrazó.

—Eres una buena chica, Wynn —decidió que no vería a Jocelyn esa noche—. Te quiero.

Mucha gente trata de mantener una división entre la vida personal y la laboral. Antes de Wynne, Cage siempre había estado solo, no importa con quién estuviera. Odiaba enfrentarse al vacío que había en el centro de su vida personal; mujeres desechables como Jocelyn solamente alimentaban ese vacío. Iba a trabajar para escapar de sí mismo; éste era el secreto de su éxito. Pero cuando Wynne se hizo mayor, tuvo que cambiar,

haciendo gradualmente un espacio para ella en su vida, hasta que ella lo llenó.

William Stukeley pertenecía a la gran tradición de excéntricos ingleses. De 1719 a 1724 este impresionable y joven anticuario pasó sus veranos explorando Stonehenge. Su meticuloso trabajo de campo no sería igualado hasta la época de la reina Victoria. Stukeley hizo mediciones precisas de las distancias entre las piedras. Exploró el campo de alrededor y descubrió que el círculo no era sino una parte de un complejo neolítico mayor. Fue el primero en apuntar la orientación del eje de Stonehenge hacia el solsticio de verano. Sin embargo, no publicó sus hallazgos hasta diez años después. Entre tanto tomó votos religiosos, se casó, se mudó de Londres a Lincolnshire y decidió que era un druida.

De su errática lectura de la Biblia, Plinio y Tácito, Stukeley dedujo que los druidas debían de ser descendientes directos del Abraham bíblico, que había viajado a Inglaterra en un barco fenicio. Aunque su libro contenía un soberbio trabajo de campo sobre Stonehenge, el polémico intento de Stukeley se resumió de forma perfecta en su frontispicio con el retrato del autor como Chyndonax, el príncipe de los druidas. Su título era «Una historia cronológica del origen y proceso de la verdadera religión y de la idolatría». Stukeley pintó una visión de nobles sabios practicando una religión natural y pura, cuya equivalente moderna, y no ahorró dificultades para demostrarlo, no era otra que ¡la de su propia y amada Iglesia de Inglaterra! Los druidas habían construido Stonehenge como un templo para su dios serpiente. Aunque Stukeley creía que los ritos practicados allí incluían, en su opinión, sacrificios humanos, se hallaba inclinado a perdonar estos excesos a sus antecesores espirituales. Quizás habían tomado equivocadamente el ejemplo de Abraham.

Cien años después de la fantasía druídica de Stukeley, ésta consiguió abrirse paso tanto en la *Encyclopedia Britannica* como en la imaginación popular. En 1857 se estableció un enlace ferroviario entre Londres y Salisbury, y los Victorianos bajaban en manadas. Para algunos, Stonehenge era la confirmación tanto de la antigua como la actual grandeza de Britannia; para otros representaba los sueños oscuros de doncellas destripadas y lujuria pagana. Los pubs cercanos a Amesbury abrían durante toda la noche. Si los cielos estaban despejados, se podían contar por miles aquellos que acampaban en Stonehenge. No era una masa respetuosa. Rompían botellas contra los monolitos y escalaban por las areniscas, bailando al amanecer del verano. La ensoñadora tranquilidad de la llanura de Wiltshire era aniquilada por sus risas groseras y el ruido de sus vehículos.

A Cage nunca le gustó Tod Schluermann. Se dijo que el hecho de que Tod se hubiera convertido en el amante de Wynne mientras él estaba en el tanque no tenía nada que ver. Tampoco importaba que Tod la hubiera convencido para ir a Inglaterra. Tod, a sus veinticuatro años, había vagado por todo el mundo; su padre había sido un doctor de las Fuerzas Aéreas. Nacido en Filipinas, había crecido en bases de Alemania, Florida y Colorado. Había fallado en la academia de las Fuerzas Armadas y había ido a otros colegios sin adquirir nada más importante que un rechazo a levantarse temprano.

Tod era un chico delgado que resultaba atractivo con los reveladores pantalones ajustados que se habían puesto de moda. Era atractivo de una forma grácil. Bajo su cara se hallaba la estructura ósea de una madonna renacentista. Para poder entrar en la academia, había necesitado implantes cocleares para corregir un ligero problema auditivo: pidió a los cirujanos que redujesen sus orejas. No tenía nada de pelo, excepto un pincel negro en la cabeza. Como Wynne, se había teñido de azul claro, y bajo ciertas iluminaciones parecía un cadáver.

Wynne y él se encontraron en un club de drogas; ella estaba tomando Deslizador en una mesa luminosa cuando él se sentó cerca de ella. Cage nunca entendió qué hacía Tod

en el club. Tod no usaba drogas psicoactivas a menudo y, aunque intentaba ocultarlo, desaprobaba a los consumidores habituales. Un buen candidato para la Liga de la Templanza con la Droga. Había un ramalazo de puritano en él que lo distanciaba de su licenciosa generación. En sus años de salidas y entradas de colegios, Tod había leído amplia, pero no correctamente. Como muchos autodidactas, sospechaba de los expertos. Tenía inteligencia natural, era evidente, pero su arrogancia a menudo lo hacía parecer estúpido.

—Y vosotros dos, ¿de dónde vais a sacar el dinero para vivir? —le preguntó Cage antes de la cena, la noche anterior a que se fueran de Irlanda.

Tod se sirvió un primer vaso de Chablis en una copa de vino de cristal Waterford y sonrió.

—Tío, el dinero sólo es problema si piensas demasiado en él.

—Tony, ¿por qué no dejas de preocuparte y me pasas la carne? —dijo Wynne—. Estaremos bien —nadie habló mientras Tod se servía la guarnición y le pasaba a ella la bandeja—. Después de todo —continuó ella—, tengo mi asignación.

Había una mancha de salsa de Madeira en la barbilla de Tod.

—No quiero tu dinero, Wynne.

Pero Cage sabía que eso iba en su beneficio. La asignación de Wynne era suficientemente generosa como para sostener a un abogado de Mayfair; no quería gastarla en Tod.

—¿Qué te hace pensar que podrás aprender a programar un sintetizador de vídeo? Sabes que para eso la gente va a la universidad.

—La universidad, sí —Wynne y él intercambiaron una mirada—. Bueno, va sabes, el problema es que para cuando los profesores han acabado contigo, han arrasado completamente tu creatividad. Habla con los buenos estudiantes de «sobresaliente» y descubrirás que se han olvidado, en primer lugar, de porqué querían ser artistas. Todo lo que saben es reciclar la vieja basura rígida que aprendieron en la escuela. Cualquiera lo puede ver. Simplemente encarga algunos vídeos en la telecadena. Nació nuevo, tío.

—Tod ha estado estudiando muy duro. Y ya tiene cierta experiencia —dijo Wynne—. Además, ahora no es tan difícil aprender a programar como lo solía ser antes. Han trabajado de verdad para hacer un interfaz mucho más accesible.

—¿Quiénes? ¿Quieres decir los viejos y esclerotizados opresores de las corporaciones?

—¡Tony! —ella se levantó de la mesa.

—No —dijo Tod—. Tiene razón —ella volvió a sentarse. Cage odiaba la forma en que ella siempre apoyaba a Tod—. Mira, tío, no digo que todo lo que se aprende en la escuela esté podrido. Mírate a ti mismo. Quiero decir, nunca habrías desarrollado el Deslizador o algo así si no lo hubieras hecho en su momento. Te concedo un montón de crédito por haber llegado a todo eso. Tu trabajo es brillante. Sé de artistas que no pueden siquiera empezar a pensar en un proyecto si no se tragan unos cuantos miligramos de tu Atención. Pero, tío, no se trata de eso. Lo que importa es el arte y no la tecnología.

—Tod, estamos hablando de videosintetizadores controlados por ordenador —Cage dejó su tenedor cruzado sobre el plato. La conversación le había quitado el apetito—. Ocorre que sé un poco sobre eso. Recuerda, he tenido a muchos programadores trabajando para mí. Son máquinas complicadas. Y caras de usar. ¿Cómo vais a costear el tiempo de acceso que necesitas?

Tod era el único que seguía comiendo.

—Hay maneras —dijo mientras masticaba—. Las tiendas pequeñas están abiertas para los aficionados a los ordenadores después del horario de venta. Se va allí a las tres de la mañana y se trabaja hasta las cinco. Muy barato.

—Incluso si sacas algo que merezca la pena, lo tienes que distribuir. Las multinacionales como la Western Amusement ni siquiera tocarían a un independiente.

Tod se encogió de hombros.

—¿Y? Empezaré desde abajo. Por eso vamos a Inglaterra. La telecadena británica tiene montones de enlaces abiertos para estaciones de acceso comunitario. Una vez que la gente vea lo que tengo, será fácil. Lo sé.

Wynne sirvió un estimulante volátil llamado Éxtasis en una copa grande de brandy, respiró profundamente los vapores y lo pasó. La inhalación de Tod fue rápida y desaprobadora; ofreció el vaso a Cage. Coleen vino con el postre y Cage se dio cuenta de que no había nada más que pudiera decir. Era obvio que Tod no tenía escrúpulos para rebatir los inevitables inconvenientes. En seis meses el plan sería completamente distinto. Tod acusaría a Wynne o a Cage ¡o a alguien más! por su fracaso y continuaría su vida sin sentido, sin ellos, refugiado en su espejismo de genio atrapado en un mundo lleno de locos. Era obvio.

Pero estaba Wynne, su bella Wynne, brillando hacia Tod como si éste fuera la segunda venida de Leonardo da Vinci. Ese hijo de puta se la iba a llevar.

Sir Edmund Antrobus, el barón a quien pertenecía Stonehenge, murió sin heredero en 1915. Durante años se había peleado con la Iglesia del Nexo Universal, una moderna reencarnación del druidismo, basada a partes iguales en la buena voluntad y el mal academicismo sobre el sentido del lugar. El druida jefe anunció que había sido una maldición druídica la que había derribado a sir Edmund. Algunos meses más tarde, las inmobiliarias vinieron a comprarlo. Cecil Chubb adquirió Stonehenge en una subasta por 6.600 libras. Afirmaba que había sentido un impulso por poseerlo. Tres años después, Chubb ofreció Stonehenge a la nación y, por su generosidad, Lloyd George le nombró caballero.

Para los cautos burócratas del Departamento de Obras, Stonehenge era un desastre esperando materializarse. Varias piedras inclinadas amenazaban con desmoronarse y los dinteles desplazados estaban a punto de caerse. El gobierno buscó ayuda en la Sociedad de Anticuarios para su restauración. Los anticuarios aprovecharon la oportunidad para extender las reparaciones a una grandiosa y desastrosa excavación de todo el monumento. El gobierno, sin embargo, pronto retiró los fondos, después de que se enderezaran las piedras, y durante años la Sociedad luchó para pagar las excavaciones. En más ocasiones que en menos, el forense William Hawley tuvo que trabajar solo, viviendo en una mísera chabola en el mismo lugar. En 1926, el proyecto se suspendió misericordiosamente, habiendo conseguido poco más que desordenar los hallazgos y avergonzar a la Sociedad. Tal como el perplejo Hawley declaró al *Times*: «Cuanto más excavamos, más profundo parece el misterio».

Como mucha gente, Cage no eligió su carrera; llegó a ser un artista de drogas por accidente. Cuando comenzó en Cornell quería estudiar ingeniería genética. En ese momento Boggs estaba desarrollando un virus que podía alterar los cromosomas en células ya existentes. Kwabena había publicado un trabajo pionero sobre la reconversión de algas para el consumo humano. Parecía como si cada mes distintos genetistas dieran un paso adelante para prometer un milagro que cambiaría el mundo. Cage quiso hacer milagros también. En esa época el idealismo no parecía tan loco.

Desafortunadamente, la ingeniería genética atraía a todo chico brillante del país. La competición en Cornell era feroz. Cage comenzó tomando drogas en su segundo año universitario sólo para mantenerse al día con el trabajo del curso. Comenzó con pequeñas dosis de metracina; se suponía que sólo eran adictivas psicológicamente. Cage se sabía más resistente que cualquier droga. Entonces no se preocupó demasiado por las sustancias recreativas. No tenía tiempo. Había probado el TCH en ocasiones, tanto en pastillas como en los nuevos aerosoles de Suecia. Una vez, durante unas vacaciones de primavera, una mujer que había estado viendo le dio algunos brotes de mezcal. Ella le dijo

que le darían una nueva visión de las cosas. Y así fue; se dio cuenta de que perdía el tiempo con ella.

Tres semestres más tarde todo le fue fatal. Para entonces estaba tomando meganfetaminas en dosis masivas, a veces por encima de los ochenta miligramos. El golpe inicial se parecía mucho a un orgasmo en todo el cuerpo; después de esto, no le apetecía estudiar demasiado. Su tutor le dijo que cambiase de programa después de sacar un aprobado raspado en química genética. Estaba quemando sus células del cerebro y perdiendo peso; ya había perdido la orientación. Sabía que debía desintoxicarse y empezar de nuevo.

Se había apuntado a un curso de psicofarmacología en un impulso paranoide. Si debía estudiar algo, ¿por qué no la química de lo que se estaba haciendo a sí mismo con su hábito?

Bobby Belotti era un buen maestro; pronto se hizo su amigo. Le ayudó a dejar las anfetaminas, le ayudó a conseguir una graduación justa en biología y le animó a solicitar la entrada en el doctorado. Mucho del idealismo de Cage se había disipado durante esos semestres, volado dentro de una psicosis anfetamínica. Quizás ésta era la razón por la que le resultaba tan fácil autoconvencerse de que desarrollar nuevas drogas era algo tan noble como curar la hemofilia.

Cage escribió su tesina sobre los efectos de los alucinógenos sintéticos en los receptores serotoninérgicos y dopamínicos. Los primeros alucinógenos sintéticos, como el LSD o el DMT, se consideraron durante mucho tiempo como inhibidores de la producción de la serotonina reguladora, lo cual no era nada sorprendente puesto que sus estructuras químicas eran notablemente similares. Su trabajo mostró que los alucinógenos de esta familia también afectaban al sistema de producción de dopamina y que muchos de los efectos mencionados eran el resultado de la interacción con tales neuroreguladores. No era, tuvo que admitirlo, un trabajo brillante ni particularmente innovador; los fundamentos se habían establecido hacía mucho tiempo. Pero para entonces el aburrimiento de ser un estudiante había crecido considerablemente. Su trabajo lo reflejaba.

Consiguió su licenciatura en medio de la breve e ignominiosa legislación del Primer Partido Americano, un atajo de fanáticos libertarios inclinados a dismantelar el gobierno de los Estados Unidos. Eclipsando a la Administración para las Drogas y Alimentos, encendieron la revolución del uso de las drogas para el ocio. Cage todavía estaba decidiendo si esclavizarse con su doctorado cuando Bobby Belotti lo llamó para decirle que se iba de Cornell. La Western Amusement estaba reclutando gente para hacer I+D en su nueva división de drogas psicoactivas. Belotti se iba. ¿Quería hacer Cage lo mismo? Por supuesto.

Se suponía que el equipo de Belotti estaba buscando algo impactante para los hombres de rudimentario: soluble en grasa, para que pudiera llegar pronto al cerebro y alcanzar su centro de activación en pocos minutos después de su ingestión. Debía ser fácilmente metabolizable para que el efecto psicoactivo desapareciera en una o dos horas. Sin agujas, y que mantuviera bajo el nivel de tolerancia. No querían que sus consumidores vieran a Dios, o que tuvieran el máximo orgasmo posible; sólo un poco de distorsión psíquica, algunas visiones bonitas y dejarlos con la sonrisa puesta.

Puesto que Cage había trabajado con alucinógenos no solubles, Belotti le dio una amplia libertad de acción. Tras dos meses frustrantes, empezó a considerar seriamente el DMD. Parecía cumplir las especificaciones, excepto que en los tests con animales no parecía presentar efectos psicoactivos significativos. Se preocupaba porque quizás era demasiado sutil.

Bobby Belotti era un individuo completamente desastrado. Su pelo moreno y rizado resistía cualquier esfuerzo por peinarlo. Siempre se estaba metiendo la camisa, pero su barriga la sacaba al poco. Se veían cercos secos de café en la parte superior de los memorándums y de los informes que se apilaban en su escritorio; el polvo se posaba

tranquilamente en los empalmes de su terminal. Por estas habilidades, era el tipo de empleado que la dirección prefería esconder del mundo exterior.

—Mira esto —Cage entró impetuosamente en la oficina de Belotti y le dejó una pila de diez centímetros de papel pijama en su mesa—. El DMD funciona. La sustancia inhibe enormemente el sistema serotoninérgico.

Belotti se levantó las gafas y frotó el ojo con el dorso de la mano.

—Estupendo. ¿Tienes algún efecto que me puedas mostrar?

—No, pero estos números dicen que hay alguno. Debe de ser algún tipo de disparador.

Belotti suspiró y empezó a hojear los papeles del escritorio.

—Tony, la oficina central nos está agobiando para que saquemos algo que tenga venta. No veo que el DMD sea la respuesta. ¿Y tú?

—En un par de semanas, Bobby. Casi lo tengo, lo puedo tocar.

Belotti encontró un memorándum y se lo pasó a Cage.

—Déjalo descansar, Tony. Saquemos dos productos del bolsillo y quizás entonces puedas intentarlo de nuevo —el memorándum recolocaba a Cage trabajando bajo la directa supervisión de Belotti.

Discutieron. Cage nunca supo cómo discutir y tenía un genio rápido. Belotti era demasiado tranquilo, demasiado malditamente comprensible. Aunque nunca se mencionó, la deuda que Cage tenía con Belotti alimentaba su furia. Sintió como si fuera el estudiante inútil al que otra vez corrige su amable profesor.

Echando humo, Cage se llevó el odioso memorándum a su cubículo, apagó el terminal, y su mirada vagó sobre la pantalla vacía. Estaba a punto de arrojarlo todo por la borda, de hacer alguna locura. Y entonces la idea le vino en medio de su furia como una escena sacada de una película de científicos locos. Cogió diez miligramos de DMD y se fue a casa, a probarlo directamente en él.

Una media hora después de tomarse la droga, estaba tumbado en la cama, en una habitación a oscuras, esperando que ocurriera algo, cualquier cosa. Se sentía intranquilo, como si se hubiera tragado medio «speed». Su pulso era alto y sudaba. Sabía por las pruebas que esa droga ya debería haber llegado al cerebro. No sentía nada, ya ni siquiera estaba enfadado. Finalmente se fue a la cama, encendió las luces y se dirigió a la cocina a prepararse un bocado. Se sentó ante la telecadena con un sándwich de jamón y queso, y encendió el monitor; noticias, cambio de canal, *clic, clic*.

Ninguna señal, sólo estática, exactamente lo que necesitaba para disparar el efecto psicoactivo del DMD. Nunca se comió ese sándwich.

En vez de eso, dedicó la hora siguiente a mirar intensamente la pantalla de fosforescencias rojas, azules y verdes, relampagueando azarosamente, excepto que, para Cage, no eran en absoluto azarosas. Vio formas, maravillosas formas: ruedas de fuego, olas amarillas de trigo, ángeles danzando en la cabeza de una aguja, caras de demonios. Se sintió como si él mismo fuera una de esas formas. Se sentía liberado de su cuerpo, deslizándose por la pantalla para jugar entre aquellas maravillosas luces.

Y de golpe se acabó, un final muy limpio. Había pasado una hora y media desde que se había tomado la píldora; el momento álgido había durado aproximadamente cuarenta y cinco minutos. Era perfecto. Con un sofisticado espectáculo de luces para disparar el efecto del DMD, ésta se convertiría en la droga más popular desde el alcohol. Y era suya, se dio cuenta, sólo suya.

Después de todo. Belotti se había quedado al margen con su memorándum. Era Cage el que había asumido los riesgos, el que había jugado con su cuerpo y su cordura. La amistad es la amistad, pero Cage supo que si jugaba bien su baza, podría cambiar su vida. Por ello se aseguró de que la dirección oyese hablar acerca del DMD por él mismo, mostrando cómo Belotti había intentado desbaratar investigaciones importantes. Si sus colegas se resentían contra él por pisar la cabeza de un amigo para trepar, Cage aprendería a que no le importara. La oficina central se sintió aliviada en secreto; Cage era

mucho más presentable que Belotti. Al poco tiempo, éste estaba a cargo del grupo, y un poco más tarde, a cargo de todo el laboratorio.

Cage esperaba que Bobby Belotti se fuera, que volviera a Cornell, pero nunca lo hizo. Quizás Belotti intentaba una suerte de venganza sutil yendo al trabajo todos los días, tomando café con el hombre que le había traicionado. Cage se negó a sentirse avergonzado. Encontró modos de evitar a Belotti, enterrándolo finalmente en un proyecto menor que no tenía muchas posibilidades de éxito. Después de esto, no volvieron a hablar de nuevo.

Llamaron a la droga Deslizador y se dedicaron a lanzar una cantidad increíble al mercado. Los ejecutivos de relaciones públicas hicieron famoso a Cage incluso antes de que éste entendiera del todo qué le estaban haciendo. Los entrevistadores de la telecadena nunca tenían bastante sobre él. En muchas agencias de información apareció una saneada biografía suya: «el joven y brillante investigador», «el osado descubrimiento» «el primer paso hacia un increíble viaje psíquico». Al principio, a Cage le divertía todo esto.

Cuando por fin pudo volver al laboratorio, dedicó mucho tiempo a la búsqueda en equipo de los mecanismos disparadores del efecto psicoactivo del Deslizador. La consola de luces, que podía leer gráficos de electroencefalogramas y transformarlos en pirotecnia infográfica de alta resolución, fue el mayor de sus éxitos, pero hubo otros muchos. De hecho, su trabajo en dispositivos, tras la comercialización, benefició a la Western Amusement tanto como la propia droga. Para tenerlo a salvo de los cazadores de cabezas corporativos, la Western Amusement le dio una participación en los beneficios. Pronto se convirtió en uno de los hombres jóvenes más ricos del mundo.

La experiencia de esta droga recreativa consistía en tres partes: la química misma, el estado mental del usuario y el ambiente donde la droga se consumía, lo que a Cage gustaba denominar el «entorno». Al pasar los años, cada vez estaba menos implicado en el desarrollo de sustancias químicas. Los chicos recién licenciados eran mejores investigadores de lo que él nunca había sido. Se interesaba más por el diseño conceptual, y especialmente le gustaba soñar con entornos nuevos; del casco de aislamiento sensorial al estroboscopio alfa. Los ejecutivos hicieron todo lo que pudieron para satisfacer sus cambiantes inclinaciones. Ya no era en absoluto un investigador psicofarmacéutico; se le bautizó como el «primer artista de las drogas».

Sin embargo, la razón por la que Cage se vio forzado a acabar con su tarea en el desarrollo de drogas no tuvo nada que ver con sus anhelos artísticos. Poseía la clásica personalidad adictiva: le encantaba volarse. Durante años dejó que determinados productos químicos perniciosos clavaran sus garras en sus sinapsis. Aunque siempre se las había arreglado para desengancharse, la dirección estaba nerviosa. Habían hecho de Tony Cage un símbolo de la corporación; no podían permitirse que se derrumbara.

Cage no debería haberse sorprendido al darse cuenta de que su gusto por las drogas se reflejaba en Wynne. Ella empezó a utilizarlas cuando sólo tenía nueve años, y para cuando tuvo once, él le permitió que tomara algunos de los principales psicoactivos. Casi no había otra alternativa, si es que Wynne iba a compartir su vida. Una de las ventajas que tenía Cage era su propia bodega de drogas, que dejaba en ridículo a la mayoría de los clubs. Y su propio laboratorio estaba desarrollando un chicle canabíaceo dirigido al mercado preadolescente. A pesar de lo que predicaba la Liga de la Templanza, Cage no había creado una cultura de la droga; ésta le había creado a él. Niños de todas partes del mundo se colocaban, alcanzando el fogonazo más intenso. Aun así, el ansia de Wynne por las drogas le confundía.

Cage trató de asegurarse de que Wynne no tuviera adicción a ninguna droga concreta. Vio que la mejor manera era que sus hábitos fueran variando. Si ella comenzaba a producir una tolerancia genérica ante los alucinógenos, por ejemplo, él se iba de vacaciones con toda la familia y cambiaba a los opiáceos. Ella tampoco estaba todo el

rato volada. Tomaba Juerga, que duraba desde unas pocas horas a vinos pocos días. Luego, durante una semana o dos, no tomaba nada. Aun así, ella le preocupaba. Tomaba algunas dosis realmente sorprendentes.

Un verano antes de que ella conociera a Tod, volaron desde Estados Unidos al aeropuerto Da Vinci, y se alojaron en el Hilton. Aunque habían tomado el vuelo suborbital, ambos experimentaron duramente el ajuste del reloj biológico. Como Cage tenía negocios que atender en Roma al día siguiente, no podía permitirse sufrir los desajustes del vuelo. Wynne llamó al servicio de habitaciones para que les subieran un par de batidos de Placidex con sabor a fresa. Cage se tiró en la cama; la sustancia le hacía sentir como si se estuviera derritiendo en el colchón. Wynne se sentó en una silla termal y cambiaba los canales de la telecadena con lentitud. Finalmente la apagó y le preguntó si había pensado alguna vez que él había tomado demasiadas drogas.

Cage estaba a punto de desvanecerse; de pronto se puso tan alerta como pueda estarlo alguien cuyo cerebro esté siendo empapado por Placidex.

—Claro, lo pienso continuamente. Ahora creo que estoy bien. Sin embargo, en alguna ocasión sí que pensé que podía tener un problema.

Ella asintió.

—¿Cómo sabes cuándo tienes un problema?

—Una señal es cuando dejas de preocuparte.

Ella se cogió los brazos como si tuviera frío.

—Eso es demasiado. ¿Sólo estás seguro si estás preocupado?

—O si estás limpio.

—¡Venga ya! ¿Cuánto ha durado el período más largo en el que has estado limpio, recientemente?

—Seis meses. Cuando estuve en el tanque —ambos se echaron a reír—. Ya que has sacado el tema —dijo él—, deja que te pregunte. ¿Tú crees que tomas demasiado?

Pensó en la pregunta como si la hubiera pillado por sorpresa.

—Nooo —dijo al final—. Soy joven, puedo aguantarlo.

El le contó cómo se había enganchado a las anfetaminas en Cornell. Pero la historia no pareció impresionarla.

—Pero las venciste. Es obvio —dijo ella—. Así que no pudo ser tan malo.

—Quizás tengas razón —asintió él—. Pero me parece que tuve suerte. Un par de meses más y nunca hubiera sido capaz de limpiarme.

—Me gusta mucho volarme —dijo ella—. Pero hay otras cosas que me gustan tanto como eso.

—¿Por ejemplo?

—El sexo, por si no lo sabías —se estiró—. La ausencia de gravedad en el espacio. Que me atrape un libro, una obra de teatro o un vídeo. Gastarme tu dinero —bostezó. Sus palabras se hacían cada vez más lentas—. Quedarme dormida.

—Ven a la cama entonces —le dijo—. Tú eres la que hace que estemos despiertos los dos —ella soltó el pasador de su hombro, y su túnica, suelta, cayó siseando al suelo, formando un montón. Se puso cerca de él. Su piel era fresca al tacto—. De todos modos, ¿quién inventó el Placidex? —dijo y se arrebujó junto a él. Él pudo sentir la suavidad de su vientre en su espalda—. El tío sabía lo que hacía.

—No, el tío *no* sabía lo que hacía —entonces el Placidex le hizo reír, aunque a Cage le pareció algo divertido, pero en un sentido macabro—. Un día tomó una dosis y se quedó dormido en una silla termal. Había anulado el temporizador. Asado hasta la muerte.

—Murió feliz, de todos modos —le dio un golpecito en la cadera y se dio la vuelta—. Felices sueños.

En 1965 el astrónomo Gerald Hawkins publicó un libro con el inmodesto y directo título de *Stonehenge descifrado*. Los estudiosos anteriores siempre habían mirado más allá de

Stonehenge para encontrar pruebas que apoyaran sus teorías. En ciertas épocas se hallaron en la autoridad de la Biblia y en la tradición eclesiástica, en otras en las ruinas de Roma o en los grandes historiadores de la antigüedad. Como sus predecesores, Hawkins invocó a las autoridades de su tiempo para apoyar su ingeniosa teoría. Usando el IBM 7090 del consorcio Harvard-Smithsonian para analizar patrones de los alineamientos solares y lunares de Stonehenge, Hawkins alcanzó una conclusión que electrificó al mundo. Stonehenge había sido construido como observatorio por astrónomos de la antigüedad. De hecho, afirmó que una parte de éste era un elemento de un «computador neolítico» que había sido empleado por sus constructores para predecir eclipses lunares.

La teoría de Hawkins atrapó la imaginación popular, debido en gran parte a un incomprensible interés de los antiguos medios de comunicación. Los reporteros vacilaron ante este hecho maravilloso: los científicos de Stonehenge habían construido un computador de arenisca y piedra azulada que sólo un cerebro electrónico moderno podía «descifrar». Incluso se emitió un programa especial de televisión en uno de los canales de la pretelecadena. Se habló mucho acerca de los números que Hawkins había calculado en el ordenador, a pesar de que se podían haber hecho los mismos cálculos manualmente, y además, lo que Hawkins realmente consiguió probar era completamente distinto de lo que decía haber probado. Los estudios con el computador demostraban que los Hoyos de Aubrey, un conjunto de cincuenta y seis pozos regularmente distribuidos, podían usarse para predecir los eclipses. Pero estos estudios no demostraban que los constructores de Stonehenge tuvieran tal propósito en mente. Pronto aparecieron hipótesis en conflicto con ésta y proliferaron otras interpretaciones estrictamente astronómicas sobre Stonehenge. Pronto se identificó el problema: Stonehenge tenía demasiada significación astronómica. Era un espejo donde cualquier teórico podía ver reflejadas sus ideas.

Cage no siguió inmediatamente a Tod y a Wynne a Inglaterra. En vez de eso voló de vuelta a Estados Unidos, tras sus vacaciones criogénicas, para hablar con la Western Amusement. Cage, de hecho, ya no era un empleado de la compañía. Era un contratista independiente, él mismo era una corporación. Aun así, no había puertas cerradas para él en el laboratorio que le había hecho famoso, ningún secreto que le estuviera vedado. La noticia caliente era que en los seis meses que había pasado en el tanque. Bobby Belotti había hecho un importante descubrimiento en el proyecto Compartir.

Cage había comenzado el proyecto Compartir años antes, cuando aún trabajaba en el laboratorio a tiempo completo. Había estado pensando en cómo el refuerzo social parecía dar energía al uso recreativo de las drogas. Muchos usuarios preferían volarse con otros usuarios en clubs de drogas o en fiestas privadas, antes de hacer el amor o de tomar una buena comida o de un baile en la ingravidez espacial. Si la socialización aumentaba el placer, ¿por qué no intentar buscar una manera de que los usuarios compartieran una experiencia idéntica? No sólo era crear un entorno idéntico, sino sincronizar el efecto al nivel de la sinapsis; estimulación directa del córtex sensorial, una especie de telepatía artificial.

La oficina central era un poco escéptica. La simple mención de la telepatía confería a todo el proyecto el aroma de la pseudociencia, y, además, parecía demasiado caro. En ese momento, Cage pensó que el efecto podía ser creado electroquímicamente, a través de la interacción de las drogas psicoactivas con la estimulación cerebral electrónica. Seguramente sería necesario algún tipo de implante, pero los estudios de mercado mostraban que mucha gente tenía miedo a las conexiones en el cerebro. Lo llamaban «el factor zombi».

Cage siguió con la idea. Si no llegaba a más, pensó, al menos el Compartir podría ser un poderoso afrodisíaco. ¿Qué importaba lo caro que fuera si resultaba ser la última de las experiencias eróticas? Señaló que nadie se había arruinado nunca vendiendo

pociones de amor y le permitieron hacer el estudio de factibilidad.

Tuvo que dirigir el estudio; había muchos huecos que sólo la investigación básica podía rellenar, pero esta investigación se había realizado, si no por la Western Amusement, sí en otro sitio. Lo único que finalmente fue capaz de venderles fue hacer un pequeño esfuerzo sobre algo ya en marcha. El lugar perfecto para enterrar a Bobby Belotti. Una pequeña apuesta a largo plazo.

Y ahora, años más tarde, Belotti tenía algo que parecía muy prometedor. Había tomado prestada una droga, la 7.2 DAPA que habían desarrollado los neuropatólogos dedicados al estudio de los desórdenes del lenguaje. Esta podía inducir una anomia eufórica, interrumpiendo el proceso de asociación de ciertos estímulos visuales con sus correspondientes palabras. Los usuarios tenían problemas para nombrar lo que veían. Los sustantivos, especialmente los abstractos, así como los nombres propios, resultaban especialmente difíciles. La gravedad de la anomia dependía no sólo del uso sino también de la complejidad del entorno visual. Por ejemplo, un usuario al que se le mostrara una rosa de largos pétalos sería incapaz de pronunciar las palabras «flor» o «rosa», incluso siendo capaz de mantener una conversación inteligente sobre floricultura. Si se le enseñaba un invernadero, podría quedarse sin palabras. Sin embargo, si cogiera una rosa y la oliera, o si simplemente oyese la palabra «rosa», haría la conexión, y en ese momento de reconocimiento, las neuronas encefálicas comenzarían a bombear como locas. El cerebro sería inundado por el placer del descubrimiento.

—El problema está —explicó Belotti a Cage— en que todavía no hay forma de predecir exactamente qué palabras se van a perder. Demasiada variación individual. Por ejemplo, puede que yo sea incapaz de decir «rosa» pero tú si puedes. En ese caso puedo alcanzar, gracias a ti, un relámpago de comprensión y tú, sin embargo, no sacar nada. Únicamente si ambos perdemos la misma palabra y luego encontramos el indicio apropiado, compartiremos el efecto.

—No parece que vaya a reemplazar al sexo —se rió Cage; Belotti se echó hacia atrás. El hombre no había cambiado. El pelo que le quedaba necesitaba un peinado. Había redcillas de venas rotas bajo su piel arrugada. Parecía muy viejo, muy acabado. A Cage le resultó difícil recordar el tiempo en que habían sido amigos.

—Bueno, el sexo compartido sería interesante —Belotti sonaba como si estuviera repitiendo las excusas que ya había presentado antes—. Pero no obtendrás un gran efecto diciendo «estoy teniendo un orgasmo». Demasiado táctil, poco que ver con el estímulo visual. Sin embargo, la encefalina suprime los impulsos visuales, y proporcionalmente se aumentaría el placer. Pero, recuerda, esto es bastante suave en las dosis que estamos estudiando. Toma mucho y habrá una tendencia a que te abandones. Tendrás alucinaciones. Es impredecible, peligroso.

—¿Se puede bloquear el efecto?

—Hasta ahora los neurolépticos son los únicos inhibidores eficaces que hemos encontrado. Y, además, actúan muy despacio —Belotti se encogió de hombros—. Las pruebas, de hecho, no han concluido aún. Realmente no les he prestado demasiada atención. Me sacaron de esto, ya sabes. Dedicué diez años a seguir las especificaciones que escribiste, y ahora estoy lanzando simulaciones por ordenador, «haciendo los deberes».

Cage no había pensado en Bobby Belotti durante largo tiempo; de pronto se sentía culpable por el viejo.

—¿Para qué la usarías, Bobby?

—Como te dije, eso no es decisión mía. El departamento de marketing encontrará a alguien que la venda, estoy seguro. Supongo que están un poco decepcionados porque no resultó ser el afrodisíaco que les prometí.

—Es un buen trabajo, Bobby. No tienes que disculparte ante nadie. Pero no puedo creer que hayas trabajado tanto durante tanto tiempo sin pensar en las aplicaciones

comerciales.

—Bueno, si se pudieran controlar qué palabras se pierden, entonces se podrían utilizar cicerones para proporcionar los indicios necesarios —Belotti se rascó la nuca—. Quizás se pudiera mezclar con un hipnótico para dar a los cicerones más autoridad psicológica. Podría ser útil, por ejemplo, en clases para desarrollar el gusto artístico. O quizás los museos la podrían vender junto con esas guías grabadas en cinta.

Maravilloso. Un relámpago para museos. Cage podía imaginar los anuncios. La reina del vídeo en top-less diciendo a su amante plateado: «Oye, tío, perdámonos en la National Gallery y tengamos un colocón». No era de extrañar que lo hubieran marginado.

—¿A quién le podría interesar? Parece que lo único que hace falta son dos personas sentadas ante una mesa de cocina, lanzándose palabras el uno al otro.

—Pero las palabras... No es tan simple. No estamos hablando de luces bonitas en este caso; estamos hablando de símbolos internalizados que pueden disparar estados mentales complejos. Emociones, memorias.

—Claro, Bobby. Mira, hablaré con la oficina central. Veré si podemos ponerte en un nuevo proyecto, con tu propio equipo.

—No te preocupes —le dijo con expresión pétrea—. Me han ofrecido una jubilación anticipada y la voy a aceptar. Tengo sesenta y un años, Tony. ¿Cuántos tienes tú ahora?

—Lo siento, Bobby. Creo que has hecho maravillas al avanzar tan lejos con el Compartir —le sonrió a Belotti con su sonrisa de negocios—. ¿Dónde puedo conseguir algunas muestras?

Belotti asintió como si hubiera esperado que Cage preguntara eso.

—¿Todavía eres incapaz de tener las manos quietas con la mercancía? Guardan el bote de la droga muy bien cerrado, ya sabes. Hasta que decidan qué han conseguido.

—Soy un caso especial, Bobby. Deberías saber a estas alturas que algunas reglas, simplemente, no van conmigo.

Belotti dudó. Miró como si estuviera intentando resolver una ecuación de una increíble complejidad.

—Venga, Bobby. Por un viejo amigo...

Con una risita envenenada, Belotti pasó una tarjeta óptica para abrir el escritorio, sacó un frasco verde del cajón superior y se lo lanzó a Cage.

—Una cada vez, ¿entendido? Y yo no te la di.

Cage quitó la tapa. Seis pastillas; polvo amarillo dentro de cápsulas transparentes. Sospechó por un minuto; Belotti parecía demasiado deseoso de romper las leyes de la compañía, pero hacía tiempo que Cage había cambiado de opinión respecto a este hombre. No conseguía preocuparse por alguien a quien tenía tan poco respeto. Intentaba imaginar cómo se sentiría siendo alguien normal como el pobre Belotti: viejo, al final de una carrera fracasada, amargado y cansado. ¿Qué mantenía vivo a un tipo así? Tuvo un escalofrío y apartó la imagen mientras ponía en un bolsillo el frasco verde.

—Por cierto, —¿qué hora es? —preguntó Cage—. Le dije a Shaw que le vería para comer.

Belotti tocó el puente de sus gafas y las lentes se oscurecieron.

—¿Sabes? Antes realmente te odiaba. Pero luego me di cuenta: no sabías qué demonios estabas haciendo. Sería como acusar a un gato de jugar con un ratón herido. No ves a nadie, Tony. Apuesto a que no te ves ni a ti mismo —sus manos temblaron—. Está bien. Ya me callo —apagó su terminal—. Me voy a casa. La única razón por la que vine fue porque me dijeron que querías verme.

Para no arriesgarse, Cage pidió que le analizaran una de las muestras de Belotti; era totalmente pura. Luego, en vez de arriesgarse a un nuevo encuentro, Cage siguió adelante. Tenía que ver a sus abogados en Washington y a sus contables en Nueva York. Habló en el Congreso Anual de la Asociación Americana de Psicofarmacología, en el Hilton Head de Carolina del Sur, y ofreció media docena de entrevistas para la

telecadena. Conoció a una mujer japonesa e hicieron reservas para pasar un fin de semana en órbita en Habitat Tres. Luego se fueron a Osaka, donde descubrió que ella era un espía de la corporación Único. Pasaron casi dos meses. Suficiente tiempo, pensó, para que Tod lo hubiera estropeado todo, para que Wynne hubiese descubierto que él había nacido para meter la pata, y para que esa imposible relación se hubiera hundido bajo su propio peso. Cage tomó el suborbital a Heathrow. Estaba completamente seguro.

Fue una sorpresa desagradable: Tod Schluermann había tenido suerte.

El vídeo *Quema Londres* tenía sólo cinco minutos de duración. Empezaba con un fotograma de silos de misiles. Cuenta atrás. Lanzamiento. Londres sufría un ataque. No eran misiles, sino enormes Wynnes desnudas que trazaban varios arco iris en el cielo mientras caían sobre la ciudad. Explotaban, no con llamas, sino con vegetación, que asfixiaba todos los bloques de la ciudad con árboles y arbustos. Pronto ésta desaparecía dentro de un bosque. La cámara se dirigía a un claro donde tocaba un grupo llamado Flog. Ellos eran los que habían puesto la ensoñadora banda sonora. El tempo subía, la banda tocando más y más rápido, hasta que se incendiaban sus instrumentos, consumiéndolos a ellos y al bosque. La última imagen era la de una sartén sobre cenizas y troncos quemados. Cage opinó que era muy tonto.

Nadie podía haber predicho que un chico de diecisiete años, de fuera del Reino Unido, conseguiría introducir a Flog en sus inmaduros corazones. Cuando hicieron *Quema Londres* con Tod, Flog era desconocido. En el plazo de un mes pasaron de un sótano de Leeds a un apartamento en Claridge, en Londres. Aunque Tod no hizo mucho dinero con *Quema Londres*, se ganó una reputación. El niño que se había comparado a sí mismo con Nam June Paik hacía en cambio vídeos para fans adolescentes.

Wynne y él estaban viviendo en un bloque de tubos en Battersea. Ella podría haberse permitido algo mejor, pero él insistió en que vivieran sólo con sus propios medios. Eran unos doscientos tubos de plástico, empotrados en lo que antes había sido un almacén. Cada uno tenía unos tres metros de largo; los más sencillos tenían un metro y medio de diámetro y los dobles, dos metros. Cada uno estaba equipado con una cerradura bajo el colchón de gel, con un terminal de telecadena y un desagüe que pasaba por lavabo. Siempre había cola para las duchas. Y los baños olían.

Pero para Tod estaba bien; pasaba la mayor parte del tiempo frecuentando los laboratorios de vídeo o tratando con representantes de bandas. Incluso tenía una mesa en VidStar y una sesión en horario regular para su sintetizador, de cuatro a cinco de la mañana los martes, jueves y sábados. Pero Wynne sólo iba a VidStar. Y aunque pasaban casi todas las noches en clubs de los alrededores de la ciudad para escuchar a los grupos y para enseñar los vídeos de Tod, parecía que Wynne tenía poco que hacer. Cage no podía entender por qué ella era tan feliz.

—Porque estoy enamorada —le dijo—. Por primera vez en mi vida.

—Me alegro por ti, Wynne, créeme —estaban sentados tomando cerveza en un pub, esperando a que Tod terminara un trabajo y se les uniera para la cena. Estaba a oscuras. Era más fácil mentir a oscuras—. Pero ¿cuánto puede durar si no encuentras algo que hacer? Algo que hagas por ti misma.

—¿Así que puedo ser famosa? ¿Como tú? —ella se rió mientras pasaba el dedo por el borde de sus gafas—. ¿Por qué tienes que preocuparte de eso ahora, Tony? Tú fuiste quien me dijo que debía tomarme cierto tiempo libre después de terminar el bachillerato.

—He pensado mucho sobre eso desde que estás con Tod. Podrías ir a la universidad que quisieras.

—Sabes lo que piensa Tod de las universidades. Aun así, he pensado seguir algunos cursos de Empresariales. He pensado que podría ser la representante de Tod. Eso le daría más tiempo para hacer el trabajo importante. Es realmente bueno y todavía sigue aprendiendo; eso es lo más increíble. ¿Has tenido tiempo para ver *Quema Londres*?

Cage asintió.

—¿Reconociste a la mujer?

—Por supuesto.

Ella sonrió. *Estaba orgullosa de aparecer en el vídeo de Tod*. Cage se dio cuenta de que su plan de mantenerse al margen había salido muy, muy mal. Tendría que intervenir en la situación, o nunca conseguiría recuperar a Wynne.

—Buenas noticias —dijo Tod mientras se deslizaba en el banco, al lado de Wynne. Se besaron—. Les he vendido un proyecto. He conseguido un encargo para hacer un vídeo de treinta minutos del Festival Libre.

Wynne lo abrazó.

—Es genial, Tod. Sabía que lo podías conseguir.

—¿Festival Libre? —preguntó Cage—. ¿De qué hablas?

—Ya sabes, tío —Tod se acabó el resto de la cerveza de Wynne—. Siempre nos estás hablando sobre eso, de ahí saqué la idea. Voy a hacer un vídeo de la celebración del solsticio. En Stonehenge.

La historia no señala la primera vez que se usaron drogas en Stonehenge. Sin embargo hay pocas dudas acerca de que la mayor parte de los principales alucinógenos disponibles en 1974 se consumieron en el primer Festival Libre de Stonehenge. Una estación musical pirata marítima, Radio Caroline, había insistido a sus oyentes para ir a Stonehenge a un festival de «amor y consciencia». El día del solsticio de ese año, una horda de harapientos fans, adolescentes y veinteañeros, levantaron un campamento cerca del aparcamiento. La música entonces se llamaba «rock»; aparentemente no era una broma<sup>2</sup>. El paisaje despejado alrededor de las rocas estaba lleno de tiendas y tipis, de coches y caravanas. Las guitarras eléctricas aullaban, y había un aroma a marihuana en la brisa veraniega. Existían cintas de esos antiguos festivales. Una vasta humanidad psicodélica se reunió para la ocasión: la típica pareja de Des Moines con idénticas gafas y camisetas de poliéster, el sonriente ingeniero de Tokio filmando todo, la joven madre de Luton dándole el pecho a su niño en la Piedra del Altar, el policía municipal de Amesbury que se mantenía en el círculo exterior, con sus manos cogidas a la espalda, el druida de Leicester con sus ropas ceremoniales blancas, el adolescente de pelo largo de Dorking que había escalado el gran dolmen y gritaba algo sobre Jesús, ovnis, el sol y los Beatles. El festival había sido siempre uno de los grandes escenarios para volarse. Los pioneros de los alucinógenos habían conseguido una llamativa palabra para los golpes de percepción radical de semejante experiencia, sobre la fascinante extrañeza de todo aquello. Solían llamar al Libre de Stonehenge «el jodecocos».

Wynne y Tod enviaron su tubo de dormir desde el bloque de Battersea a Stonehenge, para los cinco días del festival. Junto a otros miles, descansaba cerca del viejo aparcamiento que hay al otro lado de la A360, cerca de la cúpula que ahora protegía las piedras. Los tubos parecían cápsulas gigantes de Deslizador desparramadas sobre la hierba. En medio, había burbujas tensadas, tiendas de goretex de geometrías variadas, furgonetas y coches, e incluso gente sentada en sillas de tijera bajo abigarradas sombrillas.

<sup>2</sup> La broma es un juego de palabras con *rock*: «roca», referida a las piedras de Stonehenge y «rock», la música. (*N. de los T.*)

Cage permaneció en una posada de Amesbury y siguió el festival por la telecadena.

En la víspera del solsticio logró persuadir a Tod y Wynne para que fueran al pueblo, con la promesa de una cena gratis. A los postres, propuso su pequeño experimento.

—No sé, tío —Tod miraba dudoso—. Mañana es el último día, el día grande. No sé si debo tomar en este momento drogas experimentales.

Cage esperaba que Tod se resistiera, pero contaba con Wynne.

—Oh, Tod —dijo ella—, serás el único allí que no esté colocado. ¿Por qué no unirse al espíritu del momento? —sus ojos parecían muy brillantes—. Piénsalo, ¿cuántas horas

has rodado hasta ahora? ¿Cuarenta, cincuenta?, y sólo quieren media. E incluso, si pierdes algo, siempre puedes sintetizarlo.

—Lo sé —dijo irritado—. Lo que pasa es que estoy cansado. Apenas puedo pensar va —se bebió su clarete—. Bueno, quizás, ¿de acuerdo?, sólo quizás. Pero empieza de nuevo. Cuéntamelo desde el principio.

Cage comenzó afirmando que *Quema Londres* le había impresionado; dijo que quería conocer mejor a Tod, comprender su arte. Habló de la inspiración que había tenido cuando estaba viendo el festival en la telecadena. Todos tomarían Compartir e irían juntos a la celebración del solsticio, usando Stonehenge, la multitud y a ellos mismos para encontrar las sensaciones que moldearan su experiencia. Cage habló de la estética de lo azaroso como respuesta al problema de la selección. Dijo que podrían estar al borde de un descubrimiento histórico; Compartir podría ser perfectamente una nueva manera de que los que no eran artistas participaran en el acto mismo de la creación artística.

No mencionó que había mezclado la dosis de Compartir de Tod con un anticolinérgico que aplastaría por completo sus defensas psicológicas. Cuando Tod fuera completamente vulnerable a la sugestión, desprovisto de la capacidad de mentir, Cage comenzaría a interrogarlo. Le obligaría a decir la verdad, obligaría a Wynne a ver al chico vacío que la estaba utilizando para avanzar en su carrera. En ese momento, también Wynne vería la fealdad que Cage había visto todo el tiempo alrededor de su atractiva cara. Cuando Tod revelase simplemente lo poco que le preocupaba ella, el asunto estaría acabado.

—Vamos, Tod —dijo Wynne—. No hemos tomado drogas juntos desde hace mucho. Estoy aburrida de colocarme sola. Y cuando Tony recomienda algo como esto, seguro que tendrá un efecto total.

—¿Estás seguro de que podré trabajar mientras esté bajo los efectos de eso? —la resistencia de Tod estaba bajando—. No quiero arruinar el día filmando el césped.

—Llevaré algo para neutralizarlo. Si tienes problemas puedes tomarlo directamente en el momento que quieras. No te preocupes, Tod. Mira, la acción del Compartir te ayudará a estar más orientado visualmente. Tú mismo has dicho que el lenguaje se interpone en el camino del arte. Compartir elimina toda nuestra superestructura de preconcepciones. No sabrás lo que estás viendo, sólo lo verás, como a través de los ojos de un niño. Piénsalo.

Por un momento Cage se preguntó si habría insistido demasiado. La atención de Wynne cambió; parecía más interesada en lo que él estaba diciendo que en la reacción de Tod al respecto. Podía sentir su mirada aprobadora, pero no lo manifestó. El camarero vino con la cuenta y Cage la firmó mientras lanzaba el verdadero cebo para Tod.

—Tod, si tienes miedo de probarlo, dilo simplemente. Después de todo es algo nuevo. Nadie te dirá nada si te echas atrás.

—Muy bien, señor —el camarero, un verdadero inglés, simuló que no oía a Cage mientras éste le devolvía la cuenta—. Gracias, señor.

—Sin embargo —continuó Cage—, creo en el Compartir y creo en ti. Tanto que cuando termines tu vídeo me gustaría enseñárselo a la Western Amusement. No han decidido todavía cómo comercializar Compartir. Si el vídeo es tan bueno como creo que puede ser, el asunto se resolvería enseguida. Haré que lo compren. Serás el portavoz, no, mierda, el padre de una nueva forma de arte en colaboración.

Sabía que entonces había atrapado a Tod. Esto era lo que el chico había querido oír todo el tiempo. Cage había entendido inmediatamente que Tod había seducido a Wynne simplemente como un escalón en su carrera. Muy bien, entonces dejemos que Tod tenga su presentación en la multinacional del entretenimiento, y bajo sus propias condiciones. Dejémosle creer que ha manipulado a Cage. No importaba en tanto en cuanto Cage recobrara a Wynne.

—¿Qué estás haciendo, Tony? —dijo Wynne, y palideció bajo su piel teñida. Ella debía de sospechar que Tony se estaba tirando un farol.

—¿Qué estoy haciendo? —Cage se levantó riendo—. No estoy seguro. Eso lo hace

interesante, ¿no?

—De acuerdo, tío —Tod se levantó también—. Lo intentaré.

—¡Tony! —Wynne se levantó con ellos.

—¿Qué es eso? —dijo Wynne, señalando hacia Stonehenge. Relámpagos de luz zigzagueaban en la oscuridad, iluminando a la multitud que permanecía fuera de la cúpula.

—Es sólo *son et lumière*—dijo Cage—, los técnicos holográficos del Departamento de Medio Ambiente montaron esto para sacar un extra a los turistas —siguieron caminando por la A360, donde el urbano de Amesbury los había dejado—. Mira lo que viene ahora.

Segundos después, dos arco iris de láser brillaron entre las piedras.

—Los cuarenta principales de Stonehenge —dijo Tod con descontento—. Tanto Turner como Constable hicieron grandes cuadros de este lugar. El de Turner estaba cargado de su característica grandilocuencia, con sus relámpagos y su pastor muerto y con su perro aullando. Constable intentó elevar sus aburridas acuarelas con dobles arco iris.

Cage se mordió el labio y no dijo nada. Realmente no necesitaba una lección sobre Stonehenge, y mucho menos de Tod. Después de todo, él *poseía* uno de los bocetos de Constable sobre Stonehenge.

Tod se ajustó el visor de su casco VidStar; parecía una mantis con cámaras como ojos. Cage podía oír los pequeños motores zumbando mientras las cámaras gemelas enfocaban.

—¿Alguno comienza a sentirlo? —preguntó Wynne.

—He investigado mucho sobre este lugar, ¿sabes? —Tod continuó—. Es sorprendente la gente que ha estado aquí.

—Sí —dijo Cage—. Sientes cierto frescor húmedo que se extiende por la parte de atrás del cráneo, como de barro —se habían tomado las cápsulas de Compartir en la oscuridad del trayecto hacia allí—. ¿Qué hora es?

—Son las cuatro y dieciocho minutos —Tod metió un disco nuevo en la disquetera colgada de su cinturón—. Amanecer a las cinco y siete.

Cage miró al noroeste; el cielo ya había comenzado a iluminarse. Las estrellas eran como insectos de cristal escapando en el cielo gris.

—Viene en oleadas —dijo Wynne—. Alucinaciones.

—Sí —dijo Cage. Sus retinas parecía temblar. Sabía que algo iba mal pero no podía imaginar qué era.

Pasaron al lado de la inevitable manifestación en fila de la Liga de la Templanza; afortunadamente nadie reconoció a Cage. Finalmente alcanzaron un corredor cercado con alambre de espino que llevaba, atravesando la multitud, a la entrada de la cúpula. Al final del corredor marchaba una tropa de fantasmas. Iban vestidos con túnicas blancas, algunos llevaban gafas. Portaban globos de cobre, ramas de roble y estandartes con imágenes de serpientes y pentáculos. Eran varones y mujeres y parecían muy ancianos. Murmuraban un cántico que sonaba como el viento soplando entre las hojas secas. Viejos y resecos fantasmas, arrugados y resueltos, concentrados como si estuvieran solucionando problemas de ajedrez en sus cabezas.

—Los druidas —dijo Tod. Las palabras rompieron el trance y un escalofrío recorrió los hombros de Cage. Miró a Wynne y pudo saber instantáneamente que ella había sentido lo mismo. Una sonrisa de reconocimiento brilló en su cara, en el resplandor que precede al amanecer—. ¿Te encuentras bien? —preguntó Tod.

Wynne rió.

—No.

Tod se encogió de hombros y pasó su brazo por el de ella.

—Vamos. Tenemos que recorrer la cúpula si queremos ver salir el sol sobre la Piedra del Talón.

Comenzaron a abrirse camino entre la multitud, hacia el lado sudeste de la cúpula. El espacio entre las cubiertas estaba ahora vacío, y Cage pudo ver que la procesión de los druidas había pasado por el círculo exterior de las areniscas. Todos se volvieron al noreste para encararse, ya próxima el alba, con la Piedra del Talón.

—Eso es —dijo Tod—. Estamos justamente en el eje.

Una mujer gorda cerca de Cage brillaba. Excepto por sus polainas hasta las rodillas, estaba desnuda. Su piel despedía una suave luz verde; sus pezones y su vello eran de un brillante anaranjado. Cuando se movía, sus carnes brillaban como rayos de luz de luna. Al principio pensó que era otra alucinación. Algo erróneo.

—¿Tú también la estás viendo? —susurró Wynne.

—Es una luciérnaga —Tod no se preocupó de decirlo en voz baja y la mujer verde se volvió hacia él.

Wynne asintió como si hubiera entendido. Cage puso su mano en el oído para escuchar mejor.

—¿Qué es una luciérnaga?

—Tiene un tinte corporal fosforescente —la contestación llegó en un susurro.

Tod se rió, dirigió sus objetivos hacia ella y le dijo:

—¿Sabes lo cancerígena que es esa cosa? Ochenta por ciento de mortalidad a los cinco años —se acercó tambaleándose hasta él—. Es mi cuerpo, Flash. ¿No? —Cage se sorprendió cuando ella pasó un brazo por la cintura de Tod—. ¿No estarás haciendo un vídeo, Flash? ¿Me sacarás en él?

—Por supuesto —dijo él—. Todo el mundo tiene derecho a sus diez minutos de fama. Sabes que la cámara te ama, luciérnaga. Por eso te teñiste.

Ella soltó una risita.

—¿Estás con alguien, Flash?

—Ahora no, luciérnaga. Está saliendo el sol.

Fotógrafos aficionados y cámaras profesionales comenzaron a pelear por un sitio a su alrededor. Tod, usando sus codos con mala intención, no fue desplazado. El brillante borde del sol apareció sobre los árboles, al noroeste. Dentro de la cúpula, los druidas elevaron los cuernos y soplaron, en tributo al nuevo día. Fuera se escuchaban sonidos inarticulados y educados aplausos. Un hombre con una larga barba rodó sobre el suelo, aullando.

—Pero no hay una alineación —se quejaba un tonto—. El sol está en el sitio incorrecto.

El sol había iluminado los árboles y escalado por el horizonte color ladrillo. Cage cerró sus ojos y todavía podía verlo: sangre roja, azul relámpago, venas latiendo a lo largo de su superficie.

—Tío, el sol no está mal —dijo un hombre con una cámara clónele debería haber una cabeza—. De hecho. Stonehenge no está alineado. Nunca lo estuvo. Es un mito, tío.

Aunque no identificó inmediatamente a ese sujeto, Cage sabía que odiaba su voz burlona. Cuando abrió los ojos otra vez, el sol ya había escalado varias veces su diámetro en el cielo. Tras unos instantes, pasó sobre la Piedra del Talón, hacia el otro extremo de Stonehenge, y pareció quedar suspendido allí, sostenido en el cielo por un solo pilar de tosca arenisca de cinco metros de alto. Su vista estaba enmarcada por los pilares y dinteles del círculo exterior. Parecía como si permaneciera sobre la columna vertebral del mundo. Se quedó mudo; hombres vestidos con pieles habían construido una estructura que podía capturar una estrella. La multitud estaba silenciosa, o quizás era que Cage había cesado de percibir nada que no fuera el fuego solar y la piedra. Luego, ese momento pasó. El sol siguió subiendo.

—Parece una entrada —dijo la luciérnaga— a otro mundo —a la luz del amanecer pareció empalidecer.

«Entrada.» La palabra llenó su mente. *Una entrada puesta encima de otra entrada.*

—Calculo que está unos cuatro grados equivocado —dijo alguien. Cage vio a gente

abalanzándose para ayudar al hombre que aullaba.

—¿Tony? —una extraña y bella mujer le había tomado de la mano. Su voz era un eco y sonaba distorsionada: el parloteo impreciso de un bebé, el grito de alegría de un crío. Parpadeó frente a ella en la suave luz. Piel azul, pelo de punta, vestida de plata, el engaste de un zafiro. Su cara, una joya. Preciosa. Cage se estaba enamorando.

—¿Quién eres? —no podía recordarla.

—Viene en oleadas —dijo ella. El no la entendió.

—Está tan volado que se le acaba el espacio —dijo la cabeza-cámara con una voz burlona.

—¿Quién eres tú? —Cage le agarró la mano con la suya.

—Soy yo, Tony—la bella mujer se reía. Cage quería reírse también—. Wynne.

Wynne. Dijo una y otra vez esta palabra para sí, temblando con placer en cada repetición. Wynne, su Wynne.

—Y yo soy Tod, ¿te acuerdas? —la cabeza-cámara le miró asqueada—. Dios, menos mal que no tomé esa cosa. Miraos. Ella no puede parar de reírse y tú estás catatónico. ¿Cómo se suponía que funcionaba? ¿Os dais cuenta de lo colgados que estáis? —dijo Tod. Cage fue alcanzado por otra ola más de alucinaciones, e hizo un esfuerzo por recordar. «Un plan... forzar a Tod... hacer a Wynne ver...» Cage recordaba todo esto, pero algo fallaba si Tod estaba sereno.

—¿No tomaste...?

—¡Mierda, no! —Tod se volvió. Cage sintió los objetivos escrutándole, grabándole, juzgándole—. No soy tan ingenuo como crees, tío. Decidí simular, ver primero cómo os afectaba esa cosa. Si parecía divertido, siempre podría ponerme a tono —había una pequeña lucecita roja brillando en medio del casco de Tod.

—Apágalo, cabrón —dijo Cage—. Yo... yo no... en tu maldito... tu asqueroso y maldito...

—¿No? —Cage pudo ver una sonrisa tras el casco—. Tío, eres una figura pública. A todos nos pertenece un trozo de ti.

—Tod —dijo Wynne—. No lo saques de quicio.

La luz roja desapareció. Se subió el visor y tomó la mano de ella. Dejó a Cage y se marchó con ella.

—Demos un paseo, Wynne. Quiero hablarte.

Mientras los veía irse juntos, Cage se sintió como si se hubiera petrificado. La había perdido. La muchedumbre se arremolinó tras ellos y desaparecieron.

—¿Eres Tony Cage? —se volvió sin comprender hacia una mujer de mediana edad, que llevaba un «vestido de emociones». Pasó del azul a un verde plateado cuando llamó a su marido—. Mary, ven rápido —un corpulento hombre vestido con isotérmicos respondió a su llamada—. Tú eres Tony Cage, ¿no?

Cage no podía hablar. El hombre sacudió su mano flácida.

—Seguro, te hemos visto en la telecadena. Muchas veces. Somos de EE.UU., de New Hampshire. Hemos probado todas tus drogas.

—Pero el Deslizador es todavía nuestra favorita. Yo soy Silvia, estamos jubilados —su vestido se iluminó pasando del verde lima al verde manzana. Cage no podía mirarle al rostro.

—Soy Mary. Diría que estás bastante volado. ¿Con qué? ¿Tienes algo nuevo entre manos?

Algunas cabezas comenzaban a volverse.

—Lo siento —su lengua parecía de piedra—. No me siento bien. Tengo que... —entonces, tambaleándose, se alejó de sus fanáticos admiradores. Afortunadamente no le siguieron.

No recordaba cuánto tiempo había vagado entre la multitud, o cómo salió, o qué aspecto tenía exactamente. Una terrible sospecha le asaltaba. ¿Quizás había un problema con la dosis? Finalmente los druidas terminaron con su ceremonia y la cúpula

se abrió al público. Se dejó llevar por la corriente de la gente y luego se derrumbó sobre la Piedra del Sacrificio.

La Piedra del Sacrificio era un bloque de arenisca cubierta de líquen, a unos treinta metros fuera del círculo externo; un buen sitio para sentarse y mirar, fuera de la algarabía alrededor de las piedras erectas. La superficie de la piedra era basta y estaba agujereada. Antes se pensaba que esas oquedades naturales se usaban para recoger la sangre sacrificial, tanto de animales como de humanos. Otro mito, pues originalmente la piedra había estado erecta. Ahora eran dos objetos caídos, Cage y la piedra, sus cimientos minados, su sentido, perdido. Existían en un estado de consciencia básicamente idéntico.

Cage tuvo pensamientos de piedra; su entendimiento era el de una roca.

El sol subió. Cage tenía calor. La combinación de calor corporal y solar había sobrecargado el aire acondicionado de la cúpula. No hizo nada. Las oleadas de alucinaciones parecían retirarse. La había escalado por el muro externo y caminaba por sus dinteles. Una mujer comenzó a desnudarse. La gente aplaudía y la animaba. «¡Virgen vestal! ¡Virgen vestal!», gritaban. Un niño pequeño miraba ávidamente mientras apretaba un bote de zumo de manzana no retornable. Cage tenía sed, pero no hizo nada. El chico tiró el bote cuando terminó, y se fue vagando. Un policía se paró tras la multitud para ver a la nudista quitarse las bragas. La multitud aulló y ella les ofreció un extra. Sufría una amputación; soltó un brazo protésico y lo agitó por encima de la cabeza. El mundo se volvía loco e intentaba arrastrar a Cage. Cargó un neuroléptico en su jeringuilla de presión y se inyectó en el antebrazo.

—¡Tony! —no existía Tony, él era sólo una piedra.

—Oye, tío —un extraño lo sacudió—. Soy yo, Tod. ¡Algo le pasa a Wynne! Tenemos que saber qué tomó.

—En oleadas —Cage comenzó a reírse—. Viene en oleadas, —ahora se dio cuenta. Alucinaciones, pero no con Compartir. Se estaba riendo con tanta fuerza que se cavó para atrás. ¡Belotti! El pobre Bobby había devuelto el golpe, por fin, tras todos estos años. La droga era pura, pero la dosis..., demasiado alta. Alucinógenos, peligroso, había dicho él, impredecible. «¡Ese impredecible y viejo... cabrón!» Cage boqueaba para tomar aire.

—¡Necesita oxígeno! ¡Rápido!

—¡Fíjate en sus ojos!

Cuando la última oleada le alcanzó, Cage se agarró a la piedra. La multitud desapareció, la cúpula se desintegró, el aparcamiento, la A360, todo signo de civilización desaparecido. Entonces las piedras se despertaron y comenzaron a bailar. Las que se habían caído se enderezaron solas. Un camino apareció en la hierba. La Piedra del Sacrificio se levantó y lo tiró mientras se erigía. Una piedra gemela apareció a su lado; una entrada. Quiso atravesarla, bajar al camino, ver todo Stonehenge.

Pero la magia lo retenía. En un mundo sobreexplicado, sólo la más sutil y poderosa magia de todas sobrevivía, la magia que funciona exclusivamente en la mente. Una maldición. Una raza muerta y analfabeta había lanzado una maldición sobre la imaginación del mundo. Con su ruda magnificencia, Stonehenge retaba a todos a entender su significado, pues su secreto estaba encerrado más allá de los impenetrables muros del tiempo.

—Túmbale.

—¡Tony!

—No puede oírte.

De pronto todos estaban a su alrededor, todos aquellos que antes habían estado en el sitio donde Cage se encontraba ahora. Políticos, escritores, pintores, historiadores, científicos, turistas, sí, incluso los turistas, quienes, en busca de diversión, habían encontrado, en cambio, un misterio intemporal. Todos los que habían aceptado el reto de Stonehenge y habían caído bajo su maldición. Habían peleado con palabras e imágenes para encontrar su secreto, pero lo único que habían visto era a sí mismos. Brilló entonces

el sol y la superficie de las piedras se convirtió en plata. Cage pudo ver todos los fantasmas reflejados en las brillantes piedras. Se pudo ver también a sí mismo.

—Tony, ¿puedes oírme? Wynne sufre algún tipo de cuelgue. Tienes que explicarnos qué es.

Cage se vio a sí mismo en la Piedra del Sacrificio. ¿Qué importaba? Ya la había perdido. Su imagen pareció brillar. El parecía un fantasma; pensar en la muerte no le disgustaba. Ser piedra.

—Despierta, tío. Tienes que salvarla. *Es tu hija, ¡maldita sea!*

—No —en ese momento el reflejo de Cage en la piedra cambió y vio su imagen especular: Wynne, sufriendo. Se dio cuenta de que ella había sufrido durante mucho tiempo, lo había ocultado tras un decorado de drogas, fingiendo dureza. Tenía que haberse dado cuenta. Atrapado por la lógica magia de la alucinación, pudo *sentir* realmente su dolor y fue asaltado por la certeza de que él era su causa. No era ya la droga, sino Stonehenge mismo lo que le forzaba a sufrir con ella, Stonehenge, que creaba un mágico paisaje donde el velo de las palabras se rasgaba y una mente podía tocar a otra mente directamente. O algo así le pareció a Cage. Un sonido resonó en su visión: un grito—. ¡No! —las piedras se cayeron, desaparecieron, pero Cage no pudo escapar al dolor. Todas las mentiras que Cage se había contado a sí mismo se derrumbaron. En un momento de terrible revelación, se dio cuenta de lo que le había hecho, *a su hija*.

Tod había perdido su casco en algún lugar, probablemente tirado en el césped y filmando primeros planos de hierba. Parecía muy pálido incluso bajo el tinte azul de su piel. Cage parpadeó intentando recordar qué le había preguntado. Había electrodos pegados a la cabeza de Cage y a su muñeca. Un sanitario comprobaba sus lecturas.

—¿Qué le dio? —preguntó el médico.

Las manos de Cage temblaban mientras buscaba la jeringa de presión en su bolsillo.

—Esto es... una dosis... neurolépticos. Los necesita va. ¡Ya! —el sanitario parecía muy joven; parecía dudar. Cage se incorporó, se quitó el electrodo de su sien—. ¿Sabe quién soy? —el mundo giraba—. ¡Hágalo!

El sanitario miró brevemente a Tod, luego tomó la jeringa y regresó hacia las piedras erectas. Tod dudó, volviéndose hacia Cage.

—¿Qué le dijiste? —Cage intentó levantarse.

Él puso su brazo alrededor de los hombros de Cage para ayudarlo.

—¿Estás bien?

—¿Se lo dijiste? ¿Le dijiste que era mi hija?

—Eso es lo que ella cree. Discutimos sobre eso.

—Era mi amante. Supongo que ya lo sabes. Vino una noche. Ambos estábamos volados. No pude... no pude rechazarla.

Tod miró adelante.

—Eso me contó ella. Me dijo que era culpa suya. Entonces le dio un espasmo.

—No —Cage aún podía verlo por sí mismo; nunca podría dejar de verlo—. Yo estaba solo, así que me aseguré de que ella también lo estuviera. Y a eso lo llamé amor —las palabras casi se le atragantaron—. ¿Dónde está? Llévame a su lado —comenzaron a caminar—. Tod, ¿tú la amas?

—No sé, tío —lo pensó durante un momento—. Siento que es algo parecido a eso.

Ella estaba inconsciente, pero el espasmo había pasado y el sanitario dijo que sus signos vitales eran buenos, Cage fue con Tod al hospital. Esperaron todo el día; hablaron de todo menos de lo que realmente les preocupaba. Cage se dio cuenta de que había cometido una equivocación con Tod. Tamos errores. Cuando finalmente Wynne recobró la consciencia, Tod fue a verla. Solo.

—No estoy —dijo Cage—. Dile que me he ido.

—No puedo hacer eso.

—¡Díselo!

A Tod sólo le dejaron estar diez minutos. Cage estuvo todo el rato preocupado de que Tod le llamara.

—¿Se encuentra bien?

—Lo parece. Preguntó por ti. Le dije que habías vuelto a tu habitación a dormir. Le dije que vendrías mañana. La van a tener aquí esta noche.

—Me voy. Tod —Cage le tendió la mano—. No me volverás a ver.

—¿Qué? No puedes hacerle eso, tío. Ella vio algo esta mañana, algo que le hace sentirse endiabladamente culpable. Si tú simplemente te marchas, ella se va a sentir peor. ¿No lo entiendes? Le debes a ella el quedarte.

Cage dejó caer su mano a un lado.

—Quieres que sea una especie de héroe. Tod. El problema es que soy un cobarde, siempre lo he sido. Yo también vi algo hoy y dedicaré el resto de mi vida a olvidarlo. Ella... los dos estaréis mejor sin mí.

Tod lo agarró por los hombros.

—Por supuesto que tú vas a verla mañana. ¡Escucha, tío! Si es que realmente la quieres...

—La quiero —Cage se soltó— tanto como a mí mismo.

Esa misma noche tomó la lanzadera desde Heathrow a Shanon. Sabía que Tod tenía razón; huir era cruel y egoísta. Tod podía pensar lo que quisiera, nunca podría saber cuánto le había dolido abandonar a Wynne de esta manera... Si Cage escapaba, lo hacía lleno de dolor. Esperaba que Wynne entendiera. Alguna vez. Su bella Wynne. Necesitó varios días para poner en orden sus asuntos. Le dejó una fortuna en acciones de la Western Amusement. Grabó una cinta despidiéndose de ella.

Una neblina envuelve la tierra. La bruma pizarrosa de la bahía de Galway le recuerda a Cage la arenisca. La cápsula criogénica le espera, programada para cien años. No sabe si esto será suficiente para salvarla. O para salvarse él. Sabe que probablemente no la verá más, pero por un tiempo, al menos, estará en paz. Dormirá el sueño inescrutable de las piedras.

## PETRA

### Greg Bear

Greg Bear vendió su primer cuento corto en 1966, cuando tenía quince años. Se puso en forma entre finales de los setenta y principios de los ochenta, cuando un aluvión de cuentos y novelas lo convirtieron en un escritor que había que seguir de cerca.

El trabajo de Bear está profundamente enraizado en la mejor tradición intelectual de la ciencia ficción. Escritor prolífico y a la vez disciplinado, premia por encima de todo el rigor especulativo y el respeto por los hechos científicos. Esta actitud lo liga a la ciencia ficción dura tradicional, a pesar de su muy alabado trabajo de *fantasy*<sup>1</sup>.

A medida que su carrera avanzaba, comenzó a destacar con fuerza su gran capacidad imaginativa, logrando un impacto aún mayor gracias al disciplinado oficio que había aprendido anteriormente. Esta combinación ha producido una ciencia ficción dura genuinamente radical, de un poder visionario excepcional, demostrado en novelas ampliamente alabadas como *Blood Music* o *Eon*.

El relato que viene a continuación, publicado a principios de 1982, marcó el salto cuántico de Bear, desde los límites de las concepciones tradicionales hasta un nuevo y vertiginoso espacio. Con el directo y detallado desarrollo de una idea genuinamente fantástica, este relato muestra lo mejor de la técnica de Bear.

«Dios ha muerto, Dios ha muerto.»... «¡Perdición! Cuando Dios muera, lo sabrás.»  
Confesiones de San Argentino

Soy un feo hijo de piedra y carne, no se puede negar. No recuerdo a mi madre. Es posible que me abandonara al poco de nacer. Es más que probable que esté muerta. A mi padre, una cosa picuda y de media ala, si es que se parece a su hijo, no lo he visto nunca.

¿Por qué un desgraciado así ha de aspirar a convertirse en historiador? Creo que puedo remontarme al momento en que hice esta elección. Se halla entre mis recuerdos más tempranos, y por lo tanto debe de haber ocurrido hace unos treinta años, aunque no estoy seguro de cuántos viví antes de este momento, años ahora perdidos para mí. Estaba en cuclillas tras las gruesas y polvorientas cortinas de un vestíbulo escuchando a un sacerdote instruir a otros novicios, todos de carne pura, sobre Mortdieu. Sus palabras aún permanecen vivas en mí.

—Hasta donde yo pueda alcanzar —dijo—, Mortdieu acaeció hace setenta y siete años. Algunos estudiosos niegan que la magia reinara en el mundo, pero pocos niegan que Dios, como tal, había muerto.

Sin lugar a dudas, eso es decirlo suavemente. Todos los pilares de nuestro gran universo se derrumbaron, el eje se movió, las puertas cósmicas se cerraron y las reglas de la existencia perdieron sus cimientos. El sacerdote prosiguió, con tono mesurado y respetuoso, la descripción de tal época.

—Tengo oído de sabios que hablaban sobre un lento declive. Donde el pensamiento humano poseía fortaleza, la violenta sacudida de la realidad se redujo a un temblor. Donde el pensamiento era débil, la realidad desaparecía por completo, tragada por el caos. Cada espejismo se volvió tan real como la materia sólida —su voz tembló emocionada—. Un dolor cegador, la sangre encendiéndose en nuestras venas, los huesos rompiéndose y la carne convirtiéndose en polvo. El acero fluyendo como líquido. Ámbar lloviendo del cielo.

<sup>1</sup> Ver nota 1 en «Rock on», de Pat Cadigan. (*N. de los T.*)

Multitudes reunidas en calles que ya no seguían mapa alguno, si es que los mapas no habían cambiado por sí solos. No sabían qué hacer. Sus débiles mentes, incapaces de aferrarse a...

Para empezar, la mayoría de los humanos, así lo entiendo, eran sin duda demasiado irracionales. Muchas naciones se desvanecieron o se volvieron torbellinos incomprensibles de miseria y depravación. Se dice que ciertas universidades, bibliotecas y museos sobrevivieron, pero en la actualidad tenemos poco contacto con ellos.

Pienso a menudo en esas pobres víctimas de los primeros días de Mortdieu. Sabían de un mundo con cierta estabilidad; nosotros nos hemos adaptado desde entonces. Se asombraron de las ciudades que se volvieron bosques, de las pesadillas que se hicieron realidad ante sus ojos. Osadas cornejas se asentaron en las ramas de árboles que otrora fueron edificios, los cerdos corrían por las calles sobre sus patas traseras... y sucesos similares. (El sacerdote no animaba a la contemplación de las rarezas. «La excitación», así decía, «alienta más monstruos todavía».)

Nuestra catedral sobrevivió. La racionalidad en el vecindario, en cambio, se había debilitado unos siglos antes de Mortdieu, y únicamente la había reemplazado una suerte de fórmula. La catedral sufría. Los supervivientes, los clérigos y los empleados, devotos a la busca de un santuario, tuvieron infelices visiones, tuvieron sueños desgraciados. Vieron cobrar vida a los ornamentos de piedra de la catedral. Con alguien a quien ver y creer, en un universo desprovisto de otro fundamento, mis antepasados se desprendieron de la piedra y se transformaron en carne. Siglos de celibato espiritual pesaban sobre ellos. Cuarenta y nueve monjas que se habían procurado refugio en la catedral fueron

descubiertas, y además no eran completamente aborrecibles, por lo que circulan algunas versiones indecentes del relato. Mortdiu provocó un imprevisible efecto afrodisíaco entre los fieles, y la copulación tuvo lugar.

No se ha definido el período de gestación, porque en aquella época la gran rueda de piedra no se había puesto en movimiento, hacia delante y hacia atrás, para contar las horas. Ni nadie había recibido la silla de Kronos para vigilar la rueda, y proveer así las reglas para la actividad cotidiana.

Pero la carne no rechazó la piedra, y vinieron al ser los hijos e hijas de carne y piedra, entre los que me cuento. Todos aquellos que fornicaron con las figuras inhumanas parieron jóvenes monstruosos, bien para criarlos, bien para rechazarlos hacia los escondidos rincones de más arriba. Aquellos que aceptaron el abrazo de los santos de piedra y de otras estatuas con forma humana sufrieron menos, pero aun así, fueron desterrados a los lugares más altos. Se erigió un andamio de madera, dividiendo la gran nave en dos pisos. Una carpa se tendió sobre el andamio, a fin de prevenir la caída de desperdicios, y en el segundo piso de la catedral, los retoños más humanos de carne y piedra se dispusieron a crear una nueva vida.

He intentado durante mucho tiempo descubrir cómo renació en el mundo algo similar al orden. La leyenda dice que fue el arquitecto existencialista Jansard, crucificador del amadísimo San Argentino, quien, percibiendo y arrepintiéndose de su error, descubrió que la mente y el pensamiento podían aquietar el espumoso océano de la realidad.

El sacerdote concluyó su lección, abreviada en demasía, deteniéndose someramente en este punto.

—Con la clausura de la vigilante mirada de Dios, la humanidad tuvo que buscar y asirse al tejido de un mundo que se deshilachaba. Aquellos que permanecían con vida, aquellos que tuvieron la sabiduría suficiente para evitar que sus cuerpos se desmembraran, se transformaron en la única fuerza cohesiva en el caos.

Había aprendido suficientes palabras para entender lo que decía; mi memoria era buena, todavía lo es, y nació en mí la curiosidad por saber más.

Deslizándome por los muros de piedra, tras las cortinas, escuché a otros sacerdotes y monjas entonar las escrituras para los rebaños de niños de carne. Esto ocurría en el piso de abajo y me encontraba en grave peligro, pues las gentes de carne consideran abominaciones a los de mi estirpe.

Logré robar un salterio y aprendí a leer. Robé otros libros también. Estos describían mi mundo, al permitirme compararlo con otros. Al principio no podía creer que otros mundos hubieran existido jamás. Todavía albergo dudas. Puedo asomarme al pequeño ventanuco redondo, a un lado de mi habitación, y contemplar el gran bosque y el río que rodean la catedral, pero no puedo ver nada más. De modo que mi experiencia de otros mundos está muy lejos de ser directa.

No importa. Leo mucho, pero no soy un académico. Lo que me ocupa es la historia reciente, el último apartado de esa hora germinal de la que hablaba el sacerdote. Desde lo metafísico a lo íntimamente personal.

Soy pequeño, apenas tres pies de alto, pero puedo correr con rapidez a través de casi todos los pasadizos secretos. Esto me permite observar sin llamar la atención. Puede que sea el único historiador de todo el sector. Otros que reclaman para sí este oficio ignoran lo que está delante de sus ojos, pues buscan las verdades últimas, o al menos las Grandes Perspectivas. Por eso, si preferís la historia donde el historiador no está implicado, buscadla en otros. Siendo objetivo, tanto como puedo, tengo mis temas favoritos...

En la época en la que mi historia comienza, los niños de carne y piedra buscaban aún al Cristo de Piedra. Aquellos de nosotros nacidos de la unión de la piedra de santos y gárgolas con las monjas desnudadas creíamos que nuestra salvación se encontraba en el gran célibe de piedra, quien había venido a la vida con todas las demás estatuas.

De menor importancia era la relación secreta entre la hija del obispo y un joven de

piedra y carne. Tales relaciones estaban prohibidas incluso entre los de carne pura. Y como esos dos amantes no estaban casados, su pecaminosa relación me intrigaba.

Su nombre era Constantia, y tenía catorce años, miembros esbeltos, el pelo oscuro y el pecho maduro. Sus ojos reflejaban la estulta suerte de la existencia divina, propia de las niñas de tal edad. El nombre de él era Corvus, y tenía quince años. No recuerdo con exactitud sus rasgos, pero era lo suficientemente bello y diestro; podía trepar por el andamio casi tan rápidamente como yo. Primero los espíe mientras hablaban, durante uno de mis frecuentes pillajes en el depósito para robar otro libro. Se hallaban entre las sombras, pero mis ojos son agudos.

Hablaban quedamente y con desasosiego. Mi corazón sufrió al verlos y al pensar en su tragedia, pues sabía sin duda que Corvus no era de carne pura y que Constantia era la hija del mismísimo obispo. Imaginé al viejo tirano aplicando el castigo acostumbrado a Corvus, por quebrar las reglas de los pisos y de la moralidad. Pero su hablar era de una dulzura tal que casi ocultaba el hedor a cerrado de la nave inferior.

—¿Has besado antes a un hombre?

—Sí.

—¿A quién?

—A mi hermano.

—¿Y a quién más? —su voz era cortante, parecía decir: «mataría a tu hermano».

—A un amigo llamado Jules.

—¿Dónde está ése?

—¡Oh!, desapareció durante una expedición para traer leña.

—¡Oh! —y él la besó nuevamente. Soy un historiador, no un mirón, por lo que discretamente ocultaré el florecer de su pasión. Si Corvus hubiera tenido algo de sentido común, habría celebrado su conquista y nunca habría vuelto. Pero estaba atrapado y continuó viéndola, a pesar de los riesgos. Eso significaba lealtad, amor, fidelidad, y era raro, y me fascinó.

Hoy he estado tomando el sol, ha sido un día hermoso, y he estado mirando por encima de los contrafuertes. La catedral semeja a un lagarto de vientre colgante, y los contrafuertes son sus patas. Hay algunas casas pequeñas en la base de cada contrafuerte, donde asomaban los desagües con cara de dragón por encima de los árboles (o de la ciudad, o de lo que quiera que sea que una vez estuvo debajo). Ahora las gentes viven allí. No siempre fue así, hubo un tiempo en el que el sol estaba prohibido. A Corvus y Constantia se les había negado el sol desde la infancia, y por eso, incluso en los albores de su juventud, estaban pálidos y sucios por el humo de velas y palmatorias. La mayor cantidad de sol que uno podía recibir era gracias a las expediciones para traer leña.

Tras espiar uno de los encuentros clandestinos de los jóvenes amantes, medité en un oscuro rincón durante una hora, y luego fui a visitar al Apóstol Tomás, un gigante de cobre. El era el único con forma humana que vivía en lo alto de la catedral. Portaba una regla donde estaba grabado su verdadero nombre, pues había sido fundido por Viollet-le-Duc, el arquitecto que había restaurado la catedral en tiempos pretéritos. Conocía la catedral mejor que nadie y yo le admiraba enormemente. La mayoría de los monstruos lo dejaban en paz, por miedo, si no por otros motivos. Era enorme, negro como la noche, pero cubierto de óxido verde, su rostro absorto en un eterno pensar. Se sentaba en su acostumbrado habitáculo de madera cerca de la base del chapitel, no a los escasos veinte pies del lugar en el que esto escribo, y meditaba sobre tiempos que ninguno de nosotros conoció nunca. Tiempos de alegría y amor ya idos, aventurarían algunos, o sobre el peso que caía sobre él, dirían otros, pues ahora que la catedral había devenido en el centro de este mundo en caos.

El fue el gigante que me eligió de entre la fea chusma, cuando me vio con el salterio. Me animó en mis esfuerzos por leer.

—Tus ojos brillan —me dijo—. Te mueves como si tuvieras una inteligencia despierta, y te mantienes limpio y seco. No eres vano como las gárgolas, tienes sustancia. Por amor a todos nosotros, úsala y aprende los caminos de la catedral.

Y así lo hice.

Me miró cuando me aproximaba. Me senté en una caja, a sus pies, y dije:

—Una hija de carne se ve con un hijo de piedra y carne.

Encogió sus enormes hombros.

—Así ocurrirá en algunas ocasiones.

—Así pues, ¿no es pecado?

—Es algo tan monstruoso que sobrepasa el pecado y se vuelve necesidad —dijo—. Ocurrirá más frecuentemente así pase el tiempo.

—Están enamorados, creo, o lo estarán —y él asintió.

—El Otro y yo fuimos los únicos que nos abstuvimos de fornicar la noche de Mortdieu —dijo—. Yo soy el único capaz de juzgar, aparte del Otro —aguardé a que juzgara, pero suspiró y me dio unas palmadas en el hombro—. Y nunca juzgo, mi feo amigo. ¿Cierto?

—Cierto —contesté.

—Así que, déjame solo con mi tristeza —parpadeó—. Y ojalá consigan todavía más poder.

El obispo de la catedral era un anciano. Se decía que no era obispo antes de Mortdieu, sino un vagabundo que llegó durante el caos, antes de que el bosque tomara el lugar de la ciudad. Él mismo se autoproclamó la cabeza rectora de esta sección del antiguo dominio de Dios, diciendo que así había sido dispuesto para él.

Era de corta estatura, entrado en carnes, con enormes y peludos brazos como las pinzas de una tenaza. Una vez mató a una gárgola con el simple apretón de su puño, y las gárgolas son seres duros, puesto que no tienen tripas como tú (supongo) y como yo. El pelo que rodeaba su calva era blanco, espeso y enmarañado, y sus cejas se inclinaban hacia su nariz con maravillosa flexibilidad. Entraba en celo como los cerdos, comía abundantemente y defecaba líquido (lo sé todo). Un hombre de su tiempo, si es que alguna vez hubo alguno.

Suyo era el decreto por el que aquellos de carne impura debían ser apartados y aquellos otros que no tuvieran forma humana, matados en cuanto se les viera.

Cuando volvía de la cámara del gigante, vi que la nave inferior estaba alborotada. Habían descubierto a alguien subiendo por el andamio, y habían mandado tropas para derribarlo. Por supuesto, se trataba de Corvus. Yo era un escalador más ágil que él y conocía las vigas mejor, por lo que, cuando se halló atrapado en un aparente callejón sin salida, fui yo quien le hice un gesto desde las sombras y le indiqué un agujero lo suficientemente holgado para que escapara. Lo atravesó sin detenerse un segundo a darme las gracias, pero la etiqueta nunca me ha parecido importante. Atravesé el muro de piedra por un nicho del tamaño de unos pocos palmos, y repté hasta el fondo, para ver qué más sucedía. La excitación era inusual.

Corrió el rumor de que una figura había sido vista con una joven, pero el gentío no sabía quién era. Hombres y mujeres entremezclados en la humeante luz, entre las hileras de chozas, hablaban alegremente. Las castraciones y ejecuciones eran de las pocas diversiones que había por entonces. Yo también las apreciaba, pero apreciaba más aún a las potenciales víctimas de ahora, y esto me preocupaba.

La inquietud y el interés hicieron aflorar lo mejor de mí. Me deslicé por un agujero sin reparar y caí a un lado del callejón, entre el muro exterior y las chozas. Un grupo de sucios crios me descubrió.

—¡Ahí está! —aullaron—. ¡No ha huido!

Las enmascaradas tropas del obispo pueden pasar libremente por todos los niveles. Casi estaba acorralado, y cuando intenté una ruta de escape, me esperaron en un lugar estratégico de la escalera, de la cual había de subir su siguiente tramo hasta arriba, y me

forzaron a retroceder. Me enorgullecía de conocer la catedral desde el sótano a los cimientos, pero entonces caí de mala manera y llegué a un túnel que nunca antes había visto. Conducía hacia abajo, hacia un ancho muro de los cimientos. Estaba a salvo, por el momento, pero temeroso de que tal vez encontraran mi despensa de comida y envenenaran mis recipientes de agua. Aun así, nada podía hacerse hasta que se fueran, por lo que decidí pasar esas angustiosas horas explorando el túnel.

La catedral es una fuente de continuas sorpresas. Ahora comprendo que no conocía ni la mitad de lo que ofrecía. Siempre hay nuevos caminos para ir de acá para allá (algunos creados, lo sospecho, cuando nadie mira) y algunas veces, incluso, nuevos lugares que descubrir. Mientras las tropas husmeaban desde arriba en el agujero, cerca de la escalera, donde sólo un niño de dos o tres años podría entrar, seguí un tramo de toscos escalones tallados en la piedra. El agua y el limo hacían el pasaje resbaladizo y dificultoso. Por un momento, me encontré en una tiniebla más profunda de lo que nunca había sospechado ver, una oscuridad más profunda que lo que la mera ausencia de luz explicaría. Luego, abajo, vi un tenue resplandor amarillento. Con más cautela, aminoré el paso y continué en silencio. Tras una roñosa y rudimentaria puerta metálica, puse mi pie en una estancia iluminada. Despedía olor a piedra desmoronándose, un penetrante aroma a agua mineral, a limo, y al hedor de una gárgola muerta. La bestia, muerta hacía varios meses, estaba tumbada en el suelo de una estrecha cámara, pero todavía apestaba. Ya he mencionado antes que las gárgolas son muy difíciles de matar, y ésta había sido asesinada. Tres velas recién encendidas se encontraban en hornacinas alrededor de la cámara, titilando a causa de una ligera corriente proveniente de arriba. A pesar de mis temores, crucé el suelo de piedra, tomé una vela e inspeccioné la siguiente sección del túnel.

Descendí durante una docena de pasos, y acabé ante otra puerta metálica. Allí fue donde detecté un olor que nunca antes había experimentado, el olor de la más pura de las piedras, algo así como un raro jade o una piedra virgen. Un sentimiento tal de ligereza se me subió a la cabeza que casi me eché a reír, pero era demasiado precavido para ello. Tiré de la puerta y un soplo del aire más fresco y dulce me recibió, como el soplo de la tumba de un santo, cuyo cuerpo no sólo no se corrompe, sino que milagrosamente aleja y expulsa la corrupción a los sótanos de la nada. Mi pico se abrió de asombro. La luz de la vela se proyectó, a través de la oscuridad, contra una figura que en un principio tomé por un niño. Pero pronto cambié de opinión. La figura tenía varias edades al mismo tiempo. Parpadeé y se convirtió en un hombre de unos treinta años, bien formado, con una alta frente y elegantes manos, pálido como el hielo. Sus ojos miraban el muro que había detrás de mí. Hice una reverencia sobre una rodilla y toqué el suelo con mi frente, de la mejor manera que una fría piedra puede hacer, con las puntas de mis medias alas temblando.

—Perdonadme, Alegría del Deseo del Hombre —dije—. Perdonadme —había llegado por casualidad al lugar oculto del Cristo de Piedra.

—Estás perdonado —dijo cansinamente—, tenías que venir tarde o temprano. Mejor ahora que más tarde, cuando... —tembló Su voz y sacudió Su cabeza. Era muy delgado, envuelto en un ropaje gris que todavía mostraba los desperfectos de siglos a la intemperie—. ¿Por qué viniste?

—Para escapar de las tropas del obispo —dije.

—Sí —asintió—. El obispo. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Desde antes de que yo naciera, Señor, sesenta o setenta años —era delgado, casi etéreo, una figura que yo había imaginado como un rudo carpintero. Bajé la voz e imploré—. ¿Qué puedo hacer por Vos, mi Señor?

—Vete.

—No podría vivir con tal secreto —dije—. Vos sois la salvación. Vos podéis vencer al obispo y reunir todos los niveles.

—No soy ni un general ni un soldado. Por favor, vete y no digas nada.

De pronto escuché una respiración detrás de mí, luego el silbido de un arma. Salté a un lado, y mis plumas se erizaron cuando la espada de piedra bajó y chocó contra el suelo, a mi lado. El Cristo elevó Su mano. Todavía espantado, vi a una bestia muy parecida a mí. Me devolvió la mirada con ira, refrenada por el poder de Su mano. Debería haber sido más cauto; algo tenía que haber matado a la gárgola y mantenido las velas encendidas.

—Pero Señor —la bestia habló provocando un eco—. Se lo contará a todos.

—No —dijo el Cristo—. No se lo dirá a nadie —me miró en parte a mí, en parte a través de mí y dijo—: Vete, vete.

Túnel arriba, hacia la oscuridad anaranjada de la catedral, llorando, gateé y me deslicé como una serpiente. No pude siquiera ir a encontrarme con el gigante. Me habían silenciado tan eficazmente como si me hubieran cortado la garganta.

A la mañana siguiente, miré desde la sombría esquina del andamio cómo la multitud se reunía alrededor de un hombre solitario, vestido con una sucia tela de saco. Lo había visto antes; su nombre era Psalo, y estaba vivo como ejemplo de la benevolencia del obispo. Era un gesto simbólico, la mayoría lo tenía por medio loco.

Pero, aun así, lo escuché, y sentí que sus palabras provocaban una fuerte respuesta en mí. Pedía al obispo y a sus hombres que permitieran entrar la luz en la catedral, quitando las telas enceradas que cubrían las ventanas. Habían hablado sobre esto antes, y el obispo había contestado con su acostumbrado discurso; que la luz acarrearía más caos, pues la mente humana era, en el presente, una sentina de espejismos. Cualquier estímulo acabaría con la seguridad que los habitantes de la catedral poseían.

En esa época no sentí ningún placer viendo crecer el amor entre Constantia y Corvus. Se volvían menos cuidadosos, su conversación era más osada.

—Debemos anunciar nuestro matrimonio —dijo Corvus.

—Nunca lo permitirán. Te... cortarán.

—Soy veloz. Nunca me atraparán. La iglesia necesita caudillos, revolucionarios valientes. Si nadie rompe con la tradición, todos seguiremos sufriendo.

—Temo por tu vida, y por la mía. Mi padre me expulsará del rebaño como a un cordero infectado.

—Tu padre no es un pastor.

—Es mi padre —dijo Constantia, con los ojos bien abiertos, frunciendo la boca con fuerza.

Me senté con el pico entre las garras, los ojos entreabiertos, capaz de adivinar burlonamente cualquiera de sus frases antes de que las pronunciaran. Amor inmortal..., esperanza para un desolador futuro... ¡Estupideces malolientes! Había leído sobre eso antes, en el botín de novelas románticas que encontré en la papelería de una monja. Tan pronto como relacioné ambas cosas, me di cuenta de la intemporal banalidad y de la futilidad de lo que veía. Y cuando comparé esa cháchara con la infinita tristeza del Cristo de Piedra, me convertí de inocente en cínico. La transformación me mareó, dejando un resto de noble emoción, pero el futuro parecía evidente. Corvus sería atrapado y ejecutado. Si no hubiera sido por mí, ya habría sido castrado, si no muerto. Constantia lloraría, se envenenaría, los trovadores cantarían su historia (esas mismas gargantas huecas que celebrarían la muerte de su amado). Quizás yo mismo escribiría al respecto (incluso entonces ya estaba pensando en una crónica) y tal vez, finalmente, seguiría su camino, sucumbiendo al pecado del aburrimiento.

Durante la noche, todo se volvió más incierto. Resultaba sencillo mirar al oscuro muro y permitir que los sueños se manifestaran. En el pasado, o así lo deduje de los libros, los sueños no podían tomar forma más allá del soñar o de una breve fantasía. En demasiadas ocasiones tuve que luchar con los entes que mis sueños dieron a luz, volando desde las paredes, de pronto libres y hambrientos. Así las gentes a menudo sucumbían devoradas por sus propias pesadillas.

Esa noche, con las visiones del Cristo de Piedra aún en mi cabeza, soñé sobre hombres sagrados, ángeles y santos. Me desperté de pronto, por la costumbre, y uno de ellos aún permanecía allí. A los otros los vi vagamente, volando fuera del redondo ventanuco, donde susurraban y hacían planes para subir al cielo. La aparición que aún estaba allí era una sombra negra en el rincón. Su respiración era ronca.

—Soy Pedro —dijo—, también llamado Simón. Soy la Piedra de la Iglesia, y se dice que los papas son los herederos de mi tarea.

—Yo también soy piedra —dije—, al menos en parte.

—Así sea, pues eres el heredero de mi tarea. Sigue y conviértete en papa. No adores al Cristo de Piedra, porque un Cristo es bueno en tanto que actúa, y si no actúa, entonces no hay salvación en Él.

La sombra se acercó para darme una palmadita en la cabeza, y vi sus ojos agrandarse mientras adivinaba mi forma. Murmuró ciertas fórmulas para despedir a los demonios y voló por la ventana, para reunirse con sus compañeros.

Imagué que si tal cuestión fuera de hecho llevada al consejo, se decidiría bajo ley que la bendición otorgada por una persona soñada no obligaba a nada. No me importó. Este fue el mejor consejo que nadie, desde que el gigante me dijo que leyera y aprendiera, me había ofrecido.

Pero para ser papa se ha de tener una jerarquía de sirvientes, a fin de que cumplan las órdenes que uno imparte. Las rocas más grandes no se mueven solas. Por lo que, henchido de poder, decidí aparecer en la nave superior y anunciarme a mí mismo a las gentes.

Requirió un gran coraje presentarse a la luz del día, sin manto, y caminar por la superficie del andamio, en el segundo nivel, en medio de los corros de vendedores que disponían el mercado diario. Algunos reaccionaron con el acostumbrado prejuicio e intentaron golpearme o ridiculizarme. Mi pico los desanimó a ello. Subí a una alta hornacina, y me situé dentro del círculo de luz de una débil lámpara, aclaré mi garganta y me presenté. Bajo una lluvia de pomelos podridos y restos de verduras, les dije quién era y la visión que había tenido. Enjorjado con goterones de basura, a los pocos minutos bajé de un salto, y volé hacia la entrada de un túnel demasiado pequeño para la mayoría de los hombres. Algunos chicos me siguieron, y uno de ellos perdió un dedo mientras intentaba cortarme con el fragmento de un cristal coloreado.

Una revelación abierta no tenía valor. Hay distintos niveles de prejuicio y yo estaba en el más bajo de cualquier clasificación posible.

Mi nueva estrategia consistió en encontrar alguna forma de agitar la catedral, de arriba abajo. Incluso aquellos más cargados de prejuicios, cuando se los reduce a chusma, pueden ser dominados por la presencia de alguien obviamente disciplinado y capaz. Pasé dos días enteros recorriendo el interior de los muros. Debía de existir un Callo básico en tan frágil estructura como era la iglesia, y a pesar de que no contemplaba su completa destrucción, quería provocar algo espectacular, inevitable.

Mientras pensaba, colgado del fondo del segundo andamio, sobre la comunidad de carne pura, la voz gravemente profunda del obispo rugía sobre el alboroto de la multitud. Abrí los ojos y miré hacia abajo. Las tropas enmascaradas sostenían a una figura arrodillada, y el obispo estaba recitando sobre su cabeza.

—Sabed todos los que ahora me oís que este joven demonio de carne y piedra...

«Corvus», me dije a mí mismo, finalmente capturado. Cerré sólo un ojo, pues el otro se negó a perderse la escena.

—... ha violado todo lo que consideramos sagrado y debe expiar sus crímenes en este mismo lugar, mañana a esta hora. ¡Kronos! ¡Marca el giro de la rueda! —el electo Kronos, un huesudo viejo con un sucio y grisáceo pelo que le llegaba hasta las nalgas, tomó un pedazo de carbón y marcó una «X» en el borde de la corona, tras la cual la rueda silbaba y atronaba con su giro.

La multitud se entusiasmó. Vi a Psalo empujando entre la gente.

—¿Qué crimen? —gritó—. ¡Nombra tal crimen!

—Violación del nivel inferior—declaró el jefe de la tropa enmascarada.

—Eso sólo merece unos azotes y que lo escolten de nuevo hacia arriba —dijo Paslo—.

Detecto otro crimen más siniestro en este caso. ¿Cuál es?

El obispo miró despectivamente a Psalo, con frialdad.

—Ha intentado violar a mi hija Constantia.

Psalo nada pudo contestar a esto. El castigo era la castración y la muerte. Todos los humanos puros aceptaban tales leyes. No había lugar al recurso.

Cavilé mientras Corvus era conducido a un calabozo. El futuro que deseaba en aquel momento me sorprendió por su claridad. Quería esa parte de mi herencia que se me había negado, estar en paz conmigo mismo, rodeado de aquellos que me aceptaran, de aquellos no mejores que yo. A su tiempo, ocurriría lo que dijo el gigante. Pero ¿lo vería yo alguna vez? Lo que Corvus, en su propia y lujuriosa manera, trataba de hacer, era igualar todos los niveles, llevar la piedra a la carne, hasta que nadie pudiera distinguirlos.

Bueno, mis planes más allá de aquel momento era muy confusos. Eran menos planes que sentimientos brillando, imaginando la felicidad y a los niños jugando en los bosques y los campos más allá de la isla, mientras las labores se hacían felizmente, bajo la mirada del Hijo de Dios. Mis niños jugando en el bosque. Un destello de la verdad me vino en ese momento. Quise ser Corvus amando a Constantia.

Así pues, tenía dos tareas, que podrían aunarse si era lo suficientemente listo. Tenía que distraer al obispo y a sus tropas, y tenía que rescatar a Corvus, mi compañero revolucionario.

Pasé la noche en mi habitación, en una febril miseria. Al amanecer fui a ver al gigante y a pedirle consejo.

—Perdemos nuestro tiempo si queremos meter el sentido común en sus cabezas. Pero no tenemos mejor vocación que perder nuestro tiempo, ¿no es así?

—¿Qué haremos?

—Iluminarles.

—¡Son ladrillos! —golpeé mi garra contra el suelo—. ¡Trata de iluminar a ladrillos!

El me sonrió con su estrecha y triste sonrisa.

—Ilumínalos —dijo.

Dejé iracundo la cámara del gigante. No tenía acceso a la gran rueda del tiempo, por lo que no podía saber cuándo tendría lugar la ejecución. Pero supuse, por las llamadas de mi ruidoso estómago, que sería al comienzo del atardecer. Viajé de un lado de la nave al otro y también al transepto. Casi me quedo sin fuerzas. Luego, atravesando el vacío pasillo, tomé una pieza de cristal coloreado y la examiné, confuso. Muchos de los chicos, de todos los niveles, llevaban esos trozos consigo y las chicas los empleaban como joyas, en contra de los deseos de los mayores, pues sostenían que llevar objetos brillantes alimentaba más bestias en la mente. ¿Dónde los conseguían?

En uno de los libros que hacía años había hojeado, había visto imágenes brillantemente coloreadas de los ventanales de la catedral. «Ilumínalos», había dicho el gigante.

La petición de Psalo para permitir que la luz entrara en la catedral me vino a la mente.

A lo largo del vértice de la catedral, en un túnel que la recorría completamente, encontré los lazos que sostenían las poleas de las telas que ocultaban las vidrieras.

Las más adecuadas, decidí, serían esas enormes que había en los transeptos sur y norte. Hice un diagrama en el polvo, tratando de saber en qué estación estábamos y de dónde llegaría la luz solar, todo pura especulación, pero en ese momento estaba siendo transportado por la fiebre de la audacia. Todas las vidrieras debían ser despejadas. No pude decidir cuál sería la mejor.

Para el comienzo de la tarde, ya estaba preparado, justo tras la sexta oración, en la

nave superior. Había cortado los principales cordajes y debilitado los amarres al golpearlos con un pico que había robado en el armero del obispo. Anduve a lo largo de una alta cornisa, tomé una nervadura casi vertical que recorría el muro, hacia el piso inferior, y aguardé.

Constantia estaba contemplando la caja especial de ejecuciones del obispo desde un balcón de madera. Mostraba en su rostro una expresión entre aterrada y fascinada. Corvus se encontraba junto a los bancos, al otro lado de la nave, justo en el centro, con sus verdugos, tres hombres y una mujer.

Yo conocía el procedimiento. La vieja lo castraría y los hombres le cortarían la cabeza. Estaba vestido con el hábito rojo de los condenados, a fin de ocultar la sangre. La excitación de la sangre entre los más impresionables era lo último que el obispo deseaba. Las tropas aguardaban alrededor del banco, para purificar el área con agua perfumada.

No tenía mucho tiempo. Podría llevar minutos que el sistema de cordajes y poleas se moviera y los lienzos comenzaran a caer. Fui a mi puesto y corté los nudos restantes. Luego, cuando la catedral se llenó con un resonante crujido, subí por la nervadura hasta mi puesto de vigilancia.

Los lienzos tardaron tres minutos en caer. Vi a Corvus mirar hacia arriba, sus ojos brillando. El obispo estaba con su hija en el balcón. La empujó hacia las sombras. Dos minutos más tarde, los lienzos cayeron sobre el andamio superior con un ruido siniestro. Su peso era excesivo para los remates de la estructura, y ésta se derrumbó, permitiendo a la tela caer en cascada, hasta muchos metros más abajo. Al principio, la iluminación era tenue y azulada, filtrada quizás por una nube pasajera. Luego, de un extremo al otro de la catedral, el fulgor de la luz arrojó mi mundo humeante a la claridad. La gloria de miles de piezas de cristal coloreado, escondidas durante décadas y apenas tocadas por los vándalos infantiles, descendió sobre los niveles superiores e inferiores al mismo tiempo. El grito de la multitud estuvo a punto de arrancarme de mi puesto. Me deslicé rápidamente al nivel inferior y me escondí, temeroso de lo que había hecho. Era más que la luz solar. Como el brotar de dos flores, una más brillante que la otra, las luces de las vidrieras del transepto dejaron boquiabiertos a quienes las contemplaban.

Los ojos acostumbrados a la oscuridad anaranjada, al humo, la neblina y la sombra, no podían mirar semejante gloria sin sufrir un radical efecto. Cubrí mi rostro y traté de encontrar un escape adecuado.

Pero el gentío crecía. Mientras la luz brillaba y más rostros se dirigían hacia ella, como girasoles, el resplandor trastornó a ciertas gentes. De sus mentes se vertieron contenidos demasiado extraordinarios como para ser catalogados con precisión. Los monstruos, sin embargo, no eran violentos, y la mayoría de las visiones no eran horribles.

Las naves inferior y superior brillaron con glorias reflejas, figuras de ensueño y niños con vestidos de luz jugando. Santos y prodigios surgieron por doquier. Un millar de jóvenes recién creados se acuclillaron en el brillante suelo y comenzaron a contar maravillas, acerca de nuevas ciudades en el este, y de los tiempos en las que éstas habían existido. Payasos vestidos de fuego entretenían a la gente en las casetas del mercado. Animales desconocidos en la catedral jugueteaban entre las viviendas, ofreciendo amigables consejos. Objetos abstractos, bolas dentro de redes de oro y cintas de seda, cantaban y flotaban alrededor de los accesos superiores. La catedral se convirtió en un gran navío llevando a bordo todos los brillantes sueños creados por sus ciudadanos.

Lentamente, desde la nave inferior, las gentes de carne pura escalaban el andamio y caminaban hacia la nave superior, para ver lo que no veían desde abajo. Vi a las tropas enmascaradas del obispo arrastrando su miseria por los estrechos escalones. Constantia caminaba detrás, tropezando, sus ojos cegados por la nueva claridad.

Todos trataban de cerrar los ojos, pero nadie lo logró por mucho tiempo.

Lloré. Casi ciego por las lágrimas, me dirigí a un sitio más alto todavía, y miré a las

multitudes exaltadas. Vi a Corvus, sus manos atadas con cuerdas, conducido por la vieja. Constantia lo vio también, y se miraron como extraños, luego se cogieron de las manos lo mejor que pudieron. Ella tomó prestado un cuchillo de uno de los soldados de su padre y cortó las ataduras. Alrededor suyo, los más brillantes de entre todos los sueños comenzaron a girar; blanco puro, rojo sangre y verde mar, fundiéndose con las visiones de todos los niños que ellos darían a luz inocentemente.

Les di unas pocas horas hasta que recuperasen el juicio, hasta que yo mismo lo recuperara también. Luego me elevé sobre el abandonado podio del obispo y grité sobre las cabezas de los del nivel inferior.

—¡Ha llegado el momento! —grité—. ¡Debemos unirnos, debemos unirnos!

Al principio me ignoraron. Tenía suficiente elocuencia, pero su excitación era todavía demasiado grande. Por lo tanto, esperé un poco, comencé a hablar de nuevo y me gritaron para acallarme.

—¡Monstruo! —y me sacaron de allí.

Me deslicé por los escalones de piedra, encontré el estrecho agujero y me escondí allí, hundiendo mi pico entre las alas, preguntándome qué había salido mal. Sorprendentemente me llevó mucho tiempo darme cuenta de que, en mi caso, era menos el estigma de piedra que la fealdad de mi forma lo que había acabado con mi esfuerzo por el liderato.

Sin embargo, había abierto el camino para el Cristo de Piedra. Sin duda, me dije a mí mismo, ahora El podría ocupar su lugar. De modo que me deslicé a través del largo túnel hasta que llegué a la escondida cámara de iluminación amarillenta. Todo estaba tranquilo allí. Primero me encontré con el monstruo de piedra, que me miró suspicazmente con sus grises ojos relampagueando.

—Has vuelto —me dijo.

Abrumado por su mal humor, asentí sonriendo y le pedí que me llevara ante el Cristo.

—Duerme.

—Novedades importantes.

—¿Qué?

—Buenas nuevas.

—Entonces, dímelas.

—Sólo Él las puede escuchar.

Del otro lado del iluminado rincón, vino el Cristo, que parecía mucho más viejo ahora.

—¿De qué se trata? —preguntó.

—He preparado Vuestro camino —dije—. Simón, llamado Pedro, me elijo que yo era el heredero de su legado, y que debía precederos.

El Cristo de Piedra sacudió su cabeza.

—¿Crees que soy la fuente de donde manan todas las bendiciones? —asentí dubitativo—. ¿Qué has hecho allí fuera?

—Dejar que entre la luz —dije.

Sacudió su cabeza lentamente.

—Pareces una criatura lo suficientemente sabia. Sabes acerca de Mordieu.

—Sí.

—Entonces deberías saber que si apenas tengo el poder suficiente para mantenerme a mí mismo, para sanarme, mucho menos para pastorear a los de ahí fuera —hizo un gesto perdido, más allá de las paredes—. Mi propia fuente se ha secado —dijo El con dolor—. Estoy viviendo de reservas, y no son muy abundantes.

—Quiere que te vayas y dejes de molestarnos —explicó el monstruo.

—Tienen la luz allí fuera —dijo el Cristo—. Jugarán con ella por un tiempo, se cansarán y volverán a lo que tenían antes. ¿Hay algún lugar para ti en todo eso?

Pensé brevemente.

—No lo hay —dije—. Soy demasiado feo.

—Tú, demasiado feo y Yo, demasiado famoso —dijo—. Tendría que salir entre ellos, anónimamente, y esto es ciertamente imposible. No, déjalos solos un rato. Me harán volver otra vez, quizás, o mejor todavía, olvídate de Mí. De nosotros. No tenemos lugar entre ellos —me quedé perplejo. Me senté de golpe sobre el suelo de piedra, y el Cristo me dio unos golpecitos en la cabeza, mientras se iba—. Vuelve a tu escondrijo, vive lo mejor que puedas —dijo—. Nuestro tiempo se ha acabado —me di la vuelta para marcharme. Cuando alcancé el agujero, oí detrás su voz, diciéndome—: ¿Juegas al bridge? Si lo haces, encuentra a otro. Necesitamos cuatro para la partida.

Escalé hasta la hendidura, por medio de los muros, y a lo largo de los arcos, hacia la fiesta. No sólo no iba a ser papa, ¡incluso tras ser elegido por el propio San Pedro!, sino que no podía convencer a alguien mucho más cualificado que yo para asumir el liderazgo.

Supongo que es el sino del estudiante eterno volver al maestro cuando todo falla.

Volví al gigante de cobre. Estaba perdido en sus meditaciones. Alrededor de sus pies, había pedazos de papel diseminados con dibujos detallados de partes de la catedral. Esperé pacientemente hasta que me vio. Se volvió hacia mí, la barbilla apoyada en una mano, y me miró.

—¿Por qué esa tristeza?

Sacudí la cabeza. Sólo él podía leer mis rasgos y percibir mi humor.

—¿Seguiste mi consejo allí abajo? He escuchado un estruendo.

—*Mea máxima culpa* —dije.

—¿Y...?

Lentamente, dubitativo, desgrané mi relato, concluyendo con la negativa del Cristo de Piedra. El gigante escuchó atentamente, sin interrumpirme. Cuando acabé, se levantó sobrepasándome y señaló con su regla a través de un ventanal abierto.

—¿Ves aquello de allí? —preguntó y trazó un arco con la regla, más allá de los bosques de la isla, hacia el lejano horizonte verde. Contesté que sí y esperé a que continuara. Pareció perderse de nuevo en sus cavilaciones—. Hubo un tiempo en el que allí, donde ahora crecen los árboles, había una ciudad —dijo— los artistas venían por millares y las rameras y los filósofos y los académicos. Y cuando Dios murió, todos esos académicos y rameras y artistas no pudieron preservar el tejido del mundo. ¿Cómo esperas que nosotros tengamos éxito?

—¿Nosotros? ¿No deberían las esperanzas determinar si uno ha de obrar o no? —dije—. ¿No es así?

El gigante sonrió y me dio unos golpecitos en la cabeza con la regla.

—Quizás nos ha sido revelada una señal, y simplemente hemos de aprender cómo interpretarla correctamente.

Sonreí para mostrar mi confusión.

—Quizás *Mortdieu* es realmente una señal de que hemos abandonado la guardería. Debemos buscar nuestros alimentos, rehacer el mundo sin ayuda. ¿Qué te parece?

Me encontraba demasiado agotado para juzgar el valor de lo que decía, pero no sé de ninguna ocasión en la que el gigante estuviera errado.

—De acuerdo. Lo concedo. ¿Entonces?

—El Cristo de Piedra dice que su energía está agotándose. Si Dios nos libera de los viejos caminos, no podemos esperar que Su Hijo nos siga dando de mamar, ¿no es así?

—No...

Se agachó cerca de mí, su cara radiante.

—Me he preguntado quién lo podría sustituir realmente. Es obvio que ambos no podemos hacerlo. Por tanto, pequeño, ¿cuál es la siguiente elección?

—¿La mía? —pregunté humildemente. El gigante me miró misericordiosamente.

—No —dijo tras un momento—. Yo soy la siguiente elección. ¡Hemos madurado! —ejecutó un pequeño baile, dejándome con el pico completamente abierto, y agarró las puntas de mis medias alas y me levantó—. Ponte derecho. Cuéntame más.

—¿Sobre qué?

—Dime qué pasa ahí abajo, y cuéntame todo lo que sepas.

—intento comprender a qué te refieres —protesté temblando.

—¡Tardo como la piedra! —y riéndose, se dobló sobre mí. Luego la risa desapareció e intentó parecer serio—. Es una grave responsabilidad. Todos nosotros debemos recrear ahora el mundo. Todos nosotros debemos coordinar nuestros pensamientos, nuestros sueños. El caos no lo hará. ¡Qué oportunidad para convertirnos en los arquitectos de un universo entero! —agitó la regla hacia el techo—. ¡Construir los propios cielos! El mundo del pasado era un lugar de aprendizaje, lleno de reglas duras y restrictivas. Ahora se nos ha dicho que estamos preparados para dejarlo atrás y para ir hacia algo más maduro. ¿Te enseñé algo de las reglas de la arquitectura, quiero decir, de la estética? ¿La necesidad de la armonía, de la interacción, de la utilidad, de la belleza?

—Un poco —dije.

—Bien. No creo que construir un universo nuevo requiera mejores reglas. Sin duda necesitaremos experimentar y quizás uno o más de nuestros geniales chapiteles se caerá. Pero ¡ahora trabajamos para nosotros mismos, para nuestra propia gloria, y para mayor gloria del Dios que nos creó! ¿No es así, mi feo amigo?

Como muchas otras historias, la mía debe comenzar con lo pequeño, con lo visto de cerca, y abrirse luego hacia lo más grande. Pero a diferencia de otros historiadores, no dispongo del lujo del tiempo. Desde luego que mi historia no ha concluido aún.

Pronto, legiones de Viollet-le-Duc comenzaran su campaña. Muchos han sido formados bastante bien, rescatados del fondo, llevados a lo alto, instruidos como yo lo fui. Más tarde, comenzaremos a devolverlos, uno a uno.

Enseño de vez en cuando, escribo de vez en cuando, observo todo el tiempo.

El siguiente paso será el mayor. No tengo idea de cómo lo daremos.

Pero, como dice el gigante:

—Hace tiempo que el tejado se ha derrumbado. Ahora debemos levantarlo de nuevo, reforzarlo, reparar sus vigas —en ese momento sonrío a sus discípulos—. No sólo repararlo. ¡Reemplazarlo! Ahora nosotros somos las vigas. Carne y piedra se convierten en algo mucho más fuerte.

Ah, pero entonces, algún simple levanta la mano y pregunta:

—¿Qué pasa si nuestros brazos se cansan de sostener el ciclo?

Nuestra labor, ya lo veis, no acabará pronto.

## **HASTA QUE NOS DESPIERTEN VOCES HUMANAS**

### **Lewis Shiner**

Desde su primera publicación en 1977, Lewis Shiner ha escrito en un amplio abanico de todo tipo de relatos cortos: de misterio, de fantasía y de horror, así como de ciencia ficción. Pero la aparición en 1984 de su primera novela, *Frontera*, ha demostrado su importante papel en esta corriente de la ciencia ficción. *Frontera* combinaba la estructura clásica de la ciencia ficción dura con un inquietante retrato de la sociedad postindustrial de principios del siglo XXI. El desolador realismo y el tratamiento desmitificador de los iconos de la ciencia ficción provocaron muchos comentarios.

El trabajo de Shiner está marcado por una minuciosa investigación así como por una fría y meticulosa construcción. Su densa y vigorosa prosa muestra su conexión con la ficción de la novela negra, al tiempo que con autores como Elmore Leonard o Robert Stone, quienes casi se pueden clasificar como pertenecientes a la corriente general de la literatura.

Hijo de un antropólogo, Shiner tiene un excelente conocimiento acerca de extrañas formas de creencia como el Zen, la física cuántica y los arquetipos míticos. Aunque es capaz de atrevidos vuelos de fantasía, su último trabajo tiende hacia un realismo directo, antisentimental, y hacia una creciente preocupación por la geopolítica. La siguiente historia de Shiner, de 1984, combina imágenes míticas con una política tecnosocial, en una clásica mezcla ciberpunk.

Se hallaban a cuarenta pies, completamente a oscuras. Dentro del estrecho haz de su linterna de buceo. Campbell podía ver los pólipos coralinos alimentándose, sus rasgados bordes transformados en flores predatoras.

Si algo podía habernos salvado, pensó, debería haber sido esta semana.

La linterna de Beth osciló cuando se apartó de las espinas de color blanco pétalo de un erizo de mar. No llevaba más que una camiseta blanca sobre su bikini, a pesar de las advertencias de Campbell, y él podía ver la blancura del interior de sus muslos. Lo cual es lo máximo que he visto de su cuerpo, pensó..., ¿desde cuándo?, ¿cinco semanas?, ¿seis? No pudo recordar la última vez que hicieron el amor.

Cuando movió la luz creyó ver una forma en la oscuridad. Pensó: tiburón, y sintió inmediatamente un nudo en la garganta. De nuevo movió la linterna, hacia atrás, y entonces la vio.

Estaba paralizada dentro del círculo de luz, como cualquier animal salvaje. Su largo y liso pelo flotaba sobre sus hombros y se confundía con la oscuridad. La punta de sus desnudos pechos era elíptica y púrpura en el agua nocturna.

Sus piernas acababan en una cola verde y escamosa.

Campbell oyó su propia respiración en el respirador. Podía ver la amplitud de sus mejillas, la claridad de sus ojos, el temeroso temblor de sus branquias alrededor del cuello.

Entonces, dominado por una reacción refleja, sacó su No-konos y disparó. El fogonazo de la luz estroboscópica le provocó un susto de muerte. Se estremeció y, volviéndose con su cola extendida hacia él, desapareció.

Un súbito e inexplicable anhelo lo abrumó. Dejó caer la cámara y nadó tras ella, moviendo las piernas rápidamente y ayudándose con ambos brazos. Cuando alcanzaba el borde de un abismo de cien pies de fondo, movió la linterna en un arco que, finalmente, atrapó una última y breve visión de ella, bajando hacia el oeste. Luego se desvaneció.

Encontró a Beth en la superficie, temblando enfurecida. —¿De quién puñetas fue la idea de dejarme allí así de sola?

Pasé un miedo de muerte. Ya oíste lo que ha dicho el tío ése sobre los tiburones.

—Vi algo —dijo Campbell.

—Jo-di-da-men-te-bi-en —su línea de flotación bajó y Campbell vio cómo le alcanzaba una ola a la altura de la boca. Escupió y dijo—: ¿Lo viste de verdad o saliste corriendo enseguida?

—Infla tu chaleco —dijo Campbell sintiéndose aturdido y desolado— antes de que te ahogues —le dio la espalda y nadó hacia el bote.

Recién duchado, sentado fuera de la cabaña, a la luz de la luna, Campbell comenzó a dudar de sí mismo.

Beth ya estaba acurrucada, con un camisón de algodón, cerca de su lado de la cama. Se quedaría allí, Campbell lo sabía, como algunas veces, sin preocuparse de cerrar los ojos, hasta que él se durmiera. Habían sido sus ensoñaciones diurnas, recurrentes y obsesivas, las que les habían traído a esta isla. ¿Cómo podía saber que no había tenido una alucinación con una criatura, allí, en el arrecife?

Le dijo a Beth que tenían suerte de haber sido elegidos para aquellas vacaciones solicitadas meses antes. De hecho, sus fantasías habían arruinado su concentración en el

trabajo tan claramente que la compañía le había ordenado o bien ir a la isla, o bien someterse a una batería completa de tests psicológicos.

Había estado más asustado de lo que estaba dispuesto a admitir. Las fantasías habían progresado desde una violencia suave, como estar rompiendo su pantalla de CTR, hasta la loca y siniestra imagen de él mismo, fuera de las ventanas cerradas de su oficina, simplemente flotando allí entre el smog blanquecino, a cuarenta pisos de altura y sin caerse.

Muy por encima suyo, Campbell podía distinguir el logotipo de la compañía, brillando como un monstruo de cromo y acero que hubiera sido arrancado recientemente de su estado larval.

Sacudió la cabeza. Obviamente necesitaba dormir. Sólo una buena noche de descanso, se dijo, y las cosas volverían a la normalidad.

De madrugada, Campbell salió en la barca de buceo mientras Beth dormía. Estaba distraído, de mal humor, y además le molestaban unas sombras en el borde del ojo.

El monitor de buceo se le acercó mientras se cambiaban de tanques y le preguntó:

—¿Estás preocupado por algo?

—No —dijo Campbell—. Estoy bien.

—Ya sabes que no hay tiburones en esta parte del arrecife.

—No es eso —dijo Campbell—. No hay problema. De verdad.

Se fijó en la expresión de los ojos del monitor; otro caso de exceso de trabajo. La compañía debía de mandarlos por docenas, pensó Campbell. Los ejecutivos completamente estresados y las víctimas de las salas de juntas, todos con la misma mirada inerte.

Esa tarde bucearon en un pequeño barco naufragado en la punta este de la isla. Beth se emparejó con otra mujer, por lo que Campbell se quedó con la pareja de la mañana, un piloto calvo de la oficina de Cincinnati.

Los restos del naufragio no eran más que un casco, una concha vacía, y Campbell flotó a un lado, mientras que los otros gateaban sobre la madera podrida. Todo propósito había desaparecido, quedando sólo la sensación de ingravidez y la ausencia de color en el agua profunda.

Después de la cena siguió a Beth al patio. Había perdido la medida del tiempo que había estado contemplando las nubes reflejadas sobre el agua oscura, cuando ella dijo:

—No me gusta este sitio.

Campbell volvió su mirada hacia ella. Estaba radiante y fresca con su camisa de lino blanco, las mangas recogidas, su pelo todavía húmedo, anudado en un moño adornado con una orquídea. Había estado tomando a sorbos un brandy desde que terminaron la cena, y ella le sorprendió otra vez con su habilidad para habitar un universo mental completamente separado del suyo.

—¿Por qué no?

—Es mentira. Irreal. Toda la isla —agitó levemente el brandy pero no bebió—. ¿Qué negocios puede tener una compañía americana que posee toda una isla? ¿Qué le ha pasado a la gente que vivía aquí?

—Primero —dijo Campbell—, es una compañía multinacional, no sólo americana. Y la gente todavía vive aquí, simplemente ahora tienen trabajo en vez de morir de hambre.

Como siempre, Beth lo ponía a la defensiva, pero él no estaba tan preocupado por la americanización de la isla como le gustaría. Había imaginado nativos con guitarras y maracas, no con radiocassettes que vomitaban reggae electrónico y neo-funk. La cabaña donde dormían él y Beth era una especie de cúpula geodésica con aire acondicionado, cómoda, pero echaba de menos el ruido del mar.

—Sencillamente, no me gusta —dijo Beth—. No me gustan los proyectos secretos de máxima seguridad que hay que mantener cerrados tras alambradas electrificadas. No me

gusta una compañía que trae aquí gente de vacaciones como otros tiran un hueso al perro.

O una ramita a un hombre que se ahoga, pensó Campbell. Tenía tanta curiosidad como cualquiera por las instalaciones de la punta este de la isla, pero, desde luego, ésa no era la cuestión. Beth y él estaban dando los pasos de un baile que, Campbell ahora lo veía, terminaría inevitablemente en divorcio. Todos sus amigos se habían divorciado una vez al menos, y un matrimonio que duraba dieciocho años parecía tan anacrónico como un Chevy de 1957.

—¿Por qué no lo admites claramente? —dijo Campbell—. Sencillamente, lo único que no te gusta de la isla es el hecho de tener que estar aquí conmigo —ella se levantó y Campbell sintió, con unos celos aletargados, la atención de todos los hombres a su alrededor.

—Te veré luego —dijo ella, y todas las cabezas se volvieron para seguir el ruido de sus sandalias.

Campbell pidió otro Salva Vida y la contempló bajando la colina. Los escalones estaban iluminados con farolillos japoneses rodeados por flores de colores naranja y púrpura intenso. Cuando alcanzó la fila de cabañas en la arena, ya no era más que una sombra, y Campbell ya casi había terminado su cerveza.

Ahora que se había ido, se sintió vacío y un poco mareado. Miró sus manos, aún arrugadas por las largas horas pasadas en el agua, y con corles y raspaduras de tres días de actividad física. Manos suaves, las manos de un oficinista, un hombre de despacho. Manos que manejarían lápices o teclearían en un CRT durante los próximos veinte años, y luego se retirarían para usar el control remoto de una televisión de pantalla grande.

La densa cerveza, con sabor a caramelo, se le estaba subiendo. Meneó la cabeza y se levantó para ir al baño.

Su reflejo brilló y se distorsionó en el espejo envolvente del lavabo del baño. Se dio cuenta de que quería demorarse, para permanecer fuera del frío y estéril aire de su cabaña tanto como pudiera.

Y luego vendrían los sueños. Se habían vuelto peores desde que habían llegado a la isla, más vividos e inquietantes cada noche. No podía recordar los detalles, sólo los lentos y eróticos estremecimientos sobre su piel, una sensación de flotar en un agua ligera y cristalina, de rodar sobre sábanas sedosas. Se despertaba de estos sueños respirando ansiosamente, como un pez que se ahoga, su pene erecto y palpitando.

Llevó otra cerveza a su mesa, sin apetecerle realmente, sólo porque necesitaba sostener algo entre las manos. Su atención se dirigió vagamente a una mesa en un nivel más bajo, donde una mujer bastante insípida estaba hablando con dos hombres con gafas y camisas de manga larga. No podía entender qué le resultaba tan familiar en ella hasta que agitó su cabeza en un gesto de confusión y la reconoció. Las amplias mejillas, los ojos claros.

Pudo escuchar el latido de su propio corazón. ¿Era entonces alguna clase de novatada? ¿Una mujer disfrazada? Pero, entonces, ¿qué pasaba con las branquias que había visto en su cuello? ¿Cómo diablos se había movido tan rápido?

Ella se levantó e hizo un gesto de disculpa a sus amigos. La mesa de Campbell estaba cerca de las escaleras, y vio que ella tendría que pasar por ahí cuando saliera. Antes de que pudiera pensarlo, se levantó, bloqueando su salida y le dijo:

—Perdona.

—¿Sí? —no era físicamente atractiva, pensó, pero algo le impulsaba hacia ella, a pesar de la anchura de sus caderas, de sus fuertes y cortas piernas. Su cara le resultaba más vieja y más cansada de lo que él había visto en el arrecife. Pero muy parecida, demasiado para ser una coincidencia.

—Me gustaría... ¿Podría invitarla a una copa? —quizás me estoy volviendo loco, pensó.

Sonrió y sus ojos parpadearon cálidamente.

—Lo siento. Es muy tarde y mañana tengo que trabajar.

—Por favor —dijo Campbell—. Sólo un par de minutos —pudo sentir su suspicacia y, tras ésta, el brillo de un ego halagado. Se dio cuenta de que no estaba acostumbrada a que se le acercaran los hombres—. Sólo quiero hablar con usted.

—No será periodista, ¿verdad?

—No, en absoluto —buscó algo que le hiciera confiar—. Trabajo en la compañía. En la oficina de Houston.

Las palabras mágicas, pensó Campbell. Se sentó en la silla de Beth y dijo:

—No sé si debería beber más. Estoy ya medio borracha.

Campbell asintió y dijo:

—Así que trabaja aquí.

—Así es.

—¿Secretaria?

—Bióloga —dijo ella con un poco de dureza—. Soy la doctora Kimberly —como no reaccionó a su nombre, ella suavizó las cosas añadiendo—: Joan Kimberly.

—Lo siento —dijo Campbell—. Siempre pensé que los biólogos eran poco atractivos —el flirteo surgió fácilmente. Tenía la misma belleza que la criatura del arrecife, una suerte de fiera timidez y distante sensualidad, pero en la mujer estaban enterradas más profundamente.

Dios mío, pensó Campbell, lo estoy haciendo. Estoy intentando seducir a esta mujer. Miró el bulto de sus pechos, sabiendo cómo serían sin la camisa azul Oxford que llevaba, y esa percepción se tradujo en una cierta calidez en su ingle.

—Quizás sería mejor que me tomase ese trago —dijo ella. Campbell hizo un gesto al camarero.

—No puedo imaginarme cómo tiene que ser vivir aquí —elijo él—, ver esto todos los días.

—Te acostumbras —le contestó—. Quiero decir, todavía conserva esa insoportable belleza en ocasiones, pero, ¿sabes?, tienes que trabajar, y la vida sigue.

—Sí —dijo Campbell—. Sé exactamente a qué te refieres.

Dejó que Campbell la acompañara a casa. Su soledad y su vulnerabilidad eran como un fuerte perfume, tan fuerte que le repelía a la vez que le atraía irresistiblemente hacia ella.

Se detuvo a la entrada de su cabina, otra cúpula geodésica, pero ésta se encontraba en lo alto de la colina, oculta por un bosque de palmeras y buganvillas. La tensión sexual era tan intensa que Campbell pudo ver sus pechos agitarse.

—Gracias —dijo ella con su profunda voz—. Ha sido tan fácil hablar contigo.

Podría haberse dado la vuelta e irse, pero no podía decidirse. La rodeó con los brazos y la boca de ella chocó torpemente contra la suya. Entonces sus labios comenzaron a moverse y le metió la lengua ansiosamente. Abrió la puerta de golpe, sin apartarse de él, y casi se caen dentro de la casa.

Se levantó, apoyándose sobre sus brazos, y la miró moverse debajo de él. La luz de la luna a través de los árboles era verde y húmeda y caía en lentas ondas sobre la cama. Sus pechos se balancearon de un lado a otro, mientras se estiraba y arqueaba la espalda. La respiración era entrecortada. Sus ojos estaban estrechamente cerrados, y sus piernas le rodeaban, cruzadas como una larga cola bífida.

Antes del amanecer él salió de debajo de su brazo, que le abrazaba, y recogió su ropa. Cuando salió, ella todavía estaba dormida.

No quería volver a su cabaña y, sin pensarlo, se encontró escalando hacia la cima de la

rocosa espina dorsal de la isla para esperar la salida del sol.

Ni siquiera se había duchado. El perfume y el olor de Kimberly se pegaba a sus manos e ingles como un estigma sexual. Era la primera infidelidad de Campbell en dieciocho años de matrimonio, un último acto, irreversible.

Ya conocía la mayor parte de la jerga. La crisis de los cuarenta y todo eso. Seguramente había visto a Kimberly en el bar alguna otra noche y no la recordaba. Había proyectado su rostro en una fantasía de obvias resonancias freudianas acerca del agua y del renacer.

En la tenue y dispersa luz del amanecer, la laguna aparecía gris y la línea de la barrera coralina, una mancha más oscura, rota por sus crestas blancas, curvadas como escamas en la piel del océano. Las secas palmeras se mecían en la brisa, y los pájaros de la isla comenzaron a piar y alborotar al despertarse. Una sombra salió de una de las cabañas de abajo, en la playa, y escaló hacia la carretera, doblada por el peso de una gran maleta y un bolso de vuelo. Por encima de ella, en el asfalto del aparcamiento, al final de las escaleras, un taxi se movió silenciosamente hasta detenerse, apagando las luces.

Si hubiera corrido, podría haberla alcanzado e incluso haberla detenido, pero ese vago impulso nunca creció lo suficiente como para mover sus piernas. En vez de eso se sentó hasta que el sol calentó su nuca y sus ojos fueron deslumbrados por la arena blanca y el agua, cegándole por un momento.

En el lado norte de la isla, frente a la parte más extensa de terreno, el pueblo de Espejo se extendía en el lodo, al servicio de la zona turística y de la compañía. Un sucio camino descendía atravesándolo, entre el agua aceitosa de las zanjas. Las casas construidas con bloques de lava sobre los malecones de cemento y los Ford oxidándose en los jardines le recordaron a Campbell, como envuelto en una pesadilla, un suburbio americano de los cincuenta.

Los lugareños que trabajaban en las cocinas de la compañía y barrían sus suelos vivían allí, y sus niños se peleaban en patios traseros que olían a pescado podrido o se tumbaban a la sombra, tirando piedras a perros de tres patas. Una vieja vendía camisetas hechas con sacos de harina San Francisco tendidas entre los pilares de su casa. En un chamizo, bajo una cubierta de plástico verde corrugado, había plátanos apilados y las moscas volaban en enjambres sobre pedazos de carne de buey. Y la puerta de al lado era una farmacia con un descolorido anuncio de Kodak que prometía: «Revelado en un día».

Campbell pestañeó, encontró la entrada por la parte de atrás, donde un chaval de unos diez u once años leía *La novela policíaca*. El chico dejó el cómic en el mostrador y preguntó:

—¿Señor?

—¿Cuánto tiempo te llevará revelar esto? —preguntó Campbell mostrándole el carrete.

—Mañana a esta hora.

Campbell se apoyó en el borde del mostrador.

—¿Para hoy? —preguntó despacio.

—¿Mande?

Campbell sacó un billete de veinte dólares y lo puso boca abajo sobre la rayada madera.

—¿Este mediodía?

—Un momentito —el chico escribió algo en el terminal del ordenador que tenía a la derecha. El chasquido seco de las teclas molestó a Campbell—. ¿Está bien esta tarde? A las seis —tocó el cristal de su reloj y dijo—: A las seis.

—De acuerdo —dijo Campbell. Con otros cinco dólares compró una pinta de Canadian Club y volvió a la calle. Sintió como si se interpusiera una capa de cristal ligeramente coloreado y el sol brillara con fuerza a través de ella. Era un estúpido al correr esta clase de riesgos, desde luego, pero necesitaba esa fotografía.

Tenía que saberlo.

Ancló el bote lo más cerca posible del lugar donde había estado la noche anterior. Tenía dos tanques de reserva y le quedaba una media botella de whisky. Bucear borracho y solo iba contra todas las reglas que cualquier monitor le hubiera enseñado, pero una muerte tonta por ahogamiento le parecía absurdo, incluso indigna de tenerse en cuenta.

Sus pantalones y su chaqueta de buceo, todavía húmedos y con la sal de la noche anterior pegada, le estaban sofocando. Se puso el tanque tan pronto como pudo, y rodó de costado.

El agua templada lo revivió, dejándolo como nuevo. Desinfló su chaleco y se lanzó directo al fondo. Atontado por el whisky y la falta de sueño, trastabilló en la arena en un primer momento, antes de poder neutralizar su balanceo.

En el borde de la sima dudó, y luego nadó hacia la derecha, siguiendo el borde del acantilado. Dada su condición física, estaba consumiendo más oxígeno del que hubiera deseado e ir más abajo sólo empeoraría las cosas.

El reflejo rojizo de una lata de coca—cola le lanzaba destellos desde el centro de un coral. La aplastó y se la metió en el cinturón, repentinamente furioso con su compañía y su imprevista violación de la isla, furioso con él mismo por dejarles manipularlo y con Beth, por abandonarle, y con todo el mundo y el género humano. Nadó moviendo con fuerza las piernas, atravesando bancos de lucios y de peces azules, sin apenas darse cuenta del cambiante paisaje, brillantemente coloreado, que se mecía bajo su cuerpo.

Algo de la borrachera desapareció con este primer estallido de energía, y gradualmente bajó el ritmo, preguntándose después de todo qué puñetas podía conseguir él. No tenía sentido, pensó. Estaba cazando un fantasma, pero no se dio la vuelta.

Todavía nadaba cuando chocó con la red.

Era casi invisible, una red de monofilamento con mallas de un pie cuadrado, lo suficientemente fuerte como para detener a un tiburón o a una manada de marsopas. Intentó cortarla con el filo de sierra de su cuchillo de buceo, sin resultado. Estaba cerca de la punta oeste de la isla, donde la compañía tenía la instalación de investigación. La red seguía la línea del arrecife tan lejos como él podía ver y se extendía mar adentro.

Ella era real, pensó. Construyeron esto para retenerla dentro, pero ¿cómo consiguió salir?

La última vez que la había visto era cuando ella descendía. Campbell comprobó el manómetro y vio que le quedaba un poco menos de quinientas libras de aire. Suficiente para llevarle abajo, hasta los cien pies, y volver rápidamente. Lo sensato era volver al bote y traer de vuelta con él el tanque de reserva.

Sin embargo inició el descenso.

Pudo ver los finos hilos agitarse cuando pasó nadando a su lado. Parecían unidos al coral mismo, por algún procedimiento que nunca podría haber imaginado. Mantuvo sus ojos ocupados entre el altímetro y el borde de la red. A mayor profundidad de cien pies, no tendría ya que preocuparse ni por la descompresión ni por el tanque vacío.

A cien pies alcanzó el nivel de reserva. Trescientas libras y bajando. Todos los matices de rojo habían desaparecido del coral, quedando sólo los azules y los púrpuras. El agua estaba notablemente más fría y oscura, y cada aspiración parecía un rugido en sus pulmones, como un geiser. Se dijo: diez pies más, y a 125 pies vio el final de la red.

El bulto a su espalda se enredó en el monofilamento y tuvo que retroceder, intentarlo de nuevo, luchando contra el pánico. De nuevo sentía la presión en sus pulmones, como si estuviera intentando respirar dentro de una bolsa de plástico. Había visto tanques que habían sido aspirados tanto que las paredes se abombaron hacia dentro. Los habían encontrado en buceadores atrapados en deslizamientos de rocas o enredados en palangres.

Su tanque se liberó de la red y consiguió pasar, siguiendo sus burbujas, hacia arriba. El

pequeño resto de aire que quedaba en sus pulmones se expandió, al tiempo que la presión a su alrededor lo permitía, aunque no lo bastante como para acabar con su ansiedad por respirar. Aspiró el resto de aire del tanque y se forzó a seguir exhalando, obligando al nitrógeno a salir de sus tejidos vitales.

A cincuenta pies redujo la velocidad y se volvió hacia el muro de coral, dobló su esquina y nadó ya dentro de la protegida laguna. Durante unos pocos e interminables segundos, olvidó que no tenía aire en los pulmones.

Todo el fondo de la laguna estaba diseñado en parcelas de huerta: algas marrones, musgos y algo que parecía una col gigante. Un banco de arenques rojizos le rodeó, dirigido por una caja metálica con una luz roja intermitente al final de una larga antena. Unos submarinos con largos brazos mecánicos trabajaban el lecho marino, podando la vegetación y enturbiando el agua con productos químicos. Dos o tres delfines estaban nadando de un lado a otro junto a buceadores humanos, y parecían estar hablándose entre ellos.

Con los pulmones doloridos, Campbell les dio la espalda y se impulsó con sus piernas para llegar a la superficie, intentando salir tan cerca de las rocas como fuera posible. Quiso detenerse un minuto a unos diez pies, para tener al menos un instante de descompresión, pero fue imposible. Se le había acabado el aire. Salió a la superficie a menos de cien pies de un muelle de cemento. Tras él flotaba una serie de boyas de situación que dibujaban la línea de la red, hacia fuera en el mar y alrededor del lado más alejado de la laguna.

El muelle estaba desierto y despidiendo vapor bajo el sol. Sin un tanque de repuesto, Campbell no tenía posibilidad alguna de salir de la misma forma que había entrado; si intentaba nadar hacia fuera, en superficie, sería tan visible como un hombre ahogado. Tenía que encontrar otro tanque u otra forma de escapar.

Ocultando su equipo bajo una lona de plástico, cruzó el bloque de cemento caliente hasta un edificio que había detrás, un amplio almacén de techo bajo lleno de cajas de madera. Habían construido un colgador para equipos de buceo en el lado izquierdo del muro, y Campbell comenzaba a dirigirse a él cuando oyó una voz detrás de él.

—¡Eh, tú! ¡Quieto!

Campbell se metió por un muro de cestas, vio un sendero enlosado que comenzaba en la trasera del edificio, y corrió hacia allí. No pudo dar más de dos o tres pasos antes de que apareciera un guarda uniformado y le apuntase al pecho con un 38.

—Puede dejarle conmigo.

—¿Está segura, doctora Kimberly?

—Estaré bien. Les llamaré si hay algún problema.

Campbell se derrumbó en una silla de plástico, al otro lado de su escritorio. La oficina era estrictamente funcional, resistente al agua y a prueba de hongos. Un gran ventanal tras la cabeza de Kimberly permitía ver la laguna y la hilera de boyas de situación.

—¿Qué viste?

—No sé. Vi lo que parecían granjas. Alguna maquinaria.

Ella deslizó una fotografía hacia el otro lado del escritorio, hacia él. Mostraba a una criatura con pechos de mujer y cola de pez. La cara se parecía lo suficiente a la de Kimberly como para ser su hermana.

O su clon.

Campbell de repente se dio cuenta de en cuántos problemas se había metido.

—El chico de la farmacia trabaja para nosotros —dijo Kimberly.

El asintió.

—Puedes quedarte la fotografía —dijo Campbell, quitándose el sudor de los párpados—. Y el negativo.

—Seamos realistas —dijo ella, tecleando en el CRT y estudiando la pantalla—. Incluso

si te permitimos que sigas en tu trabajo, no veo cómo podremos salvar tu matrimonio. Y luego tienes dos hijos que llevar a la universidad... —sacudió la cabeza—. Tu mente está llena de información sensible. Hay demasiada gente que pagaría para conseguirla, y hay demasiadas formas de que te puedan manipular. No eres un gran riesgo, señor Campbell —ella irradiaba dolor y traición, y él quiso desaparecer por la vergüenza que sentía. Ella se levantó y miró a por la ventana—. Aquí estamos construyendo el futuro —continuó—. Un futuro que ni siquiera nosotros podíamos imaginar hace quince años. Y esto es sencillamente demasiado valioso como para dejar que nadie lo arruine. Alimento en abundancia, energía barata, acceso a una red de ordenadores por el precio de un equipo de televisión, una forma completamente nueva de gobierno.

—He visto vuestro futuro —dijo Campbell—. Vuestros barcos han matado el arrecife en una milla alrededor del hotel. Vuestras latas de coca—cola están esparcidas por todo el lecho coralino. Vuestros matrimonios no duran, vuestros niños se drogan y vuestra televisión es basura. Paso de todo eso.

—¿Viste a ese chico en la droguería? Aprende cálculo con su ordenador, y sus padres ni siquiera saben leer o escribir. Estamos probando una vacuna en seres humanos que posiblemente curará la leucemia. Tenemos cirugía láser y técnicas de transplante revolucionarias. Literalmente.

—¿Es de ahí de donde proviene ella? —preguntó Campbell señalando la fotografía.

El tono de voz de Kimberly descendió.

—Es sinergia, ¿no lo ves? Para hacer transplantes tenemos que ser capaces de clonar las células del donante. Para clonar células tenemos que hacer manipulaciones láser en los genes...

—¿Clonaron tus células? ¿Sólo por practicar? —ella asintió lentamente.

—Algo pasó. Ella creció, pero su desarrollo se detuvo; mantuvo su forma embrionaria de la cintura para abajo. No había nada que pudiéramos hacer excepto... mejorarla al máximo.

Campbell observó la fotografía con más detenimiento. No, no era el romántico mito que había imaginado al principio. La cola tenía un aspecto cerúleo bajo la dura luz del flash, los apéndices, más claramente, piernas subdesarrolladas. Contempló la fotografía con una fascinación mezclada con repulsión.

—Podrías haberla dejado morir.

—No. Ella era mía. No tengo mucho y no la hubiera abandonado —los puños de Kimberly se cerraron a sus costados—. No es infeliz, sabe quién soy. A su manera, creo que se preocupa por mí —se detuvo, mirando al suelo—. Soy una mujer solitaria, Campbell. Pero eso es algo que ya sabes.

La garganta de Campbell estaba seca.

—¿Y qué hay de mí? —carraspeó tratando de tragar saliva—. ¿Voy a morir?

—No —dijo ella— Tú no. Tampoco...

Campbell nadó hacia la red. Sus recuerdos eran borrosos y tenía problemas para pensar con claridad, pero podía vislumbrar el hueco en la red y el mar abierto a través de ella. Se hundió fácilmente hasta los 120 pies, sintiendo el agua fría y reconfortante sobre su desnuda piel. Luego lo atravesó, alejándose suavemente del ruido y del hedor de la isla, hacia una primigenia visión de paz e intemporalidad. Sus branquias vibraron suavemente mientras nadaba.

## ZONA LIBRE

### John Shirley

John Shirley ha atravesado fronteras que más tarde se han convertido en caminos muy frecuentados por el ciberpunk. Como músico de rock, estuvo estrechamente ligado al primer y virulento estallido del punk de la costa oeste. Escritor prolífico cuyo trabajo incluye novelas tales como *City Come-A-Walkin'*, *The Brigade*, y el capricho de terror *Cellars*, Shirley es muy conocido por su rica imaginación surreal y sus estallidos de extrema intensidad visionaria.

«Zona Libre» es un fragmento independiente del último proyecto de Shirley, la trilogía *Eclipse*. *Eclipse* narra un vertiginoso futuro global donde el pop, la política y la paranoia entran en un conflicto hipertecnológico, donde se lucha por la supervivencia. Siempre pionero, su amplio abanico de influencias alternativas y su tratamiento de los problemas globales podría muy bien presagiar el surgimiento de una nueva política radical a partir de la ciencia ficción.

John Shirley vive habitualmente en Los Ángeles y toca con su grupo.

Zona Libre flotaba en medio del océano Atlántico, una ciudad flotante en el eje de las confluencias de la cultura internacional.

Zona Libre estaba anclada a unas cien millas al norte de Sidi Ifni, una somnolienta ciudad de la costa marroquí, mecida por una cálida y suave corriente, en una zona del mar raramente afectada por grandes tormentas. Las tormentas que se levantaban allí agotaban su furia en el laberinto de espigones de cemento que, durante años, la administración de Zona Libre había construido alrededor de la isla artificial.

Originariamente Zona Libre había sido otra plataforma más de prospección petrolífera en alta mar. El gigantesco depósito de petróleo, a un cuarto de milla bajo la isla, todavía estaba lleno en más de tres cuartos. La plataforma de perforación pertenecía conjuntamente al gobierno marroquí y a una compañía de Texas dedicada al petróleo y a la electrónica: la Texcorp, la compañía que había comprado Disneylandia, Disneylandia I y Disneylandia II, todas cerradas durante el comienzo de la DAO, la Depresión de Almacenamiento de datos en Ordenadores, también llamada la depresión de disolución.

Un grupo de terroristas árabes, al menos el Departamento de Estado norteamericano así lo afirmaba, produjo una emisión electromagnética haciendo estallar una pequeña bomba de hidrógeno estratégicamente situada, escondida a bordo de una pequeña lanzadera orbital de rutina. La lanzadera se vaporizó con la explosión, al igual que dos satélites, uno de ellos tripulado. Pero cuando la DAO golpeó, nadie tuvo tiempo para llorar a los muertos.

La bomba orbital casi dispara el Armagedón. Tres misiles crucero tuvieron que ser abortados y, afortunadamente, los soviéticos derribaron otros dos, antes de que la célula terrorista reivindicara la explosión estratosférica. La mayor parte de la explosión se dirigió hacia fuera; lo que llegó hacia abajo fue, sin embargo, un efecto colateral de esa explosión: el PEM, un Pulso Electro—Magnético que, tal como se había predicho en los setenta, viajó a través de millares de kilómetros de cables y circuitos por el continente debajo del cual se produjo la explosión de hidrógeno. El Departamento de Defensa estaba protegido, pero el sistema bancario, en su mayor parte, no. La emisión borró el 93 por ciento del recientemente formado Bureau de Ajuste del Crédito Bancario. El BACB manejaba el 76 por ciento de las transferencias y compras del país. La mayor parte de lo que se compraba se compraba mediante el BACB o mediante compañías relacionadas con el BACB... hasta que el PEM borró el almacenamiento de la memoria del BACB, al sobrecargar la emisión los circuitos, fundiéndolos y, literalmente, friendo los chips de almacenamiento, y golpeando de esa manera a los servidores de la economía norteamericana. Cientos de miles de cuentas bancarias se «suspendieron» hasta que los datos pudieran ser recuperados, causando una estampida en los bancos restantes. Las compañías de seguros y el programa de garantía federal se encontraron abrumados; simplemente no podían cubrir las pérdidas.

Por entonces, EE.UU. ya tenía sus problemas. El país había perdido su iniciativa económica durante los ochenta y los noventa. Sus ignorantes y escasamente entrenados trabajadores, sus corrompidos y avariciosos sindicatos y sus normas de manufacturación menos exigentes, hicieron que la industria norteamericana no pudiera competir con el boom de la manufactura en Asia y Sudamérica. La disolución del crédito provocada por el PEM golpeó a un país al borde de la recesión, lanzándolo a la depresión, lo cual provocó que el resto del mundo se partiera de risa. La célula terrorista árabe, un núcleo duro del fundamentalismo islámico, estaba compuesta sólo por siete hombres. Siete hombres habían paralizado a todo un país.

Pero América tenía todavía su enorme poderío militar y sus inventores en electrónica y medicina. Y la economía de guerra los mantuvo en marcha, como a un hombre enfermo de cáncer que toma anfetaminas para obtener un último aliento. Mientras, los innumerables centros comerciales y proyectos de vivienda, de construcción barata y necesitados de un continuo mantenimiento, se volvieron más ajados, más feos y llenos de basura cada día. Y más peligrosos.

EE. UU. simplemente no era va seguro para los ricos. Los centros turísticos, los parques de diversiones, los vecindarios exclusivos para ricos, todos ellos, se derrumbaron bajo la erosión de las huelgas permanentes y los golpes terroristas. La creciente masa de pobres, aumentando desde los ochenta, se puso furiosa por los despilfarros de los ricos. Y el impulso de la clase media se estaba retrayendo hasta la insignificancia.

Todavía quedaban enclaves en EE. UU. donde se podía uno perder en la batidora de los media, hipnotizado por las innumerables cartas del deseo rápidamente repartidas como en un trance del sueño americano, mientras diez mil compañías competían para reclamar la atención, suplicando que uno comprase y comprase. Lugares como éstos eran ciudades fortaleza para las ilusiones de la clase media.

Pero los más ricos podían sentir el desmoronamiento de su reino. No se sentían seguros en los EE. UU. Necesitaban otro lugar fuera, pero bajo control. En ese momento, Europa estaba descartada. América del Sur o Centroamérica eran demasiado arriesgadas. El teatro del Pacífico era otra zona de guerra.

Por eso surgió la Zona Libre.

Un promotor texano, que no tenía su dinero en el BACB, vio las posibilidades que habían surgido alrededor de las plataformas de perforación petrolífera. Una diadema engastada de burdeles, galerías de juego y cabarets había cristalizado en los barcos medio desguazados y anclados permanentemente alrededor de las plataformas. Doscientas prostitutas y trescientos crupieres trabajaban para el mestizado grupo internacional de trabajadores dedicados al petróleo. El promotor hizo un trato con el gobierno marroquí. Compró los oxidados cascos y los arrabaleros clubs nocturnos, y despidió a todo el mundo.

El texano poseía una compañía de plástico; la compañía había desarrollado un plástico ligero y ultrarresistente, que el promotor usó en las balsas sobre las cuales se construyó la nueva ciudad flotante. La comunidad contaba ahora con diecisiete millas cuadradas de balsa urbana, y era protegida por una de las fuerzas de seguridad más duras del mundo. Zona Libre ofrecía entretenimiento y placer para ricos en la sección exclusiva, y alrededor del borde del segundo amarre, para los «tecnitas» de los equipos de perforación. Los locales de este segundo amarre también albergaban a unos pocos colgados semilegales y a unos pocos centenares de músicos.

Como Rickenharp.

Rick Rickenharp permanecía apoyado en el muro sur del Semiconductor, dejando que los relámpagos y el bullicio del club lo envolviesen, mientras componía mentalmente una canción.

La canción decía algo así como: «Relampagueante bullicio / Cegadora mirada /

Nostalgia de la silla eléctrica».

Luego pensó: «Jodido alboroto».

Y lo hacía lo mejor que sabía para parecer un tío enrollado pero a la vez vulnerable, esperando que alguna de las mujeres que pasaban fugazmente entre la multitud recordara haberlo visto con su grupo la noche anterior, y que intentase ligárselo, que jugase a grupie. Pero la mayoría sólo se interesaba por los bailarines conectados.

Y no había ni una *jodida posibilidad* de que Rickenharp se conectara al minimono.

Rickenharp era un clásico del rock. Vestía una cazadora de motero de cuero negro que tenía unos cincuenta años, y que se decía que había llevado John Cale, cuando todavía pertenecía a la Velvet Underground. Las costuras empezaban a reventarse y faltaban tres remaches en el dibujo de cromo. Los codos y el borde del cuello volvían al marrón animal del cuero original. Pero este cuero era como una segunda piel para Rickenharp. No llevaba nada debajo. Su pecho huesudo y sin vello, de un blanco azulado, se adivinaba debajo de las cremalleras rotas. Llevaba también unos vaqueros que sólo tenían diez años, pero que parecían más viejos que la cazadora. Calzaba unas genuinas botas Harley Davidson. Unos pendientes de aro cubrían sus orejas ligeramente prominentes, y su pelo castaño rojizo parecía la explosión de una granada.

Y llevaba gafas negras.

Vestía de esta manera porque estaba decididamente en contra de la moda imperante.

Su banda se metía siempre con esto. Querían que su guitarra líder fuera un presentador de «minimono».

—Si vamos a ir de minimono, simplemente deberíamos vender las jodidas guitarras y cablearnos —les había dicho Rickenharp.

Y entonces el batería había sido lo suficientemente estúpido y sin tacto como para decir:

—Bueno, mierda, tío, quizás *sí* deberíamos ponernos los cables.

Rickenharp contestó:

—Quizás deberíamos conseguir también una batería mecánica, jodido Neanderthal —y dio una patada al taburete del batería, lanzando a Murch contra los timbales, lo cual provocó un sonoro choque, a lo que Rickenharp añadió—. Deberías lograr ese bonito sonido de timbales en escena, ahora que sabemos cómo lo haces.

Murch comenzó a tirarle los palillos, pero entonces recordó que tenía que controlarlos cuidadosamente ya que ellos mismos no lo hacían, así que le dijo:

—¡Bésame el culo, gilipollas! —y se levantó y se fue, y ésta no era la primera vez. Aunque sí era la primera vez que significaba algo, y sólo una intensa acción diplomática por parte de Ponce había conseguido que Murch no abandonara el grupo.

La llamada de su agente había disparado todo el conflicto. Eso era lo que realmente pasaba. La agencia estaba depurando su repertorio. Rickenharp estaba quemado. Sus dos últimos LPs no se habían vendido, y de hecho los técnicos de sonido afirmaban que la batería en vivo no sonaba bien en las miniaturizadas cápsulas sonoras donde ahora se escuchaban las grabaciones actuales. El holovideo y el video de Rickenharp no salían en el aire.

De todos modos, Vid-Co probablemente estaba quebrando. Otro negocio arrastrado al agujero negro de la depresión.

—Por eso no es culpa nuestra si el material no vende —dijo Rickenharp—. Tenemos fans pero no podemos conseguir la distribución para llegar a ellos.

José dijo entonces:

—Tonterías, estamos fuera de la Parrilla y tú lo sabes. Todo lo que nos arrastraba era solamente la ola de nostalgia. Tío, no puedes tener más de dos éxitos con un revival.

Julio, el bajo, dijo algo en la jerga de los tecnicas que Rickenharp no se molestó en traducir porque era demasiado estúpido; había sugerido contratar a un bailarín de cable como presentador, y cuando Rickenharp le ignoró, se cabreó y ése fue su turno para

largarse. Jodidos tecnitas sensibles.

Y ahora el grupo estaba en la vía muerta. Su tren se había parado entre dos estaciones. Tenían una actuación de teloneros para un número de cable y Rickenharp no quería hacerlo, pero había un contrato y también un montón de raros con nostalgia del rock en Zona Libre, por lo que quizás ésa era, después de todo, su audiencia, y se lo debía. «¡A reventar los jodidos cables del escenario!»

Miró alrededor del Semiconductor y deseó que el Retro Club hubiera abierto ya. Había una fuerte presencia de retros en el RC, incluso algunos rockabillys, y algunos de ellos hasta sabían cómo sonaba realmente el rockabilly. El Semiconductor era un local minimono.

La masa minimono llevaba el pelo largo, extendido sobre los hombros y estrechado hacia un punto en medio de la cabeza, y liso, completamente liso y tieso, por lo que desde atrás cada cabeza tenía la forma de un tipi negro, gris, rojo o blanco. Estos colores eran los únicos aceptables y siempre monocromos; colores planos y sin rayas. Sus ropas eran extensiones estilísticas de su corte de pelo. El minimono era una reacción contra el «brillo» y el caos de la guerra, y contra la economía y la amorfa volubilidad de la Parrilla. El estilo brillo estaba desapareciendo, muriendo.

Rickenharp siempre había sido remiso hacia los estilizados brillos, pero los prefería a los minimono. Después de todo, el brillo tenía energía.

El brillo había crecido como uno más de los provocativos estilos anti-control, populares en las últimas décadas del siglo XX. Se esperaba que un «brillo» llevara su pelo *subido*, tan alto como fuera posible, ya que de alguna forma esto *expresaba*, enfatizaba la individualidad y la originalidad de su portador. Cuantos más colores, mejor. No eras un «individuo» a menos que tuvieras un expresivo brillo. Formas de tuerca, ganchos, aureolas, arabescos multicolores. Se hicieron fortunas en las tiendas para moldear pelo estilo brillo, que desaparecieron cuando la moda brillo desapareció. Pero duró más que la mayoría de las modas. Tenían infinitas variedades y el atractivo de su energía para aguantar. Un montón de gente llegó a la conclusión de que era necesario inventar una expresión individual para un modelo político de brillo. Moldea tu pelo según el emblema del país favorito del tercer mundo que está siendo pisoteado (cuando todavía estaban pisoteados, antes del nuevo esquema de mercado). Los brillos eran tan problemáticos que mucha gente se acostumbró a tener postizos listos para ponérselos cuando salían. Y sus drogas también estaban diseñadas para encajar con esta moda. Neurotransmisores excitadores de todo tipo, antidepresivos, drogas que hacían a uno que pareciera resplandecer. Los brillos más ricos tenían cinturones nimbados, que creaban auras artificiales. Los brillos más ortodoxos consideraban que esto era de un narcisismo de mal gusto, lo cual resultaba una broma para los no-brillos, pues para éstos todos los brillos eran floridamente vanidosos.

Rickenharp nunca había teñido o moldeado su pelo excepto para animar su cresta punk.

Pero Rickenharp no era un punk. Se identificaba con el prepunk de finales de los cincuenta, de mediados de los sesenta y de principios de los setenta. Rickenharp era un anacronismo. Simplemente era un rockero tradicional, tan fuera de lugar en el Semiconductor como lo habría estado un bebop en las discotecas de los ochenta.

Rickenharp miró las túnicas, los monos negros, los grises uniformes, las pulseras negras, siempre con las mismas formas, como sacados de un molde de galletas; el bronceado integral y los ubicuos pendientes de forma Colonia FirStep (sólo uno, en la oreja izquierda). Se creía que los minimonos fetichistas de alta tecnología aspiraban a la estación orbital Colonia, con la misma intensidad que los rastas soñaron con volver a Etiopía. Rickenharp pensó que resultaba gracioso que los soviéticos hubieran bloqueado la Colonia. Era divertido ver a los minimonos, habitualmente con forma de dron, antiexhibicionistas, volados con tranquilizantes, reuniéndose en inquietos grupos y

susurrando acerca de los soviets, con una ira del tipo por-qué-nadie-hace-algo-al-respecto.

La idiotizante regularidad de su música enlatada golpeaba desde los muros y vibraba en el suelo. Si uno se apoya en la pared sentía en la espina dorsal una vibración como la de un martillo neumático.

Había unos pocos brillos allí, duros y desafiantes, y los brillos eran la mejor esperanza de Rickenharp para conseguir follarse. Tendían a respetar el viejo rock.

La música cesó; una voz aulló: «Joel Nueva Esperanza!», y círculos de luz aparecieron en el escenario. La primera actuación de cable había llegado. Eran las diez. A él se le esperaba para abrir la actuación principal a las once y media. Rickenharp se imaginó el club vaciándose cuando él subiera al escenario. No encajaba mucho en ese club. Pero quizás apareciera un público lo suficientemente variado. Las escenas límite pueden ayudar.

Nueva Esperanza salió a escena. Un actor de cable, anorético y quirúrgicamente asexual; un minimono radical. Un rasgo evidente por su desnudez: sólo llevaba una capa de pintura de spray gris y negra. «¿Cómo meará este tío?», se preguntó Rickenharp. Quizás saliese de esa leve hinchazón de su entrepierna. Un maniquí bailarín. Su sexualidad estaba encajada en la nuca: un sencillo electrodo de cromo que activaba el centro del placer del cerebro durante la catarsis semanal, bajo control legal. Pero era tan flaco, hey, quién sabe, que quizás hubiera ido a un cerebroestim del mercado negro para conectarse con un pulsador. Aunque se creía que los minimonos estaban absolutamente de parte de la ley y el orden.

Los cables embutidos en los brazos, piernas y torso de Nueva Esperanza alimentaban unas clavijas de traducción de impulsos en el suelo del escenario, haciéndole parecer una marioneta con los hilos invertidos. Pero él era quien manejaba la marioneta. Los largos y fúnebres gemidos saliendo de altavoces ocultos se disparaban gracias a las contracciones musculares de sus brazos, piernas y torso. Rickenharp pensó condescendentemente que no era malo para ser minimono. Se podía distinguir la melodía, el estribillo formado por su baile, y había un matiz de mayor complejidad que el que solían tener los minis... La muchedumbre de minis se movía con sus geométricas configuraciones de baile, algo a medio camino entre el baile de discoteca y un baile rectangular, caleidoscópico, a lo Busby Berkeley, diseñado conforme a fórmulas que se suponía debía conocer todo aquel que quería participar. Intentar bailar con un estilo libre en su cerrada coreografía y con su palpable rechazo social expresado en su lenguaje corporal equivalía a ser congelado por un viento polar.

Algunas veces Rickenharp practicaba *acid dance* en medio de las configuraciones minimono, simplemente para fastidiar, sólo para obligarles a expresar su rechazo. Pero el grupo le había obligado a dejar de hacerlo. «No alejes a la audiencia en nuestra única actuación, tío. Seguramente nuestra jodida *última* actuación...»

El bailarín de cable hizo vibrar unos suspiros de gaita sobre la sección rítmica pregrabada. Y las paredes se animaron.

Un buen club, en 1965 o en el 75 o en el 85 o en el 95 debía ser estrecho, oscuro, cerrado, claustrofóbico. Las paredes debían ser, o bien directamente monocromas, todas negras o de espejo, o deliberadamente abigarradas, camp, cubiertas de cualquier cosa que perteneciera a la vanguardia del momento, o con grafitos vulgares.

El Semiconductor presentaba estos dos tipos. Comenzaba en plan macho con sus parées de un negro cristalino; durante el concierto se transformaba en un travestí vulgar mientras las paredes reaccionaban a la música con estallidos de color, recorriendo todas las longitudes de onda en patrones osciloscópicos, desde los tonos blanquiazules hasta el extremo rojo púrpura para el bajo y la percusión. Reaccionando vividamente, hipnóticamente a cada nota. A los minimonos no les gustaban las paredes reactivas. Las calificaban de cursi y «vídeo».

El bailarín recorrió el escenario y Rickenharp lo miró gruñón, tratando de ser justo. «Es simplemente otra forma de rock and roll. Como un cristiano viendo una ceremonia budista; bueno, al fin y al cabo es sólo una manifestación del Dios Único», pensaba Rickenharp, «pero el rock genuino es mejor. El rock genuino volverá». Se lo repetiría a todo aquel que le escuchara, aunque casi nadie le prestaba atención.

Una caoticista llegó, y él la observó, sintiéndose menos solo. Los caoticistas estaban mucho más cerca de los rockeros auténticos. Llevaba la cabeza rapada, con sus lados pintados. Una falda hecha con al menos dos centenares de diferentes tejidos sintéticos, cosidos a su cinturón en una suerte de faldellín de telas brillantes. Pechos desnudos con pendientes de finos tornillos en los pezones. Los minimonos la miraron con asco, ellos eran recatados y llamar la atención hacia los pechos les resultaba decididamente horrible. Ella les devolvió una radiante sonrisa. Sus bellos rasgos semitas estaban embadurnados con un colorido maquillaje que parecía salpicado al azar. Sus dientes eran afilados.

Rickenharp tragó con fuerza, mirándola. Mierda, ella era *su tipo*.

Sólo que... sólo que ella llevaba un inhalador de mezcal azul. El signo de interrogación de su inhalador colgaba desde la sujeción de su oído derecho hasta justo debajo de la aleta derecha de la nariz. De vez en cuando bajaba la cabeza y esnifaba un poco del polvo azul.

Rickenharp tuvo que apartar la mirada, jurando en silencio.

Había escrito una canción titulada «Intentando seguir limpio».

El mezcal azul, o la sincocaína, o la heroína, o las anfetamorfina o el XT2. Pero, fundamentalmente, le iba el mezcal azul. Y el mezcal azul era adictivo. Y era *taann bueeeno*.

El mezcal azul, también llamado «azul jefe», destilado en la gelatinosa dulzura de Quaaludes, poseía los mejores efectos de la mescalina y la cocaína juntas. Pero a diferencia de la coca, no producía el mismo mono. Sólo que... sólo que si se dejaba de tomar tras un período de consumo regular, entonces el mundo se vaciaba de significado. De hecho, no producía síndrome de abstinencia. Lo que aparecía era una depresión muy intensa, una sensación de falta de sentido que parecía asentarse como el polvo y criar porquería en cada célula del cuerpo del consumidor. No era lo mismo que un mono de coca pero... pero la gente etiquetaba al mezcal azul como «un billete para el suicidio».

Podía hacerte sentir como un minero de carbón cuando la mina se derrumba, como si uno estuviera enterrado dentro de sí mismo.

Rickenharp había seguido la terapia pagada por sus padres; había quemado el dinero de su único gran éxito en azul jefe y narcóticos. Apenas había conseguido desengancharse. Y últimamente, antes de que su grupo se peleara, había comenzado a sentir de nuevo que merecía la pena vivir la vida.

Mientras veía a la chica con el inhalador pasar a su lado y usarlo, Rickenharp se sintió tocado, perdido, como si hubiera visto algo que le recordara a una amante perdida. El síndrome del ex consumidor. Dolor por la culpa de haber dejado plantada a su droga.

Y pudo imaginar el dulce picor de la sustancia en las aletas de la nariz, el suave y tenue sabor a fármaco en la parte posterior del paladar; o cuando uno se atiborraba, esa explosión de fluorescente confianza, confianza que se podía sentir somáticamente del mismo modo que se sienten los labios de una mujer en la polla; era el retroalimentado bucle autoerótico del mezcal azul. Imaginándolo, tuvo un vislumbre de la sensación, un tantalizador y febril fantasma. Podía saborearlo de memoria, olerlo, sentirlo... Viéndola *usarlo* le trajo de vuelta centenares de iridiscentes recuerdos. Y un casi irreprimible deseo. (Mientras una vocecita en el fondo de su cabeza intentaba avisarle: «Eh, recuerda que esa mierda te hace desear morir cuando no te queda más; recuerda que te hace sentirte demasiado seguro y aburrido; recuerda que devora tus órganos internos...», una débil vocecita... )

La chica lo estaba mirando. Un imitador guiño.

El la saludó con la mano.

La vocecita aumentó su volumen y le dijo: «Rickenharp, si vas con ella, si vas con ella, acabarás tomándolo».

Se dio la vuelta con un angustiado espasmo interior. Se fue, tropezando entre la oleada de sonidos y luces y gente monocroma, hacia los vestuarios. A por la guitarra y los cascos, y el más seguro mundo de los sonidos.

Rickenharp estaba escuchando un ejemplar de coleccionista, una cinta de la Velvet Underground de 1968. Estaba puesta en su audioestim. La canción era: «White Light / White Heat». Los guitarristas hacían cosas que hubieran obligado a decir al barón Frankenstein: «Hay cosas que no se crearon para que los hombres las conocieran». Ajustó el audioestim un poco más hacia dentro, para que las vibraciones hicieran temblar el hueso en torno a su oído, y haciendo así que los escalofríos se transmitieran atravesándolo en armonía con los acordes de la guitarra. Tomó un visorclip para acompañar a la música; un documental de pintores expresionistas. «Escuchar a la Velvet mientras se contempla a Edvard Munch. ¡Tío!»

Y entonces Julio clavó un dedo en su hombro.

—La felicidad es fugaz —murmuró Rickenharp, mientras echaba el visorclip hacia atrás. El visor parecía como esos espejos de observación sujetos a una banda que los doctores usaban antes, sólo que la pantalla que se bajaba a la altura de los ojos era cuadrada, como un retrovisor. Algunos de estos visores venían acompañados de una cámara clip para el ojo y un campoestim. El campoestim se llevaba en la espalda, pegado a la piel como si fuera un ligero corsé. La cámara elegía una imagen de la calle por donde uno caminaba y la dirigía al campoestim, el cual cosquilleaba en la espalda advirtiendo de cualquier obstáculo que viese la cámara. En alguna parte del cerebro se formaba una imagen esquemática de la calle por la que uno caminaba. Desarrollado para los ciegos en los ochenta, era usado ahora por los adictos al vídeo, que caminaban o conducían por las calles llevando visores, viendo la televisión, navegando así, por reflejos, usando el campoestim, pues sus ojos estaban bloqueados por los monitores, pero sin chocarse casi nunca con nadie.

Por eso tuvo que mirar a Julio con sus propios ojos.

—¿Qué quieres?

—'Ndiez —dijo Julio atropelladamente. Julio, el bajista tecnita. En diez. Tenían que salir en diez minutos.

José, Ponce, Julio, Murch: guitarra rítmica y coro, teclado, bajo, batería.

Rickenharp asintió y levantó la mano para colocar el visor en su sitio, pero Ponce le desconectó el equipo de visión. La imagen del visor se encogió como un paisaje desvaneciéndose por un túnel tras el tren y Rickenharp sintió como si su estómago se encogiera en su interior a la misma velocidad.

—Vale —dijo, volviéndole a mirar—. ¿Qué?

Estaban en el vestuario. Las paredes estaban negras de grafitos. Todos los vestuarios de los clubs de rock siempre estarán negros de grafitos. Siempre serán reconocibles por estar plagados de grafitos. Como la sencilla declaración de «Los parásitos mandan», la alegre petulancia de «Simbiosis 666 se aburrió de muerte aquí», el oblicuo existencialismo de «Los hermanos alcaloides te quieren, pero estarías mejor muerto» y enigmáticos como «SYNC 66 hace clic ahora». Parecían los diseños de un empapelado desperejado. Capas y más capas, formando un palimpsesto. La alucinatoria estilización de los trazos de los electrones disparados en el córtex visual.

Las paredes, en los pocos sitios donde eran visibles bajo los grafitos, eran una mampara gris. Apenas había sitio para el grupo de Rickenharp, sentado en círculo sobre sillas de cocina con los asientos rotos y una silla de despacho de tres patas. Amontonados entre las sillas estaban los instrumentos en sus estuches. Los bordes de los estuches estaban gastados, el falso cuero pelado y la mitad de los cierres rotos.

Rickenharp miró al grupo, en la dirección de las agujas del reloj, pasando de una cara a otra, escrutando sus expresiones: José a su izquierda, con una mirada maltrecha en sus ojos, las ojeras bajo sus párpados compositivamente armonizadas con su doble ristra de aretes, su pelo un hacha triple, la del centro roja, las otras dos azul y blanca, y un cristal ahumado en su anillo del índice izquierdo a juego, él lo sabía, con sus ojos de color ámbar ahumado. Se miraron el uno al otro un poco acusatoriamente. Existía entre ellos una irritación de amantes, aunque nunca lo habían sido. José estaba herido porque Rickenharp no quería cambiar; Rickenharp estaba anteponiendo sus propios gustos musicales a la supervivencia del grupo y Rickenharp estaba herido porque José quería transformarse en actor de cable minimono, una traición al espíritu ético del grupo, y porque en el fondo José quería sacrificar a Rickenharp, sustituirlo por un bailarín de cable. Ambos lo sabían, aunque nunca lo habían hablado. La mayor parte de lo que pasaba entre ellos era transmitido semióticamente con las estudiadas indirectas de una frialdad definitiva. Ahora José parecía traer malas noticias. Su cabeza estaba inclinada como si tuviera el cuello roto. Sus ojos no tenían brillo.

Ponce se había hecho minimono, al menos en su vestimenta, por lo que tuvieron una feroz, pelea al respecto. Ponce era más delgado y con cara de zorro, y ahora iba de gris barco de guerra, desde la cabeza hasta la punta de los dedos del pie, incluyendo el teñido en la piel. En la atmósfera llena de humo del club, algunas veces desaparecía por completo.

Llevaba lentillas plateadas. Miraba sus diez reflejos plateados, como de un túnel de los horrores, en sus uñas pintadas de espejo; abrumadoramente triste.

Julio, «sííí», parecía que Rickenharp le importaba una mierda, y quería el cambio. Desde luego sólo era fiel a Rickenharp hasta cierto punto. Pues también era un conformista. Quizás discutiría a favor de Rickenharp, pero al final se decidiría por el consenso. Julio tenía un brillante y rizado pelo portorriqueño, peinado en un ancho tupé sobre su cabeza. Tenía el rostro y las pestañas de mujer. Llevaba como pendiente una barrita plateada y vestía el clásico cuero negro del retro—rock, como Rickenharp. Jugueteó con la calavera de su anillo, devolviendo un bufido a su sonrisa y mirándola como si le preocupara enormemente que uno de los falsos rubíes de cristal que formaban sus ojos estuviera a punto de caerse.

Murch era una gorda babosa con un corte al rape. Era un batería mediocre, pero era un batería, una especie de músico al borde de la extinción.

—Murch es raro como un dodó —había dicho Rickenharp una vez—, y esto no es todo lo que él tiene en común con los dodós.

Murch llevaba gafas con montura de hueso y cristales oscuros, y siempre había una botella de Southern Comfort sobre su rodilla. Southern Comfort era parte de su vestimenta. Iba a juego con sus camperas de vaquero, o al menos así lo creía.

Murch miraba a Rickenharp con franco descontento. No tenía cabeza para fingir.

—Que te jodan, Murch —dijo Rickenharp.

—¿Eh? No he dicho nada.

—No hace falta. Puedo oler tus pensamientos. Hieden lo suficiente como para tumbar a cualquiera —Rickenharp se levantó y miró a los otros—. Sé lo que os pasa por la cabeza. Dadme una última actuación buena. Después tendréis lo que queréis.

La tensión levantó sus alas y desapareció.

Pero otro pájaro se asentó en la sala. Rickenharp lo vio con el ojo de la mente: era el pájaro del trueno. Hecho a medias con la pintura del pájaro del trueno de un tipi indio y a medias con las piezas cromadas de un pájaro T<sup>1</sup>. Cuando extendió sus alas, las plumas brillaron como pulidos parachoques. Tenía dos luces indicadoras en su pecho, y cuando el grupo recogió sus instrumentos para salir a escena, las luces indicadoras se encendieron.

Rickenharp llevaba su Stratocaster en un estuche negro. El estuche estaba vendado

con cinta aislante y con desteñidas pegatinas medio despegadas. Pero la Strat estaba inmaculada. Era transparente, con sus líneas agresivamente curvadas como las de un deportivo.

Bajaron hacia el escenario por el corredor de ladrillos revocados. El corredor se estrechaba tras el primer giro, por lo que tenían que caminar de uno en uno, sosteniendo los instrumentos

<sup>1</sup> En el original, *T-bird*, juego con *Thunderbird*: el pájaro mitológico de los indios americanos, que aparece bordado como una «T», y el modelo Thunderbird: un coche de la marca Ford. (*N. de los T.*)

hacia delante. El espacio era algo precioso en Zona Libre.

El director de escena vio a Murch aparecer primero, y señaló al pinchadiscos que haría las mezclas y anunciaría a la banda a través del PA. A la vieja moda, como Rickenharp había pedido.

—Por favor, demos la bienvenida, a... ¡Rickenharp!

No hubo un rugido de respuesta de la multitud. Hubo unos pocos maullidos y un aplauso superficial.

«Bueno, tú, perra, ¡pelea conmigo!», pensó Rickenharp, esperando que el grupo ocupara sus posiciones. Iría al escenario en último lugar, después de que le hubieran preparado un espacio para él. Siempre era así. Rickenharp echó un vistazo desde el telón, para mirar más allá del resplandor de las luces, en la oscura sentina de la audiencia. Esto le venía bien, le daba una oportunidad de tomar aliento.

La banda ocupó sus lugares. Apretaron los afinadores automáticos, movieron los diales.

Rickenharp estaba plácidamente sorprendido de ver que el escenario estaba iluminado con suaves luces rojas, tal como él había pedido. Quizás el director de iluminación fuera uno de sus admiradores. Quizás la llave de la jaula se movería en la dirección adecuada abriendo la puerta y el pájaro T volaría.

Pudo oír a parte de la audiencia susurrando sobre Murch. Muchos de ellos no habían visto nunca antes a un batería excepto por la «salsa». Rickenharp captó un fragmento de jerga tecnita: «¿Queráconso? ¿Qué hará con eso», lo que significaba: ¿qué son esas cosas que está ajustando? Los tambores.

Rickenharp sacó la Strat de su estuche y se la colocó. Ajustó la banda. Apretó el afinador. No necesitaba conectarla; cuando caminara por el escenario, el campo de recepción de los amplificadores se dispararía, transmitiendo la señal de la Strat a la pila de Marshalls tras el batería. En cierto sentido era una pena la miniaturización de la electrónica, pues los amplificadores, aunque tan potentes como los altavoces y amplificadores del siglo XX, eran más pequeños, por lo que resultaban menos imponentes. La audiencia murmuraba también sobre los Marshalls. Muchos no habían visto amplificadores tan pasados de moda.

—¿Paqué son?

Murch miró a Rickenharp. Rickenharp asintió.

Durante un instante, Murch condujo un solo de 4 por 4. Luego el bajo lo recogió, extendiendo una capa de sonido, una suerte de apoyo lateral. Y los teclados extendieron las hojas de la eternidad.

Ahora ya podía entrar en escena. Era como si hubiera existido un abismo entre Rickenharp y el escenario, y el bajo, la batería y el teclado, tocando juntos, hubieran tendido un puente para que él lo salvara. Cruzó el puente hacia la calidez de las corrientes. Podía sentir el calor de los focos en su piel. Era como salir de una habitación con aire acondicionado al trópico. La música sufría deliciosamente en esa abundancia tropical. La luz blanca y pura del foco lo atrapó y se mantuvo con él, enfocando su

guitarra, según sus instrucciones. «Bien, el chico de iluminación está de mi parte.»

Sintió como si pudiera percibir lo que la guitarra sentía, y la guitarra anhelaba ser tocada.

Sin saberlo conscientemente, Rickenharp se movía con la música, aunque no demasiado. No en la forma exigente de «mírame» que tienen algunos intérpretes. Esa es la forma para intentar *forzar* el entusiasmo de la audiencia, haciendo que cada movimiento parezca artificioso.

No, Rickenharp era natural. La música fluía a través de él, físicamente, no obstaculizada por la ansiedad o los conflictos del ego. Su ego estaba allí, era el combustible para su personal antorcha olímpica. Pero éste era immaculado como el ropaje de un papa.

El grupo lo percibió y dejó que sucediera. Esta vez la química estaba allí con Ponce y José cuando llegaron al estribillo; José con un sinuoso acorde, llegando casi hasta el puente de cromo que sujeta las cuerdas, y Ponce con un tema limpio, magníficamente redundante, con el sintetizador ajustado al registro de metales. Todo el grupo sintió la química como una placentera descarga eléctrica, como el gratificante shock de sus egos individuales convirtiéndose en un ego grupal. Algo más allá del placer sexual.

La audiencia escuchaba, pero se resistía. No querían que les gustase. Aun así, el lugar estaba abarrotado, no por Rickenharp, sino por la reputación del club, y todos esos cuerpos empaquetados creaban un atmosférico exoesqueleto sensitivo y él sabía que eso los hacía vulnerables. El sabía qué tocar.

Sintiendo que comenzaba a ocurrir la Gran Cosa, Rickenharp miró con confianza pero no del todo arrogante. Era demasiado arrogante como para mostrar que lo era.

La audiencia miraba a Rickenharp como un hombre miraría a un rival muy seguro de sí mismo, justo antes de una pelea mano a mano, y preguntándose: «¿qué es lo que sabe?».

El sabía acerca del ritmo. Y sabía que había sentimientos que, incluso el más indiferente de entre ellos, no sabría controlar una vez que éstos se liberasen; y él sabía cómo liberarlos.

Rickenharp tocó un acorde. Lo dejó vibrar por la sala y les miró. Les miró retador.

Le gustó comprobar las miradas desafiantes, porque eso haría su victoria más completa.

Porque él *sabía*. Había tocado en cinco conciertos con el grupo en las dos últimas semanas, y en los cinco la atmósfera había sido forzada, la química sólo había aparecido a rachas. Como una bujía con los polos alineados incorrectamente en la que no puede saltar la chispa.

La excitación que se había producido en ellos y la energía sexual reprimida detrás de sus sentimientos íntimos estaban desbordándose ahora, rompiendo el dique, y la banda se agitó por su liberación cuando Rickenharp tronó en su progresión y comenzó a cantar...

La audiencia lo contemplaba con creciente hostilidad pero a Rickenharp le gustaba cuando la chica jugaba a simular que-me-intentas-violar. *Méteselo por las orejas, tío.*

La banda era un inyector de gasolina en la cámara de combustión de la sala; Rickenharp encendía la combustión, provocando a la audiencia para que reaccionase, para que empujara el pistón y... él estaba acelerando. Rickenharp estaba al volante. Los llevaba hacia algún lugar, y cada canción era el paisaje por el que él los lanzaba. Sincopando las vocales, cantó:

*Quieres algo sencillo esta noche  
lo quieres sin ataduras  
Una limpia reacción en cadena  
y un poco de simpatía  
Dices que es sólo consuelo*

*Al final es una compensación  
a la inseguridad  
Que así no hay sorpresas  
Que así nadie se hiere  
Ninguna cuestión moral nos asalta  
No hay sangre en las camisas de seda  
Pero para mí, sí, para mí  
EL DOLOR LO ES TODO  
El dolor es todo lo que hay  
Chica, toma algo del mío  
o lame un poco de éste  
EL DOLOR LO ES TODO  
El dolor es todo lo que hay  
El dolor es TODO*

De «Una entrevista con Rickenharp: El chico Matusalén», en la revista *Guitar Player*, mayo del 2017.

—GP: Rick, hablas todo el rato de la dinámica del grupo, pero tengo la impresión de que no empleas «dinámica» en el sentido musical usual.

—Rickenharp: La forma adecuada de crear un grupo simplemente es que los miembros se encuentren unos a otros, como hacen los amantes. En bares o como sea. Los miembros del grupo son como cinco elementos químicos que se juntan provocando una reacción química específica. Si la química es correcta, la audiencia se implica en esta clase de, bueno, reacción química social.

—GP: ¿No podría ser todo esto una ilusión de tu psique? Quiero decir, ¿la necesidad de un auténtico grupo totalmente integrado?

—Rickenharp (tras una larga pausa): Hasta cierto punto. Es cierto que necesito algo como eso. Necesito pertenecer. Quiero decir, vale, soy un «inconformista», pero aún así, a cierto nivel, necesito pertenecer. Quizás los grupos de rock son familias vicarias. La unidad familiar está herida de muerte, por lo que... el grupo es mi familia. Haría cualquier cosa por mantenerlo unido. Necesito a esos tíos. Si pierdo ese grupo sería como un niño al que le han matado la madre, el padre, los hermanos y hermanas.

Y Rickenharp seguía cantando,

*EL DOLOR LO ES TODO  
El dolor es todo lo que hay  
Chica, toma algo del mío  
Chupa algo de él  
Sí, he dicho, EL DOLOR LO ES TODO.*

Cantándolo insolentemente, mitad gritando, mitad balbuciendo el final de cada nota, con ese tono de que te-jodan-zorra, practicando el acto mágico, aullando la melodía. Podía ver las puertas abriéndose en sus caras, incluso los minimonos, incluso los neutrales, todos los brillos, los rebos, los caoticistas, los prepos, los retros. Olvidando sus clasificaciones subculturales en la orgánica, orgásmica fusión de la música. Estaba empapado en sudor bajo la luz, exprimiendo sonidos con sus dedos, y era como si pudiera sentirlos tomar forma en sus manos, del modo en que un escultor siente la arcilla tomar forma bajo los suyos, y era como si no hubiera distancia entre escuchar el sonido en su cabeza y oírlo salir por los altavoces. Su cerebro, su cuerpo, sus dedos habían llenado la distancia, era un fusible superrefrigerado que se había fundido.

Una parte de él buscaba el peinado caoticista que había visto antes. Se decepcionó

ligeramente cuando no la vio y se dijo: «Debes estar contento de tener este escape aunque sea tan estrecho; ella te hubiera llevado de vuelta al azul jefe».

Pero cuando la vio empujando hacia delante, Rickenharp le hizo un ligero gesto con la cabeza, con la forma arrogante del buen conocedor, se puso simplemente contento, y se preguntó qué estaba planeando su subconsciente para él... Todos estos pensamientos eran como relámpagos. La mayor parte del tiempo su mente consciente estaba concentrada completamente en el sonido y en el trabajo de provocar una respuesta en la audiencia. Tocaba desde el lamento, el lamento por la pérdida. Su familia iba a morir, y él tocaba las melodías que alcanzaban el triste acorde por la pérdida de alguien, como todo el mundo...

Y la banda estaba sobrenaturalmente unida. La gestalt estaba allí, uniéndoles, y él apretaba sus tenazas en el cuerpo colectivo de la audiencia, y los llevaba a donde él los quería llevar, y pensó: El grupo suena bien, pero no va a servir de nada cuando acabe la actuación.

Era como una pareja divorciada pasándose bien en la cama, pero sabiendo que aquello no arreglaría de nuevo su matrimonio. De hecho, ese «pasárselo bien» era el resultado de haber abandonado.

Pero mientras tanto estallaban los fuegos artificiales.

En la última canción del repertorio, la electricidad en el club era tan fuerte que, como una vez había dicho José, con melodramatismo de rockero, si la cortases, sangraría. La maría, la hierba y el tabaco flotando en el aire parecían conspirar con los focos de escena para crear una atmósfera de mágica distancia. Con cada cambio de clave en las cauciones, cambiaban las luces; del rojo al azul, del azul al blanco, del blanco al amarillo azufre, a la vez que una paralela longitud de onda emocional corría a través de la habitación. La energía crecía, y Rickenharp la descargaba; su Strat era el pararrayos.

Rickenharp soltó las cinco últimas notas en solitario, clavando el clímax en el aire. Luego salió fuera de escena, sin apenas escuchar el rugido de la multitud. Se descubrió a sí mismo vendiendo hacia el corredor de ladrillos revocados, y luego estaba en el vestuario y no recordaba cómo había llegado allí. Todo parecía más real que de costumbre. Sus oídos zumbaban como si Quasimodo estuviera tocando en su campanario.

Oyó pasos y se volvió, pensando en qué le iba a decir al grupo. Pero era la chica caoticista y alguien más, y luego un tercero que venía tras ese alguien más.

El alguien más era un tío esquelético, con pelo castaño revuelto de forma natural, no revuelto como siguiendo alguna de las subcorrientes culturales. Su boca colgaba ligeramente entreabierta, mostrando un incisivo ennegrecido. Su nariz estaba quemada por el sol y en el dorso de sus manos había venas abultadas. El tercero era un japonés; pequeño, ojos castaños, anodino, de expresión suave, un punto más amistosa que neutral. El caucásico delgado llevaba una chaqueta del ejército sin insignias, tejanos desgastados, y rotas zapatillas de tenis. Sus manos parecían nerviosas, como si estuviera acostumbrado a tener algo en ellas que ahora no tenía. ¿Un instrumento? Quizás.

El japonés vestía un traje de Acción Japonesa, de color azul celeste, impecable como un pincel. Sus manos parecían confortablemente vacías. Sólo había un bulto en su cadera, algo que podía alcanzar cruzando su brazo derecho y a través de la cremallera inferior del traje, y Rickenharp estaba bastante seguro de que era una pistola. Había algo en común en los tres; parecían medio desfallecidos de hambre.

Rickenharp tembló, la capa de sudor enfriándose sobre él. pero se forzó a decir:

—¿Quépasssa?

Fue como masticar un trozo de madera. Miró por encima de ellos, esperando ver a la banda.

—El grupo está tras el telón —dijo la casticista—. El bajo nos dijo «Dile mueveculparakí».

Rickenharp tuvo que reírse de su imitación del tecnita de Julio: «Dile que mueva su

culo para aquí».

Entonces algo de la sensación de estar flotando desapareció y oyó los gritos, y se dio cuenta de que querían un bis.

—Joder, un bis —dijo sin pensarlo— ¡Con lo que ha durado!

—Eh, colega —elijo el delgaducho, pronunciando colega con acento británico—. Te vi en Stonehenge hace cinco años, cuando tuviste tu segundo éxito.

Rickenharp pestañeó un poco cuando el tío dijo *tu segundo éxito*, señalando inadvertidamente el hecho de que Rickenharp sólo había tenido dos, y todo el mundo sabía que difícilmente tendría otro más.

—Soy Carmen —dijo la caoticista—. Estos son Willow y Yukio.

Yukio se mantenía apartado de los otros, y algo que hizo le reveló a Rickenharp que estaba vigilando el pasillo con disimulo.

Carmen vio a Rickenharp mirar a Yukio y dijo:

—Los policías están bajando.

—¿Por qué? —preguntó Rickenharp—. El club tiene licencia.

—No es por el club, es por nosotros.

La miró y dijo:

—Eh, no necesito que me registren —tomó su guitarra y se fue hacia la entrada—. Haré mi bis antes de que pierdan interés.

Ella le siguió hasta la entrada, hacia el eco del pataleo pidiendo el bis, y le preguntó:

—¿Podemos quedarnos en el vestuario un rato?

—Sí, pero esto no es sagrado. Si vosotros podéis venir, los policías también —ahora estaban tras el telón. Rickenharp hizo una señal a Murch y empezaron a tocar.

Ella dijo:

—No son policías exactamente. Probablemente no conocen este tipo de sitios; buscarán entre la gente, no en el vestuario.

—Eres una optimista. Le diré al gorila que se quede aquí, y si alguien empieza a venir le dirá que está vacío, que acaba de mirar.

—Gracias —ella se volvió al vestuario. Él habló con el gorila y volvió al escenario. Se sentía agotado, la guitarra pesada. Pero se alimentó del nivel de energía de la sala y ésta le llevó a hacer dos bises. Los dejó deseando más, que es la manera de hacer las cosas, y, pegajoso de sudor, volvió a los vestuarios.

Todavía estaban allí: Carmen, Yukio, Willow.

—¿Hay una puerta de salida en el escenario? —preguntó Yukio— ¿Al callejón?

Rickenharp asintió.

—Espera en la entrada. Saldré en un minuto y os la enseñaré.

Yukio asintió y se fueron a la entrada. El grupo vino, pasaron en fila ante Carmen, Yukio y el brit sin fijarse demasiado, pensando que eran unos colgados de detrás del escenario, excepto Murch que le miró las tetas a Carmen y fanfarroneó un poco, haciendo molinetes con sus palillos.

El grupo se sentó en círculo en el vestuario, riendo y dándose palmadas, encendiendo todo tipos de cigarrillos. No le ofrecieron ninguno a Rickenharp, sabían que él no fumaba.

Rickenharp estaba guardando la guitarra cuando José le dijo:

—Sangraste bien.

—¿Quieres decir que te chupó bien? —dijo Murch, y Julio soltó una risita.

—Sí —dijo Ponce—, el tío tiene buena cabeza, buen cuello y buenos riñones.

—¿Buenos riñones? ¿Rick te chupa los riñones? Creo que voy a vomitar.

Y la usual y pueril juerga del grupo, porque todavía estaban arriba tras una buena actuación retrasando lo que sabían que iba a llegar, hasta que Rickenharp dijo:

—¿De qué querías hablar, José? —José le miró a él y a los otros y se calló—. Sé que tienes algo en la cabeza —dijo suavemente Rickenharp.

José dijo:

—Bueno, es que... hay un agente que Ponce conoce, y este tío se podría hacer cargo de nosotros. Es un agente tecnita y haremos un circuito tecnita y, aunque tendríamos que trabajar para eso, ésta sería una buena base. Pero el tipo nos dice que necesitamos una actuación de cable.

—Tíos, habéis estado muy ocupados —dijo Rickenharp cerrando el estuche de la guitarra. José se encogió de hombros.

—Eh, no lo hemos hecho a tus espaldas; no supimos del tipo hasta ayer por la noche, por lo que, uhm, mantendremos el mismo personal pero cambiamos los trajes, cambiamos el nombre del grupo y escribimos nuevas canciones.

—Lo perderíamos —dijo Rickenharp sintiendo derrumbarse—. Perderíamos lo que tenemos. No lo tendréis haciendo esa mierda porque todo eso es forzado.

—El rock and roll no es una jodida religión —dijo José.

—No, no es una religión, es una forma de sonido. Ahora, ésta es mi propuesta: escribimos canciones nuevas pero en el mismo estilo que siempre. Lo hemos hecho bien esta noche; podría ser el comienzo de un cambio para nosotros. Nos quedamos aquí, construimos sobre la audiencia base que conseguimos esta noche.

Pero era como arrojar monedas al Gran Cañón. No se podía ni oír su choque en el fondo.

Todo el grupo le miró sin decir nada.

—Vale —dijo Rickenharp—. Vale. Hemos pasado por esto diez jodidas veces. Vale. Ya está bien —tenía un discurso de despedida para este momento, pero se le atascó en la garganta. Se volvió a Murch y dijo—: Crees que te van a mantener, ¿te dijeron eso? ¡Tonterías! Lo harán sin batería, tío. Mejor que aprendas rápido a programar —luego miró a José—. Que te jodan, José —dijo suavemente. Se volvió hacia Julio, que estaba mirando al muro opuesto como si estuviera descifrando algún grafito particularmente críptico—. Julio, te puedes quedar con el amplificador. Voy a viajar ligero.

Se dio la vuelta y, cargando con su guitarra, salió dejando silencio tras de sí.

Le hizo un gesto a Yukio y los condujo por la salida del escenario.

—¿Hay alguna posibilidad de que puedas ayudarnos a encontrar una pequeña tapadera? —le preguntó Carmen en la puerta.

Rickenharp necesitaba ahora compañía terriblemente. Asintió.

—Sí, si me das una dosis de mezcal. —Desde luego —dijo ella.

Rickenharp se puso las gafas oscuras para protegerse del asalto del Paseo.

El Paseo se deslizaba por las balsas unidas de la Zona Libre durante una milla, girando hacia delante y hacia atrás, a través de un cañón abarrotado de salas de juego trufadas de neón y bombillas parpadeantes. Estaba cerrado sobre sí mismo, magnificado por la disposición y por el brillo de las luces de colores.

Rickenharp y Carmen caminaron a través de la pegajosa y calurosa noche casi al mismo paso. Yukio caminaba detrás, Willow delante. Rickenharp se sintió como parte de una patrulla en la selva. Y tenía aún otra sensación; que eran seguidos o vigilados. Quizás era sugestión, debida a ver que Yukio y Willow miraban por encima de sus hombros, de vez en cuando...

Rickenharp sintió una vibración de energía bajo sus pies, una sacudida que se extendió con un lánguido latigazo a través del flexible material de la calle, diciéndole que hoy habían subido los rompeolas, y los espigones alrededor de la isla artificial sufrían por el esfuerzo.

Las salas de juego ocupaban tres niveles por encima de la estrecha calle; cáela nivel tenía su propia acera cubierta; la gente se paraba en la balaustrada para mirar abajo, a la segmentada serpiente que formaba el tráfico de la calle. El conjunto de salas de juego expulsaba hacia Rickenharp una rica amalgama de olores; el tueste de las patatas fritas de la comida rápida, la suave acritud del humo, humo de hierba, de gino, de tabaco, el

aroma envolvente de los perfumes, de los olores de la orina mezclados con el de los puestos de pescado, la cerveza rancia, las palomitas de maíz y el aire marino; y por encima de todos ellos, el suave olor a ozono proveniente de los coches eléctricos cabalgando por la calle. La primera vez que estuvo allí, Rickenharp pensó que el lugar olía extraño para ser un sector de luz roja. «Es demasiado flojo», dijo. Entonces se dio cuenta de que faltaba el bajo continuo del monóxido de carbono. No había coches de combustión en Zona Libre.

Los sonidos salpicaban por encima de Rickenharp en una cálida ola de fecundidad cultural; canciones pop de baterías y cajas de ritmos crecían según iban pasando los tipos que llevaban insignificantes aparatos, si se los comparaba con el ruido que producían; el ritmo contagioso de la protosalsa o el calculado y redundante latir del minimono.

Rickenharp y Carmen caminaban bajo un arco de triunfo de fibra de vidrio, tan cubierto de grafitos que su significado original conmemorativo se había perdido, y fueron bajando despacio por la lechosa acera, bajo el alero del primer piso de salas de juego. El gentío multinacional se hacía más denso según se aproximaban al corazón del Paseo. Las suaves luces brillando hacia arriba, en medio de la acera de poliestireno, daban al gentío el aspecto de una película de terror de los cuarenta. A pesar de las gafas negras, el lugar asaltó a Rickenharp con millares de impulsos subliminales.

Rickenharp todavía estaba navegando por la ola de azul mezcal, pero la ola ya comenzaba a romperse; podía sentir la desplomándose bajo sus pies. Miró a Carmen. Ella le devolvió la mirada, y se entendieron. Ella miró alrededor, luego se dirigieron hacia la oscura entrada de un antiguo cine, un hueco lleno de basura a unos veinte pasos de la calle. Fueron a la entrada, mientras Yukio y Willow se quedaban de espaldas a la puerta, bloqueando la vista desde la calle, para que Rickenharp y Carmen pudieran meterse una doble dosis de mezcal azul. Había cierto placer de crío en refugiarse en un sitio apartado para tomar drogas, una oleada de romance por pertenecer a una banda de fuera de la ley. A la segunda inhalación, los grafitos de las puertas de batientes de fibra de vidrio de la entrada, parecían retorcerse con sentido.

—Se me está acabando —dijo Carmen, comprobando su bote de mezcal.

Rickenharp no quiso pensar en eso. Su mente ahora corría, y sentía cómo había saltado al modo—lenguaje del azul jefe.

—¿Ves ese grafito?: «Vas a morir joven porque TIE te ha robado la mitad tu vida». ¿Sabes lo que significa eso? No sabía qué era el TIE hasta ayer. Solía ver esas cosas y me preguntaba qué era, hasta que alguien me lo dijo.

—Inmortalidad y no sé qué más —dijo ella, lamiendo el mezcal azul del borde de su inhalador.

—Tratamiento de Inmortalidad para la Élite. Supuestamente cierta gente se reserva un tratamiento de inmortalidad sólo para ellos, porque el gobierno no quiere que la gente viva mucho tiempo y así abarroten el lugar. Otra tonta teoría conspiratoria.

—¿No crees en las conspiraciones?

—No sé, en algunas. En nada tan traído por los pelos. Pero pienso que la gente está siendo manipulada todo el tiempo. Incluso aquí, este lugar te golpea, ya sabes. Como...

—Bueno, niños —le interrumpió Willow—, ¿podemos dejar la clase de sociología para más tarde, eh? Tío, ¿dónde está el lugar ése donde tu colega nos puede sacar de la isla?

—Vamos —dijo Rickenharp, llevándolos de vuelta a la corriente de la multitud, pero siguiendo el hilo del rap del mezcal azul, sin perderlo—. Quiero decir, este sitio es como Times Square, ¿no? E incluso uno lee novelas sobre él. Ese era su arquetipo. O quizás algunos lugares de Bangkok. Quiero decir, esos sitios están preparados cuidadosamente. Quizás subconscientemente, pero tan minuciosamente dispuestos como los jardines japoneses, sólo que con la estética inversa. Cierta, todo evangelista llorica, justiciero, estreñido, que alguna vez haya predicado contra la seducción diabólica de lugares como éste, estaba en lo cierto de alguna manera, estaba completamente justificado porque, sí,

estos lugares te excitan y te seducen y vampirizan a la gente. Sí, son atrapamoscas de Venus. Svengalis arquitectónicos. Sí a todos los clichés sobre lo malo de la ciudad. A todos los reverendos predicadores: Reverendo Iko, Reverendo... ¿Cuál es su nombre?... Reverendo Rick Crandall el Sonrisas.

Ella le miró con dureza. El se preguntó por qué, pero el mezcal le seguía arrastrando.

—Todos los predicadores están en lo cierto, pero la razón por la que lo están es la que hace que también estén equivocados. Aquí todo trata de venderte algo. Cantidades de luces y remolinos que te succionan para seducirte, para que dilapides tu energía en forma de dinero en ellos. La gente viene aquí principalmente para comprar o para ser excitados cuando están a punto de comprar. La tensión entre querer comprar y la resistencia a comprar puede originar una carga eléctrica. Es esto lo que interesa: dejo que excite mis glándulas pero retrocedo cuando tengo que pagar. ¿Sabes? Simplemente es una constante excitación, pero sin correrse, porque desperdiciarías tu dinero, o pillarías una enfermedad social, o te robarían o te venderían drogas adulteradas, o algo... Quiero decir, lo que aquí se vende no tiene valor, son tonterías. Pero, para mí, esta noche es más duro resistirme... —sin decir: *porque estoy colocado*—. Te hace susceptible. Receptivo a mensajes subliminales ocultos en el diseño de los letreros, esos cinéticos horteras, esas jodidas bombillas que se encienden y se apagan; eso te hace pensar en los viejos modelos de computación, pensamiento binario, encendido—apagado, encendido—apagado, *parpadeo, parpadeo*, todos esos fluorescentes, poniéndote en trance como el péndulo del hipnotista en las viejas películas... Y el tipo de colores que usan, la energía de los letreros, el ritmo de su encendido, el ritmo de encendido—apagado de las bombillas, todo eso diseñado de acuerdo a los principios de la psicología que incluso la gente que lo hace no sabe que los están usando, colores que señalan, sabes, descargas glandulares y corrientes químicas estimulantes hacia los centros de placer... Como las obscenidades que salen de la pintada boca de una puta por la que pagas... como los videojuegos... quiero decir.

—Sé a qué te refieres —dijo ella, comprando con desesperación una cerveza en un vaso de papel—. Debes de tener sed después de ese monólogo. Toma —puso el vaso espumoso bajo su nariz.

—Hablo demasiado. Lo siento —se bebió la mitad de la cerveza en tres tragos, tomó aliento, la terminó, y por un momento sintió el paraíso en su garganta. Una ola de quietud lo invadió, y luego se evaporó cuando el mezcal azul volvió a quemarle otra vez. Sí, estaba conectado.

—No me importa escuchar tu rollo —contestó ella—, excepto que quizás tengas mucho que decir y no estoy segura de que no nos estén grabando.

El asintió avergonzado y siguieron. Aplastó el vaso en la mano y comenzó a hacerlo tiras metódicamente mientras caminaban.

Rickenharp disfrutaba de la lujuria de colores del lugar, colores que se mezclaban y desaparecían sobre la multitud, haciendo de la corriente de sombreros y cabezas un muestrario de iridiscentes telas y, al mismo tiempo, haciendo brillar los coches como fragmentos móviles de hielo.

Tomas la palabra *pasión*, pensó Rickenharp, y la colocas cruda en una bañera llena del jugo de la palabra atracción. La dejas y permites que los ácidos de la atracción blanqueen los colores de la pasión, con lo que obtienes una suerte de arco iris de gasolina en la superficie de la bañera. Extraes el arco iris de petróleo con un cedazo para quesos, lo pasas por un alambique y lo diluyes del todo en el aceite de la inocencia de los dibujos animados y el extracto de la subjetividad pura. Ahora haces pasar la corriente eléctrica a través del alambique y obtienes todos los tubos de neón que unen el Paseo de Zona Libre.

El Paseo, estrechándose ante ellos, era un tubo de luces coloreadas, convergiendo en un caleidoscopio; las fachadas cóncavas de cada lado se iluminaban con una docena de

diferentes tipos de letreros. El flujo sensual de datos de neón estaba fragmentado en astutos intervalos irregulares con los imponentes logotipos, a lo Times Square: CANON, ATARI, NIKE, COCACOLA, WARNER AMEX, SEIKO, SONY, NASA CHEMCO, BRAZILIAN EXPORTS, EXXON y NESSIO. En todos ellos, sólo uno fue afectado por la guerra. Un cartel sin encender: FABRIZIO y ALLINNE, una compañía francoitaliana, destruida por los bloqueos soviéticos. Estaban apagados, muertos.

Pasaron por una tienda de camisetas—TV, de donde los turistas salían con sus pechos proyectando imaginería de vídeo en movimiento, circuitería microfina y chips tejidos en el pecho de la camiseta, mostrando la secuencia elegida por cada cual.

Camellos callejeros de todas las razas vendían azúcar beta mezclada con beta endorfinas y conchas del propio fondo marino de Zona Libre, agujereadas y ensartadas, además de anillos cifrados de holocubos pornográficos con instantáneas de uno mismo con su esposa. ¿o con su amante?

A pesar de la cercanía de África, los negros africanos eran allí escasos. La administración de Zona Libre los consideraba un peligro para la seguridad. Los turistas eran principalmente japoneses, canadienses, brasileños montados en la cresta del boom brasileño, surcoreanos, chinos, árabes, israelíes y un pequeño número de americanos. Ya muy pocos de esos malditos americanos, gracias a la depresión.

La atmósfera era la de una sauna. Era un baño de vapor multicolor. El aire espesado por los variados humos del lugar envolvía el brillo del neón, filtrando y oscureciendo los colores de los letreros, las camisetas—TV y la joyería fosforescente. En lo alto, entre las piezas de un rompecabezas que no encajaban del todo, hecho de carteles, luces y vídeos de las casas de placer que supuraban imaginería sexual, se vislumbraban pedazos azules y negros del cielo nocturno. Al nivel de la calle, el caos tenía su límite en las puertas abiertas a cada lado; la corriente de gente entraba y salía para mirar tiendas y salones de humoestim, tiendas de recuerdos y teatros holocúbicos y, especialmente, las galerías de excitación.

Los camellos se movían como peces de arrecife, mordiendo y escapando, deteniéndose para ofrecer. «I De, tengo I De.” ID, Implante Directo, estimulación directa ilegal de los centros del placer. Y drogas, cocaína y varias hierbas fumables, estims y sedantes; la mitad de los camellos eran artistas quemados que vendían bicarbonato o pseudoestims. Con frecuencia les entraban a Rickenharp y Carmen porque parecían habituales y porque Carmen llevaba un inhalador. El mezcal azul y los inhaladores estaban prohibidos, pero también otro montón de cosas sobre las cuales la policía de Zona Libre hacía la vista gorda. Se podía llevar inhalador y tenerlo lleno de sustancia, pero el acuerdo tácito era no usarlo abiertamente, sino en algún lugar discreto.

Y putas de ambos sexos recorrían la calle, ofreciéndose descaradamente. Se suponía que la administración de Zona Libre regulaba toda la prostitución, pero se toleraba a las putas del mercado negro en tanto en cuanto alguien pagara por la protección de la patrulla y siempre que no se volvieran muy numerosas.

La multitud que a floraba era como un continuo muestrario de la variedad humana. Cambiaba otra vez y un chulo de especialidades aparecía, empujando a una pareja adolescente; tenían que andar a trompicones porque estaban embutidos en trajes de cuero negro, una especie de camisas de fuerza bien prietas. Sus rostros eran un misterio bajo máscaras de cuero sin adornos que les cubrían completamente las caras; dispositivos de aluminio mantenían sus bocas abiertas del todo, para que resultasen imitadoras, pero para Rickenharp semejaban las víctimas de algún loco especialista en ortodoncia.

La guardia de seguridad de Zona Libre infestaba las calles con sus uniformes antibala, que le recordaron a Rickenharp a los árbitros de béisbol: caras encerradas en cascos, pistolas de combinación, cerradas en las cartucheras; se decía que estaban entrenados para abrir una combinación de cuatro dígitos en un segundo.

Normalmente estaban paseando y murmuraban por la radio de sus cascos. Luego,

vieron a dos de ellos acosando a un artista trilero de la calle, un pequeño tipo negro medio blanqueado que no podía costearse el tratamiento completo, empujándolo del uno al otro, bromeando entre ellos a través de los amplificadores del casco, sus voces sobresaliendo por encima del ruido discotequero de los altavoces de la tienda de cassettes.

—¡QUÉ COÑO ESTÁS HACIENDO EN MI RONDA, SACO DE MIERDA! OYE, BILL, ¿SABES LO QUE ESTE TÍO ESTÁ HACIENDO EN MI RONDA?

—JODER, NO, NO SÉ LO QUE ESTÁ HACIENDO EN TU RONDA.

—ME ESTÁ PONIENDO ENFERMO CON SU TIMO DE TRILERO MIERDOSO, ESO ES LO QUE ESTÁ HACIENDO.

Uno de ellos golpeó demasiado fuerte al chico con el brazo reforzado de su traje antidisturbios, y el trilero se derrumbó en el suelo, al instante, como una peonza a la que se le acaba la cuerda.

—VES, BILL, VAGABUNDEANDO POR EL PASEO DE LA ZONA.

—LO VEO Y ME PONE ENFERMO, JIM.

Los dos animales arrastraron al tío menudo por el tobillo hasta un quiosco de forma oblonga, y lo metieron en una cápsula. La sellaron, garabatearon un informe que pegaron al marco del plástico duro de la cápsula. Luego metieron la cápsula del hombre en el tubo succionador del quiosco. La cápsula fue succionada hacia abajo, de acuerdo al principio del correo por tubo, hasta la cárcel de Zona Libre.

—Parece como si emplearan alguna clase de vertedero de basura para deshacerse de la gente —dijo Carmen cuando pasaron al lado de los policías. Rickenharp la miró.

—No os pusisteis nerviosos al pasar cerca de los maderos. Así que no se trata de ellos, ¿no?

—Nooo.

—¿Me dirás a quién se supone que estamos evitando?

—Buah, buah.

—¿Cómo sabes que esos maderos de fuera de la ciudad que tanto te preocupan no han ido a los locales y reclutado su ayuda?

—Yukio dice que no lo harán, no quieren que nadie vigile lo que hacen aquí porque a la administración de Zona Libre no le gusta.

—Mmm...

Rickenharp lo adivinó; debían de ser de la Segunda Alianza.

La Corporación para la Seguridad Internacional Segunda Alianza, los criptofascistas que se movían por el naufragio de Europa. La SA cumplía el papel de una policía multinacional, haciéndose cargo de imponer su idea del orden donde las desmoralizadas legiones de la OTAN se habían colapsado. El atractivo de la SA y sus simpatizantes llegaba más lejos y más profundamente en la medida en que la guerra se encarnizaba sin esperanza. Pero nunca en la Zona Libre; al jefe independiente de Zona Libre le hubiera gustado ver gaseados a los de la SA. No podían operar allí, excepto de incógnito.

—¡Los jodidos bestias de la SA! ¡Mierda!... —el mezcal azul reforzaba la paranoia de Rickenharp. La adrenalina le salió a borbotones, haciendo que su corazón se disparara. Empezó a sentirse claustrofóbico en medio de la multitud. Comenzó a ver formas en el movimiento en torno suyo, las formas estaban cargadas de significados sobreimpresionados en su mente galvanizada por el miedo. Formas que se reían de él diciendo: *La SA está detrás, muy cerca*. Sintió en su revuelto estómago una combinación de horror y exaltación.

Toda la noche había procurado con gran esfuerzo suprimir los pensamientos sobre su grupo. Y de su fallo para hacer que el grupo funcionara. *Lo había perdido*. Y era casi imposible que alguien entendiera por qué eso era, para él, igual que cuando un hombre pierde a su mujer y a sus hijos. Todos estos años esforzándose por ese grupo, luchando por conseguir programar un lugar en los media de la Parrilla. El grupo estaba ahora herido de muerte y, en consecuencia, también su identidad. Sabía que de algún modo sería inútil

tratar de montar otro grupo. La Parrilla simplemente no le quería y él no quería a la jodida Parrilla. Y su exaltación era justo eso: en su interior, el feo agujero del marginado se *cerraba* cuando pensaba en los animales de la SA. Esos bestias amenazaban su vida, y la amenaza lo absorbía en algo que hacía posible olvidarse de su banda. *Había encontrado una vía de escape.*

Pero el horror también estaba allí. Si lo atrapaban con los enemigos de la SA..., si los animales de la SA lo capturaban...

Se rió de Carmen y ella lo miró sin expresión y preguntándose qué significaba esa risita.

*Y ahora, ¿qué?*, se preguntó a sí mismo. Ir a OmeGaity. Encontrar a Frankie. Frankie era la salida.

Pero costaba tanto llegar allí... Pensaba que la droga le estaba jodiendo el sentido del tiempo. La percepción alterada hace que parezca que todo cuesta más tiempo.

La multitud pareció adensarse, el aire más caliente, la música más alta, las luces más brillantes. Le estaba alcanzando a Rickenharp. Comenzó a perder la capacidad para distinguir lo que pasaba en su mente y lo que pasaba a su alrededor. Comenzó a verse a sí mismo como una molécula enzimática flotando en una corriente sanguínea macroscópica. El tipo de cosa que siempre le anegaba cuando tomaba drogas energizantes en un entorno de sobreestimulación sensorial.

*¿Qué soy?*

Las ardientes flechas de neón naranja de la marquesina sobre su cabeza parecieron salirse, serpentear bajando del muro, sobre la acera, enrollarse en sus tobillos para intentar meterlo en una sala de excitación. El local mostraba hologramas de cosas en pares: pechos y nalgas se proyectaron hacia él, y él respondió contra su voluntad, como siguiendo un cliché, sintiendo una erección bajo sus pantalones. Estímulo visual: el mono ve, el mono responde. Pensó: «La campana suena, y el perro saliva».

Miró por encima de su hombro. *¿Quién era ese tipo con las gafas de sol de ahí atrás? ¿Por qué llevaba gafas de sol de noche? Quizás fuera un SA.*

Nooo, tío: —yo llevo gafas de sol a la noche. No significa nada.

Intentó sacudirse la paranoia, pero de alguna manera era paralela a la corriente subterránea de excitación sexual. Cada vez que veía una puta o el cartel de un vídeo pornográfico, la paranoia lo atrapaba, como el aguijón de un escorpión clavándose en la corriente de su excitación adolescente. Y pudo sentir las puntas de sus nervios salirse de su piel.

*¿Quién soy? ¿Soy la multitud?*

(Dándose cuenta de que después de haber estado limpio tanto tiempo, su tolerancia hacia el mezcal azul era muy baja.)

Vio a Carmen mirar algo en la calle, y luego murmurar apresuradamente a Yukio.

—¿Qué pasa? —preguntó Rickenharp.

Ella susurró:

—¿Ves esa cosa plateada? ¿Esa cosa plateada revoloteando? Allí, sobre el taxi... Sólo mira, no puedo señalar.

Miró a la calle. Un taxi estaba subiendo a la acera. Su motor silbaba como si se hubiera metido en un montón de basura. Sus ventanas estaban tintadas con un reflejo de mercurio. Sobre él y un poco más atrás, un pájaro cromado aleteaba, sus alas convertidas en un zumbante borrón. Era del tamaño de un tordo y tenía un objetivo en vez de cabeza. Tenía algún tipo de insignia sobre el pecho de aluminio. No pudo saber a quién pertenecía.

—Lo veo. No puedo decirte qué es.

—Creo que lo dirigen desde el taxi. Es como ellos. Vamos.

Ella se metió en un local de excitación. Willow, Yukio y Rickenharp la siguieron. Tuvieron que comprar fichas para entrar. Compraron lo mínimo, una por cabeza. Un viejo

tipo calvo, gordezuelo, contó las fichas sin mirarlos, sus ojos atrapados por una pantalla de televisión en su muñeca. En su muñeca, un noticiario en miniatura estaba recitando con una tenue voz: «... intentado hoy asesinar al director de la Segunda Alianza, el reverendo Rick Crandall...», y luego otra voz murmuró, distorsionada: «Crandall se encuentra en situación crítica y estrechamente vigilado en el Centro Médico de Zona Libre. La sorprendente presencia de Crandall en una reunión en el Hilton Fuji de Zona Libre...».

Recogieron sus fichas y fueron a la galería. Rickenharp oyó a Willow susurrar— a Yukio:

—Ese cabrón está vivo todavía.

Entonces, Rickenharp sumó dos y dos.

La galería de excitación era como un empedrado de carne, cada superficie vertical disponible tomada por una emulsión de humanidad desnuda, generalmente fotos espantosas estilo polaroid. Cuando uno pasaba de un holograma al otro, se veía a la gente boca abajo o desparramada o jugando o colocada en las mil variantes de la cópula, como si un niño hubiera estado jugando con muñecos desnudos y los hubiera dejado tirados. Una intensa luz roja zumbaba en cada cabina; la luz estaba dispuesta en una longitud de onda calculada para provocar curiosidad sexual. En cada «cabina privada» había una pantalla y un consolador. El consolador parecía un aspirador del siglo XX, con una enorme tapa de salero en el extremo. Veías las fotos, escuchabas los sonidos y te pasabas el consolador sobre las zonas erógenas; el consolador excitaba las terminaciones nerviosas adecuadas con un campo eléctrico que penetraba subcutáneamente, regulado con mucha precisión. Se podía distinguir en los gimnasios a los tíos que usaban demasiado el consolador. Úsese más de los «treinta minutos recomendados» y la piel parece y se siente como quemada por el sol... Otras cinco fichas en las máquinas activaban una máscara de oxígeno que caía de una portezuela del techo, bombeando una mezcla de nitrato de amilo y feromonas.

—Para decirlo a la manera clásica —dijo Yukio repentinamente—, ¿hay alguna otra manera de salir de aquí?

Rickenharp asintió.

—Sí. Este sitio está en una esquina, por lo que hay posibilidades de que tenga dos entradas, una en cada esquina. Y quizás una salida al callejón...

Willow estaba mirando un póster rompecabezas, con una instantánea de dos hombres, una mujer y una cabra. Se acercó un paso, mirando con intensidad a la cabra como si estuviera buscando algún rasgo familiar, y la cabina sintió su cercanía; las imágenes del póster comenzaron a moverse, doblándose, lamiéndose, penetrándose, transformándose con una extrañamente ritualizada torpeza; la luz de la cabina incrementó su brillo rojo, disparando una dosis de feromonas y de nitrato de amilo, tratando de seducirlo.

—Bueno, ¿dónde está la otra puerta? —susurró Carmen.

—¿Qué? —Rickenharp la miró—. ¡Oh! Lo siento, estoy tan..., no estoy seguro —miró sobre su hombro y bajó la voz—. El pájaro espía no nos ha seguido.

Yukio murmuró:

—Los campos eléctricos de los consoladores confunden los sistemas de guía del pájaro. Pero debemos ir siempre un paso por delante de ellos.

Rickenharp miró a su alrededor, pero el laberinto de cabinas negras y empedrado de carne parecía doblarse sobre sí mismo, girar tortuosamente, como bajando por un desagüe cubista...

— Yo encontraré la otra puerta —dijo Yukio. Rickenharp le siguió agradecido. Quería salir.

Se apresuraron por el estrecho pasillo entre las cabinas de consoladores. Los clientes se movían morosamente, de una cabina a otra, leyendo los anuncios, recorriendo los menús fetichistas para los códigos personales de su libido, sin mirarse entre sí, sólo por el

raballo del ojo, respetando cuidadosamente los espacios personales, como temerosos de la volatilidad de su dormido fuelle sexual.

Se oía música alegre, con jadeos que salían de alguna parte; las luces rojas eran como el brillo de la sangre en la mano bajo una intensa luz. Pero el lugar resultaba rigurosamente calvinista por el conjunto de prohibiciones observadas de modo tácito. Aquí y allá, a cada vuelta de los calurosos y estrechos pasajes entre las filas de cabinas, aburridos guardias de seguridad sin uniforme se balanceaban sobre sus tacones, y les decían a los mirones: «No se entretengan, pueden comprar fichas en el mostrador».

Rickenharp vio de pronto que el lugar quería absorber su sexualidad, como si los tubos de los aspiradores en las cabinas fueran a aspirar su energía orgánica, dejándole seco como un castrado.

*Salgamos de una jodida vez de aquí, se dijo.*

Entonces vio SALIDA, y corrieron hacia fuera.

Estaban en el callejón de atrás. Miraron hacia arriba, alrededor, casi esperando ver al pájaro. No estaba. Sólo las juntas grises de las planchas de estirocemento, llamativamente monocromas tras la voracidad cromática de la galería de excitación.

Salieron al final del callejón, miraron un momento a la multitud agitarse en ambas direcciones. Era como estar en la orilla de un torrente. Luego se sumergieron en él; Rickenharp imaginaba que estaba mojándose en la carne licuada del torrente humano, al tiempo que se dirigía por un innato instinto a su objetivo original: el OmeGaity.

Entraron empujando los batientes de las puertas negras que se descascarillaban en la oscura podredumbre de la entrada del OmeGaity, y Rickenharp le dio su chaqueta a Carmen, para que ocultara sus pechos desnudos.

—Sólo se admiten hombres —dijo él—, pero si no pones tu femineidad en su línea de visión quizás nos dejen colarnos.

Carmen se puso la chaqueta, subió la cremallera muy cuidadosamente, y Rickenharp le dio sus gafas negras.

Rickenharp golpeó en la ventanilla de la cabina junto la puerta cerrada que conducía a las habitaciones de encuentros. Detrás del cristal, alguien miró desde una pantalla de televisión.

—Hola, Cártter —dijo Rickenharp.

—Hola —Cártter le lanzó una risita. Cártter era, siendo él el primero en admitirlo «un-mariquita-a-la-moda». Estaba envuelto en un flexible abrigo de color gris barco de guerra, con un peinado blanco al estilo minimono. Pero un verdadero mini le hubiera despreciado por llevar también un pendiente de aro luminoso. Destellaba con una serie de palabras en pequeñas letras verdes: *Que... te... jodan... sí... no... te... gusta... Que... te... jodan... sí...* Los minis hubieran considerado esto como «emparrillado». Y, de cualquier modo, la ancha cara de sapo de Cártter no encajaba con la esbeltez de la apariencia minimono. Miró a Carmen—. Chicas no, Harpie.

—Drag queen —dijo Rickenharp. Deslizó un billete de veinte newbux a través de la abertura de la ventanilla—. ¿Vale?

—Vale, pero ella es la que corre el riesgo —dijo Cártter y metió los veinte en las copas de su bikini color carbón.

—Vale.

—¿Has oído lo de Geary?

—No.

—Se mató con blanco de China porque le pegaron la meada verde.

—Oh, mierda —a Rickenharp se le puso la carne de gallina. Su paranoia se disparó de nuevo, y para controlarla dijo—: Bueno, no voy lamer nada de nadie. Busco a Frankie.

—Ese gilipollas. Está aquí, celebrando un juicio o algo así. Pero, cariño, todavía tienes que pagar la entrada.

—Por supuesto —dijo Rickenharp.

Sacó otros veinte newbux de su bolsillo pero Carmen, poniendo una mano en su brazo, dijo:

—Esto lo pagamos nosotros —y puso los veinte.

Cárter los cogió con una risita.

—Tío, a esta reina le han hecho un trabajo de laringe realmente bueno —dijo sabiendo que era una jodida chica—. ¿Todavía tocas en...?

—Se me acabó el contrato —Rickenharp cortó el tema, intentando enfrentarse a su dolor. El azul jefe había bajado de su punto álgido, y le había dejado sintiéndose como si estuviera hecho de cartulina por dentro, como si la más mínima presión pudiera hacerlo reventar. Sus músculos temblaban de vez en cuando, irritados como los pies con rozaduras de un niño nervioso. Estaba hundiéndose. Necesitaba otra dosis. Cuando estás colocado, las cosas presentan su cara amable, su lado mejor; cuando estás de bajón, las cosas muestran su aspecto más lamentable y cuando estás bajo del todo, las cosas muestran su trasero, sus aspectos más negativos. «Anótalo para una letra de canción.»

Cárter apretó el timbre que abría la puerta y la cerró en cuanto pasaron.

Dentro hacía calor y había humedad, oscuridad.

—Creo que tu azul estaba cortado con coca o meta o algo —le dijo Rickenharp a Carmen cuando se alejaban de la puerta de acceso—. Porque me estoy hundiendo más rápido de lo que debería.

—Sí, probablemente... ¿A qué se refería con eso de la meada verde?

—Resultado positivo de sida-tres, el sida que te mata en tres semanas. Pones una píldora del test en tu orina, y si la orina se vuelve verde, tienes sida. No hay cura para este nuevo sida por lo que el tipo... —se encogió de hombros.

—¿Qué coño es este sitio? —preguntó Willow.

En voz baja, Rickenharp le contestó.

—Es algo así como un baño gay pero sin baños; un lugar de encuentro para hornos. Pero la mitad de la gente que hay aquí son heteros que se quedan sin pasta en los casinos, y lo usan como lugar barato para dormir, ¿sabes?

—¿Sí?, ¿y cómo es que conoces un sitio así?

Rickenharp preguntó con una risita sarcástica:

—¿Me estás llamando homo?

Alguien, en una alcoba a oscuras a un lado, se rió.

Willow estaba discutiendo en voz baja con Yukio.

—No me gusta esto, eso es todo, los jodidos maricas pillan millones de jodidas enfermedades. Uno de esos mirones que parece un filete de buey bronceado se va a correr sobre mi pierna.

—Sólo vamos a caminar, no vamos a tocar nada —dijo Yukio—. Rickenharp sabe lo que se hace.

Y entonces Rickenharp pensó: Espero que sí. Quizás Frankie pudiera ponerlos a salvo de Zona Libre, quizás no.

Los muros eran mamparas negras. Era el negativo del laberinto del local de excitación. Había una luz roja más corriente y también el peculiar olor que generan montones de cuerpos sobre cuerpos y sus secreciones, de varios tipos de humo, lociones de afeitado, jabón barato y la inevitable peste a sudor. Y por debajo, espermicida KY, desinfectantes y semen rancio. Las mamparas terminaba a los diez pies de altura y las sombras se unían en el techo, allá arriba, a lo lejos. Era un espacio reconvertido de un almacén, que provocaba una extraña sensación doble: claustrofobia dentro de agorafobia. Pasaron las madrigueras de las citas. Caras borrosas y anónimas se giraron para ficharlos al pasar, con expresión tan fría como la de una cámara.

Los locales como éste no habían cambiado significativamente en cincuenta años. Algunos eran más mugrientos que otros. Los más mugrientos tenían las letrinas atascadas y proyectaban pornografía desenfocada de 16 milímetros con lo que se supo-

nía era su banda sonora gruñendo como un borracho desde los altavoces. Y el OmeGaity pertenecía a los más mugrientos.

Pasaron por la sala de juegos con sus billares manchados y sus averiados videojuegos. Despegándose de los muros, entre las máquinas, había pósters de hombres tan exquisitamente femeninos como insoportablemente machos, caricaturas con genitales agrandados y músculos que parecían algún tipo de órgano sexual, con caras de surfistas californianos.

Carmen se mordió el dedo para evitar reírse de ellos, maravillándose del peculiar narcisismo del lugar. Dos hombres dirigían a otro hacia un cubículo diseñado como una granja, hacia un banco de madera dentro del «establo de los caballos». Chasquidos de carne húmeda. Willow y Yukio apartaron la mirada. Carmen contempló el sexo gay con fascinación. Rickenharp pasó sin alterarse, dirigiendo el camino a través de otros nidos de medianoche; pasando al lado de hombres dormidos en bancos y sillones que se reían con desagrado, y que, somnolientos, se quitaban de encima con una palmada manos indeseadas. Y encontró a Frankie en la sala de la televisión.

La sala de la televisión era brillante, bien iluminada, los muros de un alegre amarillo. Había lámparas de motel en las mesitas, un sofá, una vulgar televisión en color conectada a un canal de rock, y una hilera de monitores de televisión en el muro. Era como emerger del submundo. Allí Frankie se sentaba en el sofá, esperando a sus clientes.

Frankie manejaba un terminal portátil que había conectado a una entrada de la red. El cliente le daba el número de su cuenta o de su tarjeta de crédito. Frankie comprobaba la cuenta, transfería los fondos a la suya (bajo el concepto de tasas por consulta) y le pasaba los paquetes.

En los monitores de vídeo de la pared se veía la sala de la orgía, una cinta porno y una cadena de televisión por satélite de la Parrilla. En este último, un locutor gimoteaba por el frustrado asesinato de Crandall, esta vez en tecnita. Rickenharp esperaba que Frankie no cayera en la cuenta y empezara a relacionar cosas. Frankie el Espejo intentaba sacar beneficio de donde fuera, y la SA siempre pagaba la información.

Frankie estaba sentado en el sofá de vinilo azul desvaído, inclinado sobre su terminal de bolsillo en la mesita de café. El cliente de Frankie era un homo «disco» con el brillo azul de un tiburón, músculos de esteroides y un kimono de karate. El tipo estaba a un lado, mirando el pequeño bolso de tela con paquetes azules que había sobre la mesita de café, mientras Frankie acababa la transacción.

Frankie era negro. Su cráneo calvo había sido pintado con cromo reflectante, por lo que su cabeza era un espejo que reflejaba las pantallas de televisión como un diminuto ojo de pez. Llevaba un traje gris a rayas de tres piezas. Uno de verdad, pero arrugado y manchado como si hubiera dormido con él puesto, o quizás follado. Apuraba un purito Nat Sherman hasta su boquilla dorada. Su ojos sintéticos bizcos tenían un rojo demoníaco. Le lanzó una risita ambigua a Rickenharp. Miró a Willow, Yukio y Carmen e hizo un gesto burlón.

—Jodidos narcos, cada día se vuelven más guapos con esos disfraces. Ahora hay cuatro de ellos aquí, uno se parece a mi amigo Rickenharp, los otros tres parecen dos refugiados y un diseñador por ordenador. Pero el japo no tiene cámara. Que se vayan.

—¿De qué va esto? —empezó Willow.

Rickenharp le hizo un gesto de no darle importancia, que significaba: *No va en serio, gilipollas.*

—Tengo que hacer dos compras —anunció y miró al comprador de Frankie. El comprador tomó su paquete y desapareció en las madrigueras—. Primera —dijo Rickenharp sacando su tarjeta de crédito de la cartera—, necesito azul jefe, tres gramos.

—Ahí tienes, colega —Frank pasó un lápiz láser sobre la tarjeta, luego tecleó pidiendo el balance de la cuenta. El terminal pidió su código privado. Frankie le pasó el terminal a Rickenharp, quien tecleó su código y luego lo borró para que no se viera. Luego tecleó la

transferencia de fondos a la cuenta de Frankie. Frankie tomó el terminal y volvió a comprobar la transferencia. El terminal mostró el nuevo balance de Rickenharp y el beneficio de Frankie—. Esto va a acabar con la mitad de tu cuenta, Harpie —dijo Frankie.

—Tengo algunos planes.

—He oído que tú y José habéis acabado.

—¿Cómo te has enterado tan rápido?

—Ponce estuvo comprando.

—Sí, bien, ahora que me he deshecho del peso muerto, mis perspectivas son incluso mejores —pero, cuando lo dijo, sintió ese peso muerto en sus tripas.

—Tu mercancía, tío —Frankie buscó en el bolso de tela y sacó tres bolsas de polvo azul, ya pesadas. Miró ligeramente divertido. A Rickenharp no le gustó su mirada. Parecía decir *Sabía que volverías, mierdecilla quejosa*.

—Que te jodan, Frankie —dijo Rickenharp cogiendo los paquetes.

—¿Por qué ese repentino brote de descontento, mi niño?

—No te importa, jodido cabrón.

La expresión autosuficiente de Frankie se multiplicó por tres. Miró interrogador a Carmen, a Yukio y a Willow.

—Hay algo más, ¿verdad?

—Sí. Tenemos un problema. Aquí mis amigos quieren irse de esta balsa. Necesitan irse por detrás, para que no les vean los gerifaltes.

—¿Qué clase de red les han echado?

—Es un grupo privado. Estarán vigilando el helipuerto. Todo lo que salga.

—Teníamos otra vía de escape —dijo de pronto Carmen—. Pero la volaron.

Yukio la calló con una mirada. Ella se encogió de hombros.

—Muuuyyy misterioso —dijo Frankie—. Pero hay unos límites de seguridad para la curiosidad. Vale. Tres de los grandes os conseguirán tres literas en mi próximo barco. Mi jefe envía un equipo a recoger un cargamento. Seguramente os puedan llevar allí. No obstante, va al este. ¿Entendéis? Ni al oeste ni al sur. Una y sólo una dirección.

—Es todo lo que necesitamos —dijo Yukio, que sonreía y asentía como si le estuviera hablando a un empleado de una agencia de viajes—. Al este, a algún lugar del Mediterráneo.

—Malta —dijo Frankie—. La isla de Malta. Es todo lo que puedo hacer.

Yukio asintió. Willow se encogió de hombros, Carmen aprobó con su silencio.

Rickenharp estaba probando la mercancía. De la nariz al cerebro, y directa a trabajar. Frankie lo miraba complacido. Frankie era un *connoisseur* de las transformaciones que las drogas producían en la gente. Observaba cómo cambiaba la expresión de la cara de Rickenharp. Miraba el salto de Rickenharp hacia el modo «aurista».

—Vamos a necesitar *cuatro* camas, Frankie —dijo Rickenharp.

Frankie enarcó las cejas.

—Mejor que te decidas cuando se te acabe esa mierda.

—Lo decidí antes de tomarla —dijo Rickenharp, sin estar seguro de si era verdad.

Carmen le estaba mirando.

La tomó del brazo y le dijo:

—¿Podemos hablar? —la sacó de la sala al oscuro pasillo. La piel de su brazo era dulcemente eléctrica bajo sus dedos—. ¿Puedes pagar el precio? —asintió.

—Tengo tarjetas falsas para eso, bueno, sólo son para nosotros. Quiero decir, para mí, Yukio y Willow. Tendría que tener autorización para llevarte. Y no puedo hacer eso.

—No os ayudaré a salir de otro modo.

—No sabes en qué te estás metiendo.

—Sí lo sé. Estoy listo para ir. Vuelvo sólo para coger la guitarra.

—La guitarra va a ser una carga allí a donde vamos. Vamos a territorio ocupado, a sacar lo que estamos buscando. Tendrías que dejar la guitarra.

Casi tembló ante la idea.

—La guardaré en una taquilla. Algún día la recuperaré —después de todo no podía tocar, sin que cada nota sonara mal a causa de todo el dolor que había sufrido hasta el momento—. Lo que pasa es que, si nos vigilaron con ese pájaro, me vieron con vosotros. Pensarán que soy parte de esto. Mira, sé lo que hacéis. La SA os busca, ¿no? Eso significa que sois...

—Vale, calla, mierda, y baja la voz. Mira, puedo entender que quizás estés fichado, por lo que saldrás también en la balsa. Está bien, vienes con nosotros a Malta. Pero luego...

—Luego me quedaré con vosotros. La SA está en todas partes. Me han fichado.

Ella respiró profundamente y suspiró dejando escapar un suave silbido entre sus dientes. Miró al suelo.

—No puedes hacerlo —lo miró de arriba abajo—. No das el tipo. Eres un jodido *artista*. El se rió.

—Lo has dicho como si fuera el insulto más bajo que se te podía ocurrir. Mira, puedo hacerlo y lo haré. Mi grupo está muerto. Necesito... —se encogió de hombros, desesperanzado. Luego se enderezó y se quitó las gafas de sol, mirándola a los ojos desde la oscuridad—. Y si me dejas solo te daré tal tunda que tu culo parecerá mantequilla.

Ella le dio un golpe fuerte en el hombro. Le dolió pero ella estaba sonriendo.

—¿Crees que esta clase de conversación me pone cachonda? Bueno, pues sí. Pero no te vas a meter en mis bragas sólo por eso. Y eso de venir con nosotros, ¿qué te crees que es? Tú has visto muchas películas.

—La SA me ha fichado. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Esa no es una buena razón para... formar parte de esto. Debes creer realmente en ello, porque es *duro*. No es una especie de espectáculo para famosos.

—Dios. Dame un respiro. Sé lo que me hago.

Esto último era una tontería. Estaba acabado, quemado, y pensó: «Siento que mi computador está sufriendo un cortocircuito. Tocios sus componentes se están fundiendo. Mierda, pues que se fundan».

Ella se rió, y mirándole dijo:

—Vale.

Y a partir de entonces todo fue diferente.

## STONE VIVE Paul di Filippo

Paul di Filippo es un escritor que ha empezado a publicar recientemente, por lo que el conjunto de su obra todavía es pequeño. Aun así, su trabajo va atrayendo la atención por su ambiciosa perspectiva y por su imaginación extravagantemente visionaria.

El siguiente relato, que apareció en 1985, fue su tercera obra publicada. Su incursión en la «transformación» —el cambio radical de la sociedad y el impacto de las nuevas tecnologías— ha demostrado su firme puesto en la dinámica ciberpunk. Vive en Providence, Rhode Island.

Los olores hierven en la Oficina de Inmigración como en una hedionda sopa. El sudor de hombres y mujeres desesperados, la putrefacción de la basura esparcida llenando la calle, el perfume especioso que despide uno de los guardias en la puerta principal. La mezcla es mareante, tanto que tumbaría a casi todos los nacidos fuera de la Chapuza<sup>1</sup>, pero Stone está acostumbrado. Los olores permanentes constituyen la única atmósfera

que haya conocido nunca, un elemento nativo demasiado familiar como para despreciarlo.

El ruido aumenta, rivalizando con el hedor: desabridos gritos de pelea, voces llorosas de súplica.

—¡No me times, cabrón de mierda!

—Cariño, te trataré muy bien si me das un poco de eso.

Cerca de la puerta de Inmigración, una voz sintética recita las ofertas de trabajo del día, repitiendo sin descanso la lista de despreciables posibilidades.

—... para probar las nuevas toxinas del aerosol antipersonal. Contratos de 4M que proporcionarán a los supervivientes un rejuvenecimiento Citrine. MacDonnell Douglas necesita pioneros para órbitas altas. Deben estar dispuestos a ser marcados...

Nadie parecía ansioso por apresurarse a pedir semejantes trabajos. Ninguna voz suplica a los guardias para que le dejen entrar. Sólo aquellos que hubiesen contraído increíbles deudas o enemistades dentro de la Chapuza aceptarían tales oportunidades con la asignación 10 en la escala; las sobras podridas de Inmigración. Stone sabe con seguridad que no quiere aceptar esas proposiciones amañadas. Como los demás, está en Inmigración simplemente porque le proporciona un punto focal, un punto de reunión tan vital como el pozo de Serengueti, donde se pueden llevar a cabo las discusiones tortuosas y los burdos tratos, que pasan por ser los negocios en el ZLE del Bronx sur, también conocido como la Jungla del Bronx o la Chapuza.

El calor aplasta a la ruidosa multitud, haciéndola más irritable que de costumbre; una situación peligrosa. La hiperalerta se agarra a la garganta de Stone. Coge el usado recipiente de plástico rayado de su cadera, y traga algo de agua rancia. «Rancia pero segura», piensa, disfrutando del secreto que sólo él posee. Fue pura suerte que se topara con una lenta filtración en la tubería del inter-ZLE, allá abajo, en la valla del río que cerca la Chapuza. Oisqueó el agua limpia como un perro, a distancia, y pasando las manos por varios metros de helada tubería, encontró la gotera. Ahora conserva toda suerte de indicios memorizados para su exacta localización.

Pasando entre la multitud con sus descalzos y callosos pies (¡es sorprendente la información que se puede recoger gracias a las plantas de los pies para mantener cuerpo y alma intactas!),

<sup>1</sup> En inglés *Bungle*, aproximación irónica hacia *Jungle*, la «jungla» de asfalto por excelencia que es Nueva York, y más en concreto el barrio del Bronx, donde está situada la acción. (*N. de los T.*)

Stone busca retazos de información que le permitan sobrevivir un día más en la Chapuza. La supervivencia es su mayor, su única preocupación. Si a Stone le queda algo de orgullo, después de soportar todo lo que ha soportado, es el orgullo de haber sobrevivido.

Una voz chillona afirma:

—Les pegué con ritmo, tío, y ése fue el final de esa pelea. Treinta segundos más tarde, los tres estaban muertos —un oyente silba con admiración. Stone imagina que es capaz de algo así como pegar con ritmo y que puede vender este talento con un enorme beneficio, el cual emplea para conseguir un sitio seco y seguro donde dormir, y aún le queda bastante como para llenar sus casi siempre vacías tripas. Pero no es ni remotamente posible, aunque es, sin embargo, un bello sueño.

Pensar en la comida hace que le crujan las tripas. Bajo el basto y acartonado trapo que le cubre el diafragma, descansa su mano derecha, donde siente una aguda punzada de dolor, que indica un corte infectado. Stone asume la infección. Aunque no hay forma de estar seguro hasta que comience a heder.

El avance de Stone entre la confusión de voces y la masa de cuerpos le ha llevado bastante cerca de la entrada de Inmigración. Advierte un espacio libre entre la masa y los guardias, un semicírculo de respeto y miedo con su lado recto en el muro del edificio. El

respeto es generado por el estatus de empleado de los guardias, y el miedo, por sus armas. Alguien, un tipo con poca formación, que fue arrestado y trasladado, le describió a Stone las pistolas; largos y anchos tubos con una protuberancia en medio donde se encuentran los imanes móviles. Cargadores y culatas de plástico. Emiten chorros cargados de electrones energizados a la velocidad de la relatividad. Si el doble chorro te toca, la energía cinética proyectada te revienta como una salchicha aplastada. Si, por casualidad, el chorro de partículas no te toca, el subsiguiente foco de rayos gamma te produce una enfermedad por radiación, mortal en pocas horas.

De aquella explicación, que Stone recuerda palabra por palabra, sólo entiende la descripción de una muerte horrible. Y eso le basta.

Stone se detiene un momento. Una voz familiar, la de Mary, una vendedora de ratas, está hablando con tono conspiratorio sobre el nuevo envío de ropas de caridad. Stone deduce que su posición ha de encontrarse en el corro más interior de la multitud. Ella baja la voz. Stone no puede entender sus palabras, que seguro merece la pena escuchar. Se dirige hacia allí, aunque con miedo a quedar atrapado dentro del montón de gente.

Un silencio de muerte. Nadie habla ni se mueve. Stone siente una corriente de aire saliendo de entre los guardias. Alguien ha aparecido en la puerta.

—Tú —dice una refinada voz de mujer—. El joven sin zapatos con... —su voz duda mientras intenta adivinar el color que se esconde bajo la suciedad— el mono rojo. Ven aquí, por favor. Quiero hablarte.

Stone no sabe si se refiere a él (¿rojo?) hasta que siente todos los ojos mirándole. De pronto salta, se desvía y amaga, pero es demasiado tarde. Docenas de ansiosas garras lo atrapan. Se agacha. Se rasga el tejido podrido, pero las manos lo agarran de nuevo, esta vez de la piel. Muerde, patalea, golpea, sin ningún efecto. Durante la pelea no hace ruido alguno. Finalmente es arrastrado hacia delante, luchando todavía, más allá de la invisible línea que marca otro mundo, al igual que lo señala la infranqueable valla entre la Chapuza y los otros veintidós ZLEs.

Un aroma a canela lo envuelve. Un guardia presiona con algo frío y metálico su nuca. De pronto, todas sus células parecen arder al mismo tiempo, se desvanece...

Stone, ya despierto, advierte la ubicación y el tamaño de tres personas gracias al aire que desplazan, a sus olores, a sus voces, y a un sutil componente que él siempre ha denominado el «sentido de vivir».

Tras él hay un hombre grueso que respira penosamente, sin duda por la peste de Stone. Ése ha de ser el guardia.

A su izquierda hay una persona más pequeña, ¿la mujer? Huele como a flores (una vez Stone olió una flor).

Delante de él, tras un escritorio, un hombre sentado. Stone no siente los efectos secundarios del dispositivo que usaron con él, a no ser la total desorientación que le embarga. No tiene ni idea de por qué ha sido secuestrado y sólo desea que lo devuelvan a los peligros conocidos de la Chapuza.

Pero sabe que no le van a dejar.

La mujer habla, su voz es la más dulce que Stone haya escuchado nunca.

—Este hombre te hará dos preguntas. Una vez que las hayas contestado, yo te haré otra. ¿De acuerdo?

Stone asiente, cree que es su única elección.

—¿Nombre? —pregunta el oficial de inmigración.

—Stone.

—¿Nada más?

—Es el único por el que me conocen —entonces recuerda el insoportable dolor, al rojo vivo, cuando le sacaron los ojos siendo un pilluelo porque los vio descuartizar un cadáver. Pero no gritó, ¡oh, no!, y de ahí «Stone».

—¿Lugar de nacimiento?

—Ese montón de mierda de ahí fuera.

—¿Padres?

—¿Qué es eso?

—¿Edad?

Un encogimiento de hombros.

—Eso puede arreglarse luego con un análisis celular. Supongo que tenemos suficiente para emitir tu tarjeta. Estáte quieto un momento.

Stone siente como si lápices calientes le recorrieran la cara; segundos después escucha un gruñido desde el escritorio.

—Esta es la certificación de tu ciudadanía y del acceso al sistema. No la pierdas.

Stone adelanta la mano en dirección a la voz y recibe un rectángulo de plástico. Va a meterlo en un bolsillo, pero todos están desgarrados por la pelea, así que continúa sosteniendo el plástico de forma extraña, como si fuera un lingote de oro a punto de pulverizarse.

—Ahora mi pregunta —la voz de la mujer es como el recuerdo distante que Stone tiene del amor—. ¿Quieres un trabajo?

El sensor de alarma de Stone se ha disparado. ¿Un trabajo que no pueden ni siquiera anunciar en público? Debe de ser tan rematadamente malo que estará fuera de la escala normal de las corporaciones.

—No, gracias, señorita. Mi vida no es gran cosa, pero es todo lo que tengo —y se gira para marcharse.

—Aunque no puedo darte detalles antes de que aceptes, ahora mismo te pondremos en un contrato que dice que es un trabajo clase uno.

Stone se para en seco. Tiene que ser una broma de mal gusto. Pero ¿y qué pasaría si es verdad?

—¿Un contrato?

—¡Oficial! —ordena la mujer.

Una tecla es pulsada y el escritorio recita un contrato. Para los desentrenados oídos de Stone suena como algo auténtico y sin trampas. Un trabajo clase uno por un período sin especificar, con la posibilidad de rescindirlo por ambas partes; la descripción del trabajo se añadirá más adelante.

Stone duda sólo unos segundos. Los recuerdos de todas las noches llenas de temor y los días llenos de dolor en la Chapuza pasan como en un enjambre por su cabeza, junto al evidente y básico placer de haber sobrevivido. Por un momento siente una irracional pena por dejar atrás el secreto de la fuga de agua que tan astutamente encontró, pero desaparece enseguida.

—Imagino que quiere el sí hoy mismo —dice Stone, ofreciendo su tarjeta recién adquirida.

—Creo que sí —dice riendo la mujer.

El silencioso coche insonorizado se mueve por las calles bulliciosas. A pesar de la falta de ruido del exterior, los comentarios del chófer sobre el tráfico y las frecuentes paradas son suficientes para transmitirle la sensación de la vitalidad de la ciudad en torno a ellos.

—¿Dónde estamos ahora? —pregunta Stone por décima vez. Además de querer informarse le encanta escuchar cómo habla la mujer. Su voz, piensa, es como una lluvia fresca cuando estás a salvo, guarecido.

—Madison Park ZLE, estamos cruzando la ciudad.

Stone asiente agradecido. Ella muy bien podría haber dicho: «En órbita, acelerando hacia la Luna», dada su confusa imagen mental.

Antes de dejar salir a Stone, en Inmigración le hicieron varias cosas: le depilaron todo el cuerpo, le fumigaron, le hicieron ducharse durante diez minutos con un jabón abrasivo medio, lo desinfectaron, le hicieron varias pruebas de resultado instantáneo, le pusieron

seis jeringuillas, y le dieron ropa interior limpia, ropa de calle y zapatos (¡zapatos!).

Su nuevo olor corporal le resulta tan extraño que hace que el perfume de la mujer le parezca aún más atractivo. En los cercanos confines del asiento de atrás, Stone nada en él. Finalmente, no puede contenerse más.

—Eh, ese perfume, ¿qué marca es?

—Lirio del valle.

La meliflua frase hace que Stone se sienta como si viviera en otro siglo más amable. Se jura que siempre lo recordará. Y así será.

—¡Eh! —dice consternado—. Ni siquiera conozco tu nombre.

—June, June Tanhauser.

June Stone. June y Stone y los lirios del valle. June en junio con Stone en el valle de los lirios. Es como una canción en su cabeza que no se detiene.

—¿Adonde vamos? —pregunta por encima de la silenciosa canción en su cabeza.

—A ver al médico —dice June.

—Creí que ya se habían ocupado de eso.

—Este hombre es un especialista. Un especialista en ojos.

Este es el golpe final, más fuerte que la mayoría de los que ha recibido, el que incluso acaba con la alegre canción en su cabeza.

Se sienta tenso hasta el final del viaje, sin poder pensar...

—Este es un modelo a tamaño real de lo que vamos a implantarte —dice el doctor, poniendo una fría bola en la mano de Stone. Stone la aprieta con incredulidad—. El núcleo de este sistema es un DDC, un Dispositivo de Doble Carga. Cada fragmento de luz, o sea los fotones que lo alcanzan desencadenan a su vez electrones. Estos electrones se recogen en una señal continua que pasa desde un chip intérprete hasta tus nervios ópticos. El resultado: una vista perfecta.

Stone aprieta tan fuerte el modelo que la palma de su mano le duele.

—Estéticamente, es un poco extraño. En un hombre joven como usted, recomendaría implantes orgánicos. Sin embargo, tengo órdenes de la persona que paga la factura de que sean éstos. Y, por supuesto, tienen varias ventajas.

Como Stone no pregunta cuáles son, el doctor continúa sin más.

—Al pensar en varias claves memorizadas, usted programa el chip, y de este modo puede realizar una serie de funciones.

»Uno: se pueden almacenar copias digitalizadas de una escena concreta en la RAM del chip para verla luego. Cuando se reinvoca con una clave, parece como si se estuviera viendo de nuevo, directamente, no importa lo que de hecho se esté mirando en ese momento. La recurrencia en tiempo real es otra de sus claves.

»Dos: reduciendo el nivel de fotones a electrones se pueden hacer cosas como mirar directamente al sol o a una llama de soldadura sin daño alguno.

»Tres: subiendo el nivel, se puede conseguir un grado aceptable de visión normal en condiciones tales como una noche estrellada y sin luna.

»Cuatro: con el objeto de potenciar algunas características, se pueden generar imágenes con colores falsos. En la mente, el negro se vuelve blanco o tus viejas gafas se colorean de rosa, lo que sea.

»Y piense en el alcance de todo esto.

—¿Cuánto tiempo necesitará, doctor?

El doctor adopta un tono académico, claramente ansioso por mostrar su capacitación profesional.

—Un día para la operación en sí, dos días para una recuperación acelerada, una semana de entrenamiento y para las curas posteriores; digamos, dos semanas máximo.

—Muy bien —dice June. Stone siente cómo se levanta del sofá detrás de él, pero permanece sentado—. Stone —dice ella, poniendo una mano sobre su hombro—, hora de irse.

Pero Stone no consigue levantarse, porque no puede contener las lágrimas.

Los desfiladeros de metal y cristal de Nueva York, esa orgullosa y floreciente unión de las Zonas de Libre Empresa, muestran una docena de matices de frío azul perdiéndose hacia el norte. Las calles que corren con geométrica precisión, como ríos distantes en el fondo de los desfiladeros, se ven con el color rojo de una arteria. De oeste a este, se ven pedazos del río Hudson y del río East, visibles como corrientes de color verde lima. Central Park es un muro de amarillo girasol en medio de la isla. Al norte del parque, la Chapuza es una tierra baldía y negra.

Stone saborea el paisaje. La vista de cualquier cosa, incluso los borrones más neblinosos, eran un tesoro hasta hacía unos pocos días. Y lo que realmente se le ha dado, esa maravillosa capacidad de convertir el mundo cotidiano en un mundo recamado de fantasía, es demasiado como para creérselo.

Momentáneamente insensibilizado, Stone ordena a su vista volver a la normalidad. La ciudad vuelve instantáneamente a su color de gris acerado, el cielo a su azul, los árboles a su verde. Aun así, el panorama es magnífico.

Stone permanece frente a un ventanal, en el piso 150 de la Torre Citrine, en la ZLE de Wall Street. Durante las dos últimas semanas, éste ha sido su hogar, del cual no se ha movido. Sus únicas visitas han sido una enfermera, un ciberterapeuta y June. El aislamiento y la relativa ausencia de contacto humano no le molestan. Tras la Chapuza, semejante quietud es una bendición. Y luego, por supuesto, ha estado atrapado en la sensual tela de araña de su vista.

La primera cosa que vio al caminar tras la operación fue el tono glorioso de sus exploraciones visuales. La sonriente cara de una mujer mirándole desde arriba. Su piel era de un translúcido color ocre, sus ojos de un radiante castaño, su pelo una abundante cascada enmarcando su cara.

—¿Cómo te sientes? —preguntó June.

—Bien —dijo Stone. Entonces pronunció una expresión para la que nunca antes había encontrado utilidad—. Gracias.

June negó negligentemente con su fina mano.

—No me lo agradezcas. Yo no lo he pagado.

Y fue entonces cuando Stone supo que June no era su jefe, sino que ella trabajaba para otra persona. Y aunque ella no le dijo a quién se lo debía, pronto lo descubrió, cuando lo trasladaron del hospital al edificio que llevaba su nombre.

Alice Citrine. Incluso Stone la conocía.

De espaldas a las ventanas, Stone avanza por la gruesa moqueta color crema de su habitación. (¡Qué extraño poder moverse con esa seguridad, sin pararse y tantear!) Ha pasado más o menos quince días practicando asiduamente con sus nuevos ojos. Todo lo que el doctor le prometió era cierto; el milagro de la vista lo ha transportado a nuevas dimensiones. Todo es intrigante. Y el lujo de su situación es innegable. Todo tipo de comidas que pida (aunque él se hubiera conformado con «frack», porciones de plancton procesado), música, holovisión, y lo máspreciado, la compañía de June. Pero, repentinamente, hoy se encuentra un poco irritado. ¿Dónde y para qué tipo de trabajo le han contratado? ¿Por qué no se ha visto todavía cara a cara con quien le contrató? Comienza a preguntarse si todo esto no será algún tipo de superelaborada jugarreta.

Stone se detiene ante un espejo de cuerpo entero que hay en la puerta del vestidor. Los espejos conservan aún el poder de fascinarle poderosamente. Ese duplicado completamente obediente, imitándole a uno en todos sus movimientos, sin otra voluntad que la de uno mismo. Y el mundo reflejado del fondo, inalcanzable y silencioso. Durante sus primeros años en la Chapuza, cuando todavía tenía ojos, Stone nunca vio su reflejo, excepto en charcos o ventanas rotas. Ahora se enfrenta a un immaculado extraño en el espejo, buscando indicios en sus rasgos que le muestren la personalidad esencial que

hay debajo.

Stone es bajo y esquelético, las señales de desnutrición resultan evidentes con su estatura. Pero sus extremidades están derechas y sus magros músculos son duros. Su piel, donde es visible, bajo la ropa negra de una pieza y sin mangas, está curtida por el aire libre y llena de cicatrices. Zapatillas de plyoskin cubren sus pies, pero son casi tan buenas como ir descalzo.

Su cara: planos entrecruzados, como los extraños cuadros de su dormitorio (¿mencionó June a Picasso?). Mandíbula afilada, nariz estrecha, una mata de pelo rubio en el cráneo. Y sus ojos, inhumanos, dos hemisferios afacetados de un negro siniestro. «Pero, ¡por favor!, ya no me los quiten. Haré lo que quieran.»

Detrás de él la puerta de entrada a la suite se abre ahora. Es June. Sin hacerlo conscientemente, la impaciencia de Stone se derrama en sus palabras, que al principio se amontonan sobre las de June, para más tarde acabar ambos la frase diciendo simultáneamente las mismas palabras.

—Quiero ver...

—Vamos a visitar...

—¡A Alice Citrine!

Cincuenta pisos por encima de la suite de Stone, la vista de la ciudad es aún más espectacular. Stone sabe por June que la Torre Citrine se levanta sobre una tierra que ni siquiera existía hace un siglo. La presión de la ciudad por crecer motivó el amplio relleno del río East, al sur del Puente de Brooklyn. En un sector de este solar artificial, se construyó la Torre Citrine, en los Oughts, durante el período de expansión que siguió a la Segunda Convención Constitucional.

Stone aumenta la potencia fotón—electrón de sus ojos, y el río East se convierte en una sábana de fuego blanco.

Una distracción momentánea para tranquilizar sus nervios.

—Quédate aquí conmigo —dice June, señalando un objetivo un poco más allá de la puerta del ascensor, a pocos metros de otra entrada.

Stone obedece. Imagina que puede sentir los rayos de identificación sobre él, aunque es probable que esto se deba a la cercanía de June, cuyos codos tocan los suyos. Su perfume llena sus fosas nasales y desea fervientemente que los nuevos ojos no hayan embotado sus otros sentidos.

Silenciosamente, la puerta se abre ante ellos.

June le guía hacia el interior.

Alice Citrine aguarda allí.

La mujer se sienta en una silla de ruedas con motor, de espaldas a una hilera de monitores dispuestos en forma de herradura. Su corto pelo es del color amarillento del maíz, su piel sin arrugas, aunque Stone intuye, con la misma capacidad que tenía de ciego para sentir emociones, que ella es muy anciana. Estudia su perfil aquilino, que de alguna manera le resulta conocido, como la cara que una vez soñada se hace familiar.

Ella se gira, mostrándole sus rasgos por completo. June lo ha llevado a un metro de distancia de la reluciente consola.

—Encantada de verle, señor Stone —dice Citrine—. Espero que esté cómodo y que no tenga quejas.

—Sí —dice Stone, intentando expresarle su agradecimiento, como se supone debe hacer, pero no puede encontrar las palabras de lo desconcertado que se encuentra. En vez de eso, dice tentativamente—: Mi trabajo...

—Naturalmente, siente curiosidad —dice Citrine—. Pensará que debe de ser algo clandestino u odioso, o mortal. ¿Qué otra cosa requeriría reclutar a alguien de la Chapuza? Bueno, déjeme al menos satisfacer su curiosidad. Su trabajo, señor Stone, es estudiar.

Stone se queda perplejo.

—¿Estudiar?

—Sí, estudiar. Conoce el significado de la palabra, ¿no? ¿O he cometido un error? Estudiar, aprender, investigar, y siempre que crea que ha entendido algo, escribirme un informe.

La sorpresa de Stone ha pasado del pasmo a la incredulidad.

—Ni siquiera sé leer o escribir —dice—, y además, ¿qué puñetas se supone que debo estudiar?

—Su área de estudio, señor Stone, es nuestro mundo contemporáneo. He jugado un importante papel en hacer del mundo lo que es ahora. Y ahora, cuando alcanzo el final de mi vida, me siento cada vez más preocupada por saber si lo que he construido es bueno o malo. Ya tengo montañas de informes de expertos, tanto negativos como positivos. Pero lo que quiero ahora es la visión fresca de uno de los subhabitantes. Todo lo que pido es honestidad y precisión.

»Y acerca de leer o escribir, esas anticuadas técnicas de mi juventud, June le ayudará a aprenderlas, si lo desea. Pero tenemos máquinas para que le lean y para que transcriban su habla. Puede empezar ya.

Stone intenta asimilar la absurda proposición. Parece muy caprichosa, una tapadera para operaciones más ocultas y oscuras. Pero ¿qué otra cosa puede hacer excepto decir sí?

Acepta.

Una pequeña sonrisa asoma en los labios de la mujer.

—Estupendo. Entonces nuestra charla ha terminado. Oh, una última cosa. Si necesita hacer trabajo de campo, June deberá acompañarle. Pero no mencionará mi apoyo a nadie. No necesito sicofantes.

Las condiciones son sencillas, especialmente teniendo a June siempre a su lado, y Stone acepta asintiendo.

Citrine les vuelve la espalda. Entonces Stone se queda desconcertado de lo que ve, casi creyendo que sus ojos son defectuosos.

Agarrado al amplio respaldo de la silla, hay un animal pequeño, que parece un lémur o tití. Sus grandes y luminosos ojos les miran con inteligencia, su larga cola se arquea en espiral sobre su espalda.

—Su mascota —susurra June, y apremia a Stone para que salga.

La tarea es demasiado amplia, demasiado compleja. Stone cree que es un loco por haberla aceptado.

Pero ¿qué otra cosa podía hacer si quería quedarse con los ojos?

La limitada y agobiante vida en la Chapuza no le ha preparado adecuadamente para imaginar el multiforme, extravagante y palpitante mundo al que lo han trasladado (al menos eso es lo que siente al principio). Metafórica y materialmente mantenido en la oscuridad durante tanto tiempo, encuentra el mundo fuera de la Torre Citrine un lugar confuso.

Hay centenares, miles de cosas de las que nunca ha oído hablar; gentes, ciudades, objetos, sucesos. Hay áreas de especialidades cuyos nombres apenas puede pronunciar: aerología, caoticismo, modelado fractal, paraneurología. Y por no mencionar la historia, ese pozo sin fondo en el cual el momento presente no es más que un burbujeo en su superficie. Stone sufre un shock todavía mayor con el descubrimiento de la historia. No puede recordar haber pensado alguna vez que la vida pudiera extenderse hacia atrás y hacia delante, más allá de la época en la que había nacido. La revelación de la existencia de décadas, siglos y milenios casi lo precipita en un abismo mental. ¿Cómo puede uno comprender el presente sin saber lo que ha pasado antes?

Persistir es desesperanzarse, suicida, una locura.

Pero Stone persiste.

Se encierra en sí mismo con su mágica ventana abierta al mundo, un terminal que se conecta con el ordenador central de la Torre Citrine, el cual es una vasta e ininteligible colmena de actividad. A través de esa máquina se conecta al resto del mundo. Durante horas interminables, imágenes y palabras relampaguean ante él, como cuchillos lanzados por un artista de circo, cuchillos que él, como un tonto pero leal asistente, debe esquivar para sobrevivir.

La memoria de Stone es excelente, entrenada en una cruel escuela, y asimila rápidamente. Pero cada sendero que sigue tiene una desviación a los pocos pasos, y cada desviación se abre hacia muchos lugares, y de todas esas ramas terciarias nacen aún otras nuevas, no menos ricas que las principales...

En cierta ocasión, Stone por poco muere ahogado, cuando una banda lo dejó inconsciente en un desagüe y comenzó a llover. Ahora tiene esa misma sensación.

Todos los días June le trae regularmente tres comidas. Cada noche, cuando está tumbado en la cama, vuelve a reproducir imágenes grabadas de ella para poder dormirse. June agachándose, sentándose, riendo, sus ojos asiáticos brillando. Las sutiles curvas de sus pechos y caderas. Pero la fiebre por conocer es más fuerte, y tiende a ignorarla según pasan los días.

Un mediodía, Stone descubre una píldora en la bandeja del almuerzo. Pregunta a June por sus efectos.

—Es menotrofina, ayuda a almacenar los recuerdos de larga duración —contesta ella—. Pensé que te ayudaría.

Stone la traga ansioso y vuelve a la zumbante pantalla.

Cada día encuentra una píldora en el almuerzo. Su mente parece aumentar de volumen en cuanto la toma. El efecto es poderoso, le hace imaginar que puede digerir el mundo entero. Pero, aun así, cada noche, cuando finalmente se fuerza a dejarlo, siente que no ha hecho suficiente.

Las semanas pasan. No ha preparado aún ni un simple comentario para Alice Citrine. ¿Qué sabe? Nada. ¿Cómo puede emitir un juicio sobre el mundo? Eso sería orgullo, locura.

¿Cuánto esperará ella para darle una patada en el culo y echarlo a la fría calle?

Stone apoya su cabeza entre las manos. Ante él, la burlona máquina le atormenta con una diarrea constante de hechos sin sentido.

Una mano se posa suavemente en su hombro tembloroso. Stone se embriaga del suave perfume de June.

De un manotazo Stone arranca el cable de alimentación del terminal, con tanta fuerza que le duele la mano. Bendito silencio. Mira arriba, hacia June.

—No soy nada bueno en esto. ¿Por qué me eligió? No sé siquiera por dónde empezar.

June se sienta a su lado, en un cojín.

—Stone, no he dicho nada porque se supone que no debo dirigirte. Pero compartir un poco de mi experiencia no supondrá una interferencia. Debes limitar tu campo. El mundo es demasiado grande. Alice no espera que lo comprendas totalmente, que lo destiles en una obra maestra de concisión y sentido.

«Después de todo, el mundo no se presta a tal sumario. Creo que, inconscientemente, ya sabes lo que ella quiere. Te dio una pista cuando hablaste con ella.

Stone recuerda ese día, reproduce el fichero que hizo de la adusta mujer. Sus rasgos se superponen a los de June. La señal visual arrastra una frase.

—... si lo que he construido es bueno o malo.

De pronto, es como si los ojos de Stone se hubieran sobrecargado. Entonces, la comprensión le inunda con alivio. Desde luego, esa vanidosa y poderosa mujer ve su vida como el tema dominante de la era moderna, un radiante hilo que pasa a través del tiempo, uniendo las cosas y los momentos críticos, como cuentas de un collar. Qué sencillo es entender una sola vida humana en vez de la de todo el mundo (o así lo cree en ese

momento) Piensa que es lo máximo que puede hacer; cartografiar la historia personal de Citrine, las ramificaciones de su larga carrera, las ondas que se forman desde su trono. ¿Quién sabe?, incluso podría constituir un arquetipo.

Stone, jubiloso, abraza a June, emitiendo un grito inarticulado. Ella no se resiste a su abrazo, y caen en el sofá.

Sus labios son cálidos y complacientes bajo los suyos. Sus pezones parecen arder bajo su camisa y contra su pecho. Su pierna izquierda queda atrapada entre los muslos de ella.

Pero, de pronto, la rechaza. Se ha visto demasiado vividamente a sí mismo, basura arrojada por las cloacas de la ciudad, con unos ojos que ni siquiera son humanos.

—No —dice amargamente—. No me puedes querer.

—Calla —dice ella—. Calla —sus manos acarician su cara, besa su cuello, sus huesos se derriten y cae sobre ella de nuevo, demasiado hambriento para detenerse.

—Para ser tan listo, eres muy tonto —murmura ella al acabar—. Igual que Alice.

Pero él no entiende lo que le está diciendo.

La azotea de Torre Citrine es una pista de aterrizaje para los «carruajes», vehículos suborbitales de las compañías y los ejecutivos. Stone cree que ha aprendido todo lo que puede saber sobre Alice Citrine encerrado en la Torre. Ahora necesita la solidez y la experiencia de los lugares reales, para juzgarla a través de ellos.

Pero antes de que puedan viajar, June le dice a Stone que deben hablar con Jerrod Scarfe.

Los tres se reúnen en su pequeña sala de espera, de paredes corrugadas pintadas de blanco mate, y con sillas de plástico.

Scarfe es el jefe de seguridad de Tecnologías Citrine. Un tipo cuadrado, nudoso, que exhibe una expresión facial mínima. A Stone le parece alguien extraordinariamente competente, de los pies, con sus botas, a la cabeza, rapada y tatuada. En su pecho lleva el emblema de TC, una espiral roja con una punta de flecha en un extremo apuntando hacia arriba.

June saluda a Scarfe con cierta familiaridad y pregunta:

—¿Estarnos autorizados?

Scarfe agita en el aire una fina hoja de papel.

—Su plan de vuelo es demasiado largo. Por ejemplo, ¿es necesario que visiten un lugar como Ciudad de México con el señor Stone a bordo?

A Stone le intriga el interés de Scarfe por él, un extraño sin importancia. June percibe la extrañeza de Stone y le explica:

—Jerrod es uno de los pocos que sabe que tú representas a la señora Citrino. Naturalmente, le preocupa que, si nos metemos en líos, las consecuencias afecten a Tecnologías Citrine.

—No busco problemas, señor Scarfe, sólo quiero hacer mi trabajo.

Scarfe observa a Stone con tanta fijeza como los dispositivos exteriores del santuario de Citrine. El resultado favorable del examen se hace notar, finalmente, con un leve gruñido y con el anuncio:

—Su piloto les está esperando. Adelante.

Más arriba, sobre la tierra que le sostiene a uno, donde nunca ha estado Stone, pone su mano derecha sobre la rodilla izquierda de June, sintiéndose loco, rico y libre, rumiando la vida de Alice Citrine y el sentido que va comienza a encontrarle.

Alice Citrine tiene 159 años. Cuando nació, América todavía era un conjunto de Estados, antes de las ZLE y las ARCADIAS. El hombre apenas había comenzado a volar. Cuando llegó a los sesenta, dirigía una firma llamada Biótica Citrine. Ésa fue la época de las Guerras Comerciales, guerras tan mortales y decisivas como las militares, pero peleadas con tarifas y planes quinquenales, cadenas de montaje automáticas y produc-

ción de sistemas expertos de quinta generación. También fue la época de la Segunda Convención Constitucional, que reconstruyó América para la economía de guerra.

Durante esos años, el país se dividió entre las Zonas de Libre Empresa, regiones urbanas de alta tecnología, donde las leyes eran impuestas por las corporaciones, y cuyo único objetivo eran los beneficios y el poder, y las Áreas de Restringido Control, enclaves principalmente rurales, agrícolas, donde los antiguos valores se mantenían estrictamente. Biótica Citrine refinó y perfeccionó el trabajo de investigadores propios y ajenos en el campo de los chips de carbono; ensamblajes microbiológicos, unidades de reparación programadas en la sangre. El producto final, comercializado por Citrine, sólo para aquellos que podían permitírselo, producía un rejuvenecimiento casi total, la reparación de las células o, simplemente, su recambio.

En seis años, Biótica Citrine se puso a la cabeza de la lista de Fortune 500.

Para entonces ya era Tecnologías Citrine.

Y Alice Citrine se sentaba en su cumbre.

Pero no para siempre.

La entropía no puede ser burlada. La degradación de la información del ADN que aparece con la edad no es totalmente reversible. Los errores se acumulan a pesar del duro trabajo de los chips de carbono, y el cuerpo, obedientemente, acaba por abandonar.

Alice Citrine está cerca del teórico final de su nueva vida prolongada. A pesar de su aspecto juvenil, algún día un órgano vital fallará como resultado de millones de transcripciones erróneas.

Necesita de Stone, de todo el mundo, para justificar su existencia.

Stone aprieta la rodilla de June y experimenta la sensación de ser alguien importante. Por primera vez en su triste y sucia vida, va a hacer algo. Sus palabras, sus percepciones, *importan*. Está decidido a hacer un buen trabajo, a decir la verdad tal y como la percibe.

—June —dice Stone con énfasis—. Tengo que verlo todo —ella sonríe.

—Lo harás Stone. Seguro que lo harás.

Y el carruaje desciende en Ciudad de México, que ya tiene una población de 35 millones y que el año pasado entró en crisis. Tecnologías Citrine está aportando su ayuda para aliviarla, operando desde sus centros de Houston y Dallas. Stone sospecha de los motivos detrás de esta campaña. ¿Por qué no se anticiparon al colapso? ¿Podría tratarse de que lo único que les importe sea la marea de refugiados que cruza la frontera? Sea cual sea la razón, sin embargo, Stone no puede negar que los trabajadores de TC son una fuerza para el bien, atendiendo a los enfermos y hambrientos, restableciendo la energía eléctrica y las comunicaciones, asistiendo al (¿actuando como?) gobierno de la ciudad. Sube al carruaje y su cabeza da vueltas, y al momento se encuentra...

... en la Antártida, donde él y June son trasladados desde las cúpulas de TC a un barco de procesamiento de plancton, fuente de gran parte de la proteínas del mundo. June encuentra desagradable el hedor del compuesto, pero Stone respira profundamente, exultante por encontrarse a bordo, en esas extrañas y heladas latitudes, observando el trabajo de aquellos hábiles hombres y mujeres. June se alegra de estar otra vez volando y después...

... a Pekín, donde los especialistas de heurística de TC están trabajando en la primera inteligencia artificial orgánica. Stone escucha divertido el debate acerca de si la IAO debería llamarse K'ung Fu-tzu o Mao.

La semana es un torbellino caleidoscópico de impresiones. Stone se siente como una esponja, empapándose de paisajes y sonidos largamente negados. En cierto momento se encuentra abandonando un restaurante con June, en una ciudad cuyo nombre ha olvidado. En su mano está su tarjeta de identificación, con la que acaba de pagar la comida. Un holorretrato aparece sobre su palma. Su cara aparece cadavérica, sucia, con las dos cicatrices de sus cuencas vacías en vez de ojos. Stone recuerda cuando los

cálidos dedos de láser crearon su holo en la Oficina de Inmigración. ¿Así era realmente él? El vital acontecimiento de aquel día parece pertenecer a la vida de otra persona. Mete su tarjeta en el bolsillo, dudando de si debe actualizar el holo o dejarlo como un recuerdo del lugar de donde viene.

¿Y donde acabará cuando esto termine?

(¿Y qué van a hacer con él después de sus informes?)

Cuando un día Stone pide ver una instalación orbital, June le pide un respiro.

—Stone, creo que ya hemos hecho bastante para un viaje. Volvamos para ver cómo puedes encajar todo esto.

Al escuchar estas palabras, un profundo cansancio se apodera de Stone, que lo nota hasta en los huesos, y su obsesión se evapora enseguida. Silenciosamente, asiente.

El dormitorio de Stone está oscuro, excepto por las difusas luces de la ciudad colándose por las ventanas. Stone ha potenciado su visión para admirar mejor el resplandor de las formas desnudas de June que está a su lado. Ha descubierto que los colores se vuelven turbios cuando faltan fotones, pero se obtiene en cambio una muy vivida imagen en blanco y negro. Se siente como un habitante del siglo pasado, mirando una película antigua. Excepto que June está muy viva entre sus manos.

El cuerpo de June es una tracería de nítidas líneas, como el arcano circuito capilar del núcleo de Mao/K'ung Fu-tzu. Siguiendo la moda actual, tiene un patrón subepidérmico de implantes de microcanales. Los canales están llenos de «luciferina» sintética, la responsable del brillo de las luciérnagas, que ella puede conectar a su gusto. Después de hacer el amor, ella misma se ha iluminado. Sus pechos son vórtices de frío fuego, su afeitado monte de venus, una galaxia en espiral que arrastra la vista de Stone hacia profundidades sin fondo.

Mirando al techo, June habla absorta a Stone, mientras él la acaricia lánguidamente.

—Mi madre fue la única hija superviviente de dos refugiados vietnamitas. Vinieron a América al poco de acabar la guerra de Asia. Trabajaron en lo único que sabían hacer. Vivieron en Texas, en el Golfo. Mi madre fue a la universidad con una beca. Allí conoció a mi padre, que era otro refugiado, que había dejado Alemania con sus padres tras la Reunificación. Ellos decían que el Gobierno de Compromiso no era ni una cosa ni otra, por lo que no podían tratar con él. Supongo que mi entorno fue una suerte de microcosmos, surgido de un montón de conflictos de nuestro tiempo —atrapa la mano de Stone entre sus piernas y la mantiene con fuerza—. Pero ahora, contigo, Stone, me siento tranquila.

Mientras continúa hablándole sobre las cosas que ha visto, de la gente que ha conocido, su carrera como asistente personal de Citrine, a Stone le asalta el más extraño de los sentimientos. Mientras sus palabras progresivamente se integran por sí solas en un cuadro, siente el mismo ahogo que ante la marea abismal que sintió la primera vez que estudió historia.

Antes de decidir si realmente quiere saberlo, se descubre preguntando:

—June, ¿cuántos años tienes?

Ella se calla. Stone observa cómo le mira sin poder verlo, pues no está equipada con sus malditos ojos perceptivos.

—Unos sesenta —dice al final—. ¿Importa?

Stone se da cuenta de que no puede contestarle. No sabe si le importa o no.

Lentamente, June hace que su cuerpo se oscurezca.

Stone se divierte amargamente con lo que le gusta pensar que es su arte.

Hojeando el manual sobre el chip de silicón que habita en su cráneo, descubrió que tenía una propiedad que el doctor no había mencionado. Los contenidos de la RAM pueden ser emitidos con una señal a un simple ordenador. Allí, las imágenes que él ha recogido se pueden mostrar para que todos las vean. Más aún, las imágenes digitalizadas pueden manipularse, recombinarse entre sí o con grafismos almacenados, para formar

imágenes verosímiles sobre cosas que nunca han ocurrido. Y por supuesto, se pueden imprimir.

En efecto, Stone es una cámara viva y su ordenador, un completo estudio de imagen.

Stone ha estado trabajando en una serie de imágenes de June. Sus impresiones en color inundan su despacho, pegadas a las paredes y sobre el suelo.

La cabeza de June con el cuerpo de la esfinge. June como la Bella Dama de Sans Merci. La cara de June superpuesta a la luna llena con Stone dormido en el campo como Endymion.

Los retratos son más perturbadores que las instantáneas, piensa Stone, y, además, resultan más traicioneros. Pero Stone siente que está consiguiendo cierto efecto terapéutico gracias a ellos, lo que cada día le acerca, pulgada a pulgada, a sus verdaderos sentimientos hacia June.

Todavía no ha hablado con Alice Citrine, y eso le perturba enormemente. ¿Cuándo le entregará su informe? ¿Qué le va a decir?

El problema del cuándo se resuelve esa tarde. Volviendo de uno de los gimnasios privados de la Torre, encuentra su terminal parpadeando con un mensaje.

Citrine le verá por la mañana.

En esta ocasión, Stone permanece solo en el vestíbulo de la habitación de Alice Citrine, mientras deja que se verifique su identidad. Espera que le den los resultados cuando la máquina termine, pues ya no tiene idea de quién es él.

La puerta se abre deslizándose hacia dentro del muro, como la boca de una cueva.

«El Averno», piensa Stone, y entra.

Alice Citrine está sentada en el mismo lugar de hace semanas, éstas tan llenas de sucesos, y le transmite la impresión de ser semieterna. Las pantallas parpadean con un ritmo epiléptico a los tres lados de su silla de ruedas. Ahora, sin embargo, las ignora, pues tiene sus ojos sobre Stone, quien avanza agitado.

Stone se detiene ante ella; la consola es una trinchera insalvable entre ambos. En esta segunda ocasión percibe sus rasgos con una mezcla de incredulidad y alarma. Se parecen escalofriantemente a los de su propia cara demacrada. ¿Ha terminado pareciéndose a esa mujer simplemente por trabajar para ella? ¿O la vida fuera de la Chapuza marca las mismas duras líneas a todo el mundo?

Citrine pasa la mano por su regazo, y Stone descubre entonces a su mascota acurrucada en el valle de su vestido marrón, con sus antinaturales ojos, fijos en el colorido de los monitores.

—Es hora de un informe preliminar, señor Stone —dice ella—, pero su pulso es demasiado rápido. Relájese. No todo depende de esta reunión.

Stone desearía que así fuera. Pero no hay un ofrecimiento para sentarse y sabe que lo que diga será evaluado.

—Así que... ¿qué le parece este mundo nuestro, que lleva mi marca y la de otros como yo?

La arrogante superioridad de la voz de Citrine hace que el pensamiento de Stone tome todo tipo de precauciones, y está a punto de gritar: «¡No es justo!». Se detiene un momento, y entonces, se fuerza a admitir con honestidad:

—Bello, abigarrado, excitante, pero básicamente injusto.

Citrine parece complacida con su estallido.

—Muy bien, señor Stone. Ha descubierto la contradicción básica de la vida. Hay joyas en el montón de basura, lágrimas en medio de la risa, y cómo se reparte esto, nadie lo sabe. Me temo, sin embargo, que no puedo asumir la culpa por la falta de justicia en el mundo. Ya era injusto cuando yo era una niña, y siguió así a pesar de mis actos. De hecho, puede que la desigualdad haya aumentado un poco. Los ricos son más ricos, y en comparación, los pobres, más claramente pobres. Pero, aun así, al final, incluso los titanes son derribados por la muerte.

—Pero ¿por qué no intentó cambiar las cosas con más decisión? —exige Stone—. Eso tiene que estar al alcance de su poder.

Por primera vez, Citrine ríe, y Stone escucha el eco de la amarga risotada que él lanza a veces.

—Señor Stone —contesta—. Dedico todo lo que puedo sólo a mantenerme viva. Y con ello no me refiero a cuidar mi cuerpo, eso se hace automáticamente. No, quiero decir, a evitar que me asesinen. ¿No ha comprendido la verdadera naturaleza de los negocios en este mundo nuestro?

Stone no es capaz de entenderla y se lo dice.

—Permítame ponerle al tanto. Puede que cambie algunas de sus concepciones. Es consciente del propósito que hay en la Segunda Convención Constitucional, ¿lo es? Se ocultó con frases grandilocuentes como «desencadenar la fuerza del sistema americano y enfrentarse a la competencia extranjera cara a cara, asegurando la victoria para los negocios americanos, la cual abriría el camino para la democracia en todo el mundo». Todo con un tono de gran nobleza. Pero el resultado fue bastante distinto. Los negocios no tienen interés por ningún sistema político en sí. Los negocios cooperan en tanto en cuanto alcanzan sus propios intereses. Y el interés primario de los negocios es el crecimiento y el poder. Una vez establecidas las ZLE, las corporaciones se libraron de toda atadura, se enzarzaron en una lucha primitiva, que aún hoy continúa.

Stone trata de digerir sus palabras. No ha visto lucha abierta en su viaje. Pero, aun así, ha sentido vagamente subterráneas corrientes de tensión en todas partes. Pero seguramente ella está exagerando las cosas. ¿Por qué convierte el mundo civilizado en algo no demasiado diferente a una versión a gran escala de la anarquía de la Chapuza?

Como si leyera en su mente, Citrine añade:

—¿Alguna vez se ha preguntado por qué la Chapuza permanece en ruinas, y oprimida en mitad de la ciudad, señor Stone, con su gente en la miseria?

De pronto, todas las pantallas de Citrine, obedientes a una orden silenciosa, relampaguean con escenas de la vida en la Chapuza. Stone da un paso atrás. Ahí están los sórdidos detalles de su juventud; callejones apestando a orines, con formas cubiertas por harapos que están a medio camino entre el sueño y la muerte, el caos alrededor de la Oficina de Inmigración, la valla coronada con su filo de alambre, cerca del río.

—La Chapuza —continúa Citrine— es un territorio en disputa. Así ha sido durante más de ochenta años. Las corporaciones no se ponen de acuerdo sobre quién la va a desarrollar. Cualquier mejora hecha por una es inmediatamente destruida por el equipo táctico de otra. Ésta es la clase de impasse que prevalece en gran parte del mundo.

»Todo el mundo querría ser llevado a un paraíso terrenal gracias a su bolsillo, del mismo modo que un devoto de Krisna lo quiere ser por su coleta. Pero es este mosaico de pequeños feudos lo que hemos conseguido.

Las ideas de Stone están confusas. Vino esperando ser examinado y para soltar todo lo que sabía. Sin embargo le han dado una conferencia, y se le ha provocado, como si Citrine le estuviera probando para ver si él es un interlocutor adecuado para debatir. «¿He aprobado o he suspendido?»

Citrine contesta la pregunta con sus siguientes palabras:

—Es suficiente por hoy, señor Stone. Váyase y siga pensando. Hablaremos en otra ocasión.

Durante tres semanas Stone se encuentra con Citrine casi a diario. Juntos exploran el confuso conjunto de las preocupaciones de ella. Stone gradualmente se siente más seguro de sí, expresando sus opiniones y observaciones con un tono más firme. No siempre coinciden con las de Citrine, aunque en general siente una sorprendente afinidad con la anciana.

Algunas veces parece como si ella estuviera guiándole, como enseñando a un aprendiz, y ella se siente orgullosa de sus progresos. Otras veces, se mantiene distante y

reservada.

Estas últimas semanas han traído otros cambios. Aunque Stone no se ha vuelto a acostar con June desde aquella noche decisiva, ya no la signe viendo bajo la forma de sirena de sus retratos, y ha dejado de pensar en ella de esa manera. Son sólo amigos, y Stone la visita con frecuencia pues disfruta de su compañía, y siempre le agradecerá su papel en su rescate de la Chapuza.

Durante sus entrevistas con Citrine, su mascota se convierte en un espectador habitual. Su enigmática presencia confunde a Stone. No ha encontrado ningún rastro de afecto sentimental en Citrine, y no puede imaginar el porque de su cariño hacia la criatura.

Finalmente, un día Stone pregunta a Citrine por qué la tiene, sus labios se curvan en lo que se podría parecer a una sonrisa.

—Egipto es mi piedra de toque para la verdadera perspectiva de las cosas, señor Stone. Quizás no reconoce su raza —Stone admite su ignorancia—. Este es un *Aegyptopithecus Zeuxis*, señor Stone. Su raza apareció hace varios millones de años. Actualmente es el único ejemplar que existe, un clon o, mejor dicho, una recreación basada en células fósiles.

»Ella es su antepasado, y el mío, señor Stone. Antes de los homínidos, era la representante de la humanidad en la tierra. Cuando la acaricio, contemplo lo poco que hemos avanzado.

Stone se gira y se marcha ofendido, infinitamente asqueado por la antigüedad de la bestia, lo cual es percibido por la señora.

Esta es la última vez que verá a Alice Citrine.

Es de noche.

Stone descansa solo en la cama, repasando instantáneas de la historia pre-ZLE que se había pasado por alto, en la pantalla de su terminal.

De pronto se escucha un fuerte crujido como la descarga simultánea de millares de arcos de electricidad estática. En ese segundo exacto, suceden dos cosas:

Stone siente un instante de vértigo.

Sus ojos se apagan.

Aparte de ese shock, una explosión por encima de su cabeza hace balancearse toda la estructura de la Torre Citrine.

Stone se pone de pie inmediatamente, vestido sólo con los calzoncillos, descalzo como en la Chapuza. No puede creer que esté ciego otra vez. Pero así es. De vuelta al oscuro mundo del olor y el sonido y el tacto.

Las alarmas se disparan por todas partes. Stone corre hacia la habitación principal con ahora su inútil panorama de la ciudad. Se acerca a la puerta pero no puede abrirla. Alcanza el control manual pero vacila.

¿Qué puede hacer mientras esté ciego? Se caería, molestaría a los demás. Mejor permanecer aquí y esperar a ver qué pasa.

Stone piensa en June, luego casi puede oler su perfume. Seguramente bajará de un momento a otro para decirle qué está pasando. Eso es, esperará a June.

Stone recorre nervioso la habitación, pasan tres minutos. No puede creer que haya perdido la vista. Sin embargo, de algún modo, sabía que esto ocurriría.

Las alarmas se han parado, permitiendo a Stone escuchar casi subliminalmente pasos en el corredor, dirigiéndose hacia su puerta. ¿June, por fin?

No, algo anda mal. El sentido de la vida de Stone niega que el visitante sea alguien que él conozca.

Los sentidos de la Chapuza de Stone vuelven a tomar el mando. Deja de especular sobre qué está pasando; todo es precipitación y miedo.

Las cortinas en la habitación están sujetas con cordones de terciopelo. Stone saca uno a toda prisa, y se sitúa a un lado de la puerta de la entrada.

La onda de choque que alcanza a la puerta casi derriba a Stone. Cuando recupera su

equilibrio, siente el sabor a sangre, y al instante un hombre se precipita dentro, dejándolo a él a su espalda.

Stone se coloca detrás del tipo corpulento, salta como un rayo y rodea su cintura con las piernas, pasándole el cordón alrededor del cuello.

El hombre deja caer la pistola y se lanza contra la pared. Stone siente cómo se le rompen algunas costillas, pero aprieta el cordón, tensando sus músculos al máximo.

Ambos se mueven por la habitación rompiendo muebles y vasos, enganchados en algo parecido a una obscena postura de apareamiento.

Finalmente, después de una eternidad, el hombre se derrumba, aterrizando pesadamente encima de Stone.

Stone no deja de apretar, hasta que está seguro de que el hombre ha dejado de respirar.

Su atacante está muerto.

Stone vive.

Se remueve para salir de debajo de la masa inerte, tembloroso y herido.

Cuando logra salir, escucha a gente acercándose, hablando.

Jerrold Scarfe es el primero en entrar, llamando a Stone por su nombre. Cuando ve a Stone, Scarfe grita:

—Poned esa camilla allí.

Los hombres colocan a Stone en la camilla y comienzan a sacarlo.

Scarfe camina a su lado e inicia una conversación surrealista.

—Descubrieron quién era, señor Stone. Ese maldito cabrón se nos coló. Nos atacaron con una emisión electromagnética dirigida que acabó con toda nuestra electrónica, incluyendo su vista. Puede que haya perdido unas pocas células cerebrales cuando estalló, pero nada que no pueda arreglarse. Tras la EMD lanzaron un misil al piso de Citrine. Me temo que murió inmediatamente.

Stone siente como si lo hubieran partido en mil pedazos, tanto física como mentalmente. ¿Por qué Scarfe le estaba contando esto? ¿Y qué pasaba con June?

Stone balbucea su nombre.

—Está muerta, señor Stone. Cuando los asaltantes designados para atraparla comenzaron a trabajar en ella, se suicidó con una cápsula de toxinas implantada.

Todas las lilas se mustian cuando el invierno se acerca.

El equipo de la camilla ha llegado a la zona médica. Stone es colocado en una cama y manos limpias comienzan a curar sus heridas.

—Señor Stone —continúa Scarfe—. Debo insistir en que escuche esto. Es necesario y sólo le llevará un minuto.

Stone ha comenzado a odiar esta voz insistente. Pero no puede cerrar los oídos o caer en una bendita inconsciencia, por lo que está forzado a escuchar el cassette de Scarfe.

Se trata de Alice Citrine.

—Sangre de mi sangre —comienza ella—, más cercano a mí que un hijo. Eres el único en quien he confiado.

El malestar desaparece de Stone mientras todo se ordena y descubre quién es él.

—Escuchas esto tras mi muerte... Esto significa que todo lo que he construido es tuyo ahora. Toda la gente ha sido pagada para protegerte. Ahora depende de ti retener su lealtad. Espero que nuestras conversaciones te hayan servido. Si no, necesitarás más suerte de la que te pueda desear.

»Por favor, olvida tu abandono en la Chapuza. Sólo fue porque la buena educación es tan importante... y sinceramente creo que has recibido la mejor. Siempre te estuve observando.

Scarfe detiene el cassette.

—¿Cuáles son sus órdenes, señor Stone?

Stone piensa con agonizante lentitud mientras gente que no ve lo traslada.

—Simplemente, limpie este follón, Scarfe, simplemente limpie todo este enorme lío. Pero, mientras habla, sabe que no es cosa de Scarfe. Es cosa sirva.

## ESTRELLA ROJA, ÓRBITA INVERNAL

### Bruce Sterling y William Gibson

Los relatos en colaboración conforman una tradición en la ciencia ficción. Y este tipo de trabajo en colaboración también ha florecido en el ciberpunk, cuando escritores que ya trabajaban juntos en concepciones y teorías de la ciencia ficción dieron el paso lógico siguiente: la creación literaria conjunta. En cierto sentido, la colaboración, al combinar diferentes voces, permite a la corriente hablar con su propia voz.

*Mirrorshades* concluye con dos colaboraciones. La siguiente historia, de 1983, es el único trabajo conjunto de William Gibson y Bruce Sterling, quienes son vistos generalmente como figuras centrales del ciberpunk. «Estrella Roja, Órbita Invernal» muestra el punto de vista global del ciberpunk, y también su amor por los detalles perfectamente acabados e investigados de cerca.

William Gibson escribió «El continuo de Gernsback», que abre esta colección.

Bruce Sterling publicó su primera novela en 1977. Ha escrito tres novelas y un buen número de historias. Su trabajo cubre un amplio abanico en el campo de la ciencia ficción, desde sátiras al estilo cómic a fantasías históricas. Quizás es más conocido por su serie de los «Shapers», que incluye la novela *Schismatrix*, y por su sentido de la ironía, lo cual le lleva a hablar de sí mismo en tercera persona.

Vive en Austin, Texas.

El coronel Korolev se dobló despacio en su arnés, soñando con el invierno y la gravedad. Era joven de nuevo, un cadete, y espoleaba a su caballo por las estepas de Kazakhstan, a finales de noviembre, hacia los rojos y polvorientos paisajes de Marte.

«Esto no está bien», pensó.

Y se despertó en el museo soviético del Triunfo del Espacio, por los ruidos de Romanenko y la esposa del hombre del KGB. Volvían a hacerlo, tras la pantalla trasera del Salyut, haciendo crujir y resonar rítmicamente las cintas de seguridad y la litera acolchada. Galopando en la nieve.

Liberándose del arnés, Korolev ejecutó un entrenado puntapié que le impulsó hasta el retrete. Sacándose su viejo mono, ajustó el equipo de aseo a sus riñones y limpió el vapor condensado del espejo de acero. Su artrítica mano se había inflamado mientras dormía, su muñeca tenía el tamaño de un hueso de pájaro, a causa de la pérdida de calcio. Habían pasado veinte años desde la última vez que sintió la gravedad. Había envejecido en órbita.

Se afeitó con una maquinilla succionadora. Una telilla de venas rotas se extendía por su mejilla y su sien izquierdas; otro recuerdo de la explosión que lo había desfigurado.

Cuando salió, encontró que los adúlteros habían terminado. Romanenko se ajustaba la ropa. La mujer del oficial político, Valentina, llevaba un mono de color marrón oscuro, con las mangas remangadas; sus blancos brazos brillaban por el sudor del ejercicio. La corriente de un ventilador hacía vibrar su pelo color ceniza. Sus ojos eran del azul más puro, como las flores del maíz, quizás un poco demasiado juntos, y le miraban, a medias pidiendo disculpas, a medias cómplices.

—Mire lo que le hemos traído, coronel.

Le pasó una botellita de coñac de líneas aéreas.

Sorprendido, Korolev parpadeó ante el emblema de Air France grabado en el tapón de

plástico.

—Vino con el último Soyuz. Dentro de un pepino, dijo mi marido —ella se rió—. Me lo dio a mí.

—Decidimos que se la íbamos a dar a usted, coronel —dijo Romanenko, riendo abiertamente—. Después de todo, nos pueden trasladar en cualquier momento.

Korolev ignoró la mirada disimulada y avergonzada hacia sus atrofiadas piernas y sus pálidos y torcidos pies.

Abrió la botella, y su rico aroma le provocó una cosquilleante oleada de sangre a sus mejillas. La levantó con cuidado y bebió unos pocos milímetros del coñac. Quemaba como ácido.

—¡Dios! —se atragantó—, no he bebido en años. ¡Me voy a emborrachar! —se rió mientras las lágrimas le enturbiaban la vista.

—Coronel, mi padre dice que usted bebía como un héroe en los viejos tiempos.

—Sí —dijo Korolev, y sorbió de nuevo. El coñac se extendió por su interior como oro líquido. No le gustaba Romanenko. Tampoco su padre, un hombre sencillo del Partido, dedicado a dar conferencias desde hacía tiempo, una dacha en el Mar Negro, licor americano, trajes franceses, zapatos italianos... El chico tenía el aspecto de su padre, los mismos ojos gris claro sin sombra de duda.

El alcohol se extendió por la sangre diluida de Korolev.

—Eres demasiado generoso —dijo. Pateó suavemente una vez, y llegó hasta la consola—. Debes llevarte algo de *samizdata*. Tenemos emisión americana por cable, recién interceptada. Material picante desperdiciado con un hombre como yo —puso un cassette vacío y grabó el material.

—Se lo daré a los artilleros —dijo Romanenko, riendo—. Pueden ponerlo en las consolas de seguimiento de la sala de batería —la estación de bombardeo de partículas había sido siempre conocida como la «sala de batería». Los hombres que la tripulaban estaban especialmente hambrientos de ese tipo de cintas. Korolev pasó una segunda copia a Valentina.

—¿Es guarra? —parecía alarmada e intrigada—. ¿Podemos volver, coronel? ¿El jueves a las veinticuatro cero cero?

Korolev le sonrió. Había sido una obrera de fábrica antes de dejarlo para ir al espacio. Su belleza la convertía en una herramienta ideal de propaganda, un modelo del papel que estaba destinado al proletariado. Ella ahora le daba pena; con el coñac recorriendo sus venas encontró imposible negarle un poco de su pequeña felicidad.

—Valentina, ¿un encuentro a media noche, en el museo? ¡Qué romántico!

Girándose, le dio un beso en la mejilla.

—Gracias, mi coronel.

—Es usted un caballero, coronel —dijo Romanenko, dando una palmada tan suavemente como pudo al hombro huesudo de Korolev. Tras incontables horas de ejercicio, los brazos del chico abultaban como los de un herrero.

Korolev miró cómo los amantes se iban cuidadosamente hacia la esfera central de ataque, la zona de unión con sus dos corredores hacia los tres envejecidos Salyuts. Romanenko tomó el corredor «norte» hacia la sala de batería. Valentina se fue en dirección opuesta, a la esfera de unión contigua, al Salyut donde dormía su marido.

Había cinco esteras de ataque en el Kosmograd, cada cual unía tres Salyuts. En el otro extremo del complejo estaban las instalaciones militares y las lanzaderas para satélites. Zumbando, traqueteando y suspirando, la estación producía la sensación de una estación de metro, con el húmedo olor metálico de un transbordador.

Korolev echó otro trago de la botella. Ahora estaba medio vacía. La guardó en una de las vitrinas del museo junto a una Hasselblad de la Nasa recuperada del lugar donde aterrizó el Apolo. No había bebido desde su último permiso, antes de la explosión. Su cabeza nadaba en una placentera y a la vez dolorosa corriente de nostalgia alcohólica.

Flotando de vuelta a la consola, accedió a una sección de la memoria donde había borrado ocultamente los discursos completos de Alexei Kosygi, y los había reemplazado por su colección personal de *samizdata*. Tenía grupos británicos grabados desde la radio de Alemania Federal, heavy metal del pacto de Varsovia, importaciones americanas del mercado negro... Colocándose los auriculares, eligió un reggae de Czeslochowa, de la Brygada Kryzys.

Después de todos estos años, ya no podía oír la música en absoluto, pero las imágenes le venían de golpe, con un intenso dolor. En los ochenta, él había sido un chico con pelo largo de la élite soviética, realmente fuera del alcance de la policía de Moscú, gracias a la posición de su padre. Recordaba el aullido devuelto a través de los micrófonos, la calurosa oscuridad de un club en un sótano, la multitud, como un oscuro tablero de ajedrez de ropa vaquera y pelo oxigenado. El fumaba Marlboros con polvo de hachís afgano. Recordaba la boca de la hija de un diplomático americano en el asiento de atrás del Lincoln negro de su padre. Los nombres y los rostros le inundaban en la neblina del coñac; Nina, la chica de la Alemania Democrática, quien le había enseñado traducciones mimeografiadas de escritos de disidentes polacos.

Hasta que una noche ella no volvió al café. Oyó rumores de parasitismo, de actividades antisoviéticas, de los horrores químicos que le aguardaban en la *psihushka*.

Korolev comenzó a temblar. Se pasó la mano por la cara y la encontró bañada en sudor. Se quitó los auriculares.

Habían pasado cincuenta años... y sin embargo, de pronto se encontraba muy asustado. No podía recordar haber estado tan atemorizado, ni siquiera cuando la explosión le rompió la cadera. Tembló espasmódicamente. Las luces del Salyut eran demasiado brillantes, pero no quería ir hasta los interruptores. Una operación tan simple, que realizaba habitualmente, y sin embargo... Los interruptores y los cables con aislantes eran de alguna manera amenazadores. Los miró confuso. El pequeño despertador, modelo vehículo lunar Lunokhold, con ruedas de velero subiendo por la pared curva, parecía acurrucarse allí, como algo vivo, en equilibrio, esperando. Los ojos de los pioneros espaciales soviéticos lo miraban con decepción desde sus retratos.

El coñac. Los años en ausencia de gravedad habían alterado su metabolismo. No era el mismo hombre que antes. Pero trataría de calmarse, de sobreponerse. Si vomitara, todo volvería a sonreírle...

Alguien llamó a la puerta del museo y se sobresaltó. Nikita el Fontanero, primer hombre para todo en el Kosmograd, ejecutó un perfecto buceo a cámara lenta, a través de la escotilla abierta. El joven ingeniero parecía enfadado. Korolev se sintió derrotado.

—Te has levantado pronto, Fontanero —dijo, ansioso por presentar una fachada de normalidad.

—Filtración de los remaches de Delta Tres —el Fontanero hizo un gesto de enfado—. ¿Sabe japonés? —sacó un cassette de uno de los numerosos y abultados bolsillos de su manchado chaleco de trabajo, y lo agitó delante de la cara de Korolev. Vestía Levis cuidadosamente lavados y unas gastadas deportivas Adidas—. Accedimos a esto anoche.

Korolev se encogió como si el cassette fuera un arma.

—No, nada de japonés —la debilidad de su voz le sorprendió a él mismo—. Sólo inglés y polaco —sintió cómo se ruborizaba. El Fontanero era su amigo, lo conocía y confiaba en él, pero...

—¿Se encuentra bien, coronel? —el Fontanero metió la cinta y con sus hábiles y callosos dedos activó el programa traductor—. Parece que se hubiera comido una rata. Quiero que oiga esto.

Korolev miró incómodo cómo la cinta parpadeaba mostrando un anuncio de guantes de béisbol. Los subtítulos del traductor en cirílico corrían por el monitor, mientras una voz en japonés hablaba a una velocidad enloquecida. Un segundo anuncio apareció: una muchacha extraordinariamente bella, con un negro vestido de noche, pilotaba un grácil

avión ultraligero francés bajo la brillante luz solar, deslizándose sobre la Gran Muralla china.

—Las noticias llegan ahora —dijo el Fontanero, mordiéndose un pellejo de la uña.

Korolev miró fijamente, ansioso, mientras la traducción pasaba por medio de la cara del locutor japonés.

—EL GRUPO DE DESARME AMERICANO AFIRMA... PREPARACIÓN EN EL COSMODROMO DE BAIKONUR... PRUEBA QUE AL MENOS LOS RUSOS ESTÁN PREPARADOS... PARA ELIMINAR UNA ESTACIÓN ESPACIAL DE UNA CIUDAD CÓMICA...

—Cósmica —murmuró el Fontanero—. Error en el traductor.

—CONSTRUIDA AL FINAL DEL SIGLO COMO CABEZA DE PUENTE AL ESPACIO.

«... AMBICIOSO PROYECTO CANCELADO POR EL FRACASO DE LA MINERÍA LUNAR... CARA ESTACIÓN SUPERADA POR NUESTRAS FACTORÍAS ORBITALES... CRISTALES, SEMICONDUCTORES Y DROGAS PURAS...

—Sucio malnacido —soltó el Fontanero—. Deja que le diga esto; la culpa es de nuestro maldito hombre del KGB, Yefremov. ¡Él tiene toda la culpa!

—ABULTADOS DÉFICITS COMERCIALES... DESCENTEN TO POPULAR CON EL ESFUERZO ESPACIAL... RECIENTES DECISIONES DEL POLITBURÓ Y DEL SECRETARIO DEL COMITÉ CENTRAL...

—¡Nos quieren derribar! —la cara del Fontanero se crispó por la rabia.

Korolev se deslizó lejos de la pantalla, temblando incontrolablemente. Unas inesperadas lágrimas cayeron de sus pestañas, en gotas, por efecto de la ingravidez.

—¡Déjame solo! ¡No puedo hacer nada!

—¿Qué pasa, coronel? —el Fontanero lo asió del hombro—. Míreme a la cara —sus ojos se abrieron como platos—. ¡Alguien le ha drogado con Miedo!

—Vete —suplicó Korolev.

—¡Ese maldito agente secreto cabrón! ¿Qué le ha dado? ¿Pastillas? ¿Una inyección?

Korolev se encogió de hombros.

—¡Me tomé un trago!

—¡Le ha dado Miedo! ¡A usted, un hombre viejo y enfermo! ¡Le voy a romper la cara! —el Fontanero elevó las rodillas, se giró hacia atrás, dio una patada a un asidero de arriba y se catapultó fuera de la habitación.

—¡Espera! ¿Fontanero? —pero éste ya se había deslizado a través de la esfera de atraque, como una ardilla, desapareciendo por el fondo del corredor, y ahora Korolev sentía que no podría soportarlo en soledad. En la distancia, pudo oír los ecos metálicos de gritos distantes e iracundos.

Temblando, cerró sus ojos y esperó que alguien viniera en su ayuda.

Pidió al oficial psiquiatra Bychkov que le ayudara a vestirse con su viejo uniforme, el único con la Estrella de Tsiolkovsky cosida en el bolsillo izquierdo del pecho. Sus pies torcidos no podrían entrar en las botas negras de gala, de grueso y confortable nailon y suelas de velero. Así que permaneció descalzo.

La inyección de Bychkov le había despejado en una hora, dejándolo alternativamente deprimido y furiosamente enfadado. Ahora esperaba en el museo a que Yefremov contestara sus llamadas.

Llamaban a su casa el Museo del Triunfo Espacial Soviético, y cuando su rabia se disipó, sustituida por una vieja amargura, se sintió como si él simplemente no fuera nada más que otra de sus piezas exhibidas. Miró de mal humor a los retratos con marcos dorados de los grandes visionarios del espacio, a las caras de Tsiolkovsky, Rynin, Tupolev. Debajo de éstos estaban con marcos más pequeños los retratos de Verne, Goddard y O'Neill.

A veces, en ciertos momentos de depresión extrema, imaginaba que podía detectar

una misma extraña mirada en sus ojos. ¿Era simplemente locura, como algunas veces había pensado, cuando se encontraba de su humor más cínico? ¿O estaba vislumbrando la manifestación sutil de alguna fuerza extraña y desequilibrada: una fuerza que podría ser, como sospechaba, la evolución humana en acción?

Una y sólo una vez. Korolev observó esta misma mirada en sus propios ojos, el día en que pisó la tierra de la cuenca Coprates. La luz del sol en Marte, resplandeciendo dentro del visor de su casco, le mostró el reflejo de sus dos ojos ajenos e intensos, sin miedo pero preocupados; y la tranquila y secreta sorpresa que esto le había causado, se dio cuenta ahora, fue el más memorable y transcendental momento de su vida.

Sobre los retratos estaba colocado un horrible cuadro del aterrizaje, con los colores cargados de la pesadez aceitosa y grasienta de un borscht<sup>1</sup> o de la carne asada. El paisaje marciano aparecía trivializado por el idealizado estilo cursi del realismo socialista soviético. El artista colocó el personaje dentro del traje espacial delante de la nave, transmitiendo la vulgaridad profundamente sincera de cualquier oficial.

Sintiéndose asqueado, esperó la llegada de Yefremov, el hombre del KGB, el comisario político del Kosmogrado.

Cuando Yefremov finalmente entró en el Salyut, Korolev percibió el labio partido y marcas recientes en su garganta. Yefremov llevaba un mono azul Kansai de seda japonesa y elegantes zapatos italianos de calle. Tosió educadamente.

—Buenos días, camarada coronel.

Korolev le miró. Dejó que el silencio se prolongara.

—Yefremov —dijo en un tono duro—, no estoy satisfecho con usted.

Yefremov se ruborizó, pero mantuvo su mirada.

—Hablemos con franqueza, coronel. De ruso a ruso. No estaba destinado a usted.

—¿El Miedo, Yefremov?

—La beta carbolina, sí. Si usted no hubiera colaborado en sus acciones antisociales, si no hubiera aceptado su soborno, esto no le habría ocurrido jamás.

—Así que ¿soy el chulo, Yefremov?, ¿un chulo y además borracho? Pues usted es un chivato, un contrabandista y un soplón, y se lo digo —añadió— de ruso a ruso.

En ese momento, la cara del hombre del KGB asumió la máscara oficial de blanda y despreocupada virtud.

—Pero, dígame, Yefremov, ¿qué está buscando realmente? ¿Qué ha estado haciendo desde que llegó al Kosmogrado? Sabemos que se va a desmantelar el complejo. ¿Qué le aguarda a la tripulación civil cuando lleguen a Baikonur? ¿Investigaciones por corrupción?

—Desde luego que habrá interrogatorios. En algunos casos puede que hasta hospitalización. ¿Está usted indicando, camarada coronel, que la Unión Soviética es, de alguna manera, responsable del fracaso del Kosmogrado?

Korolev permaneció en silencio.

—El Kosmogrado fue un sueño, coronel. Un sueño que fracasó. Como el espacio, coronel. No necesitamos estar aquí. Tenemos todo un mundo que poner en orden. Moscú es el mayor poder global de la historia de la humanidad. No debemos permitirnos perder esa perspectiva global.

—¿Cree que se pueden sacudir de encima a los astronautas tan fácilmente? Somos una élite, una élite técnica altamente entrenada.

—Una minoría, coronel, una minoría obsoleta. ¿Con qué contribuye, aparte de despojos de la venenosa basura americana? Se suponía que aquí debía estar una tripulación de trabajadores, no de arrogantes traficantes del mercado negro, traficando con jazz y pornografía vía satélite —la cara de Yefremov se mostraba relajada e imperturbable—. La tripulación volverá a Baikonur. Las armas se pueden dirigir desde la tierra. Por supuesto, usted se quedará aquí, y vendrán algunos astronautas invitados, africanos, sudamericanos. El espacio aún conserva para esa gente cierto grado de su prestigio original.

<sup>1</sup> Sopa de berza oriental. (*N. de los T.*)

Korolev apretó los dientes.

—¿Qué ha hecho con el chico?

—¿Su Fontanero? Ha atacado a un oficial de la seguridad del Estado. Permanecerá bajo arresto hasta que sea trasladado a Baikonur. Korolev intentó una risa desagradable.

—Déjelo ir. Usted mismo tendrá muchos problemas para presentar cargos. Hablaré con el mariscal Gubarev en persona. Mi rango aquí puede que sea meramente honorífico, pero aún tengo cierta influencia.

El hombre del KGB se encogió de hombros.

—La tripulación artillera tiene órdenes directas de Baikonur de que se mantenga cerrado el módulo de comunicación. Sus carreras dependen de ello. No enviará ningún mensaje.

—Entonces, ¿es la ley marcial?

—Esto no es Kabul, coronel. Son tiempos difíciles para todos nosotros. Usted tiene la autoridad moral aquí, debería dar ejemplo. Lo último que necesitamos es un melodrama.

—Ya veremos —dijo Korolev.

El Kosmogrado giró fuera de la sombra de la tierra, hacia la cruda luz del sol. Las paréeses del Salyut de Korolev se dilataron y crujieron como una caja de botellas. Los ojos de buey, pensó ausente Korolev tocándose las venillas de su sien, son lo primero en estropearse.

El joven Grishkin parecía opinar lo mismo. Sacó un tubo de silicona y comenzó a inspeccionar el sellado alrededor del ojo de buey. Era el asistente del Fontanero y su amigo más cercano.

—Debemos votar ahora —dijo Korolev cansinamente. Once de los veinticuatro tripulantes civiles habían aceptado ir a la reunión, doce si se contaba a sí mismo. Eso dejaba a trece que, o no deseaban arriesgarse, o eran activamente contrarios a la idea de una huelga. Yefremov y los seis hombres de la tripulación artillera subían el número total de no presentes a veinte—. Hemos discutido nuestras peticiones. Todos los que estén a favor de la lista tal como está ahora... —y levantó su mano sana. Otros tres levantaron la suya. Grishkin, ocupado como estaba con el ojo de buey, levantó su pie. Korolev suspiró—. Somos muy pocos teniendo en cuenta cómo se han puesto las cosas. Mejor sería que tuviéramos unanimidad. Oigamos vuestras objeciones.

—El término «custodia militar» —dijo un técnico biólogo llamado Korovkin— puede interpretarse como que los militares y no el criminal Yefremov son los responsables de la situación —el hombre parecía agudamente incómodo—. Estamos de acuerdo, pero, así escrito, no lo firmaremos. Somos miembros del Partido.

Estuvo a punto de decir algo más, pero se quedó callado.

—Mi madre —añadió su mujer muy despacio— era judía.

Korolev asintió pero no dijo nada.

—Todo esto es una locura criminal —dijo Glushko, el botánico. Ni él ni su mujer habían votado—. Esto es una locura. El Kosmogrado está acabado, lo sabemos, y cuanto antes volvamos a casa, mejor. ¿Qué ha sido este lugar sino una prisión? —la falta de gravedad iba en contra del metabolismo humano, y por ello la sangre tendía a congestionarse en su cara y cuello, haciéndole parecer una de sus calabazas experimentales.

—Eres un botánico, Vasili —dijo su mujer duramente—, mientras que yo, como recordarás, soy un piloto de Soyuz. Tu carrera no está en juego.

—¡No apoyaré esta idiotez! —Glushko le dio al mamparo una fuerte patada que lo empujó fuera de la habitación. Su esposa le siguió, quejándose amargamente con ese tono estridente que los miembros de la tripulación sabían que usaban en sus discusiones privadas.

—Cinco desean firmar —dijo Korolev—, de un total de veinticinco miembros de la tripulación civil.

—Seis —dijo Tatjana, la otra piloto de Soyuz, con su pelo oscuro echado para atrás y recogido con una cinta de nailon verde—. Se olvida del Fontanero.

—¡Los globos solares! —gritó Grishkin, señalando hacia la tierra—. ¡Mirad!

El Kosmogrado se encontraba ahora encima de la costa de California; orillas perfiladas, campos de un verde intenso, grandes ciudades en decadencia cuyos nombres sonaban con una extraña magia. muy por encima de un banco de estratocúmulos, flotaban cinco globos solares, esferas—espejo geodésicas, sujetas por cables eléctricos. Estos globos habían sido un sucedáneo más barato del grandioso plan americano para construir satélites transformadores de energía solar. Esas cosas funcionaban, supuso Korolev, pues durante una década los había visto multiplicarse.

—¿Y dicen que la gente vive en esas cosas? —el oficial de sistemas Stoiko se había unido a Grishkin en el ojo de buey.

Korolev recordaba la patética lluvia de extraños proyectos americanos para conseguir energía, justo cuando comenzó el Tratado de Mena. Con la Unión Soviética controlando firmemente el abastecimiento mundial de petróleo, los americanos parecían deseosos de probar cualquier cosa. Entonces el accidente de Kansas les habían disuadido de utilizar reactores. Durante más de tres décadas se habían deslizado gradualmente por el aislamiento y el declive industrial. «El espacio», pensó con amargura, «deberían haberlo intentado en el espacio». Nunca entendió la extraña parálisis de la voluntad que parecía haber agarrado sus brillantes esfuerzos anteriores. O quizás se debía a una falta de imaginación, de visión.

«Veis, americanos», se dijo silenciosamente, «deberíais haber intentado uniros a nosotros, aquí, en el glorioso futuro, aquí, en el Kosmogrado».

—¿Quién querría vivir en algo como eso de ahí? —preguntó Stoiko, dándole una palmada a Grishkin en el hombro, y riendo con la tranquila energía de la desesperación.

—Estáis de broma —dijo Yefremov—, va tenemos suficientes problemas con lo que está pasando.

—No bromeamos, comisario Yefremov, y éstas son nuestras peticiones —los cinco disidentes se habían reunido en el Salyut que el hombre compartía con Valentina, empujándolo hacia el panel del fondo. El panel estaba decorado con una fotografía, meticulosamente retocada con aerógrafo, del primer ministro saludando desde el remolque de un tractor. Korolev sabía con certeza que Valentina estaría ahora con Romanenko en el museo, haciendo que las cintas crujieran. Korolev se preguntó cómo se las arreglaba Romanenko para evitar con tanta regularidad sus turnos de trabajo en la sala de la batería.

Yefremov se encogió de hombros. Miró hacia la lista de peticiones.

—El Fontanero debe permanecer bajo arresto. Son órdenes directas. Y respecto al resto del documento...

—¡Eres culpable de uso de drogas psiquiátricas sin autorización! —gritó Grishkin.

—Eso fue un asunto privado —dijo Yefremov con calma.

—Un acto criminal —dijo Tatjana.

—Piloto Tatjana, ambos sabemos que Grishkin es aquí el pirata de *samizdata* más activo de la estación. Todos somos criminales, ¿no lo veis? —su repentina y torcida sonrisa resultaba sorprendentemente cínica—. El Kosmogrado no es el Potemkin y vosotros no sois revolucionarios. ¿Y vuestra *petición* para comunicaros con el mariscal Gubarev? Está bajo arresto en Baikonur. ¿Y vuestra *petición* para hablar con el ministro de tecnología? El ministro dirige la purga —con un gesto decidido, rompió el papel amarillo en trozos que se esparcieron delicadamente por la ingravidez, como mariposas en un lento vuelo.

Al noveno día de huelga, Korolev se encontró con Grishkin y Stoiko en el Salyut que antes compartían Grishkin y el Fontanero.

Durante cuarenta años, los habitantes del Kosmogrado lucharon en una guerra antiséptica contra los hongos y el manto. El polvo, la grasa y el vapor no se posaban en la ausencia de gravedad, y las esporas acechaban por todas partes; en el sellado, en la ropa, en los conductos de ventilación. En la caliente y húmeda atmósfera, como la de un disco Petri, se extendían como manchas de aceite. Ahora había en el aire un seco hedor a podrido, superponiéndose al ominoso tufo a aislante chamuscado.

El sueño de Korolev se rompió por el hueco golpeteo de una nave Soyuz al soltarse. Glushko y su mujer, supuso. Durante las últimas cuarenta y ocho horas, Yefremov había supervisado la evacuación de los miembros de la tripulación que se habían negado a unirse a la huelga. La tripulación artillera se mantenía en la sala de la batería y su anillo de barracones, donde todavía retenían a Nikita el Fontanero.

El Salyut de Grishkin se había convertido en la sede de la huelga. Ninguno se había afeitado y Stoiko había contraído una infección de estafilococos que se extendía por sus antebrazos con ronchas de aspecto preocupante. Rodeados de las sensacionales chicas de calendario sacadas de la televisión americana, parecían un degenerado trío de pornógrafos. Las luces estaban bajas, el Kosmogrado funcionaba a media potencia.

—Conforme esos se van —dijo Stoiko—, nos vamos haciendo más fuertes.

Grishkin farfulló algo. Las aletas de su nariz estaban taponadas con bolas de blanco algodón sanitario. Estaba convencido de que Yefremov intentaría romper la huelga con aerosoles de betacarbita. Los tapones de la nariz eran justamente un síntoma del nivel general de agotamiento y paranoia. Antes de que la orden de evacuación llegara desde Baikonur, uno de los técnicos había puesto durante horas y horas la obertura 1812 de Tchaikovsky a un volumen atronador. Y Glushko había perseguido a su esposa que, desnuda y magullada, gritaba, subiendo y bajando por todo el Kosmogrado. Stoiko había accedido a las fichas del hombre del KGB y a los informes psiquiátricos. Metros de papel amarillo impreso se arrugaban a lo largo de los corredores, vibrando con la corriente de los ventiladores. Romanenko se las había arreglado para mandar un mensaje desde el anillo de los barracones, diciendo que el Fontanero había intentado ahorcarse en ausencia de gravedad, atándose las bandas elásticas de seguridad a los tobillos y al cuello.

—Pensad en las declaraciones que estarán haciendo allá abajo sobre nosotros —murmuró Grishkin—. Ni siquiera nos juzgarán. Directos a la *psikushka* —el siniestro mote para los hospitales políticos pareció galvanizar de miedo al muchacho. Korolev tomó con desgana un viscoso pudín de clorella.

Stoiko cortó un trozo de la flotante banda de papel impreso y leyó en voz alta.

—¡Paranoia con tendencia a sobreestimar las ideas! ¡Fantasías revisionistas hostiles al sistema social! —arrugó el papel—. Si pudiera intervenir el módulo de comunicaciones nos podríamos meter en un satélite de comunicaciones americano y echarles encima todo el asunto. ¡Quizás eso le enseñaría a Moscú algo de nuestro grado de hostilidad!

Korolev extrajo una mosca de la fruta enterrada en su pudín de algas. Sus dos pares de alas y su bifurcado tórax eran testimonio mudo de los altos niveles de radiación del Kosmogrado. Los insectos se habían escapado de un experimento ya olvidado, generaciones de ellos habían infestado la estación durante décadas.

—Los americanos no tienen ningún interés en nosotros —dijo Korolev—. Moscú no puede ser ya comprometido por esa clase de revelaciones.

—Excepto cuando se espera el cargamento de grano —dijo Grishkin—. Los americanos necesitan demasiado vender, tanto como nosotros comprar —Korolev se metió tristemente más cucharadas de clorella en la boca, las masticó mecánicamente y se las tragó y luego respondió:

—Los americanos no podrían alcanzarnos aunque quisieran. Cañaverall está en ruinas.

—Tenemos poco combustible —dijo Stoiko.

—Podemos sacar el de las naves que quedan —dijo Korolev.

—Entonces, ¿cómo diablos volveremos a la *Tierra*? —los puños de Grishkin temblaron—. Incluso en Siberia hay árboles, árboles. ¡El firmamento! ¡A la mierda con él! ¡Dejemos que se destrozce! ¡Dejemos que caiga y arda!

El pudín de Korolev se esparció por el mamparo.

—¡Dios! —dijo Grishkin—. Lo siento, coronel. Sé que usted no puede volver.

Cuando entró al museo, encontró a la piloto Tatjana suspendida frente a ese odioso cuadro del Aterrizaje de Marte, sus pestañas brillantes por las lágrimas. Se las secó cuando él entró.

—¿Sabe, mi coronel, que tienen un busto de usted en Baikonur? En bronce. Solía pasar delante de él cuando iba a clase —sus ojos estaban enrojecidos por la falta de sueño.

—Siempre hay bustos. Los académicos los necesitan —sonrió y le tomó la mano.

—¿Cómo fue ese día? —ella aún contemplaba el cuadro.

—Apenas lo recuerdo. He visto las cintas tan a menudo que ahora las recuerdo en su lugar. Mis recuerdos de Marte son los de cualquier escolar —le sonrió de nuevo—, pero seguro que no se parecía a este cuadro mediocre. Estoy seguro.

—¿Por qué ha acabado todo esto, coronel? ¿Por qué acaba ahora? Cuando era pequeña, lo vi en televisión. Nuestro futuro en el espacio era para siempre.

—Quizás los americanos tenían razón. Los japoneses enviaron máquinas, robots para construir sus fábricas orbitales en lugar de hombres. La minería lunar fracasó para nosotros, pero pensamos que al menos quedaría una estación permanente para alguna clase de investigación... Supongo que tiene que ver con el bolsillo. Con hombres que se sientan en despachos y toman decisiones.

—Entonces, ésta es su decisión final respecto al Kosmograd —le pasó un trozo de fino papel doblado—. Encontré esta hoja impresa con las órdenes de Moscú para Yefremov. Van a dejar que se precipite fuera de órbita en los próximos tres meses.

Descubrió que ahora era él quien estaba mirando fijamente el cuadro que tanto odiaba.

—Casi ni importa ya —se oyó decir.

Y luego ella se puso a llorar amargamente con su cara hundida en su hombro atrofiado.

—Pero tengo un plan, Tatjana —dijo acariciándole el cabello—, ahora debes escucharme.

Miró la esfera de su viejo Rolex. Estaban sobre Siberia Oriental. Aún recordaba que el reloj se lo había regalado el embajador suizo en un enorme salón con arcadas del Palacio del Gran Kremlin.

Era hora de empezar.

Flotó fuera de su Salyut hacia la esfera de atraque, sacudiéndose la larga tira de papel pijama que intentaba enrollarse en su cabeza.

Todavía podía trabajar rápida y provechosamente con su mano sana. Sonreía mientras liberaba una bombona de oxígeno de sus bandas de anclaje. Agarrándose a un asidero, proyectó la botella con todas sus fuerzas contra la esfera. Rebotó con un fuerte ruido, pero sin dañar nada. Fue tras ella, la recogió y la volvió a lanzar.

Entonces alcanzó la alarma de descompresión.

Los altavoces expulsaron polvo mientras una alarma comenzó a gemir. Disparadas por la alarma, las plataformas de embarque se cerraron de golpe con un susurro hidráulico. A Korolev se le taponaron los oídos. Estornudó y fue otra vez tras la botella.

Las luces subieron a su máxima intensidad, luego parpadearon y se apagaron. Sonrió en la oscuridad, palpando la bombona de acero. Stoiko había provocado el colapso de los

sistemas generales. No había sido difícil. Los bancos de memoria estaban ya fragmentados y al borde del colapso, sobrecargados con las emisiones de televisión.

—Se trata de pelear con los puños —murmuró, golpeando la botella contra el muro. Las luces parpadearon tenuemente cuando las baterías de emergencia se activaron.

Su hombro comenzó a dolerle. Aguantándose, continuó golpeando, provocando un estruendo similar al de una explosión. Tenía que salir bien. Debía engañar a Yefremov y a la tripulación artillera.

La rueda manual de una de las compuertas comenzó a girar chirriando. Al final se abrió de golpe y Tatjana le miró tímidamente, con una risita.

—¿Ya está libre el Fontanero? —preguntó, soltando la botella.

—Stoiko y Umansky están discutiendo con el vigilante —golpeó con el puño contra su palma—. Grishkin está preparando las naves.

La siguió por el pasaje hasta la siguiente esfera de ataque. Stoiko estaba ayudando al Fontanero a pasar por la compuerta que iba hacia el anillo de los barracones. El Fontanero estaba descalzo y *con* la cara pálida bajo un brote de barba descuidada. El meteorólogo Umansky los seguía, arrastrando el cuerpo inerte de un soldado.

—¿Cómo estás, Fontanero?

—Todavía tiemblo. Me estuvieron drogando con Miedo, no con grandes dosis, pero... ¡Pensé que era un reventón de verdad!

Grishkin se deslizó por el Soyuz más próximo a Korolev, cargando con un montón de herramientas y medidores atados por una cuerda de nailon.

—Están todos controlados. El colapso del sistema les ha dejado en automático. He bloqueado todos sus controles remotos con un destornillador, así que no pueden manejarlos desde el control de Tierra. ¿Cómo te va, amigo Nikita? —preguntó al Fontanero—. Irás todo cuesta abajo hasta China central.

El Fontanero pestañeó, estremeciéndose sobresaltado.

—No hablo chino.

Stoiko le pasó un rollo impreso.

—Esto es mandarín fonético: «Quiero desertar. Lléveme a la embajada japonesa más cercana».

El Fontanero soltó una risita y pasó sus dedos por su corta y dura mata de pelo sudoroso.

—¿Y qué pasa con vosotros? —preguntó.

—¿Crees que estamos haciendo todo esto sólo por ti? —mientras Tatjana le hizo una mueca despectiva—. Asegúrate de que el servicio de noticias chinas se hace con el resto del rollo. Cada uno de nosotros tiene una copia. ¡Así haremos ver a todo el mundo lo que la Unión Soviética tiene preparado para el coronel Vasilievich Korolev, el primer hombre en Marte! —y le lanzó un beso al Fontanero.

—¿Qué hacemos con éste, Filipchenko? —preguntó Umansky. Unas pocas gotas oscuras de sangre coagulada flotaron de manera errática cerca de las mejillas del soldado.

—¿Por qué no te llevas a este pobre cabrón contigo? —dijo Korolev.

—Entonces ven conmigo, gilipollas —dijo el Fontanero, agarrando el cinturón de Filipchenko y empujándolo hacia la escotilla del Soyuz—. Yo, Nikita el Fontanero, te voy a hacer el favor de tu vida.

Korolev observó cómo Stoiko y Grishkin sellaban la escotilla de enfrente.

—¿Dónde están Romanenko y Valentina? —preguntó Korolev, comprobando de nuevo su reloj.

—Aquí, mi coronel —dijo Valentina, su pelo rubio flotando alrededor de su cara en la escotilla de otro Soyuz—. Este ya lo hemos probado —dijo con una risita.

—Ya tendréis tiempo para eso en Tokio —aplaudió Korolev—. Habrá jets de interceptación en Vladivostok y Hanoi en pocos minutos.

El brazo desnudo y musculoso de Romanenko salió y la metió en la nave. Stoiko y Grishkin sellaron la escotilla.

El Kosmogradó sonó con un golpe hueco cuando el Fontanero, con Filipchenko inconsciente, despegó. Otro golpe y los amantes salieron también.

—Acompáñame, amigo Umansky —dijo Stoiko—. ¡Y adiós, mi coronel!

Los dos hombres se fueron por el corredor.

—Iré contigo —dijo Grishkin a Tatjana riéndose—. Después de todo eres piloto.

—No —dijo ella—. Vas solo. Debemos doblar las posibilidades. Estarás en automático. Simplemente, no toques nada del panel.

Korolev la vio ayudar a Grishkin en la esfera de atraque del último Soyuz.

—Te llevaré a bailar, Tatjana —dijo Grishkin—, en Tokio.

Ella selló la escotilla. Otra explosión y Stoiko y Umansky salieron de la esfera de atraque contigo.

—Vete ahora, Tatjana —dijo Korolev—. Date prisa. No quiero que te derriben mientras sobrevuelas aguas internacionales.

—Ahora se queda solo, coronel, solo frente a nuestros enemigos.

—Cuando te vayas, ellos también se irán —dijo él—. Y depende del escándalo que provoquéis para avergonzar al Kremlin el que yo me mantenga vivo aquí.

—¿Y qué debo decirles en Tokio, coronel? ¿Tiene algún mensaje para el mundo?

—Dícales... —y todos los clichés le vinieron a la mente, con tan completa precisión que le hizo querer reírse históricamente. Un *pequeño paso... vinimos en paz... trabajadores del mundo*—. Debe decirles que realmente lo necesito —dijo pellizcando su muñeca raquítica— en mis propios huesos.

Ella lo abrazó y se deslizó hacia fuera.

Esperó a solas en la esfera de atraque. El silencio le atacaba los nervios, el colapso del sistema había desactivado los sistemas de ventilación, con cuyo zumbido había vivido durante veinte años. Finalmente escuchó al Soyuz de Tatjana soltarse.

Alguien venía por el corredor. Era Yefremov, moviéndose torpemente en su traje espacial. Korolev sonrió.

Yefremov llevaba su inexpresiva máscara oficial detrás del visor Lexan, pero evitó encontrarse con los ojos de Korolev cuando pasó a su lado. Se dirigía a la sala de batería.

La sirena aullaba la llamada de alerta total de combate.

La escotilla de la sala de batería estaba abierta cuando Korolev la alcanzó. Dentro, los soldados se estaban moviendo a saltos con el inconsciente reflejo de su continuo entrenamiento, ajustándose el cinturón de los asientos de la consola sobre el pecho de sus gruesos trajes.

—¡No lo hagáis! —Korolev flotó dentro de la sala. Se agarró al duro tejido de acordeón del traje de Yefremov. Uno de los aceleradores se encendió con un petardeo en estacatto. Aparecieron dos barras verdes cruzadas en una pantalla de seguimiento con un punto rojo en el centro.

Yefremov se quitó el casco. Con calma y sin cambiar su expresión, apartó la mano de Korolev con el casco.

—Dícales que se detengan —dijo Korolev en un lamento. Las paredes temblaron cuando un rayo salió restallando con el sonido de un látigo—. ¡Tu esposa, Yefremov! ¡Está ahí fuera!

—Largo de aquí, coronel —Yefremov agarró el hombro artrítico de Korolev y apretó. Korolev gritó—. Fuera de aquí —y un puño enguantado le alcanzó en el pecho. Korolev le golpeó desesperado en el traje espacial mientras lo arrastraban fuera, al corredor—. Ni siquiera yo, coronel, me atrevería a interponerme entre el Ejército Rojo y sus órdenes —Yefremov ahora parecía enfermo. La máscara había desaparecido—. Buen golpe —dijo—, espere aquí hasta que esto termine.

Entonces el Soyuz de Tatjana chocó con el emplazamiento del láser y el anillo de barracones. Como en un daguerrotipo de medio segundo de cruda luz solar, Korolev vio la sala de la batería arrugarse y comprimirse como una lata de cerveza aplastada por una bota. Vio el torso decapitado de un soldado girando y alejándose de la consola. Vio a Yefremov tratando de hablar, su pelo erizado, pues el vacío succionaba el aire de su traje espacial hacia fuera, por la junta abierta del casco. Dos hileras paralelas de sangre salieron desde las aletas de la nariz de Korolev. Entonces oyó el rugido del aire al escapar, ahogado inmediatamente por un rugido dentro de su cabeza. Lo último que escuchó, antes de que todo sonido se desvaneciera, fue la escotilla cerrándose de golpe.

Cuando se despertó, estaba a oscuras, con una palpitante agonía tras los ojos, y se acordó de las viejas instrucciones. Corría ahora un peligro tan grande como en una fuga provocada por explosión; el nitrógeno burbujearía en la sangre y golpearía con un dolor intenso, al rojo vivo... Sus pulmones lucharían desesperadamente en el vacío. La tensión sanguínea se incrementaría. Sentiría la lengua saliéndose de la boca. Todo esto comenzó a parecerle muy lejano, realmente como una discusión académica. Giró la rueda de la escotilla llevado únicamente por un cierto extraño sentido del deber. La labor era pesada y deseó intensamente volver al museo para dormir.

Podía reparar las fugas con silicona, pero el colapso general del sistema le desbordaba. Le quedaba el jardín de Glushko. Con las verduras y las algas, no se moriría de hambre ni se quedaría sin aire. El módulo de comunicación junto con la sala de batería y el anillo de barracones habían desaparecido arrancados de la estación por el impacto del suicida Soyuz de Tatjana.

Asimiló que la colisión habría alterado la órbita del Kosmograd, pero no tenía forma de predecir la hora final de su incandescente encuentro con la estratosfera. Durante aquellos días, había estado enfermo con frecuencia y a menudo pensó que moriría antes de la volatilización, lo cual le molestaba.

Dedicó incontables horas a mirar las cintas de la biblioteca del museo. Un trabajo adecuado para el Último Hombre del Espacio, que una vez había sido el Primer Hombre en Marte.

Se obsesionó con el retrato de Gagarin, y puso una y otra vez las imágenes de televisión de los sesenta, las noticias que inexorablemente concluían con la muerte del cosmonauta. El estancado aire del Kosmograd se poblaba con los espíritus de los mártires; Gagarin, el primer tripulante del Soyuz, los americanos asados vivos en su rechoncho Apolo...

A menudo soñaba con Tatjana, sintiendo la misma mirada en sus ojos que la que había imaginado en los retratos del museo. Y en una ocasión se despertó o soñó que se despertaba en el Soyuz donde ella había dormido, con una linterna atada a su frente, alimentada por una batería, y despertó vestido con su viejo uniforme. Desde una gran distancia, como si estuviera viendo un reportaje en el monitor del museo, se vio a sí mismo arrancarse la Estrella de la Orden de Tsiolkovsky de su pecho y graparla al certificado de piloto de ella.

Cuando oyó aquel golpeteo, pensó que tenía que ser también un sueño.

La rueda de la escotilla del museo giró y se abrió.

En la azulada y parpadeante luz, como de una película vieja, vio que la mujer era negra. Largas trenzas de pelo ensortijado flotaban como cobras alrededor de su cabeza. Llevaba anteojos, una bufanda de seda de aviador retorciéndose tras ella por la ingravidez.

—Andy —dijo en inglés—, será mejor que veas esto.

Un hombre pequeño, musculoso y casi calvo, vestido sólo con una coquilla y un tintineante cinturón de herramientas, apareció flotando detrás de ella y miró.

—¿Está vivo?

—Por supuesto que estoy vivo —dijo Korolev, en un inglés con algo de acento.

El hombre llamado Andy pasó flotando sobre su cabeza.

—¿Jack, estás bien? —su bíceps derecho estaba tatuado con un globo geodésico, despidiendo rayos hacia arriba, y llevaba la leyenda SUNSPARK 15 UTAH—. No esperábamos que hubiera nadie.

—Yo no soy nadie —dijo Korolev pestañeando.

—Hemos venido a vivir aquí —dijo la mujer, acercándose.

—Venimos de los globos. Somos ocupas, supongo que podríamos decirlo así. Oímos que este lugar estaba vacío. ¿Sabes la órbita de caída de esta cosa? —el hombre ejecutó una torpe caída en medio del aire, las herramientas tintineando en su cinturón—. Esta ingravidez es espantosa.

—Dios —dijo la mujer—. ¡No me puedo acostumbrar! Es maravilloso. Es como saltar desde el cielo, pero sin viento.

Korolev miró al hombre, que tenía el descuidado y rudo aspecto de alguien borracho de libertad desde que nació.

—Pero ni siquiera tienen una lanzadera —dijo él.

—¿Lanzadera? —dijo el hombre riendo—. Lo que vamos a hacer es subir esos motores de propulsión suplementarios por los cables del globo, sujetarlos y encenderlos.

—Eso es una locura —dijo Korolev.

—Hemos llegado hasta aquí, ¿no?

Korolev asintió. Si era un sueño, era uno muy peculiar.

—Soy el coronel Yuri Vasilevich Korolev.

—¡Martel! —la mujer aplaudió—. Espera a que los niños oigan esto. Atrapó el pequeño modelo de vehículo lunar Lunokhod y comenzó a darle cuerda.

—Eh —dijo el hombre—, tengo trabajo. Tenemos un montón de motores de propulsión ahí fuera. Tenemos que subir esto antes de que empiece a quemarse.

Algo golpeó contra el casco. El Kosmogrado resonó con el impacto.

—Ése debe de ser el Tulsa —dijo Andy, consultando un reloj de pulsera—. Justo a tiempo.

—Pero ¿por qué? —Korolev sacudió su cabeza, profundamente confundido—. ¿Por qué han venido?

—Te lo hemos dicho. Para vivir aquí. Podemos agrandar esta cosa, quizás construir más. Dijeron que nunca podríamos vivir en los globos, pero fuimos los únicos que los hicimos funcionar. Era nuestra oportunidad para llegar aquí, por nuestra cuenta. ¿Quién podría querer vivir aquí por voluntad de un gobierno, por alguna división del ejército o por un grupo de chupatintas? Tienes que desear *una frontera*, quererla hasta en los huesos, ¿sí?

Korolev sonrió. Y él le devolvió la sonrisa.

—Agarramos esos cables de energía y nos subimos directamente. Y cuando llegas a la cima, bueno, tío, o das el gran salto, o te pudres allí —su voz se elevó— y no miras atrás, ¡no señor! Dimos ese gran salto ¡y aquí estamos!

La mujer volvió a colocar las ruedas de velero del modelo en la pared curvada y lo soltó. Salió andando por encima de sus cabeza, zumbando alegremente.

—¿No es una monada? A los niños les va a encantar.

Korolev miró a Andy a los ojos. El Kosmogrado volvió a resonar, desplazando el pequeño modelo Lunokhod hacia un nuevo rumbo.

—Los Ángeles Este —dijo la mujer—. Ese es el de los niños —se sacó los anteojos y Korolev vio sus ojos brillando con una maravillosa locura.

—Bueno —dijo Andy, haciendo sonar su cinturón de herramientas—. ¿Te apetece enseñarnos los alrededores?

## MOZART CON GAFAS DE ESPEJO

### Bruce Sterling y Lewis Shiner

Esta desenfadada fantasía sobre un viaje en el tiempo surgió dentro del feliz espíritu de camaradería de esta corriente. Su impetuosa energía y su agresiva sátira política son claras señales de que estos escritores se cuestionan cosas como América, el Tercer Mundo, el «desarrollo» y la «explotación». Y también ofrecen ideas sobre la ciencia ficción: la energía y la diversión son sus derechos naturales de nacimiento.

La figura de Wolfgang Amadeus Mozart parece tener una especial resonancia en esta década y ha aparecido en películas, obras de Broadway, vídeos de rock, y también en la ciencia ficción. Esto representa un interesante caso de sincronicidad cultural. Algo anda suelto en los ochenta. Y todos nosotros estamos en ello.

Desde la colina norte de la ciudad, Rice vio la Salzburgo del siglo XVIII extenderse bajo él como un almuerzo a medio comer.

Grandes torres desmochadas y bulbosos e hinchados tanques de almacenamiento empequeñecían las ruinas de la catedral de San Ruperto. Un humo blanco y pesado subía en oleadas desde los almacenes de la refinería. Rice podía saborear un familiar olor acre a petroquímica desde donde estaba sentado, bajo las hojas de un roble que se estaba marchitando.

El panorama en su totalidad le complacía. «No firmas para un proyecto de viaje en el tiempo», pensó, «a menos que te agrade lo incongruente». Como esa fática estación de bombeo sobresaliendo desde el patio central del convento, o esas altas y rectas tuberías, como trazadas a tiralíneas, que rompían el laberinto de calles adoquinadas de Salzburgo. Quizás fuera un poco fuerte para la ciudad, pero Rice apenas tenía la culpa. El flujo temporal se había enfocado al azar en el lecho de rocas bajo Salzburgo, formando una burbuja expandible que conectaba este mundo con el del tiempo de Rice.

Era la primera vez que veía el complejo desde fuera de las altas vallas cerradas con cadenas. Durante dos años había estado hasta el cuello para conseguir que la refinería fuera operativa. Había dirigido equipos por todo el planeta como los que calafatearon los balleneros de Nantucket para servir como petroleros, o había formado a los soldadores de tuberías para construir el oleoducto desde distancias tan lejanas como el Sinaí y el Golfo de México.

Pero por fin estaba fuera de todo esto. Sutherland, el delegado político de la compañía, le había prohibido entrar en la ciudad, pero Rice no tenía paciencia con su actitud. La menor tontería parecía contrariar a Sutherland. Ella perdía el sueño por la menor de las trivialidades de los «locales». Dedicaba horas y horas a adoctrinar a los «locales» de la ciudad, la gente que esperaba en las afueras de la milla cuadrada del complejo, suplicando, noche y día, por radios, nailon o un frasco de penicilina.

«Que se vaya a la mierda», pensó Rice. La planta estaba montada y rompía los récords calculados en su diseño, y a Rice le debían por lo tanto una pequeña Recompensa y una Recomendación. Tal como él lo veía, quien no fuera capaz de encontrar algo de acción en el Año de Gracia de 1775 era porque debía de estar muerto cerebralmente. Se levantó y se sacudió el polvo de sus manos con un pañuelo de suave encaje.

Un velomotor traqueteaba subiendo por la ladera hacia él, tambaleándose frenéticamente. El conductor parecía incapaz de mantener los altos tacones de sus zapatos con hebilla delantera en los pedales y cargar al mismo tiempo un enorme radiocassette en su brazo derecho. El velomotor frenó, con una inclinación, a una respetuosa distancia, y Rice reconoció la música del radiocassette: la Sinfonía

El chico bajó la música mientras Rice caminaba hacia él.

—Buenos días, señor Director de Administración. ¿Interrumpo algo?

—No, no importa —Rice echó un vistazo al corte de cepillo del chico, que había reemplazado su peluca pasada de moda. Había visto al chaval alrededor de las puertas; era uno de los habituales. Pero su música había hecho que algo más encajara—. Tú eres Mozart, ¿no?

—Wolfgang Amadeus Mozart, para servirle.

—Maldita sea mi suerte. ¿Sabes lo que hay en esa cinta?

—Lleva mi nombre.

—Sí. Tú la escribiste, o deberías hacerlo, supongo que habría que decirlo así. Dentro de quince años a partir de este momento.

Mozart asintió.

—Es tan bella. No sé suficiente inglés para expresar lo que siento al escucharla.

A esa hora la mayoría de la gente estaría concentrada en las puertas esperando el reparto. Rice estaba impresionado tanto por el tacto del chico por no mencionar su dominio del inglés. Por lo general, el vocabulario habitual de los lugareños no iba mucho más allá de «radio», «droga» y «jódete».

—¿Vuelves a la ciudad? —preguntó Rice.

—Sí, Señor Director de Administración.

A Rice le gustaba algo en ese chico. Su entusiasmo, el brillo de sus ojos, y, por supuesto, que resultase ser uno de los grandes compositores de todos los tiempos.

—Olvida el tratamiento —dijo Rice—. ¿Adónde puede uno ir de juerga en este lugar?

Al principio Sutherland no quería que Rice fuera a la reunión con Jefferson. Pero Rice sabía un poco de física del tiempo, y Jefferson había estado dando la lata al personal americano preguntando sobre los agujeros en el tiempo y los mundos paralelos.

Rice, por su parte, estaba interesado en la posibilidad de conocer a Thomas Jefferson, el primer presidente de los Estados Unidos. Nunca le había gustado George Washington y por eso se alegraba de que sus vínculos masónicos le hubieran obligado a rechazar el formar parte de un gobierno norteamericano «sin Dios».

Rice se removía en su traje de doble tejido de dacrón, mientras le esperaba junto a Sutherland en el salón con aire acondicionado del Castillo Hohenzalzburg.

—Había olvidado lo grasiento que te hacen sentirte estos trajes —elijo.

—Al menos —elijo Sutherland—, hoy no te has puesto ese maldito gorro —el jet VTOL de América llegaba tarde, y ella miraba continuamente al reloj.

—¿Mi tricornio? —dijo Rice—. ¿No te gusta?

—Es un gorro masón, por amor de Dios. Es el símbolo de la reacción antimoderna —el Frente Masón Libre de Liberación, un grupo político—religioso que había llevado a cabo tantos cuantos patéticos ataques al oleoducto era otra de las pesadillas de Sutherland.

—¡Eh! Afloja un poco, ¿vale, Sutherland? Un fan de Mozart me regaló ese sombrero. Teresa María Angélica no—sé—qué—más, una aristócrata arruinada. Todos van a la discoteca del centro. Simplemente quería parecerme a ellos.

—¿Mozart? ¿Has estado confraternizando con Mozart? ¿No te parece que debemos dejarlo en paz? ¿Después de todo lo que le hemos hecho?

—Tonterías —dijo Rice—, estoy autorizado. Me he pasado dos años montando esto mientras tú te dedicabas a jugar al fútbol con Robespierre y Thomas Paine. Hago unas pocas escapadas con Mozart y te cabreas conmigo. ¿Y qué pasa con Parker? No te oigo alborotar porque esté tocando rock and roll todos los días en su numerito de la madrugada. Puedes oírle aullar por todos y cada uno de los transistores baratos de la ciudad.

—El es un oficial de propaganda. Créeme, si pudiera pararlo lo haría, pero Parker es un caso especial. Tiene contactos por todas partes en Tiempo Real —se frotó la mejilla—. Dejémoslo, ¿vale? Sólo intenta ser amable con el presidente Jefferson. Últimamente lo

está pasando muy mal.

La secretaria de Sutherland, una antigua dama de compañía, apareció para anunciar la llegada del avión. Jefferson, furioso, la empujó al pasar. Era alto para ser un local, tenía una mata de pelo rojo brillante y los ojos más duros que Rice hubiera visto nunca.

—Siéntese, señor Presidente —Sutherland señaló el otro lado de la mesa—. ¿Desea un café o té?

Jefferson gruñó.

—Quizás un Madeira —dijo—, si es que tiene.

Su secretaria miraba sin comprender, y cuando Sutherland asintió, se apresuró.

—¿Qué tal fue el vuelo? —preguntó Sutherland.

—Sus motores son de lo más impresionante —dijo Jefferson—, como va saben —Rice vio el sutil temblor en la mano del hombre; no se había adaptado bien al vuelo en jet—, tan sólo desearía que su sensibilidad política estuviera igual de avanzada.

—Usted sabe que no puedo hablar por mis superiores —dijo Sutherland—. Por lo que a mí se refiere, lamento profundamente los aspectos más oscuros de esta operación. Florida se perderá.

Irritado, Rice se inclinó hacia delante.

—Usted no está aquí para discutir sobre sensibilidades políticas, ¿no?

—Libertad, señor —dijo Jefferson—. La cuestión es la libertad —la secretaria regresó con una botella de jerez cubierta de telarañas y una pequeña torre de vasos de plástico transparente. En ese momento, a Jefferson le temblaban las manos claramente; se sirvió un vaso y se lo bebió de un trago. El color le volvió al rostro. Entonces dijo—: Ustedes hicieron ciertas promesas cuando nos unimos a sus fuerzas. Garantizaron la libertad y la igualdad, y la libertad para buscar nuestra propia felicidad. ¡En vez de eso nos encontramos con su maquinaria por todos los lados y con sus baratas mercancías que seducen a la gente de nuestro gran país, mientras nuestros minerales y nuestras obras de arte desaparecen en sus fortalezas y nunca más vuelven a aparecer de nuevo!

Sutherland se encogió en su silla.

—El bien común requiere cierto período de... ajuste.

—Vamos, Tom —intervino Rice—. No firmamos una alianza. Eso son tonterías. Les sacudimos a los ingleses y vosotros les disteis, pero de rebote, y erais vosotros los que teníais la maldita responsabilidad de hacerlo. Segundo, si sacamos petróleo y agarramos unos pocos cuadros, ¿qué puñetas tiene que ver eso con vuestra libertad? Eso nos da igual. Haced lo que queráis, simplemente manteneos fuera de nuestro camino. ¿Vale? Si hubiéramos tenido que sentarnos a negociar, os hubiésemos dejado con los británicos en el poder.

Jefferson se sentó. Sutherland, humildemente, le sirvió otro vaso que bebió de un trago.

—No puedo entenderos —dijo—. Afirmáis que venís del futuro, pero sin embargo parecéis inclinados a destruir vuestro propio pasado.

—Pero esto no es así —dijo Rice—. Sucede de este modo: la historia es como un árbol, ¿de acuerdo? Cuando vuelves atrás y te lías con el pasado nace otra rama de la historia, desde el tronco principal. Bueno, este mundo es precisamente una de esas ramas.

—Así que —dijo Jefferson— este mundo, mi mundo, no conduce a vuestro futuro.

—Así es —dijo Rice.

—¡Eso os deja libres para violar y hacer pillaje a placer! ¡Mientras vuestro mundo permanece intacto y seguro! —Jefferson se puso de pie otra vez—. Encuentro la idea monstruosa más allá de toda opinión. ¡Intolerable! ¿Cómo podéis tomar parte en semejante despotismo? ¿No tenéis sentimientos humanos?

—Oh, por amor de Dios —dijo Rice—. Por supuesto que sí. ¿Qué pasa con las radios y las revistas y las medicinas que os hemos dado? Personalmente creo que tienes bastante

cara dura viniendo aquí a darnos una lección de humanidad, con todas esas marcas en la cara, la camisa sin lavar, y todos tus esclavos en casa.

—¡Rice! —gritó Sutherland.

Rice miró a Jefferson a los ojos. Muy despacio, Jefferson se sentó.

—Mira —dijo Rice suavemente—. No queremos ser poco razonables. Quizás las cosas no funcionan como creíste, pero, ¡eh!, ¿sabes?, así es la vida. ¿Qué es lo que quieres *de verdad*? ¿Coches?, ¿películas?, ¿teléfonos?, ¿control de natalidad? Simplemente dílo y es tuyo.

Jefferson se apretó los párpados con los pulgares.

—Sus palabras no significan nada para mí, señor. Yo sólo quiero... sólo quiero volver a mi casa. A Monticello y tan pronto como sea posible.

—¿Una de sus migrañas, señor Presidente? —preguntó Sutherland—. He pedido que le preparen esto —empujó un frasco de pastillas hacia el otro lado de la mesa, hacia donde él estaba sentado.

Después de que Jefferson se fuera, Rice casi esperaba una reprimenda. En vez de eso, Sutherland dijo:

—Parece que tienes una enorme fe en el proyecto.

—¡Eh! ¡Animo! —dijo Rice—. Has pasado demasiado tiempo con esos politicastos. Créeme, es una época sencilla con gente sencilla. Seguramente Jefferson estaba un poco cabreado, pero volverá. ¡Relájate!

Rice encontró a Mozart limpiando las mesas del comedor principal del Castillo Hohenzalzburg. Con sus desteñidos vaqueros, su chaqueta sin cuello y sus gafas de espejo casi podría haber pasado por un adolescente del tiempo de Rice.

—¡Wolfgang! —le llamó Rice—. ¿Cómo te va en tu nuevo trabajo?

Mozart puso una pila de platos a un lado y se pasó las manos por su pelo corto.

—Wolf—le dijo—, llámame Wolf, ¿vale? Suena más... más moderno, ¿sabes? Pero, bueno, sí, realmente quiero agradecerte todo lo que hasta ahora has hecho por mí. Las cintas, la historia, los libros, este trabajo, ¡es tan maravilloso ya sólo el estar aquí!

Su inglés, Rice se dio cuenta, había mejorado notablemente en las tres últimas semanas.

—¿Todavía vives en la ciudad?

—Sí, pero tengo ahora mi propio espacio. ¿Vienes al concierto de esta noche?

—Por supuesto —dijo Rice—. ¿Por qué no acabas con esto mientras me voy a cambiar, y luego salimos a comer un sachertorte, vale? Va a ser una noche estupenda.

Rice se vistió precavidamente, con un traje de cota de malla bajo el abrigo de terciopelo y con briches hasta las rodillas. Llenó los bolsillos con baratijas para regalar y luego se encontró con Mozart en la puerta trasera.

Los de seguridad permanecían fuera, alrededor del castillo, mientras los focos barrían el cielo. Rice sintió una tensión nueva en el festivo abandono de las masas en el centro de la ciudad.

Como cualquiera de su época, sobresalía entre los locales. Incluso de incógnito se sentía destacar tan peligrosamente.

Dentro del club, Rice se ocultó en la oscuridad y se relajó. El lugar era la mitad de la planta baja de una casa de la ciudad remodelada, perteneciente a un joven aristócrata; algunos ladrillos sobresalían todavía indicando el emplazamiento de los antiguos muros. Los parroquianos eran en su mayoría locales, vestidos con cualquier prenda de Tiempo Real que hubieran encontrado en la basura. Rice vio incluso a un chico llevando un par de bragas de seda en la cabeza.

Mozart salió a escena. De su guitarra brotaron arpegios en forma de minueto que sonaban sobre las secuencias de motivos corales. Las pilas de amplificadores retumbaron con ráfagas de sintetizadores, sacadas de una cinta de los cuarenta principales de K-Tel.

La enfervorizada audiencia arrojó sobre Mozart confeti arrancado del papel artesanal del club.

Luego, Mozart se fumó un porro de hachís turco y le preguntó a Rice sobre su futuro.

—¿El mío, quieres decir? —dijo Rice—. No te lo creerías. Seis mil millones de personas y nadie tiene que trabajar si no quiere. Quinientos canales de televisión en cada casa. Coches, helicópteros y ropas que te sacarían los ojos de las órbitas. Mogollón de sexo fácil. ¿Te gusta la música? Puedes tener tu propio estudio de grabación que te pone a tope en escena, como con tu jodido clavicordio.

—¿De verdad? Daría cualquier cosa por ver eso. No puedo entender por qué regresas.

Rice se encogió de hombros.

—Quizás lo deje dentro de unos quince años. Cuando vuelva, tendré lo mejor de lo mejor. Todo lo que quiera.

—¿Quince años?

—Sí. Tienes que entender cómo funciona el Portal. Ahora mismo es tan alto como tú, del tamaño justo para un cable telefónico y un oleoducto, y quizás para las ocasionales sacas de correo dirigidas a Tiempo Real. Hacerlo tan grande como para trasladar gente o equipo resultaría increíblemente caro. Tan caro que sólo lo hacen en dos ocasiones; al principio y al final del proyecto. Así que, sí, imagino que estamos atrapados aquí.

Rice tosió violentamente y se bebió su copa. Ese hachís del Imperio Otomano había soltado sus ataduras mentales. Ahí estaba, confiando en Mozart, haciendo que el chico quisiera emigrar, y no había ninguna jodida manera de que Rice pudiera conseguirle una carta verde<sup>1</sup>. No con los millones que querían un viaje gratis al futuro, miles de millones si se contaban otros proyectos como el Imperio Romano o el Nuevo Reino de Egipto.

—Pero estoy realmente *contento* de estar aquí—dijo Rice—. Es como... como barajar las cartas de la historia. Nunca sabes qué saldrá en la siguiente —Rice le pasó el porro a una de las fans de Mozart, Antonia no—sé—qué—. Es genial estar vivo. Mírate. Te va estupendamente, ¿no? —se inclinó sobre la mesa, hacia delante, poseído por una súbita sinceridad—. Quiero decir, todo está bien ¿no? ¿No nos odiarás a todos nosotros por haber jodido este mundo o algo así?

—¿Bromeas? Estás mirando al héroe de Salzburgo. De hecho, se supone que su señor Parker va a hacer una grabación de mi último número de esta noche. ¡Me conocerán pronto en toda Europa! —alguien le gritó a Mozart en alemán, desde el otro extremo del club. Mozart le miró y le saludó crípticamente—. Enróllate, tío —se volvió a Rice—. Ya ves que me va bien.

—Sutherland se preocupa por cosas como esas sinfonías que nunca vas a escribir.

—¡Tonterías! No quiero escribir sinfonías. ¡Puedo escucharlas cada vez que quiera! ¿Quién es Sutherland? ¿Es tu novia?

—No, a ella le gustan los locales. Danton, Robespierre, gente así. ¿Y tú? ¿Tienes a alguien?

—Nadie en especial. No desde que era niño.

—¿Ah, sí?

—Bueno, cuando era niño vivía en la corte de María Teresa. Acostumbraba jugar con su hija María Antonia. María Antonieta se llama a sí misma ahora. La chica más bella de su época. Solíamos tocar duetos. Solíamos bromear acerca de nuestra boda, pero se fue a Francia con ese cerdo de Luis.

—Mierda —dijo Rice—. Esto es realmente sorprendente, ¿sabes?, ella es prácticamente una leyenda en el lugar de donde vengo. Le cortaron la cabeza durante la Revolución Francesa por organizar demasiadas fiestas.

—No, no lo hicieron...

—Eso fue en *nuestra* Revolución Francesa —dijo Rice—. La vuestra fue una bronca mucho menor.

<sup>1</sup> Referencia al permiso de trabajo necesario en Estados Unidos, que resulta especialmente complicado conseguir. Luego los autores juegan con la idea, de ahí su «carta gris. (N. de los T.)

—Debes ir a verla, si es que te interesa. Ciertamente, te debe un favor por haberle salvado la vida.

Antes de que Rice pudiera contestar, Parker llegó hasta su mesa, rodeado de ex damas casaderas, con minifaldas de spándex y sujetadores con las copas de lentejuelas.

—¡Hola, Rice! —gritó Parker, despreocupadamente anacrónico con su camiseta y sus vaqueros de cuero negro—. ¿De dónde has sacado ese par de palos de escoba sin caderas? ¡Ven, vamos de juerga!

Rice miró a las chicas que se sentaban alrededor de la mesa y descorchaban botellas de champán de una caja. A pesar de lo pequeño, gordo y repulsivo que era Parker, ellas se acuchillarían sin pestañear por la oportunidad de dormir entre sus limpias sábanas para asaltar luego el botiquín de su baño.

—No, gracias —dijo Rice, sorteando los largos cables conectados al equipo de grabación de Parker.

La imagen de María Antonieta le había atrapado, y ya no se libraría de ella.

Rice estaba sentado desnudo en el borde de una cama con dosel, temblando un poco por el aire acondicionado. Más allá del abultado acondicionador de la ventana, a través de los paneles de cristal del siglo XVIII, vio el lujuriente y verde paisaje, salpicado de pequeñas cascadas.

En el jardín, un equipo de jardineros, formado por antiguos aristócratas en monos azul oscuro, arrancaba los hierbajos bajo la aburrida mirada de un campesino guarda. El guarda, vestido de pies a cabeza con ropa de camuflaje, a excepción de la escarapela tricolor en el sombrero reglamentario, masticaba chicle y jugueteaba con la banda de su barata ametralladora de plástico. Los jardines del Petit Trianon, como los de Versalles, eran tesoros que merecían el mejor de los cuidados. Pertenecían a la Nación, pues eran demasiado grandes como para ser trasladados por el Portal del tiempo.

María Antonieta estaba tendida a lo ancho sobre las sábanas de satén rosa de la cama, vestida sólo con un resto de ropa interior negra, y ojeando un número de *Vogue*. Las paredes del dormitorio estaban llenas de cuadros de Boucher; metros y metros de nalgas sedosas, lomos rosados y labios fruncidos con picardía. Rice miró perplejo desde el retrato de Louise O'Morphy, estirada como una gata en un diván, hasta la redondez sedosa del trasero y los muslos de Antoñita. Respiró profunda, cansinamente.

—Tío —dijo—, ese hombre sabía pintar.

Antoñita partió un trozo de chocolate Hershey y señaló la revista.

—Quiero este bikini de cuero —dijo—. Siempre, desde que fui una chica, mi maldita madre me ataba esos malditos corsés. Ella creía que lo... que... llamas mi trasero sobresalía demasiado.

Rice se inclinó entre sus sólidas piernas y le dio unas palmaditas en el trasero para transmitirle confianza. Se sintió maravillosamente estúpido. Una semana y media de obsesiva carnalidad lo había reducido al estado de un animal eufórico.

—Olvídate de tu madre, nena. Ahora estás *conmigo*. ¿Quieres ese maldito bikini de cuero? Pues lo tendrás.

Antoñita se lamió el chocolate de la punta de sus dedos.

—Mañana iremos al cottage, ¿de acuerdo, tío? Nos disfrazaremos de campesinos y haremos el amor en los pajares, como nobles salvajes.

Rice dudó. Su permiso de fin de semana se había alargado a semana y media. Seguridad lo debía de estar buscando ya. «A la mierda con ellos», pensó y dijo:

—Estupendo. Voy a encargarme un almuerzo para el picnic. Foie gras y trufas, quizás algo de tortuga.

Antoñita gimoteó.

—Quiero comida moderna. Pizza, burritos y pollo frito —cuando Rice se encogió de hombros, ella le echó sus brazos al cuello— ¿Me quieres, Rice?

—¿Que si te quiero? Nena, incluso amo la simple *idea* de ti. —estaba borracho por la historia fuera de control, vibrando bajo él como la enorme motocicleta negra de la imaginación. Cuando pensaba en un París de restaurantes con comida para llevar y pastelerías floreciendo donde deberían estar las guillotinas, con un Napoleón de seis años mascando chicle Double Bubble, se sentía como el arcángel San Miguel yendo a toda velocidad.

La megalomanía, lo sabía, era un riesgo laboral. Pero pronto tendría que volver al trabajo, en sólo unos pocos días...

Sonó el teléfono. Rice se cubrió con un albornoz de satén, anteriormente propiedad de Luis XVI. A Luis no le importaría. Ahora era un cerrajero felizmente divorciado de Niza.

La cara de Mozart apareció en la pequeña pantalla del teléfono.

—Eh, tío, ¿dónde estás?

—En Francia —dijo Rice vagamente—. ¿Qué pasa?

—Jaleo, tío. Sutherland se ha vuelto majara y la han sedado. Al menos seis personas se han echado al monte, si te cuento también a ti —la voz de Mozart ya sólo tenía una mínima sombra de acento.

—Oye, no me he echado al monte. Volveré en un par de días. Tenemos... ¿cuántos?, ¿treinta personas en el norte de Europa? Si es que te preocupan los números.

—Al diablo con los números. Esto es serio. Hay levantamientos. Comanches convirtiendo las instalaciones de Texas en un infierno. Huelgas laborales en Londres y Viena. En Tiempo Real están cabreados. Hablan de sacarnos de aquí.

—¿Qué? —ahora estaba alarmado.

—Sí, llegaron noticias esta mañana. Dicen que vosotros, colegas, habéis fastidiado toda la operación. Sutherland provocó muchos líos con los locales antes de que se dieran cuenta. Estaba organizando a los masones en una suerte de resistencia pasiva y Dios sabe qué más.

—Mierda —los jodidos politicastros la habían fastidiado otra vez. No era bastante con que se pelase el culo levantando la planta y los oleoductos. Ahora tenía que arreglar el desastre de Sutherland. Miró a Mozart—. Hablando de confraternización, ¿a qué viene el *nosotros* en todo esto? ¿Qué demonios haces llamándome?

Mozart palideció.

—Sólo intento ayudar. He conseguido un puesto en comunicaciones.

—Eso implica una carta verde. ¿De dónde la sacaste?

—Eh, oye, tío, tengo que largarme. Vuelve aquí, ¿lo harás? Te necesitamos —los ojos de Mozart parpadearon, mirando por encima del hombro de Rice.

—Si quieres puedes traerte a tu conejito contigo. Pero date prisa.

—Yo... mierda, bien —dijo Rice.

El deslizador de Rice rugía a una velocidad constante de 80 km/h, levantando nubes de polvo por una carretera llena de baches. Estaban cerca de la frontera bávara. Los picudos Alpes se elevaban hasta el cielo; radiantes praderas verdes, pequeñas y pintorescas granjas y claras y rápidas corrientes de nieve fundida.

Acababan de tener su primera discusión. Antoñita le había pedido una carta verde y Rice le había dicho que no podía conseguírsela. A cambio le ofreció una carta gris que la llevaría de una rama del tiempo a otra, sin dejarle visitar Tiempo Real. Sabía que sería enviado a otra parte si el proyecto se cerraba, y quería llevarla con él. Quería hacer las cosas con decencia, no abandonarla en un mundo sin Hersheys ni *Vogues*.

Pero ella no apreciaba su oferta. Tras varios kilómetros bajo un pesado silencio, empezó a gimotear:

—Tengo que hacer pis —dijo finalmente—. Para al lado de esos malditos árboles.

—Vale —dijo Rice—. Vale.

Apagó las turbinas y comenzó a pararse. Un rebaño de vacas con manchas se apartó con un sonido de cencerros. La carretera estaba desierta.

Rice salió y se estiró, mirando a Antoñita trepar por una cerca de madera y caminar hacia la arboleda.

—¿A qué tanto misterio? —gritó Rice—. No hay nadie alrededor. ¡Hazlo ya!

Una docena de hombres ocultos en el canal irrumpieron y corrieron hacia él. En un instante, lo rodearon, apuntándole con pistolones de chispa. Llevaban tricornos y pelucas, y ropas de caballero con puños de encaje. Máscaras negras de carnaval les ocultaban el rostro.

—¿Qué coño es esto? —preguntó Rice sorprendido—. ¿Mardi Grass<sup>2</sup>?

El jefe se quitó la máscara y le hizo una reverencia burlona. Sus atractivos rasgos teutónicos estaban maquillados y sus labios estaban pintados con carmín.

—El conde Axel Ferson a su servicio, señor.

Rice conocía el nombre. Ferson había sido el amante de Antoñita antes de la Revolución.

—Escuche conde, quizás esté un poco enfadado por lo de Antoñita, pero seguro que podemos arreglarlo. ¿No preferiría tener una tele en color?

—¡Guárdese sus satánicos sobornos, señor! —aulló Ferson—. No mancharé mis manos ordeñando la vaca de los colaboracionistas. ¡Somos el Frente Masón Libre de Liberación!

—Dios —dijo Rice—. No puedes ir en serio. ¿Pretendes apoderarte de todo el proyecto con esas pistolitas de juguete?

—Somos conscientes de su superioridad en armamento, señor. Por eso le hemos tomado como rehén —habló a los otros en alemán. Le ataron las manos y lo metieron en la parte de atrás de una carreta de caballos que salió al trote desde los árboles.

—¿Ni siquiera vamos a ir en coche? —preguntó Rice. Mirando hacia atrás vio a Antoñita triste, sentada en la carretera, cerca del deslizador.

—Rechazamos sus máquinas —dijo Ferson—. Es otro de los rostros de su ateísmo. ¡Pronto os llevaremos de vuelta al infierno de donde vinisteis!

—¿Con qué? ¿Con palos de escoba? —Rice se sentó en la parte de atrás de la carreta, ignorando la peste a estiércol y a heno podrido—. No confundas nuestra amabilidad con debilidad. Si mandan al Ejército de la «carta gris» por el Portal, no quedará de vosotros ni para llenar un cenicero.

—¡Estamos listos para el sacrificio! ¡Son miles cada día los que se unen a nuestro movimiento mundial, bajo la bandera del Ojo que Todo lo Ve! ¡Exigimos nuestro destino! ¡El destino que nos habéis robado!

—¿Vuestro *destino*? —Rice estaba horrorizado—. Mira, conde, ¿alguna vez has oído hablar de la guillotina?

—Desearía no volver a escuchar nada más sobre vuestras máquinas —Ferguson gesticuló a un subordinado—. ¡Amordázalo!

Transportaron a Rice hasta una granja a las afueras de Salzburgo. Durante las quince horas que pasó machacándose los huesos en la carreta no pensó en otra cosa que en la traición de Antoñita. Si le hubiera prometido la carta verde, ¿le habría conducido igualmente a la emboscada? La carta era lo único que ella quería, pero ¿cómo podrían los masones conseguirle una?

Los vigilantes de Rice rondaban sin descanso frente a su ventana, haciendo crujir sus botas sobre el piso de madera pobremente claveteado. Por sus constantes referencias a Salzburgo, entendió que estaba teniendo lugar algún tipo de asedio.

Nadie había aparecido para negociar la liberación de Rice y los masones se estaban poniendo nerviosos. ¡Si tan sólo pudiera gruñir bajo su mordaza! Rice estaba seguro de

que así sería capaz de hacerles razonar.

<sup>2</sup> Fiesta de carnaval que se celebra en Nueva Orleans y que es famosa por su desenfreno. (N. de los T.)

Escuchó un zumbido en la distancia, aumentando rápidamente hasta convertirse en un rugido. Cuatro de los hombres corrieron afuera, dejando un solo guarda en la puerta abierta. Rice se revolvió en sus ataduras e intentó sentarse.

De pronto el maderamen sobre su cabeza saltó hecho astillas por el fuego de una ametralladora pesada. Con un ruido sordo, unas granadas explotaron en la fachada de la casa, y las ventanas estallaron pulverizadas, haciendo entrar una oleada de humo negro. Ahogándose, el masón, apuntó su pistolón de chispa hacia Rice, pero antes de que pudiera apretar el gatillo una ráfaga de balas arrojó al terrorista contra el muro.

Un hombre pequeño y fuerte con chaleco antibalas y pantalones de cuero irrumpió en la habitación. Se quitó las gafas protectoras de su cara ennegrecida por el humo, revelando unos ojos orientales. Un par de cuerdas engrasadas colgaban de su espalda. Llevaba en el brazo un fusil de asalto y en su equipo, dos bandoleras con granadas.

—Bien —gruñó—. El último que quedaba —le quitó la mordaza a Rice. El olió el sudor, el humo y el cuero apenas curado—. ¿Eres Rice?

Rice sólo pudo asentir y abrir la boca para respirar.

Su libertador lo puso de pie y le cortó las cuerdas con una bayoneta.

—Soy Jebe Noyon. Ejército Trans-Temporal —puso en las manos de Rice un pellejo de cuero con leche agria de mula. El olor casi hizo vomitar a Rice—. Es koumiss, ¡bueno para ti! Bebe, ¡te lo dice Jebe Noyon!

Rice sorbió un poco pero le resultó tan amargo que la bilis le subió a la garganta.

—Vosotros sois los de la Carta Gris, ¿no? —dijo débilmente.

—Sí, el Ejército Carta Gris —dijo Jebe—. ¡Los guerreros más cabrones de todo tiempo y lugar! Sólo había cinco vigilantes aquí. ¡Los maté a todos! Yo, Jebe Noyon, fui general en jefe de Genghis Khan, terror de la Tierra, ¿vale, tío? —entonces miró a Rice a los ojos—. Has oído hablar de mí, ¿no?

—Perdona, Jebe, pero no.

—La tierra se volvía negra bajo las pisadas de mi caballo.

—Seguro que sí, tío.

—Montarás detrás de mí —dijo, arrastrando a Rice hacia la puerta—. Verás cómo la tierra se ennegrece bajo los neumáticos de mi Harley, ¿vale?

Desde las colinas que rodean Salzburgo, miraron hacia abajo, al anacronismo que había enloquecido.

Los soldados de los locales con cotas de malla y polainas yacían en charcos de sangre cerca de las puertas de la refinería. Otro batallón marchaba hacia delante, en formación, con los mosquetes preparados, un puñado de hunos y mongoles situados en las puertas los masacraban con su fuego trazador naranja y miraban cómo los supervivientes se dispersaban.

Jebe Noyon reía a carcajadas.

—¡Es igual que el sitio de Cambaluc! Sólo que no hay una pila de cabezas y de orejas arrancadas; tío, ahora somos civilizados, ¿vale? Quizás luego entremos aullando, abrasándoles con el «palm», con el napalm, hijos de puta, acabemos con ellos, tío.

—No puedes hacer eso, Jebe —dijo Rice preocupado—. Los pobres cabrones no tienen la menor oportunidad. No sirve de nada exterminarlos.

Jebe se encogió de hombros.

—A veces me olvido, ¿vale? Siempre pensando en conquistar el mundo —arrancó la moto y lanzó una mirada de odio. Rice se agarró al hediondo chaleco antibalas del mongol mientras iban a toda velocidad colina abajo. Jebe descargó su resentimiento con el enemigo, cruzando las calles a toda velocidad, atropellando deliberadamente a un

grupo de granaderos de Brunswick. Sólo la fuerza del miedo salvó a Rice de caerse mientras las piernas y los torsos eran golpeados y aplastados bajo los neumáticos.

Jebe se detuvo derrapando dentro de las puertas del complejo. Una ruidosa horda de mongoles con cartucheras y uniformes militares los rodeó al instante. Rice, con los riñones doloridos, salió a empellones.

La radiación ionizante oscurecía el cielo del atardecer alrededor del Castillo Hohenzalzburg. Estaban enfocando sobre el Portal con el máximo de energía, enviando coches llenos de cartas grises y mandando de vuelta los mismos coches, cargados hasta el techo de joyas y cuadros.

Sobre el tableteo de los disparos, Rice pudo oír el lamento de los VTOL llevando a los evacuados de EE.UU. y África. Centuriones romanos, protegidos con armaduras antibalas y portando lanzagranadas, conducían al personal de Tiempo Real por los túneles que llevaban al Portal.

Mozart se hallaba entre la multitud, saludando entusiasta a Rice.

—¡Nos vamos, tío! ¡Fantástico!, ¿eh? ¡De vuelta al Tiempo Real!

Rice miró las torres de bombeo repletas de petróleo, los refrigeradores y las unidades de precipitación catalítica.

—Es una maldita vergüenza —dijo—. Todo este trabajo a la basura.

—Estamos perdiendo demasiada gente, tío. Hay millones de siglos XVIII.

Los guardias que contenían a la multitud del exterior, de pronto saltaron a un lado, mientras el deslizador de Rice entraba a toda velocidad por las puertas. Una docena de masones fanáticos todavía se agarraba de las portezuelas y golpeaba en el parabrisas. Los mongoles de Jebe agarraron a los intrusos y los degollaron, mientras que un lanzallamas romano vomitaba fuego desde la entrada.

María Antonieta salió del deslizador. Jebe la agarró pero su manga se le quedó en la mano. Vio a Mozart y corrió hacia él, con Jebe a unos pocos pasos por detrás.

—¡Tú, Wolfie, cabrón! ¡Qué pasa con tus promesas, tú *merde*, cabronazo!

Mozart se quitó las gafas de espejo. Se volvió hacia Rice.

—¿Quién es esta mujer?

—¡La carta verde, Wolfie! ¡Dijiste que si vendía a Rice a los masones, me conseguirías la carta! —ella se paró a tomar aliento y Jebe la cogió por un brazo. Mientras se giraba hacia él, le atizó en la mandíbula, y ella se desplomó en el asfalto.

El mongol fijó sus inexpresivos ojos en Mozart.

—¿Eras tú, eh? ¿Tú, el traidor? —con la velocidad de una cobra atacando, sacó su metralleta y clavó la boca del cañón en la nariz de Mozart—. Pongo mi máquina a tocar rock y no queda nada, excepto tus orejas.

En ese momento, se oyó un único disparo que produjo un eco al otro lado del patio. La cabeza de Jebe cayó hacia atrás y él se derrumbó como un saco.

Rice se apartó a la derecha. Parker, el pinchadiscos, se encontraba a la entrada del barracón de herramientas. Tenía una PPK.

—Tranquilo, Rice —dijo Parker, caminando hacia él—. Era sólo un esbirro; prescindible.

—¡Lo has *matado*!

—¿Y qué? —dijo Parker pasando un brazo por los frágiles hombros de Mozart—. ¡Este es mi chico! Transmití por la línea un par de sus nuevas canciones hace un mes. ¿Y sabes qué? ¡El chico ha llegado al número cinco de los cuarenta principales! ¡El cinco! —Parker metió la pistola por su cinturón—. ¡Sólo necesité una bala!

—¿Le has dado una carta verde, Parker?

—No —dijo Mozart—. Fue Sutherland.

—¿Qué le hiciste?

—¡Nada! ¡Te lo juro, tío! Bueno, tal vez hice un poco de teatro, justo lo que ella quería ver. Yo era hombre acabado, me habían robado mi música, esto es, ¿incluso su

verdadera alma? —Mozart puso los ojos en blanco—. Ella me dio la carta verde, pero esto no le bastó. No pudo sobreponerse a su sentido de culpa. Y el resto ya lo sabes.

—Y cuando la pillaron, tuviste miedo de que no nos largásemos a tiempo. ¡Así que decidiste abandonarme en el follón! Tú fuiste a por Antoñita para entregarme a los masones. ¡Eso es lo que *tú* hiciste!

Cuando escuchó su nombre, Antoñita gimió suavemente desde el asfalto. Rice no se preocupó por los rasguños, por el barro, ni por los cortes en sus ajustados vaqueros de leopardo. Aún era la criatura más adorable que nunca hubiera visto.

Mozart se encogió de hombros.

—Una vez fui un masón libre. Mira, tío, no se enrollan nada. Quiero decir, lo único que hice fue dejar caer cuatro ideas y fijate lo que han hecho —dijo señalando vagamente hacia la carnicería a su alrededor—. Sabía que de alguna manera te librarías.

—¡No puedes usar a la gente así como así!

—¡Tonterías, Rice! ¡Tú lo haces todo el rato! ¡Necesitaba el cerco para que Tiempo Real nos transportase! Por amor de Dios, no puedo esperar quince años en la cola. ¡La historia dice que estaré muerto en quince años! ¡No quiero morir en este vertedero! ¡Quiero ese coche y ese estudio de grabación!

—¡Olvídalo, colega! —dijo Rice—. Cuando oigan en Tiempo Real que la fastidiaste aquí...

Parker se rió.

—Corta, Rice. Estamos hablando de los cuarenta principales, no de una refinería de tres al cuarto —le cogió el brazo a Mozart protectoramente—. Escucha, Wolfie, chaval, vamos a meternos por esos túneles. Tendrás que firmar algunos papeles en cuanto lleguemos al futuro.

El sol se había ocultado, pero el cañón de carga desintegradora iluminaba la noche, soltando disparos sobre la ciudad. Por un momento Rice se quedó perplejo mientras las balas de los cañones enemigos rebotaban inofensivas contra los depósitos. Luego, finalmente, sacudió la cabeza. El tiempo de Salzburgo había pasado.

Cargando a Amonita en sus hombros, corrió hacia la seguridad de los túneles.

**FIN**